

HISTORIA!

DE LA

ELOCUENCIA CRISTIANA.

R. 3826 R-1955

HISTORIA
DE
LA ELOCUENCIA CRISTIANA.

SU MISION EN NUESTROS DIAS Y MEDIOS DE REALIZARLA.

POR

D. Antonio Bravo y Tudela,

Abogado del Ilustre Colegio de Madrid, Académico é individuo
de varias Corporaciones científicas y literarias de España.

TOMO SEGUNDO.



MADRID.

Imprenta de Manuel Minuesa,
calle de Juanelo, núm. 19.

1865.

Esta obra es propiedad de su autor.
Se divide en dos partes: 1.ª Historia. 2.ª Tratado de la predicacion cristiana.—La primera consta de dos tomos y se vende á 50 reales; la segunda de uno, su precio 20 rs.—Toda la obra 60 rs.
Los pedidos al autor, calle de la Magdalena, núm. 20, en Madrid.

CENSURA Y APROBACION ECLESIASTICA.

Continuando la revision y examen de la obra que con el título de HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA, escrita por D. Antonio Bravo y Tudela, V. S. tuvo á bien encargarme censurar, y leído el tomo *segundo*, con el cual termina la primera parte de este libro, debo manifestar á V. S. Ilma.:

Que lejos de hallar en este *segundo* tomo proposicion, cita ó version alguna contraria á la pureza del dogma y la moral cristiana, el autor ha sabido continuar llenando satisfactoriamente su difícil cometido, realizando en primer término las glorias del púlpito español y haciendo consideraciones oportunas respecto á sus vicisitudes, á las causas de su perfeccion y decadencia.

Comprende este *segundo* tomo de la produccion del Sr. Bravo y Tudela tres épocas memorables en la historia de la predicacion cristiana: la edad media, el renacimiento y la revolucion. Suministran los acontecimientos que las determinan reflexiones atinadas al Sr. Bravo y de provechosa enseñanza para la juventud.

Por esto seria de la mayor importancia el promover por todos los medios posibles, con la mayor eficacia y energia, el estudio de la oratoria sagrada, necesario en todos los siglos, acaso en ninguno tanto como en el presente; pues ahora mas que nunca, atendida la predisposicion, el gusto é ilustracion de los oyentes, deben armonizarse las pruebas sólidas del discurso con la galanura y belleza de las formas: esto cautiva no poco á los que oyen, los aficiona á asistir á oír los discursos sagrados, y de aquí pueden resultar bienes inmensos á la religion, llenándose el objeto de la enseñanza cristiana.

Siendo las universidades y los seminarios donde los jóvenes que un dia han de dedicarse al honroso ministerio de la predicacion, se preparan con la adquisicion de los conocimientos científicos y literarios indispensables para desempeñarle con brillo y utilidad, harian un servicio importantísimo á la Iglesia y á la juventud estudiosa adoptando la HISTORIA DE LA ELOCUCION CRISTIANA del Sr. Bravo y Tudela, como una de las mas propias que hasta el presente se han dado al público, y de las mas adecuadas para este género de enseñanza; pues su autor nada ha omitido en ella de cuanto puede interesar y convenir á tan útil estudio.

Estas sencillas consideraciones me hacen esponer á la de V. S. Ilma. que no solamente puede expedir la competente licencia para la publicacion de este *segundo* tomo, sino que en ello dispensará un servicio grande á la juventud estudiosa. Sin embargo, V. S. Ilma., con su superior criterio, dispondrá lo que parezca mas acertado y conveniente.—Madrid 20 de Diciembre de 1864.—Gregorio Montes.—Licenciado Juan Moreno Gonzalez.—Es copia.—Hay un sello.

Nos el Dr. D. José de Lorenzo y Aragónés,
Présbitero, Vicario Eclesiástico de esta H. V.
y su partido, etc.

Por la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el *segundo* tomo de la obra titulada HISTORIA DE LA ELOCUENCIA CRISTIANA, escrita por D. Antonio Bravo y Tudela, mediante que de nuestra orden ha sido examinado, y no contiene, segun la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral.—Madrid y Diciembre veintidos de mil ochocientos sesenta y cuatro.—Doctor Lorenzo.—Por mandato de S. S., Licenciado Juan Moreno Gonzalez.—Hay un sello.

HISTORIA
DE LA
ELOCUENCIA CRISTIANA.

LIBRO SEGUNDO.

ÉPOCA SEGUNDA.

CAPITULO PRIMERO.

Consideraciones generales sobre la segunda época de la ELOCUENCIA CRISTIANA.—Estado general de la oratoria sagrada durante la primera mitad de los siglos medios.—San Martin y Sidonio Apolinar.—Boecio.—Casiodoro, Facundo, Obispo de Herminia, San Eloy, Beda, San Juan Damasceno, San Andrés de Creta, Teodulfo, Rabano Mauro, Alcuino, Pedro Damiano y Scoto.

Dificil tarea la de querer resumir en unas cuantas páginas los hechos mas culminantes que tuvieron lugar durante los siglos medios; época no conocida primero, calumniada despues, y hoy juzgada por algunos bajo prismas distintos, si bien partiendo todos de su grandísima importancia para el conocimiento de la historia y el porvenir de los pueblos.

Solo contemplando esa série de siglos que convencionalmente se llama *edad media*, y que nosotros vamos á estudiar bajo una de las manifestaciones del espíritu de mas trascendencia, á la luz de un criterio elevado, de un principio filosófico, de una idea generadora de bien y de progreso, es como

que en confuso tropel se agolpan á nuestra memoria, y cuya esplicacion está en esfera mas alta que en la voluntad y el capricho humano, está en la Providencia, á la cual refirió la historia por vez primera el gran Agustin, trazando para siempre la senda segura de esplicar al hombre en conjunto y aisladamente sin temor de equivocarse.

Dios, presidiendo la marcha magestuosa de los siglos y las edades; Dios, guiando al hombre hácia un fin de que se habia extraviado, y que aun hoy á cada paso parece olvidar; Dios es y debe ser constantemente la mira del historiador; en Dios se esplican los misterios que no alcanza la razon, y á Dios se refieren los arcanos mas impenetrables en ese tejido de sucesos, al parecer contradictorios, que registra la historia, y que todos por vias distintas conducen al hombre á la realizacion de sus destinos, al logro de sus legítimas aspiraciones. Si por un instante la voz de los oradores á quienes hemos admirado en los últimos capítulos del libro anterior parece extinguirse; si con efecto se interrumpen los monumentos imperecederos de la palabra cristiana, aun entonces llena esta una gran mision civilizadora, y los Pontífices de Roma, los Obispos y los sacerdotes adheridos á la cátedra de la unidad, se ven rodeados del amor y el respeto á que eran acreedores por sus grandes virtudes, el brillo de su ciencia y la santidad de su carácter. En medio de la confusion general ejercen con imponente autoridad el ministerio de la predicacion, y los bárbaros, que á pesar de la ferocidad de sus costumbres abrigaban en su alma cierta generosidad y grandeza, admiranse primero al ver á aquellos hombres celestiales que les hablan un idioma universal, prestan fácil oido á las sublimes doctrinas de la fé, y abren por último sus corazones á los nobles sentimientos que

esta les inspira, viniendo á convertirse las banderas de los soldados, segun San Gerónimo (1), en insignias de la cruz. «La pintura del saludable patíbulo, continúa, decora la púrpura de los reyes y brilla en las piedras preciosas de sus diademas.... Ya el egipcio Serapis se ha tornado cristiano; de la India, de la Persia y de Etiopía, llegan diariamente turbas de cenobitas; el armenio ha depuesto sus aljabas, los hunnos aprenden los salmos, los hielos de la Escitia hierven con el calor de la caridad, y el brillante y rojo ejército de los getas lleva por toda la redondez de la tierra los estandartes de la fé.»

La conversion de los bárbaros es un gran título de gloria para la Elocuencia cristiana, nueva prueba de su origen divino, confirmacion nueva de las promesas del Señor. Roma habia creído unir los pueblos, y los pueblos permanecian separados; Roma habia pensado subyugar las voluntades, y su opresion era el único secreto de su poder.... Al llegar á sus puertas Atila se detiene; pero no es asombrado de su grandeza y esplendor, sino porque vé en el Pontífice San Leon algo digno, algo que fascina, algo que subyuga su voluntad y suaviza sus instintos de sangre y de venganza.

He aquí la nueva mision de la Elocuencia cristiana durante los siglos que en este libro vamos á historiar; mision que desempeña gloriosamente, trocando las costumbres de aquellos pueblos feroces que la Providencia empujaba sobre el imperio romano para castigar su corrupcion y sus crímenes, saliéndoles al encuentro aun en las regiones septentrionales, á fin de ganarlos para el Dios de paz y de misericordia y de inspirarles sentimientos de humanidad en favor de las naciones mismas que iban á someter.

(1) Epist. LVII *ad Lactam*: «De substitutione filie.»

Los Apóstoles habian convertido el mundo por medio de la predicacion; sus sucesores lo convirtieron por segunda vez, ó mejor dicho, muchas veces mas; tantas como el mundo ha sido regenerado.

Mientras se propaga la guerra, el Cristianismo predica una doctrina igual, de paz, de justicia, de sumision racional y mútuo afecto: el clero, confundido entre la multitud, disminuye la efusion de sangre, enlaza, une, hace amar una pátria comun, derriba las barreras que dividen pueblos y voluntades, rompe las cadenas del esclavo, conserva los restos que han llegado á nosotros de la antigüedad clásica, eleva magníficos monumentos inspirados por la idea salvadora que hace reinar entre los hombres, realiza, en fin, la mayor de las conquistas, la conquista moral del género humano; y la Iglesia, arca de salvacion en el naufragio, saca á salvo é incólume lo que hoy mas nos halaga, seduce y envanece.

Solo la Iglesia se muestra *una* donde todo es vario; solo la Iglesia se alza magestuosa é imponente desafiando la tormenta, y pasa por un período, de oscurantismo primero; de agitacion y de lucha, despues; de poderío, de fuerza, de energía, mas tarde; reuniendo en su seno durante este período todo lo grande, todo lo noble y digno de ser estudiado.

Como no todos los que abrazaban el Cristianismo, dice el sábio Obispo de Beja, correspondian á la vocacion, defecto mas sensible en las personas del santuario, no se descuidó el demonio en impedir los felices progresos de la religion, valiéndose por nuevos artificios de la malignidad de la gente orgullosa para sembrar el error. Vencidos en los primeros siglos los hereges y todos aquellos que viviendo fuera del templo solicitaron su ruina, no apagado aun en los

hombres el espíritu de inquietud, se empezaron á fermentar en el mismo seno de la Iglesia nuevas divisiones: estas la obligaron á rebatir, por medio de sus ministros, la ingratitude de aquellos á quienes ella habia engendrado. Aunque abundante en copiosísimos frutos este misterioso árbol, con todo, la fecundidad de los monstruosos tallos que de él brotaban degenerando de tan buen tronco, parece querian corromperle. Este fué uno de los sucesos que mas escitó la diligencia y vigilancia de los Obispos santos, los cuales, armados de celo infatigable, predicaban constantes y fieles las verdades de la religion y celaban sobre la pureza del sagrado depósito.

«Cuando los príncipes habian perdido su poder, cuando los grandes y señores aspiraban á su independecia y el resto de la sociedad era esclava, Gregorio VII pensó en levantar la soberanía del Papado, para por este medio hacer que la sociedad debiese á la Iglesia su salvacion.... La Iglesia consagraba el *poder*, y el poder es el que dirige y gobierna á los pueblos; el concurso de las voluntades individuales sancionaba con su obediencia el derecho del soberano, y á la vez sancionaba la proteccion benéfica en la Iglesia: de aquí resultó el engrandecimiento de Europa; Europa fué grande tan solo por la elevacion del Papado.»

Ocupan por este tiempo la atencion de historiadores ilustres los abundantes frutos de la predicacion en Africa, Asia y Europa hasta el siglo VIII. ¿Qué delicadeza de ingenio y constancia de virtudes no pedia en los ministros de la religion la ceguedad atrevida de los arrianos? Para triunfar de estos, la Providencia, pronta siempre á preservar de la sumersion la nave de la Iglesia, se manifestó en nuevos Atanasios. ¿Qué

riqueza de doctrina no traian y distribuian á los fieles los predicadores de la fé y de la ley, cuando se ausentaban de los sínodos, que la necesidad hacia frecuentes para desterrar de la casa de Dios la ignorancia y la malicia, y para reformar y mantener la disciplina de la Iglesia? El fruto de las fatigas de los operarios del Evangelio brotaba en las conversiones y retractaciones de los que se habian dejado engañar de los doctores falsos, en el martirio de innumerables confesores de la verdad, en las conversiones de los gentiles y en la penitencia de los cristianos.

A fines del siglo VI, el Papa San Gregorio enseña á los fieles con sermones dignos de la santidad de tan grande Pontífice. El convirtió á Inglaterra por la mision del santo monge Agustino. Llegó el siglo VII, en el que fueron de mayor necesidad las instrucciones mas vigorosas para sostener á los católicos en la verdadera creencia, á presencia de hereges que negaban dos voluntades en Jesucristo: con la predicacion del Evangelio se reparó en el Occidente la ruina fatal que esperimentó la cristiandad en el Oriente y Mediodía, por la invasion de los musulmanes, discipulos de Mahomet.

La nueva Iglesia de Inglaterra se habia hecho ilustre por la conversion de los pueblos, que atraian los reyes con su celo y santidad, sirviendo estos alguna vez de intérpretes á los predicadores del Evangelio, como hizo Oswaldo, rey de Northumberland. Por este tiempo fué célebre la mision de San Adám y otros religiosos irlandeses, difundiendo su palabra con la mayor solicitud. Abundando en Grecia la Iglesia anglicana, engendraba santos del mismo modo que se multiplicaba en la produccion de nuevas Iglesias. Las misiones de San Wilfrido de Yorc, convirtieron la Frisia; y San Willebrod continuó con

felicidad la misma empresa. Estinguido el imperio de los Godos, en cuyo tiempo fué la Iglesia de España muy santa é ilustrada, supo tambien conservarse en la irrupeion de los moros por la predicacion de sus ilustres pastores.

En el siglo X, y por ministerio de San Ascario, se formaron las Iglesias de Dinamarca y de Suecia entre persecuciones y prodigios; mas tan solo por una parte la gratitud correspondió con el ministerio. Por estos años tambien conocieron el Evangelio los búlgaros sometidos á la Iglesia de Constantinopla, que por una desgraciada alternativa, ya experimentaba el gobierno justo de San Ignacio, hijo del emperador Miguel Curopalata, ó ya el de Phocio, intruso por los artificios de la ambicion. Las violencias de los iconoclastas, sus injurias y otros bárbaros efectos con que se empeñaban en reputar por idolos á las santas imágenes, torpe efecto del olvido de las virtudes de sus prototipos, por cuyo respeto se hace licito el culto religioso, esta cizaña sirvió, pues, de pábulo á los predicadores de la religion para aumentar su celo, de que fué digno maestro el monge San Juan Damasceno.

¿Hubo acaso combate en el siglo X, en el que triunfando los reyes católicos de los bárbaros, el Evangelio no estendiese sus conquistas? ¿No abrazaron los normandos el Cristianismo? Desalojados los sarracenos de Italia, Francia y de Leon en España; ¿no quedó libre campo para ser tambien libre la predicacion de la doctrina? Si volvemos al Norte, los trabajos apostólicos de los santos Arzobispos Unnio y Adeldague, restablecieron en Suecia y Dinamarca la religion, perseguida y casi estinguida. Lo mismo hizo en Polonia San Jordan Obispo.

La publicacion de las cruzadas, establecidas para arrojar á los enemigos de la religion de aquellos lugares santos en que Jesucristo redimió á los hombres, fué en los siglos siguientes la continúa ocupacion de los predicadores. Hubo tambien ministros de tan santa intencion, que persuadian y enseñaban las doctrinas de la fé en aquellos lugares en que los guerreros cruzados habian fijado su poder. Entretanto que se ejecutaban aquellas expediciones, con bien difícil fruto unas veces, y con ninguno otras, continuaban las misiones ganando almas para Dios, convirtiendo infieles y reformando á los cristianos que, con la libertad de las peregrinaciones, iban degenerando.

A proporcion de las victorias contra los bárbaros, crecía la libertad de esparcir la buena doctrina; y á proporcion que se aumentaba el número de los fieles, se propagaba el culto. Así vemos que obtenido por el primer rey de Portugal don Alfonso el triunfo contra el poder de los moros, comenzó con una victoria la época de esta monarquía. Tambien tuvo principio la renovacion de la Iglesia Lusitana, para cuya obra movian las misericordias del Señor, las virtudes de sus justos y la sangre de sus antiguos mártires.

Las órdenes mendicantes nos ofrecen desde el siglo XIII una série de oradores insignes, de quien haremos especial mencion; y por último, España se alza al finalizar la época que vamos á estudiar; despierta del marasmo científico y literario que caracteriza en gran parte los siglos medios, é inicia el período de la renovacion de las letras y la grande época de la elocuencia en Francia durante el reinado de Luis XIV.

Merced á los trabajos de la Iglesia, en la edad media se constituyeron las nuevas nacionalidades; hicieronse pueblos

libres, pueblos que fueron siempre esclavos: sobre las ruinas de la sociedad antigua se alzó la nueva, y los ministros de la religion fueron, por decirlo así, sus gefes supremos; dirigieron los pueblos y los reyes; defendieron á los unos contra la tiranía, y á los otros contra la licencia y la rebelion, é hicieron introducir paulatinamente en el gobierno de los Estados las máximas del Evangelio y las decisiones de los concilios. Dicese que abusaron á veces del influjo concedido á su ciencia y á su mérito; abuso benéfico hubiera sido este si por ventura aceptásemos una frase que contradice y rechaza la historia: la Iglesia no abusó jamás de su poder. «Cuando un rey inclinaba su cabeza para recibir sumiso el bautismo, no se trataba única y exclusivamente de un hombre ganado para la ley de Cristo, sino de una nacion conquistada para la humanidad (1);» y Chateaubriand, Maistre, Bonald, Michaut y otros muchos, han demostrado que á la Iglesia Católica debe el mundo cuanto de bueno existe en las sociedades modernas.

«La Iglesia se levanta durante los siglos medios como cuerpo visible y poderoso, como centro de fuerza y de saber, en medio de las tribulaciones del mundo, para conservar el sagrado depósito de la doctrina evangélica, y trasmitir á las futuras edades la luz de las ciencias y de las letras, próxima á extinguirse al soplo de la depravacion y de la barbárie; y así vemos que si por espacio de dos siglos conturbaron y devastaron innumerables y feroces naciones cuanto existia entre Constantinopla y los Alpes Julianos, cuanto se encerraba entre el Oceano y el Rhin, no siendo posible recordar sin lágrimas la desventura de las Galias y de la península Ibérica: si estremeciéndose el Oriente vomitaba el Cáucaso enjambres

(1) César Cantú.

de hunnos, que volando de una á otra region en sus ligeros corceles, derramaban por todas partes el terror y la muerte, no perdonando ni la religion ni la dignidad, y ensangrentándose al mismo tiempo en el anciano que en el niño, en medio de tan espantosas convulsiones se alzaba cada vez mas radiante y pura la luz del Cristianismo, consumándose por este medio el mas prodigioso de sus triunfos (1).»

La edad media principia en época aciaga para los pueblos, y cuando termina todos son iguales ante la ley, máxima fecundísima que habia enseñado á los hombres el ministro de Jesucristo desde el santuario; álzanse por do quiera magníficas catedrales, albergues para los tristes, asilos para los perseguidos y escuelas para los ignorantes; los tesoros de la antigüedad se han salvado; el espíritu alienta; la imprenta asegura para siempre los destinos del saber; nuevos mundos exigiendo mayores sacrificios redoblan la fé, el entusiasmo del sacerdote de una religion universal, y todo demuestra á los espíritus frios é indiferentes que sin la Iglesia, sin el espíritu religioso, sin la predicacion, sin las cruzadas, los concilios, las misiones y los monasterios, verdaderos santuarios de la idea en todas sus manifestaciones, la suerte de la humanidad habria sido bien diversa, y hoy lloraríamos los tristes resultados de aquel trastorno universal.

«La historia, al presentarnos el cuadro general de los desastres de la especie humana en la edad media, dice Chateaubriand, ha dejado sepultadas en el olvido las calamidades particulares, siéndole imposible dar cuenta de tantos infortunios. Sabemos únicamente por los apóstoles cristianos una parte de las lágrimas que enjugaban en secreto. La sociedad, trastor-

(1) Señor Amador de los Rios, *Hist. de la Lit. Esp.*

nada en sus cimientos, privó hasta la mísera cabaña de la inviolabilidad de su indigencia, y no se vió ya mas segura que el suntuoso palacio: en tan aciago tiempo, cada tumba encerraba un desgraciado.

Huyendo de los bárbaros de Europa, los romanos se refugiaban en Africa y en Asia; mas en estas provincias remotas hallaban otros bárbaros: arrojados del corazon del imperio á los extremos, repelidos de las fronteras al centro, podian decir que la tierra se habia convertido en un parque donde los batia un círculo de cazadores.

San Gerónimo recibió á algunos restos de tantas grandezas en aquella gruta en que el Rey de los reyes habia nacido pobre y desnudo. ¡Qué espectáculo y qué leccion ofrecen aquellos descendientes de los Escipiones y de los Gracos, refugiados al pié del Calvario! San Gerónimo comentaba entonces á Ezequiel, y aplicaba á Roma las palabras del profeta sobre las ruinas de Tiro y Jerusalem: «Haré que suban contra vosotros muchos pueblos, cual hace subir el mar las olas destruirán las murallas hasta el polvo.... Haré que recaiga sobre los hijos de Judea el peso de sus crímenes.... Verán venir horrores sobre horrores.» Mas al leer aquellas palabras, *pasarán de un país á otro, y serán conducidos cautivos*, el solitario clavaba los ojos en sus huéspedes y prorumpia en lágrimas.

Y sin embargo, la gruta de Belén no era ya un asilo seguro: otros destructores despojaban la Fenicia, la Siria y el Egipto. El desierto, cual si fuera arrastrado por los bárbaros y mudara de sitio con ellos, se estendia á las comarcas, en otro tiempo mas fértiles; y de provincias que se habian visto anjadas con pueblos innumerables, no quedaban mas

que la tierra y el cielo. Las arenas mismas de la Arabia que seguían á estos campos devastados, sufrían el gravoso peso de la plaga comun: San Gerónimo había escapado con sumo trabajo de las manos de las tribus errantes, y los religiosos del Sinaí habían sido degollados: Roma faltaba al mundo y la Tebaida á los solitarios.

Cuando hubo caído el polvo que levantaban los piés de tantos ejércitos, y que salía del hundimiento de tantos edificios; cuando se hubieron disipado los torbellinos de humo que se levantaban de tantas ciudades incendiadas; cuando la muerte impuso silencio á los gemidos de tantas víctimas; cuando cesó el estruendo de la caída del coloso romano, entonces se descubrió una cruz, y al pié de esta cruz un nuevo mundo. Algunos sacerdotes con el Evangelio en la mano, sentados sobre las ruinas, resucitaban la sociedad en medio de los sepulcros, del mismo modo que Jesucristo volvió la vida á los hijos de los que habían creído en sus palabras.

Pasando de las consideraciones generales que acabamos de hacer á lo que mas directamente atañe á nuestro propósito, fácil es deducir cuán injustos han sido los que durante la edad media apenas encuentran un solo nombre que citar con elogio entre los muchos que contribuyeron á realzar la elocuencia sagrada dentro y fuera de España.

Si es cierto que las grandes luces de los siglos anteriores oscurecen las tintas poco pronunciadas de algunos de los que forman la primera y la segunda mitad de los siglos medios; que durante este tiempo existen periodos de un decrecimiento visible para el arte y las ciencias, y que por último, estas llegan á su mayor postracion, no lo es menos que son muchos

los que procuraron mantener con éxito el antiguo esplendor de la palabra, refugiándola en el santuario, único punto donde podía subsistir; pues la tribuna y el foro en toda esta época, permanecen desiertos y silenciosos; á pesar de los grandes servicios que desde el siglo XIII prestan los juriconsultos á la causa de la civilizacion, al progreso de las ciencias y á la modificacion del derecho en un sentido mas humanitario y conforme con las doctrinas del Evangelio.

Reservando para mas adelante la grata tarea de enumerar los varones insignes que por su elocuencia y sus trabajos literarios florecieron en España durante la primera mitad de los siglos medios, vamos en este á hacer la apología de algunos ilustres escritores, que durante este tiempo y en medio de la decadencia general, del olvido de la antigüedad clásica y de la corrupcion del latin, mantuvieron fuera de nuestra pátria vivo el espíritu cristiano, sostuvieron rudos combates en defensa de la doctrina, y mas ó menos hicieron resaltar desde la cátedra sagrada las dotes de su erudicion y su talento.

SAN MARTIN, célebre Obispo de Tours, es el primero que en nuestra opinion merece un lugar distinguido entre los propagadores de la doctrina evangélica, á quienes en este momento vamos á recordar.

Nació en Sabaria (1) el año 316, consagrándose en su juventud á la carrera de las armas: despues que fué bautizado, pasó muchos años en el retiro de San Hilario, Obispo de Poitiers, y de regreso á su pátria convirtió á su madre y combatió con gran teson á los arrianos que dominaban la Illyria, por

(1) La Panonia; hoy dia Szembathely, condado y silla episcopal de Eisenstadt.

lo cual fué azotado públicamente y desterrado á Francia, fundando por este tiempo en Ligugés un monasterio que pasa por el primero de Occidente.

El período mas notable en la vida de San Martin, el que Sulpicio Severo encarece sobre los demás, es el mismo en que nosotros debemos fijarnos principalmente; aquel en que colocado al frente de una milicia ilustre, dá principio á una guerra abierta contra la idolatría, «convenciendo los ánimos, derribando los altares de los ídolos, interrumpiendo los sacrificios y destruyendo con el fuego y el hierro los bosques profanos.»

Atleta infatigable, tosco en sus maneras, de fé arraigada y convicciones profundas, de elocuencia varonil, aunque insinuante y persuasiva, anatematiza el lujo de los fieles, reclama en nombre de una religion de paz palabras de conviccion, en vez de suplicios y de sangre, y todos le respetan, le escuchan con atencion y se convierten.

Tales testimonios comprueban el buen nombre que á la posteridad ha merecido este santo, elevado á la silla de Tours por aclamacion unánime del clero y el pueblo.

Obispo ya, San Martin no altera sus costumbres de anacoreta: conserva en el monasterio de Marmontiers sus hábitos monacales, y despues de haber convertido á su diócesis, pasa lleno de ardiente entusiasmo á las Galias, donde esparce la luz de la fé confirmando con repetidos milagros sus oraciones.

Tal se nos ofrece San Martin de Tours, segun el testimonio de historiadores irrecusables: el tirano Máximo le respeta, Valentiniano oye sus consejos y sigue sus prescripciones, y muere por fin en Caude el dia 11 de noviembre del año 400, siendo uno de los primeros confesores á quienes la Iglesia Latina ha elevado altares.

Migne ha colocado los escritos de San Martin en su Curso de patrología, con el título de *Obras completas de Ulphilas*. Además de esta edicion, existe una hecha en Alemania el año 1848, á la cual van unidos dos vocabularios y una gramática de lengua gótica.

La *Profesion de fé*, relativa al misterio de la Santísima Trinidad, es el trabajo mas notable de San Martin.

SIDONIO APOLINAR (*Cajus-Sullius*), descendiente de una de las familias mas ilustres de las Galias, nació en Lyon el año 430.

Hennio y Eusebio, célebres retóricos, fueron sus maestros, distinguiéndose desde muy jóven por su aplicacion y su talento, hasta el punto de considerársele por algunos en esta época como el restaurador de la elocuencia.

El año 468 pronunció el panegirico del emperador Antemio, y el 472 fué elevado á la silla episcopal de Arvenum, hoy Clermont. Su episcopado fué poco feliz; durante él la capital sufrió un sitio de mucho tiempo, despues del cual el Obispo fué desterrado, consagrándose á la enseñanza evangélica en varios pueblos; se le restituyó á su silla, y murió el dia 21 de agosto de 489.

Sidonio tenia una gran facilidad para espresarse, así en prosa como en verso, si bien todos sus escritos se resienten de alguna superficialidad y ligereza.

Sus trabajos oratorios son menos notables que sus composiciones poéticas, aunque no por eso debíamos omitir su nombre al enumerar el de los que inspirados por la fé cristiana, supieron ejercer una notable influencia con su palabra en las costumbres de los pueblos, en los primeros dias de la lucha

tenaz y encarnizada que ya por este tiempo habia comenzado.

La edicion mas notable de sus obras, es la hecha por J. Sirmond en 1614, enriquecida con notas curiosas é instructivas. Savigny tradujo en 1787 sus poesias y sus cartas.

Boecio.

Anicius Manlius Torquatus Severinus Boetius, es ciertamente uno de los hombres mas ilustres que florecieron á fines del siglo V y principios del VI de la era cristiana; contribuyendo á cimentar su fama no solo su talento é instruccion, sino sus virtudes, servicios, dignidades y desgracias.

Nació en Roma el año 455, de cuya ciudad fué su padre cónsul tres veces; recibió una educacion esmerada, pasando despues á Atenas, centro aun del buen gusto y de las letras.

Conversó y oyó á los oradores mas célebres, adquiriendo en su juventud el espíritu filosófico que caracteriza sus escritos: de vuelta á Roma fué elevado al patriciado.

Boecio se formó desde luego un sistema político fundado en la virtud: exhortó á Teodorico, rey de los ostrogodos, á estimar las artes y proteger las ciencias, siendo su oráculo por mucho tiempo, así como el ídolo de los godos; obtuvo altas mercedes y recompensas, siendo coronado y proclamado como príncipe de la elocuencia.

Despues de tantos honores, fué acusado de alta traicion y condenado á sufrir horribles tormentos, que soportó resignado, pero que le causaron la muerte el 23 de octubre del año 526. Doscientos años despues, fué depositado en la iglesia de San Agustín en Pavia, donde se le erigió un monumento.

La constancia, el celo por la defensa de la fé, han con-

quistado á Boecio un respeto universal, y sus obras merecido el aprecio de los literatos de todos los siglos.

Casiodoro prefere las traducciones de Boecio á los originales de las obras de Aristóteles, Platon, Tolomeo, Arquímedes y otros, por la elegancia y la pureza del estilo.

Compuso varios *Tratados teológicos* contra las heregias de su tiempo, otros de metafísica abstracta, y principalmente su *Profesion de fé*, publicada por vez primera en la edicion del libro de *Consolacion* hecha por Renato Vallin en Leyde, año 1656.

El trabajo mas notable de Boecio es el tratado de *Consolacion filosófica*, compuesto en su prision de Pavia sin auxilio de libro alguno: está escrito en forma de diálogo y versa sobre la verdad de la Providencia, probada por la razon.

Tiene, en efecto, este libro, de reducidas proporciones, un mérito singular: la antigüedad nos ha legado en él un tesoro, siéndo admirable la elevacion del pensamiento, la nobleza de los sentimientos, la facilidad en el decir y la propiedad de la frase, que muy especialmente le distingue de los escritores de su siglo.

La edicion original es de Nuremberg hecha en 1476: hay otras varias posteriores, entre ellas la de París de 1783, bajo el nombre de *Jo. Eremita*.

Entre las traducciones que merecen ser conocidas, debemos citar muy principalmente una que nosotros hemos leído, y existe en la Biblioteca nacional, impresa en Sevilla en agosto del año 1521, por Jacobo Cromberger, debida á Alberto de Aguayo, fraile de la órden de predicadores, y dedicada al muy magnífico señor D. Juan Tellez Giron.—El abate Colesse hizo otra que se publicó en París el año 1771.—Gervasio,

preboste de San Martin de Tours, escribió y publicó la historia de Boecio en 1715, obra curiosa por las observaciones críticas y notas eruditas de que está enriquecida.—Por último, Ricardo Granham, vizconde de Preston, ha traducido y dado á luz en Inglaterra el libro de *Consolacion* y una biografía de Boecio.

«Los trabajos de Boecio y Casiodoro, dice el abate Andrés, en favor de las letras, hubieran sido muy ventajosos á la buena literatura, pero la rusticidad y barbárie habian echado profundas raices, para que en poco tiempo pudiesen arrojarlas del puesto que quietamente ocupaban. La fatalidad de aquellos infelices tiempos, infestados con las guerras, desolaciones y estragos, sofocó en flor todo el fruto que hubiera podido producir el atento trabajo de manos tan hábiles y activas. Por esto, sus gloriosos afanes tuvieron un desgraciado fin, y el contagio dominante del mal gusto y la barbárie dejó burlados sus laudables deseos.»

Tal es la opinion que han merecido á un crítico tan respetable los trabajos de Boecio, juicio con el cual estamos enteramente de acuerdo: los oradores cristianos deben leer sus escritos detenidamente, y hallarán en ellos argumentos ingeniosos, tanta pureza, dice el P. Aguayo, gravedad y copiosidad, que parece milagro.

Su libro de *Consolacion*, celebrado en todos tiempos, y muy especialmente en los siglos medios, contiene saludable doctrina, deleitables sentencias, sutiles argumentos; hasta el punto que dice uno de sus panegiristas, que no hay discreto que lo mire, y despues de conocerlo no quede maravillado: la musa de Tibullo y la elocuencia de Ciceron, hacen oír sus postreras armonías en este libro, inspirado por la idea cristiana.

He aquí algunos trozos traducidos con el mayor esmero, y que conceptuamos verán con gusto nuestros lectores: .

DIÁLOGO V DEL LIBRO II.

FILOSOFÍA.

Pues observo te sirven de algun alivio mis razones, determino darte otras mas poderosas. Vé de qué manera los bienes se acaban, hasta qué punto la fortuna es pasajera, habiendo en todo cuanto concede, un carácter efimero y vil. ¿Son preciosas las riquezas por sola su posesion natural? me refiero al oro y la plata, al dinero. Todo esto mas brilla dado que poseido, y siempre fué dicho que, la largueza hace amigos y la avaricia enemigos. Pues si no puede quedar lo dado al que lo dió, es mucho mejor el dinero traspasado á otro en dádivas liberales, que poseido y atesorado con gran codicia y empeño.

Si uno poseyese todo el dinero del mundo, todos los otros fueran pobres sin él; mas una palabra dicha, muchos gozan de ella, siendo verdaderas riquezas las que solo lo son divididas, toda vez que las otras para ser poseidas, es forzoso que lleven tras sí la pobreza agena y el dolor de los demás..... Quien tiene vida y razon, ¿por qué estimar por hermoso lo que carece de alma, miembros y movimiento?... ¿Deléitao la hermosura de los campos?

BOECIO.

¿Cómo nó, siendo hermosa parte de una obra de incomparable belleza y valor? Tambien si el mar está en calma nos deleita, y tambien nos agrada el cielo, el sol, la luna y las estrellas.

FILOSOFÍA.

¿Es tuyo algo de todo eso? ¿osarás vanagloriarte de su

hermosura como de hacienda propia? Cuando las rosas del verano florecen, ó maduran los frutos en el estío, ¿por qué te vanaglorias? ¿por qué estimas por tuyos bienes que te son extraños? Nunca fortuna dá lo que la naturaleza niega: los frutos que dá la tierra, no lo dudo, son para el mantenimiento de todos los hombres y de los animales: si quieres, pues, esto basta para vivir y suplir tus necesidades, no hay razon para que desees lo supérfluo de tu fortuna.... Mucho falta al que mas tiene, y por el contrario, muy poco ha menester el que mide su hacienda con lo que naturalmente necesita, no con lo que el vicio exige.... ¿por qué ambicionar bienes extraños á uno mismo y despreciar los de la verdadera vida? Todos los séres del mundo se contentan con lo suyo, y vosotros, semejantes á Dios por vuestra alma, procurais reducir á cosas vanas tan noble naturaleza. ¿No reparais en la gran injuria que haceis con esto al que os crió?

.....

DIALOGO III DEL LIBRO III.

BOECIO.

.....

Ni tenia duda antes de ahora, ni en tenerla pensé jamás, sobre que es Dios quien gobierna el mundo: brevemente diré las razones que me mueven á no vacilar lo mas mínimo acerca de esta materia.

El mundo, compuesto de partes tan diferentes y hasta contrarias entre sí, que jamás se concierta en una forma ni se manifiesta en un solo sér; necesidad tiene de Dios. Si no hubiera quien armonizase tanta variedad é hiciese servir en favor de la unidad cosas tan opuestas, la divergencia las haria luchar entre sí y destruirse. A no obrar constantemente la voluntad del que todo lo hizo, las cosas diversas no se unirían

ni andaria tan concertado el universo, los tiempos, los espacios y sus efectos.... A este primer principio, con cuya virtud y gobierno se conservan las criaturas y conservan su sér, llamo yo con el vocablo acostumbrado de todas las gentes, *Dios*....

FILOSOFIA.

Comienzas á tener los ojos del alma mas vivos y mas claros que hasta aquí, para poder contemplar las verdades incorruptibles; y hágote saber, ¡oh Boecio! que lo que quiero añadir no es de menos interés, no merece ser mirado con peores ojos que lo pasado.

BOECIO.

Dí, pues, qué es ello, maestra de las virtudes.

FILOSOFIA.

Como sea cierto que Dios gobierna todas las cosas, es evidente que estas caminan naturalmente con grandes ansias y ligereza hácia un bien, regidas por el que las engendró, sumisas á su santa voluntad.

BOECIO.

Paréceme así lo mas acertado, porque de otro modo no fuera gobierno suave y bien aventurado, si las criaturas rehusaran el yugo de la bondad que las encamina al bien que desean, ni fuera saludable que esta sumision fuese forzada y violenta.

FILOSOFIA.

De lo cual se desprende que no hay cosa que guardando el orden natural, pueda jamás hacer á Dios guerra y contradiccion.

BOECIO.

No la encuentro.

.....

DIALOGO IV DEL LIBRO IV.

FILOSOFIA.

Por ventura, ¿me podrás negar que el malo es digno de castigo?

BOECIO.

De ninguna manera.

FILOSOFIA.

Tambien está demostrado por muchos medios que los malos son miserables.

BOECIO.

Concuerdas esto con lo dicho....

FILOSOFIA.

Tambien es evidente que es mas miserable el que hace la injuria que el que la padeció....

BOECIO.

Prosigue en lo que acabas de decir.

FILOSOFIA.

Por esta razon y otras que nacen de las mismas premisas, se colige que la injuria y sinrazon no es miseria del que la padece, sino del que la hace.... Los mismos que pecan tambien, si les fuera concedido, aunque por una pequeña hendidura, contemplar la dignidad de la virtud que desampararon, y que con las penas se descargarían de la miseria y baja de los pecados y recuperarían las virtudes perdidas, no tendrían los castigos por penosos.

Así se espresa el insigne filósofo, el poeta y célebre orador Boecio, dando inequívocas muestras de sus conocimientos en la Sagrada Escritura y en las ciencias humanas.

Se cree que Boecio fué muerto por orden de Teodorico, rey de los godos.

CASIODORO (*Aurelius Cassiodorus Senantor*), historiador latino y ministro de Teodorico, nació el año 470, siendo muy estimada su familia en toda Italia por su rango y su fortuna.

A los diez y nueve años, Casiodoro era admirado por su profundo saber y rara prudencia. Odoacro, rey de los hérulos, le confió el cuidado de las cosas privadas y las sagradas larguezas, hasta que, muerto el año 493, Casiodoro se retiró á su país, consagrándose de lleno al estudio, decidiendo á sus compatriotas y á los sicilianos á que abandonasen la inútil resistencia en que se habían empeñado contra Teodorico.

Solo desnaturalizando la índole de nuestro libro, podríamos dar una gran estension á los datos biográficos de los hombres ilustres que en este momento nos ocupan; todos ellos contribuyeron poderosamente al brillo de la literatura, al esplendor de las ciencias, elementos precisos para la conservacion del buen gusto y la elocuencia; en este sentido, mas que en otro, hemos creído oportuno consignar sus nombres, tributándoles agradecidos la recompensa que merecen.

Casiodoro dispuso la formacion de una gran biblioteca, adquiriendo curiosos manuscritos, muchos de los cuales copió por sí mismo; siendo acaso el primero que se dedicó á este género de ocupacion tan provechosa y digna de elogio.

Su *Tratado del alma* y sus *Comentarios sobre los salmos*, bastarian á darle un lugar importante entre los escritores cris-

tianos, si bajo otros diversos aspectos no se hubiese señalado en gran manera y distinguido en sumo grado. También se conservan de Casiodoro varias *Cartas*, una *Historia de los godos* (1), una *Crónica*, un *Tratado sobre discursos* (de oratione), otro de *Ortografía* y algunas otras obras de menos importancia.

Existen muchas ediciones de las obras de Casiodoro; las más antiguas se remontan al año 1491 y 1588. La vida de Casiodoro ha sido publicada con notas por Ste-Marthe, París, año 1694.

Observando Casiodoro que las ciencias profanas merecían mayor cuidado que las divinas, escribió el curso elemental á que antes nos hemos referido, trabajo digno de ser conocido, y en el cual propone un plan de enseñanza digno en parte de ser aun hoy tomado en consideración.

FACUNDO, obispo de Hermian, en Africa, se distinguió mucho en esta época por la parte activa que tomó en las disputas que tuvieron lugar con motivo de los *Tres Capítulos* y las decisiones tomadas acerca de este particular un siglo antes del concilio de Calcedonia.

Se designaba con el título de los *Tres Capítulos*, los escritos de tres Obispos contemporáneos de Nestorio, que se hicieron sospechosos, llegando á producir cierta alarma y perturbación en el ánimo de los fieles.

Las cuestiones suscitadas con tal motivo, dieron cierto renombre á Facundo como orador; pero los únicos trabajos que conocemos no son modelos de elocuencia dignos de cita especial.

(1) De esta obra solo se conoce un extracto hecho por Jornandes.

El P. Sirmond publicó en 1629 varios *Tratados* de Facundo de Africa, y el P. Acherry una carta en época posterior.

Los datos relativos á los *Tres Capítulos*, se encuentran en las actas del VI concilio de Calcedonia.

SAN ELOY, obispo de Noyon, nació el año 588, y murió el 1.º de diciembre del año 659. Predicaba con gran unción y tomó parte en el concilio de Chalons (año 644): hizo varias escursiones para convertir á los infieles, datos que conocemos por San Ouen, que compuso su vida.

El abate La Roque hizo de la historia de San Eloy una traducción el año 1692, enriqueciéndola con seis *Homilias* atribuidas por él y otras á este santo Obispo, pero de cuya exactitud no nos es dable responder.

Observarse puede que en la época en que se hicieron notar los varones que nos ocupan, si bien no existía literatura propiamente dicha, es indudable que la actividad de los ingenios no se había perdido, demostrándose en todas las manifestaciones del espíritu, y refiriéndose siempre á la ciencia divina principalmente.

San Eloy, como otros muchos Obispos, se consagraba todas las semanas al ejercicio de la predicación, recorría los pueblos de su diócesis, enseñando el camino del bien á cuantos ávidos de oír sus discursos le seguían á todas partes, y le suplicaban con lágrimas les abriese las puertas de la eternidad asegurándoles la salvación de sus almas.

BEDA, nació el año 672 en el territorio del monasterio de Warmouth, en la diócesis de Durham, en los confines de la Escocia.

Es uno de los varones mas esclarecidos de los siglos medios, habiendo obtenido el título de Padre y Doctor de la Iglesia segun disposicion del concilio de Aquisgran ó Aix-la-Chapelle celebrado el año 836.

Abrazó la regla de San Benito, de que nos ocuparemos mas adelante, y escribió muchas obras, entre ellas la *Historia eclesiástica de los ingleses*, de la cual se han hecho muchas y muy bellas ediciones.

Beda consagró una gran parte de su vida á esplicar la Sagrada Escritura, tarea que desempeñó, segun Mabillon, magistralmente y con gran aplauso de sus contemporáneos.

Hasta la edad de treinta años no se ordenó de sacerdote, y á los cincuenta escribió *Los Comentarios* y muchos de los versos que de él han llegado hasta nosotros.

Beda murió el año 731.

La coleccion de las obras que ha legado á la posteridad este insigne escritor, se han impreso en Basilea: la *Historia eclesiástica* se ha publicado en Amberes el año 1550, en Heidelberg el 1587, en Colonia el 1601, en Cambridge el 1644 y 1722 y en París el 1681, sin contar entre estas las muchas traducciones que andan en manos de los hombres estudiosos.

El título de Venerable con que es comunmente conocido, se le dió inmediatamente despues de su muerte, colocando este lema sobre su sepulcro:

Hæc sunt in fossâ Bedæ, *venerabilis ossa*.

SAN JUAN DAMASCENO, de quien Arnauld dice oportunamente que fué para los griegos lo que Santo Tomás para los latinos, es en realidad uno de los teólogos mas insignes; ha-

siendo sido el primero que aplicó á la escolástica la filosofia de Aristóteles, método adoptado posteriormente en las escuelas, y que San Anselmo introdujo entre los latinos.

Sus escritos contra los hereges, y en especial contra los iconoclastas, son dignos de ser conocidos por los oradores sagrados de nuestros dias.

San Juan Damasceno se hizo célebre en la Palestina, defendiendo con habilidad suma el culto de las imágenes.

Retirado al desierto, compuso diferentes obras, terminando su preciosa vida el año 754.

Las obras mas notables de San Juan Damasceno son: 1.º un libro sobre la *Dialéctica*, verdadero compendio de la lógica de Aristóteles; 2.º un libro sobre *Heregias*; 3.º los cuatro libros de la *Fé ortodoxa*; 4.º tres discursos sobre las *Imágenes*; 5.º el libro de *Santa doctrina*; 6.º un *Diálogo* contra los maniqueos; 7.º la disputa contra un sarraceno; 8.º el tratado sobre la *Trinidad*; 9.º varias *Cartas* y diez *Homilias* sobre varios asuntos.

Hay de estas obras muchas ediciones: Joaq. de Billy hizo una version latina de las obras de San Juan Damasceno, impresa en París el año 1577. La mejor edicion es la publicada con el texto griego y la traduccion latina, con notas, por el P. Lequien, impresa en París año 1712, en dos volúmenes en fólío, la cual hemos tenido ocasion de examinar al trazar estos ligerísimos apuntes.

SAN ANDRÉS, conocido con el título de *Hierosolimitano*, natural de Damasco, floreció en los siglos VII y VIII, llegando á ser Arzobispo de Creta.

Asistió al concilio sexto general celebrado en Constanti-

pla por los años 680 al 681: haciéndose célebre por sus disputas con los monoteístas.

Escribió muchos y escelentes sermones, que recopiló y publicó en griego y en latin el P. Combefis el año 1644, edición rara.

Adquirió mucha fama en Constantinopla por su elocuencia y sus virtudes.

Todos los discursos que se encuentran en la Biblioteca de los PP. que se atribuyen á San Andrés de Creta, deben ser suyos.

TEODULFO, célebre Obispo de Orleans, fué uno de los primeros restauradores de las letras en Francia.

La fama de su nombre hizo que Carlo-Magno le llamase á su córte el año 781.

Tuvo gran parte en el establecimiento de las escuelas eclesiásticas, que despues llegaron á adquirir una justa nombradía, encargando á los sacerdotes diesen gratuitamente instruccion al pueblo.

Los escritos de Teodulfo, y entre ellos sus Homilias, se encuentran en su mayor parte en la Biblioteca de los PP.

El P. Sirmond los publicó separadamente con notas el año 1646 en Paris.

Baluce, el P. Mabillon, Marténe y Durand han descubierto en diferentes épocas fragmentos notables de los escritos de Teodulfo.

Para saber datos curiosos, el lector puede acudir á la *Gallia Christiana* (VIII—1419) y á la *Storia della letteratura italiana* de Tiraboschi (III—201.—9.)

RABANO MAURO es uno de los mas laboriosos y fecundos escritores del siglo VIII.

Fué consagrado á Dios á la edad de diez años, en la abadía de Fulde, donde recibió su educacion: pasó despues á Tours y fué su maestro Alcuino en el estudio de las artes liberales y de la ciencia eclesiástica.

Enseñó la grámatica y la retórica en Fulde, y compuso varias obras que le hicieron muy respetado entre los sábios de Francia y Alemania.

Se ordenó de sacerdote en diciembre del año 814.

Asistió al concilio de Francfort en 853. Murió en Winfeld el 4 de febrero del año 856.

Dejó varios opúsculos y trabajos notables, entre ellos, un *Homiliario* impreso en Pfortzheim el año 1501 por Th. Aushelm.

La estension que van tomando estas noticias de grandísimo interés en el período mas lamentable de la primera mitad de los siglos medios, no nos permite dar mayores detalles acerca de los varones insignes que hemos creído oportuno enumerar al hacer la historia de la literatura cristiana, en una de sus mas estimables manifestaciones, y en la cual se reflejaban los únicos elementos de vida que en medio del trastorno universal supieron conservar, los que calumniados hoy echaron los cimientos de la moderna civilizacion.

La vieja literatura espira, la nueva carece de vigor en este momento crítico para la suerte del mundo: de las ruinas de la Persia, de la Siria, del Egipto se alza un nuevo poder, y de la fusion de los reinos de Austria, Neustria, Borgoña y Lombardía se forma un gran imperio, al cual se asocian el báculo pastoral y la espada, dos grandes repre-

sentaciones de la civilización agonizante de los siglos medios.

«En tanto, dice un escritor, que el Cristianismo difundía el amor entre los fieros septentrionales, y haciendo extensivos á la humanidad entera los verdaderos derechos y franquicias abría paso á seguros é infalibles progresos, el islamismo procuraba empujar á la sociedad hácia el pasado.... en los lugares á donde llegan los Apóstoles del Evangelio cesa de correr la sangre y se suspende el esterminio, la matanza general.... Carlo-Magno y los demás reyes de Europa, muestran un amor caballeresco, amor de gloria, deseo de consolidar la paz por medio de la guerra.»

Los monasterios no eran solo refugios de piedad, sino de ciencia: muchos poseían excelentes bibliotecas, y en sus escuelas se educaban los que prefiriendo el retiro al estruendo de la guerra, hacían un gran servicio, entonces y aun mucho después, tenido en poca estima.

ALCUINO, escritor ilustre del siglo VIII, se cree que nació en Lóndres, y se educó en la escuela de York. Beda y Eobert elogiaron mucho sus trabajos, mereciendo en realidad ocupar un sitio preferente entre los sábios del mundo.

Alcuino estuvo mucho tiempo al frente de la biblioteca de la abadía de Cantorbery.

Carlo-Magno, que le había conocido en Parma, le trajo á Francia, y queriendo retenerle, le hizo su capellan mayor y maestro de retórica, dialéctica y otras artes liberales.

De esta época data en Francia la célebre escuela *palatina*, al frente de la cual estuvo Alcuino muchos años, educándose en ella, no solo la juventud mas distinguida del país, sino el mismo Carlo-Magno.

Alcuino poseía el griego, el latín, el hebreo y los conocimientos de su época: escribe en lengua inculta, su estilo es duro, y ya se nota en este escritor el prurito de adornar con escoseso sus composiciones oratorias: á Alcuino se debe el consorcio de la literatura civil con la religiosa, cuyo divorcio se consideraba absoluto: sus cartas revelan el carácter independiente y severo de Alcuino.

Devuelto á la soledad, encerrado en la abadía de San Martin, restableció la disciplina y se consagra con ardor á servir la causa del verdadero progreso: «Yo, vuestro Flaco (1), escribía á Carlo-Magno, según vuestros consejos y vuestra voluntad, me dedico bajo el techo de esta abadía á preparar á los unos la miel de las Santas Escrituras; embriago á otros con el vino añejo de los estudios clásicos; nutro á estos con los frutos ópimos de la ciencia gramatical, y hago á aquellos conocer el orden de los astros, Fáltanme, sin embargo, los excelentes libros de erudición y escolástica que me había proporcionado en mi patria: pido á vuestra excelencia que me permita enviar algunos de vuestros servidores, con objeto de que traigan á Francia las flores de la Bretaña.... En la aurora de mi vida sembré los gérmenes de la ciencia; ahora, cercano al ocaso, próxima la noche y aunque mi sangre se ha enfriado, procuro sembrarlos en Francia, y espero que con la gracia de Dios prosperen aquí de igual manera que en mi país.»

Quien así contribuía á la conservación de las letras, no podía pasar desapercibido para nosotros: á Alcuino se debe la costumbre de copiar con exactitud, arte descuidado y mas tarde llevado á la perfección.

Alcuino murió el año 801: la mejor edición de sus obras

(1) Nombre histórico que llevaba en la escuela.

es la del abate Frobent, impresa en Ratisbona el año 1777.

Focio (*Photius*), Patriarca de Constantinopla, no es menos célebre en la historia eclesiástica que en la literaria del siglo IX.

Se le confió, entre otras, una difícil misión en la Asiria por el emperador Miguel, que desempeñó con sumo acierto.

Existen varios opúsculos inéditos de Focio en la biblioteca del Vaticano, en la de Hamburgo y en París; el P. Fauchier escribió su vida en 1772, y la publicó en París: Ceillier, en su Biblioteca de autores eclesiásticos, hace de Focio un gran elogio.

PEDRO DAMIANO, Cardenal y Obispo de Ostia, nació en Rávena el año 988 de una familia ilustre, pero de escasos bienes de fortuna.

Uno de sus hermanos le maltrató mucho, y otro, que llevaba su mismo nombre, compadecido de él, se encargó de su educación.

Pedro hizo sus estudios en Parma y en Faenza. Sus progresos fueron tan rápidos, que en poco tiempo se halló en disposición de abrir una escuela notabilísima.

En 1041 fué elegido abate de Font-Avellana.

Prestó grandes servicios á los Sumos Pontífices Gregorio VI y Clemente II: Leon IX y Victor II: Estéban IX le hizo Cardenal y Obispo de Ostia el año 1057.

Pedro Damiano murió en Faenza en 22 de febrero, año 1072.

Existen diversas ediciones de sus obras, pasando por las mejores las hechas en París, una el año 1642 y otra el 1663.

Están divididas en cuatro tomos, y contienen: primero, ciento cincuenta y ocho *Cartas*; segundo, setenta y cinco *Sermones*; tercero, varias *Vidas de santos*, y cuarto, setenta *Opúsculos*.

Las obras de Pedro Damiano son sumamente curiosas y de grandísima utilidad para el estudio de la historia eclesiástica del siglo XI. Revelan un gran celo por la reforma de las costumbres, y una erudición poco común en el siglo en que se escribieron. El estilo es difuso y embarazoso, y las pruebas son en su mayor parte esplicaciones arbitrarias de los libros santos.

Juan de Lodi escribió su vida, publicándola Mabillon.

MARIANUS SCOTUS es el último á quien nos propusimos citar: historiador y cronologista del siglo XI, nació el año 1028.

Se retiró del mundo á la edad de veinte y cuatro años: en 1056 pasó á Alemania, y en 1059 fué ordenado sacerdote: murió en 1086.

Se le considera como el mas sábio de su siglo, y era en efecto hábil calculista y teólogo profundo. Su obra mas importante es la *Cronología universal*, impresa con el título de *Mariani Scoti chronicum universale a creatione mundi, libris tribus, per ætates sex usque ad annum Christi 1085*.

Esta obra se ha continuado despues hasta el año 1200 por Dodechin, y publicado integra en 1559.

CAPÍTULO II.

Oradores sagrados y varones insignes que florecieron en España durante la primera mitad de los siglos medios. Exámen y juicio crítico de sus trabajos, bajo el punto de vista de estos estudios.—Osio.—San Gregorio Betico, San Paciano, Obispo de Barcelona.—Pedro de Zaragoza.—C. Juvenco, Prudencio y Bachiario.—Invasión de los bárbaros: establecimiento de la monarquía visigoda.—Decadencia general.—Algunos varones dignos de mención especial en esta época.

Escasas han sido las noticias que, antes de ahora, hemos podido reunir respecto al estado de la Elocuencia cristiana en nuestra patria.

Reconocido como un hecho indudable la venida á España del Apóstol Santiago: confirmada con datos irrecusables la misión de San Pablo, entre los hijos de este suelo esclarecido (1), viene despues una série de hombres ilustres, que aumentan el catálogo de los escogidos del Señor, que derram-

(1) Cayet. Cenni, *De Antiq. Eccl. Hisp.*, dis. 1, cap. 2. «In Hispanias profectum esse (Paulum) hodie negare ausit nemo.» San Juan Crisóstome, tom. X y XIII.—San Gerónimo, lib. IV sobre Isaías, y capítulo V sobre Amós.—San Teodoro, coment. de la epíst. á los Filisteos.—Desembarco en Tarragona.—El señor Cortés, Dignidad de la Iglesia metropolitana de Valencia, ha reunido datos preciosos sobre este particular en un libro que titula: «Compendio de la vida del Apóstol San Pablo,» cuya adquisición recomendamos á nuestros lectores.

man su sangre en testimonio de su fé, pero de cuyos trabajos oratorios nada ó muy poco podíamos decir.

El concilio celebrado en Eliberi (1) al comenzar el siglo VI, nos muestra la alta importancia de la Iglesia española, su constitucion definitiva, el gran mérito de sus Prelados y la manera digna, enérgica y acertada con que desempeñan el ministerio augusto de la predicación.

Ya por este tiempo la heregía habia logrado introducirse en el ánimo de los fieles: el imperio romano era impotente para impedir las correrías y frecuentes escursiones de pueblos extraños en esta, una de sus mas ricas provincias, y en tan críticas y azarosas circunstancias se percibe por vez primera clara y distintamente la voz de los Pastores de la grey santa, sus exhortaciones, sus consejos y sábias determinaciones, en esas célebres asambleas distintas de las conocidas antes, muy diversas de las establecidas despues.

La indiferencia, el desden con que nos han juzgado escritores extraños, debia ser estímulo en nosotros, y lo ha sido en efecto, para no omitir diligencia alguna, á fin de llenar un vacío que se hace sensible en los pocos que antes han escrito fuera de España acerca de la materia que sirve de tema á nuestro trabajo: nada dicen de los oradores ilustres españoles de los siglos medios, no obstante haber sido grandes maestros de oratoria cristiana, continuadores, en el primer período de la edad media, de la elocuencia de los Padres, iniciadores, en la segunda, del renacimiento de las letras y del saber; época durante la cual decae en nuestra patria el buen gusto, y se alza imponente y magestuoso el siglo de Luis XIV, verdadera maravilla, cuya brillante luz se esparce por todo el

(1) Eliberi dicen los códices, no Iliberis.

mundo, y en la que se fijan todos, principalmente al escribir las vicisitudes de la Elocuencia sagrada despues de la edad de oro, que en el libro primero acabamos de historiar.

Dar debíamos, pues, una verdadera importancia en este libro y en los primeros capitulos del tercero á la historia de la Elocuencia sagrada en España, no limitándonos á hacer mérito de los predicadores ilustres, sino tambien de los que con sus trabajos, con sus escritos contribuyeron eficazmente á difundir la semilla del Evangelio, á fortalecer los espíritus abatidos, á dar vigor al brazo del guerrero, conduciéndole á las acciones mas heróicas con solo el prestigio de su saber, de su virtud y la eficacia de su palabra.

Osio.

Basta pronunciar el nombre de este Prelado insigne á quien San Atanasio llama *Grande* (1). «Pater episcoporum magnus Osius,» para comprender cuán reprehensible hubiese sido el omitir su elogio en este momento; tarea en la que nos han precedido San Isidoro, San Agustín, Mariana, Florez, Maceda, Sanchez, Lafuente y otros muchos celosos escritores, que han hecho á este y á otros esclarecidos varones españoles la justicia que merecen, cimentando su fama y acumulando curiosos datos para apreciar hoy el verdadero mérito que les distingue.

Osio nació en Córdoba el año 256, y las historias particulares nada dicen de él, hasta su asistencia al concilio Eliberitano: se consagró Obispo á los treinta y ocho años, y rigió con habilidad suma la diócesis de Córdoba, que le habia sido encomendada por aclamacion unánime.

(1) San Atan. *Apolog. ad Const. et in epist. ad solit.*

La vida de este Padre de la Iglesia, grande entre los grandes, segun Florez, *Hosius vere Hosius* (1), segun Maceda, está llena de dolorosas contrariedades, que supo vencer con heróico valor, con alma grande y resignacion santa; no habiendo faltado quien hasta despues de su muerte, se ha permitido empañar su memoria y desvirtuar el gran prestigio de sus virtudes.

Osio se nos presenta hoy ante el severo fallo de la posteridad como un verdadero portento, como una maravilla de su siglo: su constancia en medio de los rudos combates que se vió precisado á sostener, su infatigable actividad, sus servicios á la causa de la religion, todo le eleva ante nuestra vista, y con orgullo nos es dable señalar á tan esclarecido Príncipe de la Iglesia española como una de las mas gigantes figuras de los primeros siglos del Cristianismo.

No entra en nuestro plan estendernos en detalles biográficos que nuestros lectores hallarán en muchas otras obras, y en especial en la del P. Miguel José de Maceda (2); basta recordar que Osio asistió personalmente al concilio de Eliberi, firmando el undécimo entré los Prelados asistentes; que resistió las sugerencias de Daciano, instrumento digno del emperador Diocleciano, hasta el punto «de llevar al sepulero las señales de los tormentos sufridos por confesar la fé (3);» que supo aconsejar á Constantino, contribuyendo eficazmente á su conversion (4); que presidió el concilio Niceno, donde se con-

(1) *Hosio* en griego es *santo*.

(2) Impresa en Bolonia año 1700.

(3) *Nicéforo*, lib. 8, cap. 14.

(4) Eusebio, *Noris*, Cabasucio, Sozomeno y el gentil Zósimo.—En el año 321 se espidió una ley de *manumissionibus in Ecclesia*, no solo inspirada por Osio, sino dirigida á él. (Códig. Teodosiano, lit. 4, lit. 7.)

denó espresa y terminantemente el arrianismo (325), componiendo el símbolo famosísimo de esta asamblea, á la que asistieron trescientos diez y ocho Obispos; que presidió igualmente el sínodo general ecuménico Sardicense (347), mas numeroso que el de Nicea; y que por último, murió el año 357 á la edad de ciento y un años, querido y respetado por todos y anticipándole la muerte los tormentos que le hicieron sufrir sus enemigos despues de un largo y penoso viaje (1).

Lo que principalmente nos corresponde encarecer en este libro, son los constantes afanes de Osio, sus desvelos en la propagacion de la doctrina evangélica y en la defensa y mantenimiento de su pureza; trabajos que son la corona mas relevante de sus virtudes, la protesta mas poderosa contra la sacrilega conducta de los que han osado calumniarle.

Aunque no fuese bastante el testimonio de San Agustin, San Epifanio, San Atanasio, San Isidoro y otros escritores de menor valía para vindicar á Osio de las calumniosas imputaciones que sobre él han lanzado sus enemigos los arrianos, donatistas y luciferianos, fuéralo el poder, la magia, el influjo de su elocuencia. «Nada haremos, escribian los arrianos, mientras Osio esté en pié; si este persevera en su Iglesia, puede decirse que ningun Obispo ha sido desterrado, porque sola *su palabra y la autoridad* de su fé, son capaces de arrastrar *al mundo* contra nosotros.» He aquí un testimonio irrecusable: así hablaban los enemigos de Osio obrando de buena fé, y tal nos muestra la tradicion unánime al gran Obispo de Córdoba.

Poco despues de celebrado el concilio Eliberitano, comen-

(1) «Verbera et tormenta infligerunt seni,» dice Sócrates escolástico. (Lib. II, cap. 31.)

zó en España la persecucion de Daciano (1), durante la cual no quedó en nuestra pátria, dice un historiador, piedra por mover. Amenazas, seducciones, tormentos, todo se empleó contra los Principes de la Iglesia y sus queridos hijos: Córdoba, Toledo, Alcalá de Henares, Avila, Calatrava, Búrgos, Astorga, Orense, Braga, Lisboa, Evora, Mérida, Sevilla, Cádiz, Málaga, Gerona, Barcelona, Lérida y otras provincias, pagaron su tributo de sangre en aras de la tiranía y la impotente saña de sus verdugos (2): Osio derramó la suya en Córdoba, por lo que San Atanasio acusa á los arrianos de haberse atrevido á calumniar y perseguir al que estaba revestido de la gloria de haber confesado á Cristo (3).

Durante la persecucion de Diocleciano, el Obispo de Córdoba, el gran Prelado cuya apología será siempre inferior á su mérito, trabajó mucho en defensa de la verdad: sus discursos se han perdido, pero no el fruto de su ardiente palabra, de sus peroraciones, que evidenciado y comprobado está de un modo indudable.

Alejandro fué testigo de la sabiduría y elocuencia singular de Osio; en sus disputas con Arrio, en sus conferencias con San Alejandro, mostró su celo, su caridad, su energía, su valor; y si no pudo vencer el orgullo del fanático sectario, destruyó su aparente prestigio y aniquiló para siempre su poder.

(1) D. Nicolás Antonio, *Biblioteca H. Vetus*, lib. I, capítulo 1.—Florez, *Esp. Sag.*, tomo X.—*Memorias de la R. A. de la Hist.*, tomo VII.

(2) Véase á Masdeu, *España romana*, tomo VIII; á Morales, *Crónica general*, tomo II, y á Florez, *España Sagrada*, tomo III.

(3) En la carta del concilio Sardicense, se lee: «Episcopi simul congregati, et in primis præclara senectute Osius, homo et ob ævi longitudinem et confessionem suam, et ob tantos suos labores omni reverentia dignus.»

Restituido á Córdoba diferentes veces despues del destierro, ó de vuelta de los concilios, hizo prodigios con la eficacia de sus discursos y el prestigio de sus virtudes: Osio preparó no solo para la Iglesia de España, sino para toda la cristiandad, dias de legítimos triunfos y satisfacciones santas: él fué uno de los grandes operarios del Evangelio en los momentos mas gloriosos de la palabra evangélica, y no hubiéramos vacilado en colocarle al hablar de los Santos Padres, si esto no hubiese alterado algun tanto el órden, el método de nuestros estudios.

¡Feliz el suelo que vió nacer á un Prelado tan ilustre! ¡Feliz el historiador que puede reivindicar para su pátria glorias tan legítimas, que otros se han olvidado de poner en relieve!

Osio pronunció discursos, compuso libros, escribió *Cartas*, verdaderos monumentos de esa elocuencia augusta, imponente, magestuosa, que dulcifica las pasiones, trasforma la ferocidad del salvaje, y lleva á la humanidad por la senda del bien sin violencia y sin la ridícula y presuntuosa ostentacion de los falsos reformadores de todos los siglos y las edades.

Tanto y tan grande era el prestigio, la importancia de Osio, cuyas cartas eran tenidas en la tierra como bajadas del cielo, que los arrianos llegaron á incitar fuertemente á Constancio para que le persiguiese, sin tener en cuenta sus muchos años, «que esta faccion no repara en respetos, decian, y si á este no derribas, no podremos prevalecer.» Condescendió el débil emperador á sus ruegos, se olvidó de las contestaciones que en Milán le habia dado el santo Obispo, obligándole á permitirle volver á su Iglesia, y se atrevió á amenazarle de nuevo si no abjuraba del simbolo de su creencia.

Las nuevas amenazas de Constancio, motivaron el monumento único de la elocuencia de Osio, que reconocemos sufi-

ciente sin embargo para hacernos ver, no solo el espíritu y libertad sacerdotal de Osio, como dice San Atanasio, su panegirista, sino el nervio, la solidez admirable, la gran distincion de ideas, la precision escelente de su elocuencia, como dice Sanchez.

¿Con qué vigor estrecha á Constancio y defiende la causa de la religion, que era la de Atanasio y la suya? Quien así hablaba al emperador, ¡cómo hablaría á los fleles en tiempos tan desgraciados y calamitosos! esclama oportunamente Dupin (1). Lean los jóvenes con detencion, mediten, analicen en las escuelas la carta de Osio á Constancio, y se convencerán de que aun es pálido el débil elogio que de su elocuencia acabamos de hacer.

«Ya era yo confesor cuando tu abuelo Maximiano movió contra nosotros horrible persecucion. Si tú escitares otra, pronto estoy á sufrir cuanto quieras antes que derramar la sangre del inocente, ni ser traidor á la verdad. Tampoco puedo aprobar tu conducta en lo que me escribes, ni intimarme pueden tus amenazas. Deja, pues, de escribir semejantes cosas, y no sientas con Arrio, ni des oidos á los orientales, ni creas á Valente y á Ursacio; porque sus dichos no miran á Atanasio, sino al triunfo de la heregia.

Créeme á mí, que por la edad podia ser tu abuelo. Halléme en el concilio Sardicense cuando tú y el difunto Constante, tu hermano, nos convocásteis; y yo mismo incité á los enemigos de Atanasio á que propusiesen lo que tenian contra él, prometiéndoles una y otra vez seguridad de que no miraria mas que lo justo, y que si no querian que el punto se tratase en el concilio, á lo menos le ventilasen ante mí, asegurándoles que si resultaba culpa de parte de Atanasio, yo

(1) *Bibliot. Scrip. Eccles.*, sec. 4.—Cardenal de Aguirre, *Conc. Hisp.*, tomo II.

mismo le condenaria, y por último, que si mostraba su inocencia, y ellos le recusaban, yo le persuadiría á que conmigo se viniese á España. Atanasio asintió á estas condiciones; pero ellos, desatendiéndolas, se retiraron.

Llamado despues Atanasio por tus cartas y acudiendo á tu córte, pidió tambien que se citase particularmente á cada uno de sus enemigos (que se hallaban en Antioquia) para que en su presencia arguyesen ó fuesen redargüidos, y no anduviesen acusando al ausente. Pero, aun intimándoles por tí mismo, no se redujeron á las propuestas. ¿Por qué, pues, das nuevamente oidos á los calumniadores? ¿Por qué sufres á Valente y á Ursacio que, de palabra y por escrito, han confesado la calumnia, sin ser violentados para ello, pues no habia soldados, ni tu hermano el emperador sabia nada de esto? Ellos voluntariamente pasaron á Roma, y delante del Obispo y de los presbíteros hicieron su confesion por escrito, habiendo tambien enviado carta pacífica y de amistad á Atanasio. Si pues ahora les conviene alegar que hubo fuerza, teniendo esto por malo, y si tú no lo apruebas, bien puedes omitir la violencia no escribiendo cartas, ni enviando ministros, sino restituyendo á sus sedes á los desterrados, no sea que por quejarte de la fuerza usen ellos en tu nombre de mayor violencia. Por ventura, ¿hizo algo de esto Constante? ¿Qué Obispo fué desterrado de su imperio? ¿Cuándo se mezcló en los juicios de la Iglesia? ¿Qué ministro suyo estrechó á nadie para que suscribiese contra otro?

Ruégote, pues, que desistas, y te acuerdes que eres mortal: teme el día del juicio, y consérvate puro para aquel día. No te mezeles en las cosas de la Iglesia, ni nos mandes sobre puntos en que tú debes ser instruido por nosotros. Á tí te fió Dios el imperio, á nosotros la Iglesia; y así como el que mira mal á tu imperio contradice las órdenes divinas, del mismo modo guárdate tú de hacerte reo de un gran crimen, adjudicándote lo que toca á la Iglesia. *Dad*, dice Dios, *al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios*. Por tanto, ni

á nosotros nos es licito tener imperio en la tierra, ni tú, que eres emperador, gozar de potestad en las cosas sagradas.

Escribote esto por interés de tu salvacion; y en orden á lo demás que contiene tu carta, recibe esta mi sentencia. Yo no convengo ni favorezco á los arrianos, antes bien anatematizo su heregia, ni suscribo á las acusaciones contra Atanasio, á quien así yo como la Iglesia Romana, y el sínodo general, declaró inocente; y aun tú, cuando te hallaste bien informado, llamaste á Atanasio y le diste facultad para que se volviese honrado á su patria é Iglesia. ¿Qué motivo tienes hoy para tanta mudanza, no habiéndose mudado los enemigos? Los mismos son ahora que antes; y cuanto ahora vocean, callaron al tenerle presente. Murmuraban y susurraban eso mismo antes que los llamasen; pero cuando yo los estreché á que alegasen pruebas de sus acusaciones, segun te he dicho, no pudieron exhibir alguna. Si hubieran podido probar algo, no hubieran huido tan feamente. ¿Quién, pues, te ha hecho olvidar de tus cartas y palabras despues de tanto tiempo?

Contente, pues, y no des oidos á los malos, ni te hagas traicion á tí mismo por la mútua complacencia de unos con otros; porque de lo que ahora condesciendes con ellos, has de dar cuenta en el juicio estando solo. Ellos te buscan á tí para injuriar á sus enemigos, escogiéndote por ministro de su malicia, para sembrar por tu medio en la Iglesia una detestable heregia. No es de prudentes arrojarse al peligro cierto por servir á la liviandad agena. Repórtate y óyeme, Constancio, pues esto es lo que á mí me toca escribir y á tí no despreciar.»

San Isidoro, en el cap. V de «*Viris illustribus*,» dice que Osio escribió una carta á su hermana con hermoso y elegante estilo, y una obra interpretando las vestiduras sacerdotales del Antiguo Testamento con mucho ingenio y propiedad.

Estos y otros escritos de Osio eran leídos en todo el mundo.

Lo defienden, á mas de los que hemos citado, Baronio, Aldrete, Mendoza, Aguirre y Gomez Bravo, cuyas obras pueden consultarse en confirmacion de cuanto hemos escrito.

SAN GREGORIO BETICO era Obispo de Iliberia cuando Osio regresó del Oriente á su Iglesia: fué uno de los Prelados que se mantuvieron firmes en el simbolo de fé, lo que motivó su destierro á Sirmio, opinion que algunos contradicen, en nuestro entender, sin fundamento.

San Gregorio fué consagrado Obispo antes del año 357, y su constancia en no firmar lo pactado en Rimini le hizo muy estimado: San Eusebio le escribió una afectuosa epístola desde la Tebaida, aplaudiendo su adhesion al concilio Niceno.

Dextro le atribuye obras diversas, que una sana crítica ha reconocido como apócrifas (1): San Gerónimo, dice de este Prelado español, que escribió diferentes tratados en mediano estilo, y un elegante libro de la *Fé* (2): este libro que, durante mucho tiempo, se pensó ser el mismo que publicó Aquiles Estacio el año 1575 con el título de *Trinitate* (3), no es desconocido.

Los críticos han discutido largamente acerca de la verdadera estimacion del libro de la *Fé*, siendo la opinion mas unánime que su mérito era indisputable.

Nada mas sabemos de este digno y sábio Obispo, á quien hemos citado, siguiendo la opinion de autores respetables, y entre ellos, como hemos dicho, el mismo San Gerónimo.

- (1) Véase á don Nicolás Antonio, *Bibliot. Vet.*, tomo I, libro 2.º
- (2) San Gerón., de *Script. Eccl.*, cap. 105.
- (3) Esta obra es de Faustino, presbítero Luciferiano.

SAN PACIANO, sucesor de Pretestato en el gobierno de la Santa Iglesia de Barcelona, nos es mas conocido como orador sagrado que San Gregorio Betico, afirmando escritores respetabilísimos que fué uno de los Obispos mas elocuentes de su siglo.

Debióse á la fácil y persuasiva palabra de San Paciano el que Barcelona permaneciese tranquila en medio de la turbacion general, que, segun hemos dicho, habian causado en la Iglesia de España las heregias. Coursó las escuelas mas celebradas y aprendió mucho en el mundo, segun él mismo afirma en una de sus cartas á Simproniano, estimables monumentos literarios llenos de claridad y pensamientos oportunos y levantados.

Predicó muchas Homilias sobre temas diversos, escribió un tratado sobre la Penitencia, *Parænesis ad Pænitentiam*, varios discursos sobre el *Bautismo* y uno que San Gerónimo titula del *Ciervecillo*, porque tuvo por objeto combatir la costumbre que tenian algunos fieles de disfrazarse con los gentiles en las Kalendas de Enero con pieles de toda clase de animales, siendo de notar que despues de este trabajo de San Paciano los concilios no se ocuparon de combatir estas fiestas, prueba de que el santo Obispo consiguió que por lo menos perdiesen su prestigio é importancia. No es cierto que San Gerónimo dedicase á Dextro, hijo de Paciano, el libro de los *Escritores eclesiásticos*, sino á otro sugeto de este nombre.

San Gerónimo, en el capítulo CVI de sus *Varones ilustres*, hace el elogio de San Paciano en los siguientes términos: «*Pacianus in Pirenæi jugis Barcinonæ Episcopus, castitate et eloquentia et tam vita quam sermone clarus, scripsit varia opuscula, de quibus est Cervus et contra Novatianos. Sub*

Theodosio Principe, jam ultima senectute mortuus est.»

Verdadera gloria del pueblo barcelonés, San Paciano escribe en estilo brillante y limado, siendo sus obras muy á propósito, en sentir de Dupin, para inspirar un amor entrañable á la virtud, distinguiéndose por su pureza en la dición de los escritores de aquella época.

Hay en efecto, unción, energía y vehemencia en los trabajos que de Paciano hemos leído, especialmente en las *Epístolas á Simproniano*, en la *Exhortación á la penitencia* y en el *Tratado sobre el Bautismo*, que pueden verse íntegros en el apéndice al tomo XXIV de la *España Sagrada* del Padre Florez.

De las obras de San Paciano conocemos varias y muy correctas ediciones; la mas antigua se hizo en París el año 1538 por Juan de Tillet, y otra por Paulo Manuceo en Roma el año 1564.—San Paciano debió morir el año 391.

Se hallan datos sobre su vida en el tomo II de los Concilios de Roma, que concuerdan con un apreciado códice, conservado en la Biblioteca del Vaticano, y que se cree perteneció á una reina de Suecia.

PEDRO, esclarecido y celebrado orador zaragozano, es, según San Gerónimo, uno de los que sobresalieron por su buen decir en el siglo IV y principios del V en España.

D. Nicolás Antonio hace mención de Pedro de Zaragoza en su catálogo de escritores, y dice tuvo noticia de su mérito por Pellicer.

Se le atribuyen con injusticia escritos que no le pertenecen.

C. JUVENCO, presbítero, se cuenta también entre los oradores sagrados de este período, en el cual caminamos todavía con incertidumbre y escasos datos para apoyar nuestros elogios en lo que se refiere al asunto de nuestro libro.

Juvenco figura entre los poetas cristianos de gran mérito (1); y si en él no se encuentra la fábula y el entusiasmo de los escritores profanos, no debe esto atribuirse á ignorancia del autor, sino á su empeño en conservar la verdad histórica.

Juvenco trabajó mucho en la conservación de la pureza del dogma en la época en que dan principio grandes trastornos y turbulencias para la península Ibérica.

AURELIO PRUDENCIO, poeta cristiano como Juvenco, educado en Roma y muy alabado por Genadio, Erasmo y otros autores, es otro de los hombres ilustres á quienes debíamos citar en este momento. El heroísmo de los mártires españoles inspira á Prudencio elegantes composiciones, y con su erudición y sabiduría ilustra la Iglesia (2), siendo digno por estas raras prendas de ser contado entre los mas graves escritores (3).

BACHARIO es el último de los insignes varones que ilustraron la península Ibérica durante el período histórico que nos ocupa.

A. Muratori se debe (4) el que Bachario, tenido por in-

(1) Fortunato *in Vita Sanct. Martini*, dice: «Primus enim docili distinguens ordine carmen Majestatis opus metri canit arte Juvencus.»

(2) Genadio, *De Scrip. Ecles.*, cap 13.

(3) Erasmo, *De Natali Jesu.*

(4) *Documentos inéditos de la Biblioteca Ambrosiana*. En esta

glés, se haya restituido á su verdadera patria: nació en Galicia y fué presbítero en Braga.

Genadio le apellida filósofo cristiano, y dice que escribió opúsculos agradables, de los cuales se han conservado dos; el primero se titula *De Fide*, y el segundo *De reparatione lapxi ad januarium*.

Estos escritos muestran el celo y la energía de Bachiario, la pureza de su fé, la integridad de su vida y la elocuencia que le adornaba en sentir de Sanchez.

D. Nicolás Antonio y el P. Florez se ocupan de sus escritos con mayor estension que á nosotros nos es dable.

Acercas de la epístola *De reparatione lapxi*, se ha discutido mucho por los eruditos y bibliógrafos.

El tratado *De Fide* no se dió á luz hasta que lo publicó Muratori en Milan el año 1698, y la epístola al Obispo juniario se halla en la biblioteca de los PP.

Otros Prelados á mas de los que acabamos de indicar, otros hombres ilustres figuran en la primera mitad de los siglos medios; algunos de ellos recorren la Dacia, la Mæcia y la Tracia en el continente europeo, la Bitinia, la Galacia y el Ponto en el Asia menor; viajes de grandísima utilidad para las letras, y á los cuales se debió en gran parte, así como al empeño en reproducir, aumentar y conservar los manuscritos, la formacion de esas grandes bibliotecas, de esos arsenales inmensos del saber, por mucho tiempo desatendidos y hoy mirados con religiosa veneracion y profundo respeto.

obra Muratori niega que pueda ser inglés, y confirma su dicho manifestando que cuando vivió Bachiario no se conocian heregías en Inglaterra, siendo la primera que se introdujo la de Pelagio, el año 429: Fleuri y el P. Florez le hacen tambien originario de Galicia.

Paulo Orosio, varon eruditísimo, el presbítero Avito, el caritativo Licinio, Olimpico, Ripario, Desiderio, Praciliano, Itacio, San Dámaso, Eucharío, Dextro, á quien se ha calumniado atribuyéndole uno de los falsos cronicones, Acilio, Severo, San Paulino de Nola; todos estos y algunos mas figurar deben en una historia literaria eclesiástica de España, con mayor motivo que en nuestro libro, consagrado mas principalmente al estudio de la elocuencia.

De todo lo dicho se infiere que España, en el gran movimiento literario del siglo IV no se quedó la última, antes bien sobresalió en primera línea, como lo comprueban los concilios de Toledo, que tienen dichoso principio el año primero del siglo V, y la pléyade ilustre, cuyo elogio acabamos de hacer.

Marco Porcio Ladron Cordobés fué el primer maestro de elocuencia que tuvo Italia, y el primero tambien que mereció una decorosa recompensa por sus esplicaciones Marco Fabio Quintiliano de Calahorra: los Obispos y presbíteros españoles se distinguieron mucho en los Concilios generales, y por sus trabajos en contra del arrianismo: todo lo cual confirman las Cartas de Vidal y Constancio, dirigidas á San Capreolo, Obispo de Cartago.

A la caída del imperio romano el mundo se estremece: reducidas las naciones á sus límites naturales ó á los que cien veces las traza la espada de sus conquistadores, cada cual forma un núcleo de civilizacion y de vida diferente; procuran reconstruirse, salvarse, conquistar, en fin, el privilegio de sus creencias, de sus instituciones, de sus leyes y religion.

Al llegar á este punto, la historia se hace mas difícil de

escribir; no es un solo pueblo, no es una raza la privilegiada, son muchos pueblos antes reducidos á la esclavitud, son razas diversas con su fisonomía propia, esclusiva, las que reclaman nuestra atencion.

Los siglos de lucha son siglos de barbárie: nosotros, que trazamos la historia de una de las manifestaciones del espíritu, de la inteligencia, de la actividad del hombre encargado por Dios para difundir la verdad, preciso nos es confesar que durante algun tiempo, no solo en España, sino fuera de España, la elocuencia del púlpito decae visiblemente, siendo pocos los oradores dignos de especial mencion.

España, que durante mas de doscientos años luchó heroíca por su independencia, y reducida á provincia Romana envió á la metrópoli sus hijos mas ilustres; España, abandonada por los Césares para entretener la rapacidad de los pueblos del septentrion, cambia de señores á cada instante; y alanos, y suevos y vándalos caen sobre sus fértiles llanuras y ricas vertientes, asolan sus campos, incendian sus templos, destruyen los alcázares y las chozas, y lo convierten todo en sangre, en ruinas, llanto y desolacion.... ¿cómo resistir tan inesperado y potente empuje? ¿cómo salvarse de los numerosos escuadrones, de las turbas indisciplinadas, ciegas, que mas que mandar, incitan al robo y al pillaje caudillos como Guntario, Rechila y su hijo Rechiaro?

Ataulfo, mas por ambicion que por generosidad, quiso salvar á nuestros mayores y murió sin conseguirlo: Walia adelantó algo mas en la obra de la restauracion comenzada por su antecesor, pero llamado por Constancio á las Galias interrumpe sus conquistas, dejando que los alanos saciasen su

sed de venganza en los indefensos moradores de las comarcas que se extienden del Pirineo al Océano.

Para momentos tan críticos en la vida de los pueblos, para instantes tan precarios en la historia de las naciones tiene la religion cristiana recursos fecundísimos de consuelo. En los dias de mayor dolor el sacerdote de esta religion salvadora se multiplica y se engrandece, llevando el aliento de la esperanza y el vigor de la fé á los pechos comprimidos: tal fué la tarea gloriosa reservada entonces á los Obispos y á los ministros del altar: sus discursos, sus exhortaciones han podido perderse para la posteridad, pero no la memoria de haberlos predicado.

Sembráronse entonces los gérmenes fecundos del patriotismo que nos distingue á los hijos de España: de ese patriotismo, creciente siempre al calor de la idea religiosa; de la unidad de culto, que hoy se combate sacrilegamente en nombre de la libertad, olvidando que desde antes del siglo V hasta el año 1808, España se ha levantado grande, heroíca, unida y compacta á la voz del ministro del altar, que nunca la ha hecho, ni la hará traicion, que la acompañó siempre al campo de batalla, que compartió sus fatigas en la época de la reconquista y que presidió gozosa sus victorias cantándolas al pié del altar.

¡Religion sublime, religion grande la que tales sentimientos inspira y tales hechos produce! Arrancad, arrancad primero las páginas de la historia de mi pátria, los que pedís se rompa lazo tan fuerte, lazo tan íntimo y santo para conseguir vuestros propósitos; quitaos la máscara, decid si pedís, en nombre de un culto mejor, la desaparicion del culto cristiano, ó es que no teniendo culto alguno os estorba para vues-

tros planes una religion que triunfó en Sevilla, que triunfó en Granada, que triunfó en Madrid, en Zaragoza, en todas partes de estraños, advenedizos y cobardes invasores.

Teodorico, por fin, auxiliado por los borgoñones, entra en España, y á orillas del Orbigo vence á Richiario, quedando poco despues asegurada entre nosotros (470) la monarquía visigoda de mas feliz recuerdo.

Merced á las investigaciones modernas, hoy ya es posible apreciar la historia literaria de la edad media, de ese laboriosísimo periodo en que la humanidad trabajó con incansable afan, y con el cual se mostraron bien ingratos los que mas directamente recogieron la rica herencia de sus grandes sacrificios y sus desvelos. En el siglo VI Italia sostiene, como hemos dicho antes de ahora, la causa de las letras en medio del desbordamiento de la barbárie; vienen despues Beda, Carlo-Magno y otros, que contribuyen á levantar con su actividad ó con su genio la antorcha del saber; pero á quien mas debe la causa de la civilizacion en su lucha con la barbárie, es á España; á España cabe la gloria de haber ilustrado al mundo en los tiempos del mayor oscurantismo y la mayor ignorancia; sin España, la tradicion de las edades pasadas hubiérase perdido en gran parte.

Antes de entrar de lleno en el estudio de la escuela de Sevilla, que por su importancia habremos de consagrarla el capitulo siguiente, preciso es que hagamos mencion de algunos varones que se distinguieron por su elocuencia en el periodo menos estimable de la primera mitad de los siglos medios, así en España como en otros paises, por ser bien contados y en pequeño número.

En medio de las tinieblas que se estendian por todas partes envolviendo, segun dice un escritor contemporáneo, los últimos reflejos de la caida civilizacion romana, la ciudad eterna abrió sus puertas á los moradores del desierto, que traian al seno de Europa, con la austeridad de sus costumbres, las venerandas tradiciones de la vida monástica, recogidas ya en respetados códigos por la solicitud de Pacomio y de Macario.

La milicia ilustre de los monges comparte con ardoroso afan el celo y la actividad de los Prelados: entre todas las órdenes, la de San Benito uniformó todos los monasterios á una disciplina; por lo cual dice el señor Muñoz y Garnica que ninguna regla fué mas completa, ni se estendió tanto como esta en la Iglesia latina, produciendo beneficios incalculables en los siglos VI y VII en gloria de la religion, provecho de la humanidad y bien de las letras: sus predicadores llevaron la fé á los bárbaros, y conservaron y trascibieron las obras clásicas de la antigüedad griega y romana: los fieles veneraron á los monges, y nada menos que esto merecian los que aparecen en estos siglos de oscuridad y de barbárie como centinelas avanzados de la civilizacion.

«Semejantes esfuerzos, escribe el erudito y apreciable autor de la *Historia crítica de la literatura española*, á quien antes de ahora hemos citado (1), dando á la Iglesia, al terminar el siglo VI, un soberano Pontífice en la persona del benedictino Gregorio, á quien la posteridad apellida con el título de *Magno*, no podian dejar de producir en las Españas abundantes frutos. Estendida en el Occidente la congregacion de San Benito, natural parecia que modificase la re-

(1) Señor Amador de los Rios.

gla del solitario de Sublago todas las que antes existian, si bien lograra al propio tiempo introducir Donato la de Augustino; y afirmadas sobre ambas la vida del cláustro, ya generalizada en la Península (1), echáronse los fundamentos á los renombrados monasterios Dumiense, Máximo, Asaniense,

(1) El docto académico de la Historia D. Antonio Siles, en una erudita memoria sobre el *Origen y progresos del monacato español*, inserta en el tomo VIII de las de aquel renombrado cuerpo, sostuvo la opinion de que, aun habiendo tomado extraordinario incremento en España la vida solitaria del cláustro, antes del concilio III Toledano, no fué admitida en aquellos monasterios la regla de San Benito, cuya propagacion en el Occidente pone á principios del siglo VIII, bajo el pontificado de Gregorio II. Muchas son las razones que para probar este aserto alega, así como para demostrar que tampoco trajo á España el abad Donato la regla de Augustino. Pero como quiera que no puede menos de reconocer que los monges anteriores á la época por él designada (718) observaban diferentes reglas; como obtuvo la de San Benito extraordinario éxito desde su aparicion, siendo elogiada y calificada de *santa* á fines del siglo VI por Gregorio Magno, cuyas palabras eran veneradas en toda la cristiandad; como lograba en Africa la institucion de Augustino el mas notable aplauso; y finalmente, como las costumbres de la Iglesia española debian asemejarse mas á las de las naciones occidentales que no á las de Oriente, nos inclinamos á creer que si no fueron generalmente abrazadas y seguidas desde luego las reglas de Augustino y Benito, como pretenden probar respetables escritores, debieron ejercer en el monacato español señalada influencia. De esto nos aseguran las instituciones particulares que han llegado á nuestros dias, debidas ya á San Isidoro, ya á San Fructuoso, ya á otros célebres Prelados, en las cuales hallamos la misma tendencia y el mismo espíritu que anima principalmente á la de San Benito. (Mabillon, *præfat. ad sæcul. I, Benedic.*, núms. 74 y 75, Act. SS.) Aun en la escrita por San Leandro, dirigida á su hermana, encontramos la misma índole: el virtuoso Prelado de Sevilla condena en todo la ociosidad, y como San Benito, propone para vencerla la oracion, el trabajo y el estudio: así dice á Florentina: «*Lectio tibi sit assidua, iugisque oratio dum dantur tibi tempora et officia, ut postquam legeris, cres; et postquam oraveris, legas (cap. XV).*» San Leandro le añade que mientras haga alguna labor, le lea otra monja, á fin de tener siempre honestamente ocupado el espíritu. Parece, por tanto, racional el admitir la influencia de ambas

Servitano, Agaliense y otros muchos (1), estableciéndose en ellos vigorosos centros de actividad, desde donde, como de inespugnables alcázares, salian nuevas colonias para estenderse por las mas lejanas comarcas, no sin que alguna vez hallaran, en premio á su acendrada solicitud, la persecucion y el martirio (2). Impuestos por todas las constituciones monacales el trabajo y el estudio; prescrito el cultivo de la música, que se contaba entre las siete artes liberales, cundian entretanto por todas las regiones de Iberia tan poderosos elementos de cultura, que relacionados mas principalmente con los católicos, reanimaban su espíritu, y sacándolos del abatimiento en que la opresion visigoda los hundiera, los preparaban á la victoria, hallando en el monacato denodados adalides.—Juan, abad dumiense, Eutropio, abad servitano, Juan de Biclara y Leandro subian á las sillas de Dumio, Valencia, Gerona y Sevilla por voto unánime del pueblo, que en

reglas en la forma que dejamos consignada, bastando, sin embargo, á nuestro propósito el que, como declara y prueba el autor de la referida Memoria, se reconozca la grande estension que habia tomado el monacato, y su legitima influencia en la religion, las letras y las costumbres antes del concilio III Toledano.

(1) En la carta dirigida por el monge Drumario á Fontano, hablándose de los monasterios fundados por San Martin Dumiense, y admitiéndose la regla benedictina, se escribe: «*De fructu ventris sui possuerunt Deus et Sanctus Pater noster Benedictus supra sedes suas monasterium Dumiense, Antoninum, Victorinum, Tabanense, Bargense, Magnetense, Turricense, Claudinum, Cabanense, Acerense; de quibus sicut de Petri retibus fas est dicere: Et rumpebatur rete præ multitudine piscium.*» (Berganza, *Antigüedades de España*, pág. 55, número 491.)

(2) Tal sucedió por los años de 554 al abad Vicente y al prior Ramiro, del monasterio de San Claudio de Leon, quienes con otros doce monges sufrieron el martirio, por no renegar de la fé católica. (Yepes, *Crónica de la Orden de San Benito*, año 554, cap. II; Berganza, *Antigüedades de España*, pág. 58, núm. 151.)

tan solemne forma galardónaba su saber y sus virtudes; ejemplo que debía más tarde repetirse con los Heladios, Eugenio y Ildefonso.

Por tan extraordinarias sendas llegaba pues la raza hispano-romana á competir con la raza visigoda, pareciendo imposible que humillada y envilecida bajo feroz coyunda, osara al cabo medir con ella sus bríos, aspirando á señorearla en el terreno de la inteligencia. Pero ni el Cristianismo había triunfado con el hierro, ni había ambicionado jamás el imperio de la fuerza: todas sus luchas eran morales: sus armas la palabra y el ejemplo; su norte único la felicidad humana. En aquella lamentable contienda, engendrada por los desaciertos de la política de los últimos Césares y trasferida á una esfera verdaderamente social por las espoliatorias leyes visigodas, menester era por tanto encaminar todos los esfuerzos al triunfo de la verdad evangélica, que hacia iguales á todos los hombres: los Padres de la Iglesia habían combatido sin tregua la doctrina de Arrio, condenada solemnemente en el concilio de Nicea: rechazado pues el error que en valde intentaban propagar los sectarios del presbítero de Alejandria, aun empleando el terror para conseguirlo, debían solo aspirar los Prelados católicos de España á robustecer la fé de los suyos, y á tan laudable fin dirigen todos sus esfuerzos. La elocuencia cristiana, que había destruido el politeísmo, y que aniquiló en todas partes la heregía, volvió á tomar sus armas para defender la causa de lo porvenir del mundo; y aunque no apareció ya brillante y lozana, como en los primeros siglos, ni ostentó las galas de un arte refinado, resaltaban en ella el noble celo del bien universal, la sinceridad de la creencia y la severa sencillez de la doctrina, bastándole tan altas dotes para derramar

en medio de la barbárie vivos resplandores. No otras fueron las prendas que ennoblecían á los Prelados católicos, quienes solo alcanzaban tan elevado ministerio en premio de su profundo saber y de sus eximias virtudes, ora floreciesen en la soledad del cláustro, ora arrostraran en el mundo la saña y persecucion de las potestades arrianas.

En tan loable tarea tomaron parte los mas distinguidos Obispos de las Españas: la provincia Tarraconense contaba entre sus hijos predilectos á los hermanos Justo, Nebridio, Justiniano y Elpidio; la Cartaginense se ilustraba con Liciniano; la Bética aumentaba con Severo sus gloriosos timbres; la Lusitana hallaba en Apringio un elocuente orador, respetado por su saber, no menos que por su talento. Aparecen estos varones, á quienes tributa Isidoro de Sevilla las mas señaladas alabanzas, y se muestran á la contemplacion del filósofo, como otros tantos faros en medio de las borrascas de aquella edad, llenando con la claridad de sus nombres desde el bonancible reinado de Teudis hasta la época memorable de Eutropio, Leandro y Juan de Biclara. No puede la posteridad quilatar por desgracia todas las obras que produjeron: perdidas en su mayor parte, solo es dado ya reconocer su importancia, tanto por el asunto de que tratan como por el juicio que sobre ellos formaron sus coetáneos, apareciendo todos aquellos insignes Obispos asociados al extraordinario movimiento intelectual que se operaba en el seno de la raza hispano-latina, como consecuencia inevitable de la situacion en que el Cristianismo se encontraba.

Mas si únicamente sabemos ahora que Elpidio, Nebridio y Justiniano ejercitaron sus ingenios contra la heregía, procurando al par mantener viva en sus pueblos la llama de la

fé (1), llegados á nuestros dias los escritos de Justo, Liciniano y Apringio, fácil es comprender que no sin causa alcanzaron en el siglo VI autoridad y nombradía.»

Hasta aqui el ilustre critico, de cuya obra nos hemos permitido trasladar integras á la nuestra las páginas anteriores, no porque las que siguen sean menos estimables y atesoren datos mas preciosos sobre el período histórico que venimos estudiando, por lo cual recomendamos su lectura, sino porque desde luego debemos pasar á enumerar los hombres distinguidos de quienes nos hemos propuesto hacer en este momento especial mencion.

ALAINO, citado por Juvenal de Carleucas (2), es, en opinion de este critico, el único que en la época mas inculta de los siglos medios merece ser citado por su elocuencia.

Alcanzó fama de gran predicador, se le llamó el Doctor Universal, y tenia un gran conocimiento de la lengua hebrea y de la poesia.

LEONARDO JUSTINO, ó Justiniano, apareció doscientos años despues de Alaino, distinguiéndose mucho y pronúnciando la oracion fúnebre de Carlos Zeno, noble veneciano, que Muratori cita en el tomo XIX de su compilacion.

(1) Tal era el principal intento del clero católico, y solo de esta manera podía arribarse al deseado puerto, bastando esta observacion para explicar las causas por qué todos los escritores de aquel tiempo, cuyas obras son conocidas aun solo por sus títulos, se consagraron á ilustrar diferentes puntos del dogma. Véanse los capítulos XXXIII y XXXIV *De Viris illustribus*, de San Isidoro.

(2) *Essais sur l'Histoire des Belles lettres*. Tomo I, pág. 266.

GERÓNIMO DE JORLI, de la orden de los Hermanos Predicadores, compuso varios sermones.

SAN APRICIO, Obispo de Beja, en Portugal, ha sido elogiado por San Isidoro, que dice mereció la fama de erudito y elocuente.

Compuso un *Comentario* sobre el Apocalipsis con mucho fondo y elegancia, y acaso superior á los que habian compuesto los antiguos espositores, escribiendo asimismo otras varias obras.

SAN MARTIN, Obispo Dumiense, es uno de los Prelados mas insignes á quienes debíamos citar con elogio en esta época. Aunque no nacido en España, lo fué, dice el P. Florez, para gloria de España, ejerciendo su apostolado en Galicia, en ocasion que imperaba el arrianismo entre los suevos.

San Martin nació en Hungría, segun afirman Fortunato y San Gregorio.

Fué de una vasta erudicion, de superior elocuencia y de un celo sobresaliente por el bien de las almas, en opinion de Sanchez: viajó por Oriente, visitó los santos lugares y aprendió el idioma y los conocimientos de los griegos, hasta el punto que algunos le tuvieron por hijo de esta nacion.

Si hemos de dar crédito al epitafio colocado sobre su sepulcro (1), San Martin pasó de Oriente á Occidente por inspiracion divina, disputándose mucho acerca de la época en que este viaje tuvo lugar.

(1) Dice así:

Pannoniis genitus, transcendens æquora vasta
Gallicæ in gremium *divinis* nutibus actus.

Aun cuando careciésemos de mayores datos para apreciar la eficacia de la predicacion de San Martin, nos bastaria lo que respecto á este particular dice San Isidoro, atribuyendo á su elocuencia la conversion de suevos:

«Multis deinde Suevorum Regibus, in Ariana hæresi permanentibus, tandem Regni potestatem Theudemirus suscepit. Qui conestim, Arianæ impietatis errore destructo, Suevos Chatolicæ fidei reddidit, innitente Martino Monasterii Dumien-sis Episcopo fide et scientia claro; cujus studio et pax Ecclesiæ ampliata est, et multa in Ecclesiasticis disciplinis Gallæciæ regionibus instituta.»

Fortunato es de la misma opinion, llamando á San Martin Apóstol de Galicia, y el Turunense añade que la colocó en disposicion de sufrir *toda ella* el martirio, poseyendo cuantos elementos eran precisos para una obra tan superior á los esfuerzos aislados é individuales; por lo que escritores piadosos han atribuido el fruto de sus trabajos apostólicos mas á milagro que al poder de su elocuencia, opinion que no desmentiremos nosotros, y que mas favorece que contradice los elogios merecidos que tributamos á tan celso Padre y varon esclarecido.

En los Concilios de Braga y Lugo, el nombre de San Martin figura en primera linea, habiendo contribuido eficazmente á restablecer la buena disciplina, relajada en tiempo de Idacio, á consecuencia de las heregias de Prisciliano y Arrio.

Además de varias traducciones que publicó, tenemos otras obras originales de San Martin Dumienense, entre ellas una titulada *Formula vitæ honestæ*, tan notable por su estilo, que algunos la han atribuido á Séneca, y otros á Ciceron: se halla en la Biblioteca de los PP. De las *Cartas* de San Martin

se formó un libro, que cita con elogio San Ildefonso, titulado *Volúmen Epistolarum*: San Isidoro (1) y D. Nicolás Antonio (2) lamentan su pérdida por el asunto que contenian, por el ingenio del autor y por la elegancia de su estilo, que le hacian acreedor á mejor fortuna. Aguirre nos ha conservado una de estas cartas, que puede verse en su obra (3) y en la del P. Florez (4).

Los tratados *Pro repellenda jactantia*, de *Superbia*, *Exhortatio humilitatis* y de *Pascha*, los publicó Tamayo en su martirologio, y nosotros hemos visto de ellos copias muy notables en la Biblioteca Nacional.

Tambien existe otro de *Moribus* en la Biblioteca de los PP. El Padre Florez dice que el *Tractatus S. Martini Episcopi* le halló entre los manuscritos del Ilmo. Sr. D. Juan Bautista Perez, de los cuales tenia copias el P. Burriel, que él vió, infiriendo por su contenido que seria el que faltaba de *Correctio-ne rusticorum*. San Martin murió el año 580.

Otros varones ilustres, á mas de los que hemos citado, se distinguieron en esta edad, como se ha visto, digna de estudio, y de haber ocupado sériamente nuestra atencion. A los que su omision y otras muchas faltas parecieran censurables en nuestro libro, recuerden para dispensarlas cuál es el objeto que al escribirle nos propusimos, advirtiendo que entre el primer anuncio de su publicacion y lo que despues le hemos enriquecido hay una inmensa distancia, contra lo que

(1) *De viris illustris*, cap. 22.

(2) *Bib. Vet.*, lib. IV, cap. 3.

(3) *Concil.*, tomo II, pág. 506.

(4) *España Sagrada*, tomo XV.

otros hacen, que es dar menos de lo que ofrecen, cumplir menos de lo que prometen (1).

(1) Recuérdese nuestro primer prospecto: en él ofrecimos muchísimo menos de lo que venimos haciendo, á pesar de los costosos sacrificios que dada su estension nos ha impuesto la publicación de esta obra, y de la necesidad de reducir su coste todo lo posible, para que pueda adquirirla la juventud, única á quien nos atrevemos á consagrarla.

CAPÍTULO III.

Escuela cristiana de Sevilla.—San Leandro.—San Fulgencio y San Isidoro.—Otros discípulos célebres de la escuela de Sevilla.—San Ildefonso.—San Julian, Arzobispo de Toledo, y Valerio Abad.—Consideraciones generales acerca del estado de la *Elocuencia cristiana* al terminar la primera mitad de los siglos medios.

Se aproximaba el día del triunfo: Leovigildo, ciego secretario de la heregía arriana, procuraba en vano restablecerla, apelando á la seducción, al engaño y la fuerza (1): esta última persecucion fué el postrer alarde de un poder moralmente vencido.

«Iba semejante lucha, dice un escritor (2), á conmover hondamente los cimientos de aquella sociedad, conjunto informe, en donde pugnaban contrarios elementos, mal herma-

(1) Juan de Biclara, testigo presencial de los hechos, dice: «Per hanc ergo seductionem plurimi nostrorum cupiditate potius quam impulsione, in arianum dogma declinant.» La seducción á que alude el Biclarense, parecia consistir en unir las tres personas de la Trinidad en la glorificación; de manera que sin faltar á la creencia de Arrio, se alucinara á los católicos, diciendo: «*Gloria Patri per Filium in Spiritu Sancto*, en lugar de: *Gloria Patri, Filio, et Spiritu Sancto*.» Esta novedad no lo era tanto que no se hubiese ensayado ya fuera de España. Florez, *España Sagrada*, tomo VI, trat. VI, apénd. IX.

(2) Señor Amador de los Rios.

nados los intereses de las diferentes razas que con distinta religion moraban en la Península. Gentiles, judíos, arrianos, católicos, todos parecieron suspensos ante aquel espectáculo extraordinario, en que la violencia y el fraude, tomando plaza de virtud y de verdad, intentaban alzarse con el dominio de la inteligencia. Era desesperada la situación del arrianismo: cansado de instancias y de halagos inútilmente prodigados, armóse al fin del hierro para obtener su propósito; y descargando su brazo sobre los hombres mas ilustres de las Españas, no reparó en manchar la misma púrpura de los reyes visigodos con la sangre de los mártires (585).» Proscritos ó encarcelados los Obispos católicos, despojados de sus bienes los mas nobles ciudadanos, abandonaron su patria, dejándola huérfana de su saber y su esperiencia.

Contemplando en la historia los medios de que la Providencia se ha valido para hacer triunfar la verdad, es imposible dejar de conocer la intervencion directa de su voluntad en los acontecimientos todos que la constituyen, como seria absurdo levantar los ojos al cielo, fijarlos en las maravillas de la tierra y no esclamar: todo, todo es obra del poder y la bondad infinita de Dios.

Cuando mas arreciaba la tormenta, cuando todo parecia augurio funestísimo de dias de dolor, los enemigos de la pura doctrina católica ponian armas en manos de sus defensores, rodeábanles de mayor prestigio, hacíanles conocer un nuevo mundo, un horizonte mas dilatado, en el cual, ensanchando los medios de defensa, aseguraban mas prontamente y con mas certeza la victoria que habia de coronar sus nobles esfuerzos y sus rudas penalidades.

San Leandro.

Corresponde á tan esclarecido Príncipe de la Iglesia española la gloria de haber iniciado y echado los cimientos de la escuela cristiana de Sevilla, de fecundísimos resultados en favor de las letras, y en cuyo seno se formaron oradores elocuentes, escritores ilustres, poetas y literatos insignes, honra de nuestra patria y admiracion de criticos extranjeros tan eminentes como Gibbon (1), Guizot (2), Ampere (3), Roseeuw Saint-Hilaire (4), Ozaman (5) y Bourret (6).

Hijo de Severiano, natural de Cartagena, y de familia ilustre (7), San Leandro demostró desde sus primeros años sus raras dotes, así para el estudio, como para la piedad. Educado con gran esmero, cimentó en el retiro del claustro sus estudios; y cuando el clero y los fieles de Sevilla le aclamaron,

(1) Citado por Depping. *Hist. d'Espagne*, tomo II.

(2) *Hist. de la civilisation en Europe.—Revue française, mes de nov.*, 1828.—*Exámen du Fuero Juzgo*.

(3) *Hist. litteraire de la France avant le XII siècle*, t. III, ch. 1.

(4) *Hist. d'Espagne*, tomo I.

(5) *Civilisation chrétienne chez les Francs.*, pág. 403.

(6) *L'Ecole chrétienne de Séville sous la monarchie des visigoths.*

(7) Contribuyó Mariana á generalizar la opinion que sostienen casi todos los autores extranjeros, de que Severiano era hijo de Teodorico Amalo, rey de los ostrogodos; opinion que, lejos de ser verosímil, está desmentida por el testimonio de autores respetables: para mayor convencimiento, dice oportunamente el señor Amador de los Rios, que bastará observar, que ni San Isidoro en la vida de su hermano San Leandro (*De Viris illustribus*, cap. XLI), en que asienta que era este hijo de Severiano, de la provincia Cartaginense (*genitus patre Severiano, Carthaginiensis Provinciæ*); ni San Ildelfonso, en la vida de Isidoro (*De Viris illustribus*, cap. IX); ni San Braulio, discípulo predilecto de San Isidoro, cuya vida tambien esclarece (*Colec. SS. Patr. Eccl. Tolet.*, tomo I,

maron unánimes por su pastor, el prestigio de su saber y de sus virtudes era ya casi universal (1).

San Leandro comprendió los altísimos deberes que su nueva y elevada posición le imponían; y protegiendo la ilustración de la juventud gótica (2), fundó una escuela, recomendada antes por el concilio segundo de Toledo, pero no planteada á causa de las vicisitudes de los tiempos (3): en esta escuela aprendieron sus hermanos Fulgencio é Isidoro, de quienes habremos de ocuparnos en este mismo capítulo: resúmen abreviado de una época gloriosísima para España, y en el que es deber nuestro ceñirnos todo lo posible al tema principal de nuestros estudios.

Algun tiempo después de su elevación á la silla episcopal, ocurrió su destierro, decretado por Leovigildo: San Leandro pasó entonces á Cartagena, y de allí á Constantinopla, centro de las artes y las letras y refugio natural de los católicos. La inmensa utilidad que á la literatura prestó el viaje de San

pág. 280); ni el mismo San Leandro en el libro que dedicó á su hermana Florentina, con el título de *De institutione virginum et contemptu mundi*, hacen la más leve alusión á semejante gerarquía. Prueba este unánime silencio de personas tan bien informadas y que tanto interés tenían en el lustre de aquel varón insigne, que no ejerció Severiano la referida dignidad en la provincia Cartaginense, siendo en verdad harto lamentable el que para sublimar sus virtudes y para legitimar la influencia que ejerce en las Españas, se haya intentado dar al metropolitano de Sevilla tan elevada cuna. A su saber, á las eminentes cualidades de su carácter, y sobre todo á la pureza y fuerza incontrastable de la doctrina que defendía, debió Leandro aquella inmarcesible aureola que rodea su frente, y aquel noble prestigio que puso en sus manos la suerte del catolicismo.

(1) Año 579.

(2) Bollad: *S. Isid. vita*.—Faustino Arévalo. *S. Isid. Hispal.*, Prolegómenos, parte 1.^a

(3) Aguirre, *Conc. Tolet.*, II, can. I.

Leandro á Constantinopla, es tan notoria, que acerca de ella no es necesario que nos detengamos mucho, bastando á nuestro propósito indicar que por este tiempo compuso dos libros contra los hereges, llenos de erudición y escritos con enérgico estilo y admirable elocuencia: que dirigió cartas alentando á sus hijos y á sus hermanos los fieles, dignamente interpretadas por Juan de Biclara (1), Eutropio y Máximo (2); y por último, que no solo hizo amistad con San Gregorio, Cardenal entonces (3), sino que á sus ruegos compuso este la esposición conocida con el título de los *Morales* sobre el libro de Job, obra que á su regreso trajo San Leandro á España, legándola en su muerte á San Isidoro (4).

(1) De quien hace mérito San Isidoro en varios pasajes de su obra de *Viris illustribus*, tantas veces citada.

(2) El P. Roman de la Higuera, en sus falsos cronicones le atribuye injustamente á Máximo uno de sus escritos. San Isidoro trata de este insigne Prelado, y dice: «Maximus Cæsaraugustæ episcopus multa versu prosaque componere dicitur. Scripsit et brevi stylo Historiolam de iis, quæ temporibus, Gothorum in Hispania acta sunt, historico et composito sermone. Sed est multa alia scribere dicitur, quæ necdum legi.»

La historia de que habla San Isidoro, no ha llegado á los tiempos modernos.

(3) El mismo San Gregorio hace mención en el prefacio de sus *Morales sobre Job*, de la amistad contraída entre ambos santos, diciendo: «Dadum te, pater beatissime, in Constantinopolitana urbe cognoscens, cum me illic sedis Apostolicæ responsa constringerent et te illuc iniuncta pro causis fidei Regis Wisi-Gothorum legatio perduxisset.» Es lo más probable que Leandro estuvo ya en Constantinopla antes de su destierro.

(4) Muerto San Isidoro, el libro de los *Morales* se perdió hasta el punto de no hallarse en toda España por algunos años un solo ejemplar. Reunidos en Toledo los Obispos, se lamentaron de esta pérdida, encomendando á Lagio, Obispo de Zaragoza, la honrosa comisión de buscar en Roma, con aujencia del Sumo Pontífice, el original. Tarea difícil era esta, pero habiendo permanecido Lagio durante toda una noche en oración en la iglesia de San Pedro, tuvo una visión milagrosa, que le

Después de largos sufrimientos, vióse libre por fin la Iglesia de España de la tiranía de Leovigildo, sucediéndole su hijo Recaredo (586), de natural afable y de bondad extraordinaria: «tantam in animo benignitatem gessit, ut omnium mentibus influens etiam malos ad affectum amoris sui attraheret.» Fué el primer decreto de Recaredo la reparación completa de los Obispos españoles, y entre ellos regresó á su silla San Leandro, figurando desde entonces en los actos mas importantes, en los concilios, en las conquistas sucesivas que alcanzó el catolicismo hasta triunfar por completo de la heregia arriana, una de las mas funestas y de mas larga duracion que han atormentado á los buenos católicos.

Atribuirse debe, no solo á los escritos de San Leandro, sino á la eficacia de su palabra, el definitivo triunfo de la verdad; su ascendiente con el monarca, con los grandes, con los pequeños promovió la celebracion del concilio tercero de Toledo (589), después del cual compuso la famosa *Homilía* tan celebrada por los críticos, y de la cual vamos á trasladar algunos pasajes para que se forme una idea mas acabada de la elocuencia de San Leandro.

Interpretando el metropolitano de Sevilla, á cuya fé y doctrina se debía la conversion de los godos (1) la universal

mostró el lugar donde se hallaba, y al día siguiente pareció en efecto el libro que buscaba; así lo refiere la tradicion. El libro de los *Morales* es del mayor interés, y recomendamos su lectura á los eclesiásticos y publicistas. En la Biblioteca Nacional existe una traduccion castellana, impresa en Sevilla por Jacobo Chomberger, alemán, el año 1527, que hemos leído en su mayor parte al escribir el juicio de los obras de San Gregorio Magno.

(1) San Isidoro (*De Viris illustribus*, cap. XLI) dice estas terminantes palabras, calificando el mérito de su hermano: «Vir suavis eloquio, ingenio præstantissimus, vita quoque etiam atque doctrina cla-

alegría de condes, duques, optimates, preladados, abades y vicarios, que componian aquella venerable asamblea, esclamaba en esta forma, mostrando el gozo inefable que inundaba su pecho (1):

«...Alégrate y regocíjate pues, Iglesia de Dios: gózate y levántate, cuerpo único de Cristo: vistete de fortaleza y salta de contento, porque tus tristezas se han trocado en placeres; el vestido del dolor se ha cambiado en traje de alegría. He aquí que olvidada de repente de tu esterilidad y pobreza, en un solo punto diste á tu Cristo innumerables pueblos. Aprovéchate en verdad de tus laboriosos afanes y cicatriza tus heridas: tal es la condicion de tu Esposo, cuyo imperio has de gobernar, que si consiente que seas depredada en lo mas leve, te devolverá duplicada tu presa y te conquistará tus enemigos. Así pues el agricultor, así el pescador, mientras espera las futuras ganancias, no imputa los daños á las cosas que siembra, ni á las empresas que en adelante acomete. No llores ya, ni te vistas de luto por los que de tí se habian separado temporalmente, los cuales miras volver á tí con grandes ganancias....

Levántate pues fortificada en la Fé y en el merecimiento de tu Cabeza. Sé tú misma, Fé robusta; pues que en los dones que hoy recoges, ves realizadas las promesas, en otro tiempo repetidas. Dice el Evangelio la misma Verdad: *Convenia á Cristo morir por la gente*. Y no solo por la gente, sino tam-

rissimus, ut et fide eius atque industria populi gentes Gothorum ab ariana insania ad fidem catholicam reverterentur.» Lo mismo se deduce de la carta, que después de celebrado el concilio, dirigió Recaredo á San Gregorio, donde recomienda especialmente al Pontífice el metropolitano de Sevilla. (*España Sagrada*, tomo VI, apénd. VIII.)

(1) Fiando mas en las ajenas dotes, tomamos la traduccion de los pasajes mas notables de la Homilía de San Leandro de la *Hist. crist. de la Lit. Esp.* del señor Amador de los Ríos.

bien porque los hijos de Dios que andaban dispersos, fuesen congregados en uno. Y tú lo proclamas realmente en los salmos, dando paz á los que te odian y diciendo: *Magnificad al Señor conmigo y exaltemos su nombre en uno*. Y añades: *Congregando los pueblos y los reinos en uno para que sirvan al Señor*. ¡Cuán dulce es la caridad, cuán deleitable la unidad, no ignorando por los vaticinios de los Profetas, por los oráculos del Evangelio, por las enseñanzas de los Apóstoles, que no otra cosa predicas sino el enlace de las gentes, ni por otra cosa suspiras sino por la unidad de los pueblos, ni siembras otra cosa mas que los bienes de la paz y de la caridad entre los hombres!...

Alégrate en el Señor, pues que no fuiste defraudada en tu deseo, porque á los que habias concebido en tanto tiempo con lágrimas y en medio de continua oracion, ahora tras el hielo y crudo invierno, tras la dureza del frio, tras la aspereza de las nieves, como el encanto y fruto de los campos, como las gayas flores de la primavera, ó los rientes pámpanos de las vides en sus tiernos vástagos, los diste á luz de improviso....

Ea pues, ¡oh hermanos!... Sublimémonos con toda caridad en el Señor y regocijémonos en Dios, salud nuestra. Creemos por las cosas ya consumadas, que son verdaderas y se han de cumplir aquellas que se esperan todavía; aquellas que fueron anunciadas por el Señor, diciendo: *Otras ovejas tengo que no son de este redil, y me conviene juntarlas, para que haya un solo rebaño y un solo pastor*. Consideremos que fueron ya colmadas; por lo cual no dudemos de que todo el mundo pueda creer en Cristo y abrazar una sola fé, segun en el mismo Evangelio aprendimos: *Y será predicado este Evangelio en todo el Universo para testimonio de todas las gentes, y entonces, dice, vendrá la consumacion de los tiempos....*

Si queda, pues, alguna parte del mundo ó alguna gente bárbara, no iluminada por la Fé de Cristo, no dudemos que al cabo ha de creer y venir á una sola Iglesia, si tenemos por verdaderas las palabras de Dios. Ya pues, oh hermanos, ha

recobrado la bondad el puesto que la malignidad le tenia usurpado, y al terror ha sustituido la verdad, para que, si la soberbia tenia separadas las gentes con la diversidad de las lenguas, las junto y llame otra vez la caridad á un solo gremio de hermandad; y así como es el Señor único posesor del mundo, de igual modo para que su posesion sea un solo corazon y un pensamiento solo: «*Ven á mí, dice, y te daré la gente por herencia, y para tu posesion los confines del mundo*. Por esta causa se propagó el genero humano de un solo hombre, para que los que de uno solo procedieran, tuviesen un solo consejo y buscasen la unidad y la amasen.»

De tal manera hablaba el insigne Prelado cuyo elogio hacemos: no hay en los pasajes que hemos trasladado á nuestro libro para confirmar nuestras opiniones acerca de la elocuencia de San Leandro, el desaliño y la incorreccion que le atribuye el Cardenal Baronio; lejos de esto, vemos en ellos cierta fluidez y facilidad impropia de la época, gran oportunidad en las citas de la Escritura; por lo cual no ha faltado quien oportunamente indique como buen modelo á San Leandro para tratar en el púlpito asuntos de júbilo y regocijo con la severidad que requiere tan elevado sitio.

En diversas épocas de su vida, San Leandro se consagra á la predicacion, dirige exhortaciones al pueblo visigodo, que le apellidaba su *Apóstol*, título que no le niegan, antes bien confirman sus panegiristas, atribuyéndole casi esclusivamente su conversion.

El fin de la vida de San Leandro, dice San Isidoro que fué *admirable*: le apellida *Doctor*, título que se encuentra en algunos Breviarios antiguos, como en el de Toledo, en el de Avila y otros.

Se conservan de los escritos de San Leandro la *Regla* que

dirigió á su hermana Santa Florentina; varias *Oraciones* sobre el salterio, el *Oficio gótico de San Vicente* y la *Homilía* que hemos dicho predicó en el concilio tercero de Toledo, publicada en las colecciones de los concilios.

Murió antes del año 601.

San Fulgencio y San Isidoro.

SAN FULGENCIO, menos notable bajo el punto de vista de nuestros estudios que sus hermanos, merece sin embargo que hagamos de su sabiduría y su piedad especial mención, siendo muy posible que cultivase con fruto la elocuencia, y tomase una parte activa en los trabajos apostólicos de San Leandro, como afirman autores respetabilísimos.

Poseía varios idiomas, y era muy versado en las sagradas letras: por su mérito fué consagrado Obispo de Astigi (Ecija). Muchos escritores eclesiásticos han confundido á San Fulgencio con Fulgencio Rupense, atribuyéndole algunas de sus obras; pero Belarmino y el P. Labbé han desvanecido esta opinión, siendo muy significativo en confirmación de este juicio el silencio que acerca de San Fulgencio guarda su hermano San Isidoro, no obstante detenerse en encomiar á Fulgencio Rupense, y después de haber señalado sus principales obras, entre las cuales pone algunas de las atribuidas erradamente al Obispo astigitano (como sucede con el libro *De Sacramento incarnationis Domini*), expresa terminantemente que escribió también otros muchos tratados, de que usaba el clero en la Iglesia. «*Inter hæ composuit multos tractatus, quibus sacerdotes in Ecclesia utuntur* (1).»

(1) *De Vir. illust.* cap. 27.

El mas esclarecido de los discípulos de la escuela cristiana de Sevilla, fué SAN ISIDORO, verdadero prodigio de saber y de virtud, una de nuestras primeras glorias científicas, de ingenio y consumada política, emblema de la tradición literaria, ejemplo del mas puro y al mismo tiempo del mas ilustrado patriotismo; símbolo glorioso de unión política y de unidad religiosa de la monarquía española; hermosísima figura, en fin, que la historia ha colocado sobre un magestuoso pedestal, para que sea objeto de la veneración de los hombres hasta el fin de los siglos (1).

Nunca habia brillado en España, en opinión de algunos críticos, varón de mas alta doctrina: Braulio dice que no hubo ciencia en que no estuviese instruido, «*sabiendo hablar para todos*;» Elipando le apellida «*lucero de Occidente*;» Ildelfonso, «*Espejo de Obispos y sacerdotes*, pasmo de los que le oían por su *suavidad y afluencia*;» San Leandro le queria como hijo: *quem cum ego ut vere filium habeam*; y por último, el VIII concilio de Toledo le proclamó «*doctor de su siglo, nuevo ornamento de la Iglesia, el último de los PP. si se atiende al tiempo, mas uno de los primeros si se mira su doctrina, el sapientísimo de los siglos, al que todos deben nombrar con reverencia*.»

Después de tantos elogios, ¿qué podremos decir nosotros que no parezca frío y desautorizado? Con verdadero júbilo, con satisfacción incomparable llegamos á esas colosales reputaciones, á esos ingenios esclarecidos que han hecho de España

(1) Así se expresa D. José María de Eguren en una excelente y erudita *Memoria* premiada en el concurso del año 1859 por la Biblioteca Nacional, relativa á los códices notables conservados en los archivos eclesiásticos de España.

ña la primera nacion del mundo; ante el recuerdo de su gloria nos sentimos llenos de orgullo, y casi nos arrepentimos de haber querido rehusar ocasion tan favorable de participar á otros las impresiones vivisimas que hacen latir alborozado nuestro corazon.

España ha sido la primera entre las naciones, dudarle es negar la historia, pasarlo desapercibido una ofensa imperdonable á la verdad y una ingratitud sin nombre que algunos han cometido, pero de la cual han debido sentir remordimientos. España ha debido á la religion cristiana los mas legítimos timbres de su gloria, y así lo siente y así lo comprende el pueblo que tanto ama, que tanto venera esa religion augusta. Si somos débiles pigmeos para juzgar tanta grandeza, concédasenos el privilegio de admirarla respetuosos, de encaucarla, y procurar que la juventud que acude á las aulas de los seminarios sienta toda la importancia de la gran misión que la está confiada, imitando los ejemplos de sus antepasados y secundando sus esfuerzos en pró de la unidad religiosa, del triunfo universal del catolicismo, que sería el bello ideal del progreso humano.

Tal fué en realidad la noble aspiracion de San Isidoro, cuyo elogio, como orador sagrado, para ser completo no debiera hallarse confiado en este momento á nuestras débiles fuerzas. Crecia en edad y en reputacion á la vez; jóven aun, era admirado por la dulzura de su voz y el encanto indefinible de su elocuencia: mas tarde, compartiendo con sus hermanos la fatiga de la conversion del pueblo visigodo, se señalaba hasta el punto de oscurecer su brillo.

No fueron solo las ciencias eclesiásticas objeto de los es-

tudios de San Isidoro (1), poseia en sumo grado, y hacíase admirar en él, la elevacion de Platon, la conciencia de Aristóteles, la elocuencia de Ciceron, la erudicion de Orígenes, la severidad de Gerónimo, la doctrina de Agustin y la santidad de Gregorio: este ilustre Pontífice, habiendo leído una carta de San Isidoro, atendida la elevacion del estilo y el espíritu profético que en ella se respiraba, exclamó:—*Ecce alter Daniel, ecce plus quam Salomon hic!*

Atendida la índole de nuestros estudios, la época mas gloriosa de San Isidoro, como orador, fué la de su apostolado: adiestrado en la escuela, fortalecido en el cláustro, se consagra á la conversion de los godos con todo el ardor de una conviccion profunda, con toda la abnegacion de un mártir, con todo el fervor y el entusiasmo de un misionero: nadie como él secunda los deseos de San Leandro en las comarcas de la Bética, las cuales recorre con constancia atrayéndose la admiracion de todos. «Su voz simpática y elocuente sojuzga y domina todos los espíritus, ora explique los poetas profanos y sagrados, ora esponga los oradores y los filósofos, ora acuda, en fin, á los sagrados libros, para deslumbrar con las centellas de sus pensamientos y abrumar bajo el trueno de su palabra la impiedad de los arrianos. Nadie con mayor de-

(1) El Cerratense dice: «Sicque latinis, græcis, et hebræcis literis instructus, in trivio et quadrivio fuit perfectus: in doctrinis Philosophorum præclarus, divinis humanisque legibus eruditus, suavi colloquio vita et doctrina clarissimus.» Y mas adelante: «Isidorus autem scientia clarus, genere nobilis, corpore pulcher, moribus gravis, eloquentia suavis inter oblatrantes arrianorum frequentitas, nec nimis terretur, nec blanditiis demulcetur; sed fervore caritatis succensus, fulmina divini eloquii ardentia emittebat, quibus, sæventium obumbraba aspectus.» Lo mismo dice el Canónigo de Leon, reimpresso por Arévalo.

nuedo ni con mas copioso fruto aparecia allí donde la defensa era necesaria, ó el ataque y la lucha conveniente.»

No bien fué admitido á las primeras órdenes sagradas, siguiendo á su hermano el Prelado de Sevilla, brilla, como en otro tiempo Atanasio, en los concilios y las asambleas públicas; y semejante al diácono de Alejandría, confunde los argumentos de la mentira y las falsas interpretaciones del error, atrayéndose las bendiciones de los confesores de la fé.

Tales fueron y tan importantes los trabajos oratorios de San Isidoro antes de ser elevado, por muerte de San Leandro, al gobierno espiritual de la metrópoli de Sevilla, que rigió por espacio de cuarenta años como padre, como pastor, como guia, como astro luminoso, como legislador, como hábil diplomático, como protector de las letras, «pasando con notable acierto de la filosofia á la teología, de la jurisprudencia á la historia, de la geografía á la astronomía, de las ciencias naturales á las matemáticas, de las artes á las costumbres; y coronando el edificio de su saber con el estudio de las antigüedades sagradas y profanas, y apareciendo por último cual digno intérprete y depositario de la civilizacion del antiguo mundo... Poseido de tan noble afán, guia de todos sus pasos; enardecido por el estímulo de la gloria y atento al comun provecho de la Iglesia, enseña, espone, comenta, narra, discute, dogmatiza, toma todos los tonos, se dirige á todas las inteligencias, previene todas las necesidades, recorre todos los espacios; y mostrándose infatigable en medio de sus colosales tareas, aspira á perpetuar en el clero la doctrina por él acaudalada y difundida ya entre sus discípulos, asegurando de esta manera el fruto de aquellos dos concilios, memorables en la historia del catolicismo, en que para honra de este, ha-

bia resplandecido no menos la virtud que la ciencia suya y de Leandro.»

• La coleccion de las obras de San Isidoro es, segun dice el señor Eguren (1), arca de inestimable precio, que á través de los siglos ha conservado hasta hoy los tesoros científicos de los antiguos imperios de Oriente y de Occidente, los cuales pasarán asimismo en ella á las venideras generaciones.

El exámen de los escritos de San Isidoro, el de la organizacion admirable que supo imprimir á los estudios eclesiásticos en la escuela cristiana de Sevilla, nos llevaria lejos de nuestro propósito en este momento, remitiendo á nuestros lectores acerca de este particular á los diversos trabajos que en las notas hemos citado, y en los cuales se trata con estension de estos puntos, mas propios de una historia de la literatura general eclesiástica, que de la parte que de ella nos ocupamos en este libro, la mas olvidada por cierto, y por lo que la hemos dado y quisiéramos se la diese una gran preferencia.

Supo San Isidoro inspirar un grande amor al estudio á los monges y clérigos de España: el aumento de los manuscritos y la belleza de la escritura fueron asimismo objeto de sus desvelos, «ejecutándose, dice el señor Eguren, con gran perfeccion, en su época, la letra romana liberal, como lo acreditan los preciosos fragmentos que contiene el *códice* Ovetense de la biblioteca del Escorial, manuscrito que hace mirar con desden las ediciones tipográficas de las obras de tan gran Prelado. Quejábase ya de este mal grave el jesuita Burriel al examinar los manuscritos de la Iglesia de Toledo, tan puros, viendo los muchos lugares, particularmente de los libros de

(1) *Memoria* citada.

las *Etimologías*, que habian sido alterados en las impresiones por culpa de los editores. Igual defecto se advierte en la edicion de Arévalo, hecha en Roma despues de la muerte del P. Burriel, pues en ella aparece lastimosamente variado lo que San Isidoro escribió, con muy sana critica, respecto á la revolucion sideral de Saturno y demás planetas.»

San Isidoro no es tan solo un erudito, un literato consumado, un Pontífice celoso, es en realidad un Padre de la Iglesia: su elocuencia, si bien no se asemeja á la de los doctores de la edad de oro de la palabra santa, no es por esto menos notable: San Isidoro es un teólogo de la edad media, que razona y argumenta con las reglas de la escolástica; hállanse en sus escritos un sinnúmero de oportunas consideraciones morales y pensamientos místicos.

A pesar de sus grandes trabajos, de sus estudios y la actividad de su vida, San Isidoro llegó á una edad avanzada: su muerte, acaecida en el mes de abril del año 636, fué la del justo. El nombre de San Isidoro es la síntesis de un gran período en la historia de la literatura del mundo: él reasume las grandes cualidades de sus antepasados, y de él parten como de un astro luminoso las de sus discípulos, émulos y admiradores.

Aun se conservan algunos trabajos ascéticos de San Isidoro, dignos de la mayor estimacion: en ellos se encuentran bellezas de primer orden, y se descubre al orador elocuente aun en la incorreccion misma de que adolecen (1).

Las *Etimologías*, la obra de *Viris illustribus* y la *Historia de regibus gothorum* son sus obras mas notables: «grave y severo, claro y sencillo, se ostenta en sus numerosas obras, hallando siempre, al esponer la doctri-

(1) Edicion de las obras de San Isidoro.—Madrid, año 1778.

na, la fórmula mas adecuada é inteligible, sin que el menor resabio de afectacion altere la naturalidad de su frase, ni el mas leve asomo de oscuridad desvirtúe el efecto producido por su lectura. Como escritor erudito, atiende á dar mayor fuerza y autoridad á sus especulaciones con el auxilio de la filología, prefiriendo entre todas las lenguas la griega, con lo qual muestra á menudo la indole de sus estudios y educacion literaria.»

Cuanto podamos decir de los discípulos de la escuela cristiana de [Sevilla posteriores á San Isidoro, parecerá pálido al lado del elogio merecido que de tan ilustre Prelado acabamos de hacer: sucede, sin embargo, que la vivísima claridad que en torno suyo esparcen esos grandes ingenios, se percibe durante mucho tiempo y alumbrá los senderos que ellos trazaron. Semejante la vida intelectual de los pueblos á la vida real, ni decrece ni progresa de un solo golpe, camina en grados sucesivos; no pasa nunca repentinamente de la civilizacion á la barbarie, de la luz á las tinieblas; leccion provechosa que muchos olvidan, precipitando indiscretos los sucesos, y causando grandes perturbaciones que detienen la marcha de la humanidad.

Son muchos los discípulos de la escuela de Sevilla dignos de recuerdo especial (1); pero no todos se distinguieron como propagadores de la doctrina cristiana desde la cátedra del Espíritu Santo: San Ildefonso, San Julian, Arzobispo de Toledo, y Valerio Abad, son los que durante este período conquis-

(1) Redempto; Braulio, célebre en los Concilios V y VI de Toledo; Máximo, Obispo de Zaragoza, antes nombrado; Conancio, Obispo de Palencia; Fructuoso, Eugenio, Domadeo y Bonelo; Eusebio, Adelfio, Exuperio, Eladio y Justo, entre otros, son los Prelados, escritores insignes, literatos é historiadores á que principalmente nos referimos.

tan la fama de oradores sagrados, debiendo de ellos ocuparnos, siquiera sea ligeramente, antes de terminar este capítulo.

SAN ILDEFONSO, nacido con particular talento para el púlpito, de prodigiosa memoria, de ingenio vivo y erudicion vastísima, tuvo por maestros á Eugenio y á Isidoro: concurrió á los concilios VIII y IX de Toledo, como abad del monasterio Agaliense, y contra su voluntad aceptó la mitra de Toledo, que unánimes el pueblo, el clero y el monarca Receswinto pusieron sobre su cabeza (1).

Dejando á otros la grata tarea de encomiar sus escritos (2), y á fin de no dar mayor estension á nuestra obra que la necesaria, para que llene su objeto en lo que penda de nuestra voluntad y buenos deseos, vamos á ocuparnos desde luego, y prescindiendo de otros datos biográficos de todos conocidos, del carácter especial de la elocuencia de San Ildefonso, verdadero torrente que se precipita rápido arrollando á sus enemigos, y escediendo, segun Juliano, los límites de la naturaleza (3).

Una de las heregías mas repugnantes y vergonzosas, uno

(1) *Esp. Sagr.*, tomo V., cap. 4.

(2) Véase la *Hist. Crist. de la lit. Esp.*, tantas veces citada, y de la cual nos hemos servido con grandísimo fruto para escribir este capítulo.

(3) «Ildephonsus memoria sui temporis clarus et irriguis eloquentiæ fluminibus exornans sæcula ætatis nostræ.... fuit sapientiæ summus disserendi ingenio clarus, eloquendi facultate præcipuus linguæ flumine copiosus. Tantoque eloquentiæ cothurno celebris habitus, ut disputationum ejus profusa oratio, dum perfecte dirigitur, merito non homo, sed Deus per hominem eloqui crederetur.» *In Ap. ad lib. Sanc Isid.*

de los miserables recursos del error para desvirtuar el prestigio de la religion, en lo que tiene de mas poético, de mas bello y consolador, que es el culto de María, fué la doctrina de Helvidio y de Joviano, propalada en el siglo IV y reproducida en la época de San Ildefonso: este insigne doctor y esclarecido Príncipe de la Iglesia, se sintió herido en lo mas íntimo y santo de sus creencias, y encendido en ardoroso entusiasmo, salió al encuentro de sus enemigos, los anatematizó desde la cátedra, pulverizó sus sofismas, y no satisfecho aun, compuso un libro *De perpetua Virginitate Sanctæ Mariæ*, capaz por sí solo de inmortalizar su nombre.

«Con la imaginacion de un poeta que habia pasado su juventud bajo el cielo espléndido de la Bética, y con la razon de un filósofo que durante la edad viril habia vivido en el retiro del cláustro consagrado á la enseñanza, ostentó Ildefonso en aquella peregrina obra el ímpetu fogoso de Eugenio y la severidad lógica de Isidoro. El entusiasmo que mueve su pluma, dando á su acento una entonacion elevada, comunica á su frase extraordinaria riqueza, y prestando notable precision á sus ideas, infunde á su lenguaje cierta manera de imperio, que ejercido al par sobre la razon y el sentimiento, hace irresistible su elocuencia.»

Júzganle por esto propios y estraños del mismo modo, alábanle con entusiasmo, ensalzan la flexibilidad de su talento, ofreciéndole como modelo perfecto de energía, de valor, de fuerza, de conviccion, digno de ser imitado.

He aquí la manera irresistible con que combate las doctrinas de Helvidio y Joviano, obligándoles á salir de sus tumbas, para comparecer ante su presencia:

«Cuando el espíritu de Dios (decía á Helvidio, rebatidos ya los extravíos de Joviano) predijo estas cosas por los Profetas, las afirmó por los Doctores, las defendió por los autores de la verdad y las consolidó por la eternidad de los siglos. ¿Por qué tú, inventor de nuevos errores, torpísimo calumniador, por qué con tanta necedad las difamas? ¿Qué osas decir, caos de locura, qué intentas murmurar, qué piensas balbucir, para demostrar que aquella morada de Dios en el seno virginal, aquella corte del Rey de las virtudes, clarísima con el brillo del pudor, aquella mansion de la honestísima carne del Emperador de las cosas celestiales, lugar glorioso de aquel Dios, á quien no comprende toda la diversidad de lugares, despues de la generacion de Dios, despues de la encarnacion del Verbo, despues de la Natividad del Señor, despues del nacimiento del Salvador, engendrara de carnal varon prole de carne precedera?...

¿El lugar de vida, con germen de mortalidad, produciria miembros que habian de morir?... ¿El huerto cerrado, que llevó solamente la flor de la peregrina virginidad, produciria el abrojo de las espinas mortales?... ¿De la fuente de vida, sellada con el virginal parto, brotaria el cieno del matrimonio?...

Pido, pido á Dios que el sepulcro de su boca sea atormentado por el dolor; que cierre sus dientes firme candado; que llene la inmovilidad de su lengua la caverna de su boca; que la crasitud del aliento pegue los extremos de sus labios, para que no salga fuera el hedor de tales palabras, ni se respire el olor de esta compañía, ni se escucho el anhélito de esta habla....»

La elocuencia varonil de San Ildefonso hiera el ánimo y sorprende la imaginacion; era entonces precisa y lo será siempre para destruir el cinismo de los que ponen sacrilega su lengua contra los dogmas de la fé y las doctrinas católicas.

Sin la energia, sin el vigor de los PP., el imperio del error hubiese sido mas duradero; despues de ellos los Prelados les han imitado sacando á salvo el sagrado depósito de la tradicion y la doctrina que les está confiado.

La debilidad, la contemplacion con los enemigos de la Iglesia, es impropia de valerosos soldados de Cristo: en el púlpito, toda debilidad parece cobardía, toda transicion en lo que no es, ni ha sido, ni será nunca transigible, contribuye al desprestigio del orador, desvirtúa sus consejos y hace estériles otras buenas cualidades.

Hay demasiado orientalismo en los discursos de San Ildefonso: emplea con frecuencia antitesis y ampliaciones simétricas, que en opinion de un crítico, terminan por imprimir cierto amaneramiento y estraña verbosidad á sus composiciones, produciendo confusion en las ideas y falta de purismo en el lenguaje.

San Ildefonso murió el año 667.

SAN JULIAN, tercer Arzobispo de este nombre que ocupó la silla de Toledo, se señaló en el glorioso periodo de la historia literaria de España que nos ocupa, por su elocuencia, por sus virtudes, por sus trabajos; siendo acreedor á ocupar un lugar distinguido entre los esclarecidos varones de quienes debíamos hacer un elogio especial.

Guárdanse principalmente los testimonios irrecusables del mérito de San Julian en las actas de los concilios XI y XV de Toledo, en las obras que nos ha legado (1) y en la opinion de

(1) Las obras que cita y elogia San Félix, son: un libro *De Remediis blasphemiarum*; otro de *Epistolas*; otro de *Himnos*, epitafios y epigramas; otro de *Sermones*, entre los cuales se contaba el opúsculo *De vindicatione domus Dei*; otro *De sententiis*; otro contra *Julianum*

cuantos han escrito acerca de esta época, dentro y fuera de España: es, pues, su fama universal, no puesta en duda jamás.

«Poeta, orador, historiador, filósofo y teólogo, recorre con igual brio todas las sendas abiertas por sus maestros; y reflejando, como ellos, la luz de las letras sagradas y profanas, recoge en todos los terrenos envidiables laureles: y si á la crítica literaria no le es dado hoy saborear desgraciadamente los sazonados frutos de su musa, si llora la Iglesia como perdidas no pocas de sus mas celebradas producciones, admira esta en las que han llegado á nuestros dias, la profundidad y estension de su doctrina, ya interprete y concuerde las Sagradas Escrituras (1); ya defienda contra los judíos la integridad del dogma y el cumplimiento de las profecías (2); ya, en fin, revele y explique los misterios de la eterna vida, bosquejando con vigoroso pincel el portentoso cuadro de la resurreccion de la carne (3). La critica literaria, *hæreticum*; otro *De divinis indiciis*; otro *De responsionibus*; otro de *Misas* para todo el año, y otro de *Orationes* para todas las festividades de la Iglesia de Toledo. *Collet. SS. PP. Tolet.*, tomo II, pág. 48 y siguientes. Despues se le ha atribuido sin fundamento la *Chronica Regum Wisogothorum* y algunos versos que recogieron tambien los editores de la *Coleccion Toledana* y publicaron como obras supuestas. Sensible es, en efecto, como dice el señor Amador de los Rios, que un escritor de nuestros dias tan diligente y entendido como Mr. Rosseeuw Saint-Hilaire, cite en su *Hist. d'Espagne.*, lib. II, cap. I, pág. 337, al referido *Cronicon* como fuente histórica digna de crédito, adjudicándola á San Julian.

(1) *Antikeimenon*, libri duo, pág. 453 del mismo tomo; *Comentarium in Harum propheta*, pág. 262.

(2) *De comprobatione sextæ œtatis*, libri tres. Esta obra, dirigida á Ervigio, fué sin duda escrita despues del XII concilio de Toledo, habido en 684.

(3) *Prognosticon futuri sæculi*, libri tres, pág. 10 del referido tomo y *coleccion*.

sin apartar la vista de estos preciosos libros, donde contempla á Julian como espositor y controversista, tiénese tambien por afortunada con poseer algun fruto de su elocuencia, reconociendo al propio tiempo las escolentes cualidades que le distinguen como historiador; principal titulo que le conquista señalado lugar entre los varones ilustres de España (1).»

De tal manera se espresa uno de los críticos á quienes mas de cerca hemos seguido, al estimar la escuela de Sevilla y la de Toledo, á la que mas principalmente pertenece San Julian: Mariana dice de este ilustre escritor, que tenia un ingenio fácil, copioso y suave; y D. Nicolás Antonio ensalza el primor y la elegancia de sus trabajos. La verdad es que sus composiciones se resienten en cuanto á la forma del mal gusto que ya comenzaba á reinar, del latin adulterado que mas tarde se observa en los pocos escritos que la tradicion ha conservado.

San Julian murió el dia 6 de marzo del año 690.

VALERIO ABAD, que durante cuarenta y dos años permaneció en el desierto dedicado al estudio, á la reproduccion de la *Sagrada Escritura* y otros libros, fué por último consagrado Abad del célebre monasterio de San Pedro de Montes, donde adquirió gran nombradía por sus grandes dotes de virtud y de ciencia.

«Cuando exaltada su fantasía con el espectáculo de la celestial morada, que no podia ser revelada por su lengua ni aun concebida por su mente, descendia de nuevo á la tierra para descubrir á los hombres tan inefables misterios, poseido del ardoroso entusiasmo que agitaba su espíritu, pedia sus

(1) Señor Amader de los Rios.

armas á la elocuencia, y mientras rogaba que no se buscara en sus obras la gala de los ornamentos ni la pompa de las palabras, hallábase en brazos de la mas dulce y magestuosa poesia.»

Entre las obras que existen de San Valerio (1), no hay ninguna que no merezca los mayores elogios, habiendo sido manantial fecundo donde se han inspirado despues célebres oradores y poetas insignes.

Valerio murió el año 695.

Capo á los romanos el triste privilegio de abrir á las bárbaras naciones del Norte las puertas de la península Ibérica, y á la nobleza visigoda corresponde el de haber entronizado en nuestro suelo el imperio de los sectarios de Mahoma.

Precedió á la batalla de Guadalete un período de vergonzosa disipacion y desenfreno, de hondas perturbaciones, de escasos monumentos de cultura y civilizacion. El clero, la nobleza y el pueblo, todos por diversas sendas, caminaron á su propia destruccion. «La nobleza, es decir, la raza goda, degenerada en la molicie, gastada en medio de los placeres materiales y falta de toda fé y pudor, era impotente para el ejercicio de las armas, y solo abrigaba, con los hábitos de re-

(1) Las obras que existen de San Valerio, son: la *Vida de San Fructuoso*; la *de Santa Echeria*, dirigida á los monges del Bierzo; el tratado *De Monachorum penitentia*; el *De Genere Monachorum*, y el de sus propias querellas (*Querimonias*), dedicado tambien á Donadeo. En este escrito, sin duda el mas importante bajo el aspecto histórico, refleja el santo sus penalidades y persecuciones con tan vivo colorido como el que resalta en las *Visiones* y en el tratado *De vana sæculi sapientia*. Estas obras se publicaron diferentes veces antes que el diligente Florez las insertara en el tomo ya citado de la *España Sagrada*, pero incompletas y plagadas de lunares.

belion y de trastorno, una ambicion desmedida; el clero, espejo de la virtud y la sabiduria medio siglo antes, apagado el noble espíritu que le animaba, olvidaba sus puras y patriarcales costumbres, y adulteradas sus venerandas tradiciones, no era ya el huerto de eleccion, donde crecia libre y frondoso el árbol de la inteligencia; en él cundian solamente el abrejo y la maleza que lo envenenaban: la plebe, es decir, la raza hispano-latina, que era la parte mas numerosa é inteligente de la nacion, perdido el amparo del clero, á quien habia mirado con el amor de hijo, humillada por los poderosos y sin participacion activa en el gobierno del Estado, veia desvanecida toda esperanza de engrandecimiento, y avezada á la servidumbre y la miseria, yacia en la postracion mas lastimosa.»

Tal es el cuadro que nos ofrece España durante los últimos años del siglo VII y los primeros del VIII; la enérgica protesta de la Iglesia contra tantos desórdenes, no dió mas resultado que transmitirlos en toda su vergonzosa desnudez, para baldon eterno de los que, usurpando el carácter sacerdotal, no tuvieron reparo en manchar la púrpura y hacer escárnio del altar.

La Elocuencia cristiana enmudece casi por completo durante el período que precede á la invasion agarena: triunfantes los hijos del falso profeta, renacen con nuevo vigor los elementos de la civilizacion patria, y en tanto que los mahometanos llevan de una á otra comarca sus falanjes vencedoras, acógense á las montañas de Asturias un puñado de hombres, resueltos á rechazar á costa de sus vidas toda idea de servidumbre. Encendida por la fé la hoguera del patriotismo, renace para asombro de las edades, el antiguo valor de los

iberos, probado contra Roma en una guerra de doscientos años, y que debia acrisolarse con cien y cien victorias, en una lucha de ocho siglos. Así, poniendo la Iglesia bajo la salvaguardia y patrocinio de aquellos héroes las reliquias de los santos y de los mártires y las prezas de sus altares, venia á santificar aquel noble grito de independecia, y mostrándose mas grande y sublime en mitad del naufragio que en los dias de la prosperidad, velaba incansable por lo porvenir del Cristianismo, salvando con igual solicitud el dogma, la ciencia y el arte, cuya guarda y custodia habia confiado á su celo y sabiduría la Providencia.



CAPITULO IV.

Las Cruzadas.—Pedro el Ermitaño.—Urbano II: concilio de Clermont.
Fin de la primera cruzada.—San Bernardo.

Es para nosotros una ventaja incalculable escribir la historia de la Elocuencia cristiana, cuando en la apreciacion de los sucesos mas importantes que han ocurrido en el mundo, nos han precedido insignes pensadores, escritores ilustres, hombres que con un criterio filósofico elevado, han destruido la obra de la parcialidad, de la injusticia y del error.

Las Cruzadas, hecho el mas trascendental y con mas variedad juzgado, que tiene lugar en los siglos medios, no es ya para quien en algo estime la opinion y el fallo definitivo de la esperiencia y del saber, no es una *locura insigne*, ni un *acto de barbárie*, ni una *temeridad inaudita*; es por el contrario una nueva redencion que parte de la idea regeneradora, un movimiento saludable que imprime á la sociedad la doctrina mas grande y humanitaria: es el sacudimiento de una nueva civilizacion comprimida, detenida en su marcha por los extravíos mas lamentables: es la tabla de salvacion que en medio de la tormenta ofrecen al mundo agitado, al mundo

abandonado por segunda vez á sus propias fuerzas, los discípulos predilectos, los sucesores de los Apóstoles, de los Santos Padres, de los mártires, de los confesores de Cristo, los predicadores, en fin, de la doctrina evangélica.

Si: antes de suceder, las Cruzadas se predicaban; antes de levantarse cien y cien pueblos, y marchar unidos, no en busca de intereses mezquinos, sino mas bien abandonándolos; no con el afán de establecerse en mas fértiles y risueñas comarcas, sino dejando sus hogares, sus familias, sus hijos, sus esposas y el cielo siempre caro de la patria; antes de esa *unión material* que dió á Europa su independencia, que santificó el espíritu guerrero y aventurero de los pueblos, que desenvolvió en todos sentidos el espíritu humano, que fraternizó al rico con el pobre, rompiendo las vallas del orgullo y la vanidad al mezclarse por vez primera caudillos y vasallos en una misma empresa y al arrodillarse todos al pié de una misma cruz; antes de todo esto, la voz del sacerdote, del misionero, une los corazones inspirándoles unos mismos sentimientos, enlaza las voluntades haciéndolas abrigar idénticas aspiraciones y nobles deseos, y la torcida senda se trueca en camino fácil y seguro, en vía de progreso, de adelantamiento, de vida.... Sin las Cruzadas, ¿qué hubiera sido del mundo? Hoy ya lo podemos decir: el crisol de la esperiencia ha depurado la verdad, y son muchos los que confiesan las grandes ventajas que ha traído al mundo, el que ciudadanos de pueblos distintos marchasen á través de los mayores peligros, no como marchaban las legiones cuyas hazañas cantó Homero para vengar el ultraje de un marido, sino como dice Balmes, para rescatar el sepulcro de un Dios.

Otros, antes que nosotros, se han ocupado de encarecer

los resultados políticos y sociales de las Cruzadas (1); ninguno al hablar de este suceso ha podido olvidarse de Pedro el Ermitaño, de Urbano II, de San Bernardo, porque ellos iniciaron, ellos promovieron, ellos alentaron, á ellos corresponde una gran parte de la gloria y justo nombre de tantos hechos heroicos, de tantos episodios admirables, de tantas y tan esclarecidas acciones como constituyen esa gran epopeya, que solo bajo un punto de vista nos es dado contemplar en este libro con mayor detencion.

Antes de ahora hemos dicho que la conversion de los bárbaros, es el primer triunfo ostensible del catolicismo; ahora debemos añadir, que las Cruzadas son la corona, el dignísimo remate de tanta conquista en el órden moral, de tantas victorias parciales conseguidas á fuerza de sangre, de luchas, de controversias, de polémicas inolvidables.

La palabra de los Apóstoles, las confesiones de los mártires, los discursos y los escritos de los Santos Padres habian preparado el gran día de la fraternidad humana: los hombres se llamaban hermanos, pero los pueblos se hacian la guerra y destruian sin escrúpulo alguno; era preciso un suceso providencial, era precisa «una grande idea ó un gran sentimiento que arrancase de raíz tantos males, que diese verdadera sávia á aquel estado de cosas que parecia conducir los siglos tras de completa ignorancia á desastrosa ruina, que trocase el impe-

(1) Muchos han escrito acerca de las Cruzadas, cuyos heroicos hechos inspiraron al Tasso uno de los primeros poemas; los principales á quienes hemos consultado han sido: Fleury, *Disc.*, Michaud, *Hist. des Crois*, Mills, Trad. por Paul, *Hist. des Crois*, Poujoulat, *Hist. de Jerus*, Chateaubriand, Cantú, Bernald, Herder, Gibbon, Weber, Hereen y otros en diversas obras, de las que en su mayor parte hemos hecho mencion antes de ahora.

rio de la fuerza por el imperio de la inteligencia.» La idea y el sentimiento partieron de la Iglesia. «Los pueblos habían olvidado, dice el señor Muñoz y Garnica (1), su lenguaje nacional, ó lo desdeñaban; en el siglo VI había desaparecido casi por completo el espíritu de las escuelas; el imperio romano y la Iglesia estaban invadidos por los bárbaros; la dominación y las escisiones intestinas paralizaron el movimiento científico, en Africa, por la compresión de los vándalos; en España, Francia é Italia, por la invasión de hordas extranjeras. Esta declinación de las letras, el fraccionamiento de los diversos Estados, su falta de cohesión, la barbarie y el feudalismo, pedían una regeneración que no podía venir más que de la Iglesia, que es el punto de donde parten siempre las indicaciones salvadoras.

Rotos estaban los vínculos sociales y degenerados los buenos principios, cuando un hombre lleno de fuerza, Hildebrando (Gregorio VII), se atrevió á emprender la reforma del mundo. Los príncipes habían perdido su poder, los grandes y señores aspiraban á su independencia, y el resto de la sociedad era esclava; entonces Gregorio VII pensó en levantar la soberanía del Papado, para salvar la sociedad por la Iglesia. Conocía el siglo y los negocios: era un hombre destinado para tal

(1) Al revisar estas páginas, escritas hace algún tiempo para darlas á la imprenta, el señor Muñoz y Garnica, á quien hemos citado muchas veces en el tomo I, á quien citaremos en este, porque con sus escritos nos ha trazado en gran parte la senda que vamos recorriendo, ha tenido la bondad de sorprendernos, remitiendo á *La España* un artículo, en el cual sin merecerlo concede algún mérito á nuestra humilde producción. La gratitud nos impone, pues, el deber de dar al señor Garnica un público testimonio de nuestro reconocimiento, rogándole una vez más, nos dispense si enriquecemos con demasiada frecuencia nuestro libro con los brillantes trozos de los que él con tanto aplauso ha dado á luz.

época y para tal obra. El alma de este sistema consistía en la unidad religiosa, siendo el sentimiento cristiano el único capaz de despertar á los pueblos haciéndoles marchar bajo una bandera, á las órdenes de los sacerdotes, de príncipes y capitanes, á la voz de la autoridad, representada en todos sentidos por unos mismos principios, sometida al poder, á Roma, á la Iglesia, al dogma, á la gran monarquía del Occidente. Ocurrióle al Santo Padre el pensamiento colosal de las *Cruzadas* (1), produciendo en los ánimos de la multitud una gran fermentación la idea de rescatar el Santo Sepulcro. A la verdad, tampoco había cosa que se acomodara mejor con los hábitos y necesidades de tal sociedad y de tal siglo, que el emprender una expedición á lejanas tierras, en que los soldados y peregrinos, investidos de privilegios, bulas y amplias exenciones, combatieran por la religión y por la patria, como cristianos y como caballeros. El emperador de Alemania fué convocado á la guerra por el Pontífice; pensaba volver al emperador de Oriente las provincias del Asia que había perdido, con la esperanza de obligarle á someter la Iglesia griega á la latina: de este modo creía ensanchar los límites del mundo cristiano, é incorporarlo á un solo centro, á una sola gerarquía.

Gregorio VII murió sin ver marchar las legiones de cruzados, pero pudo alcanzar con su previsión los resultados que darían en el porvenir.»

Fueron estos los preludios de las Cruzadas; la primera página de este nuevo período en la historia de la palabra cristiana, debemos referirla á la conocida carta de Gregorio VII,

(1) Por nuestra parte aceptamos la opinión del señor Muñoz y Garnica. Poujoulat, dice que el pensamiento de Gregorio VII fué únicamente socorrer á Constantinopla y unir la Iglesia griega á la latina.

en la cual se leían estas palabras: «Nuestros padres visitaron muchas veces la tierra santa, para consolidar la fé católica: también nosotros, sostenidos por las oraciones de toda la cristiandad, marcharemos allá en defensa de nuestra fé y de nuestros hermanos, cuando se nos franquee el camino por la gracia de Cristo: que el camino de los hombres no está en sus manos, sino que es Dios quien los conduce...»

Todo está preparado, es cierto; pero lo está por el mismo sentimiento religioso que animó á este Pontífice esclarecido. No es esta la vez primera que la Europa pelea con el Asia, ni este el primer esfuerzo del Occidente contra el Oriente, ni la Edad Media el primer tiempo de la historia, en que los europeos se oponen á los asiáticos. Nó: la oposicion, como decia nuestro amigo el señor Urcullu y Zulueta (1), entre el Oriente y el Occidente, tiene mas remotos origenes; apenas se divisa el primer albor de la historia, cuando ya vienen á las manos la Europa y el Asia, y las contiendas se renuevan al través de los siglos entre los pueblos del uno y del otro continente: Héctor y Aquiles, Priamo y Agamenon en un principio, Persia y las repúblicas griegas mas tarde, Alejandro invadiendo aquel imperio despues, son como el principio de la gran lucha: Cartago y Roma, Antíoco y Roma, Mitridates y Sila, forman otro período; y por último, en el momento supremo á que hemos llegado, la lucha toma un carácter enteramente distinto: aquí obra ya visiblemente la voluntad suprema del Criador; no es la contienda personal, ni el espíritu de conquista, es el triunfo de la idea, é ideas y sentimientos son las fuentes principales que explicar pueden el hecho de las Cruzadas.

(1) *Discurso* leído ante el cláustro de la Universidad Central, en el acto de recibir la investidura de doctor en la facultad de filosofía y letras.

«Lo único bueno que tenia la sociedad era el sentimiento religioso; no habia, pues, mas que dilatarlo, abrirle anchas puertas de comunicacion con el mundo de afuera, con otra civilizacion y con diversas costumbres, ponerle, en fin, mas desembarzado y llano el camino del cielo promoviendo las guerras de religion, fomentando bajo todos aspectos la vida del espíritu, ensanchando los conocimientos, las aspiraciones, el poder y la fuerza que habian de desenvolverse por medio de tales revoluciones. Y esto fué lo que se hizo: los pueblos se dispersaron, y en la dispersion se hicieron conquistadores, navegantes, sábios, misioneros, diplomáticos, caballeros y héroes.

Las Cruzadas fueron la segunda de las grandes evoluciones que proyectaba Roma para sujetar á su dominio el mayor número posible de pueblos y naciones: en el paganismo para darles la libertad se hacia todo por la fuerza; ahora la fé, la esperanza y la caridad se dan á los pueblos como una promesa y un signo de su esperada regeneracion. Predica el Cristianismo una doctrina de igualdad, de paz, de justicia, de sumision, de mútuo afecto: una benéfica autoridad protege al débil contra los excesos del poderoso: esparcido el clero en medio de todos, aleja poco á poco las divisiones nacidas de la diferencia del origen, hace amar una patria comun recordando la fraternidad universal, derriba las barreras entre las naciones, regenera la barbárie, se coloca al lado del varon para señalarle el camino de la civilizacion, conserva los autores clásicos y reforma las legislaciones... La Iglesia, arco de salvacion, enlaza á los germanos al territorio, y llama á toda la Europa para rechazar el Oriente. Cuando los mongoles amenazan de nuevo la civilizacion naciente, acude á detenerlos con las armas y las predicaciones; impide á los turcos anonadar las instituciones europeas, em-

presa que en otros tiempos no hizo mas que despertar la simpatía ó la ambición de algunos (1).

A la guerra y á la paz era llevada la muchedumbre por la palabra de los predicadores. No todos eran elocuentes, ¿cómo habian de serlo? hombres incultos, al nivel del pueblo, sin ganio ni sabiduría, prevenidos de sutilezas escolásticas, improvisaban en un latin corrompido y toscas bárbaras arengas que la multitud no oía siquiera, porque la devoción se adelantaba á las peroraciones, y el corazón se rendía muchas veces antes que se intentara interesarlo por la elocuencia. En tales momentos encontrarse con San Bernardo no parece cosa natural, sino mas bien un milagro de la gracia (2).»

Pasemos ya á contemplar de cerca á los oradores de quienes debemos ocuparnos en este capítulo.

Pedro el Ermitaño.

Ved aquí un hombre de rudo aspecto, de exterior extraño; la cabeza descubierta, los piés desnudos, vestido de larga túnica sujeta con ceñidor de cáñamo, y montado en una mula. De tal manera atraviesa la Italia, pasa los Alpes, recorre la Francia y gran parte de la Europa; el pueblo sigue ávido sus pasos y escucha sus palabras, dándoles el valor que les imprime el gran prestigio de la austeridad, de la virtud, de la modestia, de la caridad ardiente del que las pronuncia..... este es *Pedro el Ermitaño*, natural de Picardía, y á quien nada detiene, nada intimida, porque al pié del sepulcro del Salvador ha percibido la voz de Dios.—Pedro, levántate;

(1) César Cantú.

(2) Señor Muñoz y Garnica.

anuncia á mi pueblo el fin de toda tiranía: venga á mis siervos, y liberta de manos sacrilegas la tierra de los grandes misterios, la tierra regada con la sangre del Redentor.

Tal es la misión augusta del primer predicador de las Cruzadas: ha sido testigo de las profanaciones de la tierra santa; ha visto ultrajado el suelo que recorrió el Hombre-Dios; y ante tan doloroso espectáculo ha sentido el rubor, la vergüenza en sus mejillas; se ha avergonzado de ser cristiano, y ha ofrecido en tremendo juramento conmover la tierra, concitar los ánimos, atraer las voluntades, dirigir á un fin común tantos y tantos pueblos, mal entretenidos en medir sus armas y consumir en estériles combates su valor.

De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, de provincia en provincia, de nación en nación, Pedro implora de unos la caridad, de otros las oraciones, de aquellos el sacrificio, de éstos la ruda diestra destinada á caer cual poderoso ariete sobre el infiel. Ora en medio de la plaza pública, ya en el campo ó en el púlpito de las iglesias, en las calles, en los caminos, en todas partes predica con ardorosa elocuencia, elocuencia que inflama, que arrebató, que no dej alugar á la meditación ni al cálculo.....—*Guerreros del demonio, les dice, convertíos, convertíos en soldados de Cristo*;—es decir, hombres cuya locura no tiene límite, que volveis vuestros odios, vuestros rencores, contra vosotros mismos, *unos*, si queis salvaros; ha llegado el momento supremo; la sangre de vuestros hermanos corre á torrentes por las calles de Jerusalen; de mis palabras son testigos los santos y ángeles, á quienes invoco; venid, venid conmigo á la montaña de Sion, á la roca del Calvario y al monte de las Olivas..... Desde aquí percibo yo sus lamentos y sus quejidos..... volved, vol-

ved en vosotros; no me escuchéis á mí, no veáis mis lágrimas ni oigáis mis sollozos, no mireis mis piés desnudos y heridos, ni mi pecho macerado, ni mis carnes ensangrentadas; mirad, mirad el crucifijo que llevo en la mano, contemplad la triste suerte que cupo al Santo de los santos, al Inocente entre los inocentes, al Mejor entre los mejores, al Dios vivo, Hijo del Padre y Dios como él; moveos á compasión á la vista de esta imágen del mayor dolor... .

Las arengas, los discursos de Pedro el Ermitaño se han perdido, pero no su memoria: misioneros recorren todavía los pueblos que nosotros hemos visto llegar á pié, sin séquito alguno, y salir victoreados llevándose tras sí el corazón de los convertidos..... si quereis formar por vosotros mismos una idea de ese orador, á quien quizá hemos empequeñecido queriendo parodiar sus frases, no os fijeis en estas páginas; asistid á una misión, y decidnos despues si Pedro el Ermitaño podia parecer despreciable á los ojos de un historiador de la Elocuencia cristiana. Ni Pedro, ni sus sucesores han escrito por lo comun sus discursos; si los escribieran valdrian menos; el dedo de Dios coloca en su boca frases oportunas, frases de un efecto seguro, porque ante ellos han procurado encender en sus pechos la llama del amor y de la caridad: ahí teneis el gran secreto de Pedro, la gran arma que él y sus sucesores esgrimen; arma igual hoy que ayer en sus efectos, distinta quizá en su forma, por la cual de ella no os daríamos, aunque fuese real nuestro talento, una pequeña idea.

Al hacer el elogio de Pedro el Ermitaño, le hacemos de cuantos antes que él y despues de él han llenado en la Iglesia la gran obra, la obra portentosa y civilizadora de preparar á las almas cristianas el camino de la virtud, la senda del

bien y de la salvacion.—Nombres ignorados de millares de héroes que habeis recorrido el mundo imitando á Pedro el Ermitaño, yo os saludo; yo reclamo para vuestra memoria la admiracion que experimenta mi alma al pensar en vuestros servicios á la causa de la religion y de la humanidad: los que habeis muerto en apartadas regiones, tantos otros cuyos nombres no me seria dable citar, aunque lo permitieran las condiciones de este libro, recibid todos, todos, el humilde tributo de mi reconocimiento, de mi profunda veneracion.

Urbano II.

A la gran obra tan felizmente comenzada por Pedro el Ermitaño, á cuya voz despertaron los pueblos y se sintieron fuertes y poderosos para llevarla á cabo, vino á dar nuevo impulso la palabra de un Pontífice y la autoridad de un concilio.

El emperador de Constantinopla pide en tales momentos amparo contra la amenazadora invasion de los turcos: prepárase en Plasencia el concilio de Clermont, y reunido en efecto, hablan en él Pedro y Urbano II; Guillermo de Malmesbury traslada el discurso de este Príncipe ilustre de la Iglesia, y Michaud al traducirle lo reviste de nuevas formas.

Un pueblo sin Dios, el hijo del Egipto esclavo, ocupaba violentamente la cuna de nuestra redencion y la patria de nuestro Divino Salvador: la ciudad del Rey de los reyes, que trasmitió á las demás los preceptos de una fé pura, era testigo de las supersticiones paganas; áquel milagroso sepulcro, donde la muerte no pudo guardar su víctima, aquel sepulcro manantial de la vida futura, sobre el que se levantó el sol de la resurreccion, habia sido profanado por los que no deben re-

sucitar sino para servir de pábulo al fuego eterno. Victoriosa la impiedad, había derramado densas tinieblas por los mas ricos países del Asia: Antioquia, Efeso y Nicea se habían convertido en ciudades musulmanas, y las bárbaras hordas de los turcos habían plantado sus estandartes en las orillas del Helesponto, desde cuyos márgenes eran una amenaza continua para todos los pueblos cristianos: si Dios mismo armando sus hijos contra ella, no hubiese detenido á los bárbaros en su triunfante marcha, ¿qué nacion ni qué reino podría haberles cerrado las puertas del Occidente?

El soberano Pontífice se dirige á todas las naciones cristianas en cuyo valor tenia la Iglesia colocada su esperanza, y así, á la vez que iba pronunciando su discurso, sus oyentes se penetraban de los sentimientos que animaban su corazón: todos los resortes fueron empleados por Urbano II: habló á los caballeros, á los varones y al pueblo: el amor de la gloria, la ambicion de las conquistas, el entusiasmo religioso, y sobre todo la compasion para con sus hermanos cristianos, son los principales recursos de que se valió. Veámoslo.

«¿Qué voz humana, les decia, podrá nunca referir las persecuciones y tormentos que padece la estirpe clara del pueblo escogido de Dios! La impía raza de los sarracenos no ha respetado ni las virgines del Señor, ni el colegio de los sacerdotes. Tienen sujetas con cadenas las manos de los fuertes y de los ancianos; los niños arrancados del regazo maternal se olvidan en poder de los bárbaros del nombre del verdadero Dios; los hospicios que aguardaban á los infelices peregrinos han recibido bajo sus profanados techos una nacion perversa; el templo del Señor ha sido tratado como un hombre infame, y los ornamentos del santuario llevados como cautivos. ¿Qué más

os diré? En medio de tamaños males, ¿quién hubiera podido retener en sus desoladas mansiones á los habitantes de Sion, á los custodios del Calvario, á los servidores y *conciudadanos del Hombre-Dios*, si no se hubiesen impuesto la ley de recibir y socorrer á los viajeros, y si no hubiesen temido dejar sin sacerdotes, sin altares y sin ceremonias religiosas una tierra cubierta todavía con la sangre de Jesucristo?

¡Infelices de nosotros, hijos y hermanos míos, que vivimos en estos calamitosos días! ¡Hemos nacido en este siglo, reprobado por el cielo, para ver la desolacion de la ciudad santa, y para quedarnos tranquilos mientras esta permanece en mano de sus opresores? ¿No es mejor, no es preferible morir en la pelea que permanecer por mas tiempo en presencia de tan terrible espectáculo? Lloremos todos juntas nuestras culpas, que han armado la cólera divina, lloremos por la desgraciada Jerusalem; pero no sean nuestras lágrimas como la semilla tirada sobre la arena, y la guerra santa encienda el fuego de nuestro arrepentimiento; anímenos el combate y sea *aquel mas fuerte que la muerte misma* contra los enemigos del pueblo de Dios.....

Guerreros que me oís, continuaba el elocuente Pontífice, vosotros que siempre estais buscando vanos pretextos de guerra, regocijaos, porque aquí teneis una lucha legitima y santa: ha llegado el momento de mostrar al mundo que os anima un verdadero valor; ha llegado el instante de espiar tantas violencias cometidas en el seno de la paz y tantas victorias manchadas con la injusticia. Vosotros que con frecuencia fuisteis el terror de vuestros conciudadanos, y que por vil precio vendeis vuestros brazos á los furiosos agenos, nuevos Macabeos, id á defender *la casa de Israel, que es la viña del Señor de los ejércitos*. No se trata de vengar injurias de los hombres, sino las inferidas á la Divinidad; no se trata de atacar una ciudad ó un castillo, sino de la conquista de los santos lugares. Si triunfais, las bendiciones del cielo y los reinos del Asia serán vuestra recompensa; mas si sucumbís, tendreis la

gloria de morir en los mismos parajes que Jesucristo, y Dios no olvidará el haberos visto alistados en su santa milicia. No os retengan en vuestros hogares, ni cobardes afectos, ni sentimientos profanos; como soldados del Dios vivo, no oigais ya sino los clamores de Sion; romped todos los vínculos terrenales y acordaos de lo que el Señor dijo: *El que ama á su padre ó á su madre mas que á mí, no es digno de mí; y cualquiera que abandonare su casa, ó su padre ó su madre, ó su mujer ó sus hijos, ó sus bienes, por mi nombre, será recompensado en un céntuplo, y poseerá la vida eterna.*»

Las palabras de Urbano abrasaban todos los corazones, asemejándose á la ardiente llama bajada del cielo. La asamblea de los fieles, impulsada por un entusiasmo que nunca será capaz de producir la elocuencia humana, se levantó toda entera respondiendo con voz unánime: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! (1)

«Sí, repuso el santo Pontifice, Dios lo quiere.... Hoy se cumple la palabra del Salvador, el cual prometió hallarse en medio de los fieles reunidos en su nombre; él es quien os ha dictado esas palabras que acabo de oír; sean vuestro grito de guerra y anuncien en todas partes la presencia del Dios de los ejércitos.»

Aunque este discurso no fuese en su forma como nos lo trasmite el célebre historiador antes citado, tal debió ser su espíritu: un Cardenal pronunció la fórmula de la confesión general; todos se postraron en tierra ó hicieron votos de fraternidad y valor.... Urbano II presentó entonces á la asamblea el signo de la redención.

(1) «Diex el volt.—Die li volt.—Dio lo vuole.»

«No soy yo, les dice, es Jesucristo quien saliendo de su sepulcro os presenta su *Cruz*: sea esta la enseña de las naciones y de los pueblos; agrúpanse en torno suyo los dispersos hijos de Israel; llevadla sobre vuestros hombros y sobre vuestro pecho; brille sobre vuestras armas y sobre vuestros estandartes; y sea para todos la prenda de la victoria ó la palma del martirio, recordándonos continuamente que Jesucristo murió por nosotros y nosotros debemos morir por él.»

De tal manera dá principio la primera Cruzada: á los ejércitos siguen los predicadores de Cristo, inspirados por la elocuencia de Pedro y del Pontifice; milagros, portentos de valor, de piedad y de heroísmo: ceguera inaudita, falta de luz, fanatismo, errores y pasiones, todo se mezcla en la titánica lucha que presencia el mundo y sobre la que rápidamente debemos pasar.

El día 15 de julio de 1099, á las tres de la tarde, fué tomada Jerusalem: los cristianos caminaban *con la sangre hasta el tobillo*; tan grande había sido la mortandad.... Después del combate, Godofredo es el caudillo á quien se aclama para ocupar el trono restaurado de David; pero tan ilustre caballero se niega á colocar sobre sus sienes corona de oro, donde Jesús llevó la suya de espinas sobre su cabeza.

Siria, Damasco, Bagdad, se aprestan á la venganza; de nuevo es necesario combatir: Pedro el Ermitaño vuelve á excitar los ánimos acobardados, y la famosísima batalla de Joppe pone término á la primera Cruzada.

Créese que tomaron las armas seis millones de europeos y diez mil volvieron á sus hogares; ¿y los demás?... Sus huesos esparcidos en el camino de Jerusalem, esperan que otro nue-

no sentido les convoque á la ciudad santa, donde no pudieron llegar ó de donde no tuvieron la suerte de volver.

San Bernardo.

Uno de los personajes mas esclarecidos de la edad media, predicador ardiente, gran columna de la Iglesia y alma de la sociedad cristiana en el siglo XII; de simpática figura, de ingenio vasto y saber profundo; docto entre los doctos, sencillo entre los sencillos y pródigo en preceptos de santidad, tal nos dice la historia y la tradicion que fué San Bernardo, abad de Clairvaux, nacido en Fontaine (Borgoña) y arrastrado á la vida solitaria y religiosa por uno de esos sentimientos que no admiten contradiccion. San Bernardo quiso llevar los espíritus á la religion, á la contemplacion, á la soledad, donde leia las escrituras y los Padres de la Iglesia: donde imitaba á San Agustin (†) amando su teología y la filosofía de los griegos; y tantos le siguieron al triste valle de Absinto (que así se llamó la angostura de su monasterio de Clairvaux, valle profundo entre elevadas montañas y densas selvas), que las madres y esposas suplicaban á sus hijos y á sus maridos que no fueran á oír la irresistible voz de aquel predicador tan ardiente. Dice un cronista, que hablaba á los campesinos como si siempre hubiera vivido en el campo; y á las demás clases como si hubiera consumido su vida en estudiar sus costumbres.... Dios lo habia concedido dotes especiales para calmar y persuadir.... La miel y la leche manaban de su lengua, y sin embargo, la ley de fuego estaba en su boca. Así que, cuando hablaba á los alemanes, aunque no enten-

(1) Escribió un tratado sobre la gracia y libre albedrío.

diesen su lengua, quedaban mas conmovidos del sonido de sus palabras, que si les hubiesen explicado su sentido los mas hábiles intérpretes; y manifestaban su emocion dándose golpes de pecho y derramando lágrimas.

El mismo espíritu con que arrancaba del mundo las almas para llevarlas á Dios, le movió á arrancar los pueblos de la Europa para precipitarlos sobre el Oriente. Era preciso continuar la obra de Urbano II y de Pedro el Ermitaño; seguir las pisadas de Tancredo, Raimundo de Tolosa, Roberto de Normandía y del gran Godofredo: imitar el ejemplo de tantos Obispos, reyes y señores; seguir á aquella inmensa muchedumbre que abandonaba sus hogares entonando el *Vexilla Regis*, y que al morir junto á los muros de Jerusalem pronunciaba *¡un Dios lo quiere!* última respiración del heroísmo cristiano. San Bernardo, que así trabajaba en refutar la teología de Abelardo como en reprender los desmanes de Luis VII, que á la sazón ocupaba el trono de Francia, fué el encargado de predicar la segunda Cruzada, para la cual se habian concedido las mismas indulgencias por la Santidad de Eugenio III, que las que dispuso á la primera su ilustre predecesor Urbano II. En 31 de marzo de 1146 se congregan en la Borgoña el rey, varios Obispos y señores y proclaman la Cruzada. (1).»

Antes de este período en la vida de San Bernardo, en el cual se nos presenta á su mas grande altura, su palabra es ya celebrada, su elocuencia truena contra los vicios y las iniquidades de los hombres, y en sus viajes los pastores y campesinos bajan de las rocas, le salen al encuentro, y apenas le divisan alzan la voz y le piden su bendiccion.

(1) Señor Muñoz y Garnica.

Cuando al salir del desierto se presentaba en medio de los pueblos y de las córtes, las austeridades de su vida marcadas en sus facciones, en las que la naturaleza habia derramado la gracia y la hermosura, inspiraban la veneracion y respeto en los corazones de todos. Hacia derramar lágrimas al pueblo en medio de los campos y de las plazas públicas, y su elocuencia parecia ser, como hemos dicho antes, uno de los milagros de la religion que predicaba; la Iglesia, en fin, cuya antorcha era, recibia al parecer, por su mediacion las voluntades divinas. Los reyes y sus ministros, á quienes nunca perdonaba un vicio, ni una calamidad pública, oian humildes sus reprehensiones, y los pueblos, en sus calamidades, iban á colocarse á su alrededor, como van á postrarse al pié de los altares.

Las iglesias están desiertas, exclamaba; las basílicas sin pueblos; los pueblos sin sacerdotes; los sacerdotes sin honor y los cristianos sin Cristo; y en tales momentos, imitando al Profeta, recorría el mundo preparando los caminos del Señor.

Interesante y bello es contemplarlo en la famosa asamblea de Vezelay, convocada con motivo de la Cruzada. El domingo de Ramos, despues de invocar el Espíritu-Santo, dice M. Michaut, todos los que habian venido para oír al abad de Clairvaux, se reunieron en la pendiente de una colina junto á las puertas de la ciudad: levantóse una gran tribuna, donde el rey, con todo el aparato de la dignidad real, y San Bernardo con el modesto traje de cenobita, fueron saludados por las aclamaciones de un inmenso pueblo. El orador de la Cruzada leyó primero la carta del Soberano Pontífice, y habló despues al pueblo de la toma de Efeso por los sarracenos y de la destruccion de los santos lugares. Mostróles al univer-

so anonadado bajo el peso del terror, sabiendo que Dios habia comenzado á perder su amada tierra; la ciudad de Sion postrada de hinojos demandando proteccion; Jêsucristo dispuesto á inmolarse segunda vez, y la celestial Jerusalem abriendo gozosa sus puertas para recibir los gloriosos mártires de la fé.

«Sabeis, añadió, que vivimos en una época de castigo y desolacion; que el enemigo de los hombres ha derramado por todas partes el soplo de la corrupcion, viéndose crímenes inauditos y toda clase de atentados impunes. Las leyes pátrias y las de la religion no tienen bastante fuerza para contener el escándalo de las costumbres y el triunfo de los perversos. El demonio de la herégia se halla sentado en la cátedra de la verdad, y hasta Dios mismo parece que ha lanzado su maldicion contra los mortales.

¡Oh vosotros todos los que me escuchais, daos prisa, procurad aplacar la cólera del cielo y no imploréis mas su bondad con vanos gemidos, ni os cubrais mas con cilicios, sino con invencibles escudos. El estruendo de las armas, los peligros, los trabajos y fatigas de la guerra son la penitencia que Dios exige de vosotros. Id á espiar vuestras culpas por medio de las victorias sobre los infieles, y el rescate de los santos lugares sea el noble precio de vuestro arrepentimiento.»

Estas palabras del orador escitaron el entusiasmo en la asamblea de los fieles, y del mismo modo que Urbano II en el concilio de Clermont, San Bernardo fué interrumpido por los repetidos clamores: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Crecióse entonces el orador, y como si fuera el intérprete del cielo, prometió á nombre de Dios, el feliz éxito de la santa Cruzada, continuando entre repetidos aplausos su discurso:

«Si en este momento os anunciaran que el enemigo ha entrado en vuestras ciudades, arrebatado vuestras esposas, ultrajado vuestras hijas y profanado vuestros santuarios, ¿quién de vosotros permanecería impasible? ¿no correríais todos en busca de vuestras armas? Esto precisamente ha sucedido, estas desgracias y otras mayores han tenido lugar; porque la familia de Jesucristo, que es la vuestra, ha sido dispersada por las armas de los paganos; los bárbaros han destruido la casa de Dios, habiéndose dividido su herencia.... ¿Qué esperáis, pues, para reparar tamañas desgracias, para vengar tantos ultrajes? ¿Dejareis que los infieles contemplen en paz los destrozos que han hecho en los pueblos cristianos?... Pensad que su triunfo será objeto de inconsolable dolor para todos los siglos, y de eterno oprobio para esta generación que no supo castigarlos.

Sí, hermanos míos; Dios vivo es quien me manda, Dios, quien me ordena que os anuncie el castigo, si no os apresuráis a defenderle de sus implacables enemigos. ¡Corred, pues, á las armas! Anime vuestros pechos y aliente vuestro valor una cólera santa, y el mundo cristiano resuene con las siguientes palabras del Profeta: ¡Desgraciado de aquel que no ensangrienta su espada!

Sí, hermanos míos, el Señor os llama á su propia defensa, no penseis por esto que su mano se ha hecho menos poderosa; porque de él dependería enviar doce legiones de ángeles ó decir únicamente una palabra, y sus enemigos serian reducidos á polvo; pero Dios ha mirado á los hijos de los hombres y quiere abrirles el camino de sus misericordias; su bondad hace nacer para vosotros el día de la salud. Vosotros sois los elegidos instrumentos de su venganza; á vosotros solos quiere deber la ruina de sus enemigos y el triunfo de su justicia.

Sí, sí, amados míos; Dios omnipotente es el que os llama para espiar vuestros pecados defendiendo la gloria de su nombre. Guerreros cristianos, estos son los combates en que la victoria os atraerá las bendiciones del cielo y de la tierra, y

en que la muerte misma os será como mayor victoria. Ilustres caballeros, generosos defensores de la cruz, recordad el ejemplo de vuestros padres que conquistaron á Jerusalem, y cuyos nombres se hallan escritos en el libro de la vida. Abandonad como ellos los bienes perecederos, para recoger palmas eternas y conquistar un reino que no tiene fin.»

La elocuencia del abad de Clairvaux demostró á todos que habia expresado la voluntad de Dios. Luis VII, vivamente conmovido por las palabras que acababa de oír, en presencia de todo el pueblo se arrojó á los piés de San Bernardo y le pidió la cruz. Revestido con esta venerada enseña, se dirigió él mismo á la asamblea de los fieles para exhortarlos á seguir su ejemplo. En su discurso les mostró al impto filisteo derramando el oprobio sobre la casa de David, y les recordó la santa determinacion que Dios mismo le habia inspirado. A nombre de los cristianos de Oriente invocó el apoyo de la generosa nacion de que era cabeza; de esa nacion que no podía sobrellevar la vergüenza, ni para ella ni para sus aliados, y que infundia continuamente el terror entre los enemigos de su culto y de su gloria.

Al oír este nuevo discurso, todo el auditorio se anegó en lágrimas. La tierna piedad del monarca acabó de persuadir á los que la elocuencia de San Bernardo habia dejado suspensos, y la colina sobre la cual se hallaba reunido un inmenso pueblo, resonó largo tiempo con las sabidas palabras: *¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! ¡la cruz! ¡la cruz!*

No menos notables que la elocuencia de San Bernardo son sus escritos: si durante su vida el santo cuyo elogio nos ocupa, dispuso á su arbitrio de los pueblos y de los reyes, y fué el oráculo de la Iglesia, la lumbrera de los Obispos y el res-

taurador de la disciplina, despues de su muerte continúa ejerciendo entre los fieles el ministerio de la sagrada palabra, consolando é instruyendo con las piadosas y discretas obras que nos legó.

Ofrece San Bernardo la singularidad de que viviendo en la época de los escolásticos, no tuvo los defectos de esta escuela, de que hablaremos en el capítulo siguiente. Sabiendo romper las trabas que hubieran detenido el vuelo de su genio, imitó la marcha libre y el animado estilo de la antigüedad, distinguiéndose por la energía, la unción y el agrado. Conocía tan perfectamente la Sagrada Escritura, que recordaba casi todos sus pasajes, y había leído tantas veces los antiguos Padres, en especial á San Ambrosio y San Agustín, que frecuentemente adoptaba sus ideas, si bien revistiéndolas de nueva forma, hasta el punto que sus *Sermones* tienen una elocuencia que agrada al entendimiento y penetra en el corazón. Sus *Cartas*, en número de mas de cuatrocientas, son notables y corresponden á diversos asuntos de disciplina, de dogma, de costumbres y de moral. Entre sus *Tratados* distínguese el de la *Consideración*, dirigido al Papa Eugenio III, en el cual muestra á los Soberanos Pontífices la importancia y estension de sus deberes.

Erasmus, juez competente en materia de estilo, admira la elocuencia y adornos de San Bernardo, no menos que su modestia y erudición. Su discurso, dice Sixto de Sena, se halla por todas partes lleno de fuego y de dulzura; encanta y abraza: su lengua es un manantial, de donde mana la leche y la miel en sus palabras, y su corazón es un horno, de donde salen esos ardientes afectos que se comunican á sus lectores. San Bernardo, en sentir de Chateaubriand, reúne á un gran ta-

lento una gran doctrina; brilla en la pintura de las costumbres, y tiene algo del genio de Teofrasto y de La Bruyere.

Para que los jóvenes puedan apreciar por sí mismos la elocuencia del último de los Padres, trasladaremos algunos trozos de los sermones, de las cartas y de los tratados, en los cuales admirarán sucesivamente la esquisita dulzura del sentimiento, la energía de la indignación, el vigor del raciocinio, las profundas tristezas del alma en presencia de las miserias del hombre; la unción, en fin, la fuerza, la sensibilidad y la vehemencia que requiere el ministerio sacerdotal. Los asuntos predilectos de San Bernardo, son generalmente tiernos y afectuosos; ora hable del nacimiento de Jesucristo y de su infancia, de las dulces virtudes de la Virgen María, ó con mayor frecuencia de la esplicación mística del Cántico de los Cánticos; divino epitalamio, modelo de poesía melancólica, suspiro del alma mezclado con los terribles acentos de los Profetas y con las sublimes armonías del arpa de David.

He aquí algunos rasgos de esa elocuencia templada, que parecia á Henry lejano prelude de las patéticas inspiraciones de Masillon:

«¿Qué temes, hombre? ¿Por qué tiemblas en presencia del Señor que viene?...

En otro tiempo, un servidor infiel hizo que orgulloso tratases de despojar á Dios de su diadema real, para ornar tus sienas: sorprendido en el robo, ¡cuál fué tu espanto! huías de Él, y procurabas no contemplar su rostro; en su diestra traía flamígera espada, y de entonces acá vives en el destierro y amasas con el sudor de tu frente el pan que te alimenta....

Pero he aquí que se ha oído una voz en la tierra que anuncia de nuevo la venida del Señor del mundo. ¿Dónde irás,

hombre? ¿de qué manera rehusarás el contemplar su rostro?... ¡Ah! no huyas ni tiembles: esta vez no viene armado, ni trata de castigar tus iniquidades: viene á salvarte y para que no digas:—*He oído tu voz y me he ocultado*, viene niño y sin voz.... no es á tí á quien debe aterrarse su aliento.... se ha hecho pequeñuelo, y la Virgen su Madre cubre sus miembros delicados con toscos y pobres pañales.»

De tal manera habla San Bernardo de las nuevas relaciones del hombre con Dios: el trozo anterior es bellissimo, consolador y delicado.

Al tratar de la Virgen, San Bernardo se eleva, se engrandece á nuestros ojos: amante de la poesia, parecele frívolas las sutilezas de la escuela, y la Escritura llega á ser su única luz, la palabra divina su alimento y su vida la meditación.... su gran poder es la palabra, y con ella hace prodigios cuando no se conocian las maravillas de la elocuencia clásica (1).

Sermones enteros necesitaríamos citar para dar á conocer la elocuencia casi seráfica de San Bernardo. Hablando de la Madre de Dios, dice:

«El nombre de la Virgen era *María*. Digamos algunas palabras acerca de este nombre, que significando *estrella del mar*, conviene perfectamente á la escelsa Señora que llevó á Dios en su seno.

(1) Esto dice el señor Muñoz y Garnica en su *Coleccion de Sermones Panegiricos*, libro que bastaria á cimentar una reputacion si la del señor Garnica ya no lo estoviese. No podemos hacer otra cosa, en tributo de justa admiracion hácia los discursos de tan modesto sacerdote, que recomendar su lectura á los jóvenes como medio seguro de predicar bien.

Con razon es comparada María á un astro, porque así como la estrella envia sus rayos sin alterarse, del mismo modo la Virgen dá á luz un Hijo sin perder ni un átomo de su pureza. El rayo de luz no disminuye la claridad de la estrella, así como el Hijo no quita nada á la integridad de la Virgen.

María es la noble estrella de Jacob, cuyo rayo ilumina todo el universo, y cuyo esplendor alumbrá los mas elevados parajes y penetra en los mas recónditos abismos. María recorre la tierra y anima las almas vivificando las virtudes y consumiendo los vicios. María es la brillante estrella elevada sobre el inmenso mar, resplandeciente en virtudes y radiante en ejemplos. ¡Ah! quien quiera que seas, tú pecador, que atraviesas el desierto de la vida, que fluctúas en medio de huracanes y tempestades mas bien que caminas por tierra, no apartes los ojos de aquella luz, si quieres evitar el naufragio, la muerte en el fondo de las embravecidas olas. Si el viento de las tentaciones se levanta; si corres hácia los escollos de las tribulaciones; alza los ojos hácia esa *estrella*, invoca confiado á María. Si la cólera ó la avaricia ó la seducción de la carne hacen zozobrar tu frágil barquilla, levanta los ojos hácia María. Si la memoria de vergonzosos crímenes; si los remordimientos de tu conciencia; si el temor del juicio te arrastran hácia el golfo de la tristeza, ó hácia el abismo de la desesperacion, piensa en María, invoca á María, coloca su nombre bendito en tus lábios, y llévalo siempre grabado en tu corazon; de este modo alcanzarás el apoyo de sus súplicas y el ejemplo de sus virtudes. Siguiéndola, no te apartarás del verdadero camino; implorándola, tendrás confianza, y pensando en ella evitarás el error. Si María te conduce de la mano, no puedes caer; si te protege, no tienes que temer; si te guía, no sentirás fatiga; y si su amparo te lleva hasta el término, en tí mismo experimentarás con cuánta razon se halla escrito: «El nombre de la Virgen es *María*.»

Muchas veces el pensamiento de San Bernardo toma un

aire de profunda melancolía; carácter que se advierte en especial en su admirable discurso sobre la Pasion, en el cual examina sucesivamente la obra, la causa y el modo de aquel misterioso sacrificio del justo, hecho en aras del altar de la justicia de Dios.

«Ved ahí, esclama, ved ahí al Redentor anonadado como el último de los hombres, el hombre de los dolores, á quien Dios castiga y humilla; ¿hay nada mas humilde ni mas elevado?... ¡Oh humildad! ¡oh grandeza! ¡ludibrio de la humildad, gloria de los ángeles!—¿Será sin virtud semejante sacrificio?...»

Casi sospechamos ver en estas palabras el origen de la sublime antítesis de Pascal sobre las miserias y grandezas del hombre. Pero en el mismo discurso hay un cuadro de la condicion humana, al cual se asemeja mas el estilo del autor de los *Pensamientos*.

«Nuestro origen, dice, es la miseria, nuestro abrigo la oscuridad, y venimos al mundo por el dolor. Antes de nacer nos anunciamos molestando á nuestras madres; al salir de su vientre las desgarramos como víboras, esponiéndolas á sucumbir, y es nuestro grito primero un grito de dolor... con razon es esto, porque entramos en el valle de las lágrimas, y la experiencia nos dice cuan aplicable nos es la sentencia de Job: «El hombre nace de mujer; su vida es corta y llena de infinitas desgracias.»

El hombre nace de mujer; ¿qué principio mas miserable? Su vida es corta; ¿para qué envanecerse con los placeres de la carne? Y llena de desgracias; no hay, pues, libertad en tan pequeño espacio. St, st; desgracias infinitas, ¡miserias, miserias innumerables! miserias del cuerpo, miserias del corazón, mi-

serias durante el sueño, miserias durante la vigilia, miserias por todos lados.»

La efusion de San Bernardo es aun mas viva en los peligros de la fé; porque entonces desfiende el principio mismo de su fuerza, y sabe que si la opinion de un hombre llega algun dia á prevalecer sobre la autoridad de las Escrituras, se estremerán los fundamentos del edificio católico y su vacilacion acarreará la de todas las instituciones que le son queridas. Abelardo habia dicho que contra el testimonio de todos los doctores de la fé, opinaba que Jesucristo no vino para libertar al mundo del imperio del demonio, porque este solo habia sido el carcelero, y nó el señor de los hombres. Semejante temeridad de la razon individual causó la indignacion de San Bernardo; ved aquí de qué manera tan enérgica supo combatir esta heregia:

«Decidme, cristianos, ¿qué os parece mas repugnante en esas palabras, la blasfemia ó la arrogancia? ¿Qué hay en ellas de mas censurable, la novedad ó la impiedad? ¿No seria mas oportuno cerrar con mordaza semejante boca, que refutar sus blasfemias con el razonamiento? ¿no provoca contra sí las iras de todos, ese cuya mano se levanta contra nosotros? Todos, dice, piensan así, y yo pienso de otro modo. Pues bien, ¿quién eres tú? ¿qué nos ofreces mas ventajoso? ¿qué útil y admirable descubrimiento has hecho? ¿qué secreta revelacion nos muestras que se haya pasado á los santos y quedándose oculta á los sábios?»

Indudablemente ese hombre nos vá á servir una bebida secreta y un manjar por mucho tiempo ignorado. Habla, pues; dinos qué es eso que á tí te parece y que á nadie le ha parecido antes.—¿Conque el Hijo de Dios se hizo hombre para

otra cosa que para la libertad del hombre?—En verdad que á nadie le ha parecido esto, sino á tí.—Pero veamos; ¿dónde lo has aprendido? No lo has recibido ni del sábio, ni del Profeta, ni del Apóstol, ni de Dios. El maestro de las naciones confiesa que pertenecía á Dios lo que trajo á la humanidad; el maestro de todos confiesa que su doctrina no le pertenece. *No hablo, dice, por mí;* mas tú, por el contrario, nos das lo tuyo, nos das lo que no has recibido de nadie.

El que miente habla por sí mismo: sea, pues, para tí, para tí solo lo que viene de tí: en cuanto á mí, oigo á los Profetas, á los Apóstoles, y obedezco el Evangelio.

Tú nos formas un nuevo Evangelio, pero la Iglesia no puede admitir un quinto evangelista.

¿Qué nos dice la ley, qué los Profetas, los Apóstoles y sus sucesores? nos dicen lo que tú solo niegas, esto es, que Dios se hizo hombre para libertar la humanidad. Luego si viniera un ángel del cielo para anunciarnos lo contrario, ese ángel sería como tú anatematizado.»

La lógica y la vehemencia rivalizan, en el trozo que acabamos de transcribir. ¡Qué esplosion motiva el rudo ataque contra la fé cristiana! ¡Qué santa cólera contra aquel hombre, que osado intenta oponer su razon á la autoridad, y su creencia individual á la creencia universal! ¡Qué defensa mas admirable, qué protesta mas enérgica contra el mensajero celestial que viniese á dar un mentís á la fé del género humano! A los ojos del intrépido creyente nada puede sobreponerse al Evangelio, y ni aun al cielo mismo concede el derecho de retirar su palabra ó contradecirla. La duda, ese principio de incurable flaqueza, nunca pasó por la mente de San Bernardo, y la seguridad que le infunde su conviccion valia tanto como sus argumentos para combatir á sus adversarios. Así es como en el concilio de Reims cerró la boca á Gilberto de la Poree,

cuando este, creyendo hacerle retroceder, decia:—*Escribid ahora que la divinidad es lo mismo que Dios;* y sin vacilar repuso:—*Sí, escribase; pero con pluma de hierro ó con punzon de bronce.*

El trascurso de los siglos no ha sido bastante á enmudecer la voz del orador insigne cuyo elogio hacemos; colocado en dias calamitosos para la Iglesia es antorcha de vivísima luz destinada á alumbrar el sendero de la humanidad durante su vida: la cátedra sagrada resuena todos los días con los preciosos comentarios y las sublimes meditaciones del doctor *melífluo*: el testimonio de los siglos añade nuevo valor á su elocuencia: sus palabras, que como dice San Buenaventura, emanaban de su corazón, vivirán eternamente; su boca fué *vaso precioso*, segun Santo Tomás de Aquino; *boca de oro que ha embriagado al mundo con el vino de su dulzura*. Si alguno se atreviese á escribir contra Bernardo, decia Gerson, tanto valdria como herir la pupila de los ojos de la Madre de Dios. Iniciado en los secretos del cielo, alumbró la Iglesia con una luz celestial, en opinion de Guillermo, Arzobispo de Paris. Confundió á los hereges, dice Theobaldo, atrajo á los cismáticos, destruyó los errores y reprimió las potestades. Lutero le considera superior á todos los doctores; Hesse ensalza su devocion; Canisio, dice que su celebridad se estendia por Francia, Alemania é Italia; Bucero le llama *hombre de Dios*; Ecolampadio decia: *Excellebat Bernardus exactiore iudicio omnes sæ ætatis viros;* y por último, Calvino escribe: *Bernardus abbas in libris de Consideratione ita loquitur, ut veritas ipsa loqui videatur.*

Terminemos reuniendo algunos otros trozos de la elocuencia de San Bernardo.



El año 1138 el orador cristiano perdió á su hermano Gerardo: he aquí varios fragmentos de la oracion fúnebre pronunciada en su elogio:

« ¿Para qué he de ocultaros, hijos míos, el fuego oculto que abrasa mi pecho y devora mis entrañas? ¿qué hay de comun entre el tema de mi discurso y mi amargura? He violentado á mi corazón disimulando hasta aquí; temía que pudiérais creer que la aflicción triunfaba de la fé... Pero este dolor comprimido ha crecido y se ha hecho mas intenso... Confieso que estoy vencido, y es necesario que lo que interiormente padezco se manifieste en el exterior; sea esto á la vista de vosotros, hijos míos, que conociendo la pérdida que acabo de sufrir, deis dispensar mi debilidad con mayor indulgencia y proporcionarme mas dulces consuelos.

Sabeis hasta qué punto es justa mi aflicción, y digno de lágrimas el golpe que acabo de experimentar: todos conocíais cuán fiel era el compañero que me abandona y deja solo en el camino que juntos recorrimos; cuánta era la vigilancia de sus desvelos, la actividad de sus trabajos y la dulzura de sus costumbres. ¿Hay alguno que pueda serme tan necesario? ¿alguno que me ame tan cariñosamente? Era mi hermano por nacimiento y mas aun por la religion. Os ruego compadezcáis mi suerte vosotros que sabeis todo esto.

Era yo débil de cuerpo, y él me sostenia; pusilánime, y me fortalecia; perezoso y negligente, y él me despertaba, sin impaciencia y con amor... ¿Por qué me ha sido arrebatado? ¿por qué has huido de [mí, tú cuya alma se confundia con la mia, varón segun mi corazón? Jamás nos separamos, ¿cómo nos hemos separado ahora?.. ¡Amarga separación, que solo la muerte podia ejecutar! porque ¿cómo hallándote vivo me hubieras dejado durante mi vida? Este horrible divorcio es por completo obra de la muerte. ¿Quién sino la muerte, enemiga de toda dulzura, no hubiera respetado el gratisimo

vínculo de nuestro mútuo amor? ¡Oh muerte! bien has triunfado, pues tu furor con un solo golpe ha hecho dos víctimas.»

San Bernardo continúa exhalando su dolor al recordar todas las virtudes de su hermano, todos los servicios que de él recibió y todos los testimonios de su amistad, y como para justificar sus congojas añade:

«Su alma y mi alma, su corazón y mi corazón eran un solo corazón y una misma alma; el cuchillo que los ha herido ha dividido una sola vida por mitad. El cielo ha recibido una de estas mitades, la otra ha quedado en el lodo. ¡Y á mí, á mí que soy esa miserable porción privada de la mejor parte de sí misma, me dirán:—*¡No llores!* Las entrañas se han salido del pecho, y me dirán:—*¡No padezcas!* Padezco, y padezco á pesar mio, porque mi valor no es un valor de piedra, y porque mi carne no es de bronce; padezco y me quejo, y mi dolor está siempre delante de mí.»

Por último, al terminar aquella larga lamentación recuerda, que cuando su hermano estaba muriéndose en Italia, por único favor le habia pedido á Dios le diese á Gerardo fuerzas para concluir su viaje, y que no lo llevase á sí, sino despues de su regreso á Clairvaux.

«Señor, esclama, me has oido. Mi hermano se restableció, y despues de concluir la tarea que tú nos habias impuesto, volvimos con alegría en el corazón y cargados con nuestros pacíficos trofeos. Casi habia yo olvidado nuestro convenio, pero tú lo has recordado. Tengo vergüenza de estos sollozos que me acusan de prevaricación; pero hasta, tú has recobrado tu bien y has reclamado á tu servidor. Estos llantos marcan el término

de mis palabras; á tí, Señor, corresponde el marcar el término y medida de mis lágrimas.»

Esta oracion fúnebre, comenzada por una involuntaria explosion del dolor, y concluida bruscamente con sollozos, es el mas irrecusable monumento de la sensibilidad de San Bernardo.

El espíritu de proselitismo y la necesidad de ganar almas para la vida religiosa, dictan al santo encantadoras pinturas de la alegría interior de los justos, en oposicion con los agitados placeres del siglo.

«No puedes, dice al jóven Foulques, á quien su tio habia sacado del cláustro por el incentivo de los honores y de los placeres del mundo, no puedes beber al mismo tiempo el cáliz del Señor y la copa del demonio. La copa del demonio es la soberbia, la acritud y la envidia, la crápula y la embriaguez; y cuando este impuro licor haya llenado tu espíritu y tu estómago, ya no tendrás lugar para Jesucristo. No te admires de lo que voy á decirte: en la casa de tu tio no puedes beber el cáliz del Señor. ¿Por qué? Porque en una casa de delicias el espíritu y la carne no pueden hallarse unidos. Jesucristo, al ver esa embriaguez de los sentidos, no se dignará acercarse á vuestras almas su bebida, mas dulce que la miel.»

Al final de esta carta, escrita á su sobrino Roberto, á quien el deseo de la ociosidad y de buscar una regla menos austera, habian hecho pasar de Clairvaux á Cluny, San Bernardo esclama:

«Levántate, soldado de Jesucristo, levántate; sacude el polvo que te cubre; torna al campo de batalla para luchar con

mayor ardor, despues de tu fuga, y alcanzar el mérito de la victoria. Jesucristo cuenta muchos soldados que comenzaron valerosamente, perseveraron y vencieron; pero hay pocos que, habiendo hecho traicion, hayan arrastrado los peligros que evitaron, y puesto en fuga al enemigo ante el cual habian huido.... Por otra parte, si eres tímido, ¿por qué temes donde el temor no tiene cabida, y no temes donde es legitimo? ¿Piensas que por haber huido no estás al alcance de manos homicidas? El enemigo quiere mejor la fuga que el combate, y estrecha con mayor osadía á un fugitivo que le presenta la espalda, que á un atleta que le ofrece su pecho con denuedo. Despues de haber arrojado tus armas, te duermes descuidado hasta muy entrado el dia, hasta la hora en que Jesucristo salió del sepulcro, é ignoras que hallándote mas débil y desarmado, te haces menos temible á tus contrarios, que asedian en tropel tu morada mientras estás durmiendo, que pasarán el foso, violentarán las cercas y penetrarán sin riesgo por la puerta.... ¿Es mas seguro para tí que te sorprendan solo, que con tus compañeros; acostado y desnudo en tu cama, que armado y de pié en la arena del combate?...

Levántate, ármate, vuelve á buscar á los tuyos, de quienes has desertado, y reúnate á ellos el temor mismo que te separó. ¡Soldado afeminado! ¿por qué temes el peso y dureza de las armas? ¿No sabes que el ardor de la pelea y el silbido de las flechas aligeran el escudo y hacen insensible la pesadez del casco y de la coraza? Al pasar de la sombra al sol, de la ociosidad al trabajo, todo parece penoso al principio; mas en proporcion que se pierden los antiguos hábitos para adquirir los nuevos, los obstáculos se allanan, y lo que se creia imposible, se hace fácil en virtud de la costumbre. Aun los mas valerosos soldados se turban al oír los primeros ecos de las trompetas; mas cuando se empeña el combate, la esperanza de la victoria y el temor de la derrota los hace intrépidos. ¿Qué podrias temer rodeado de tus hermanos, al amparo de sus armas, con los ángeles junto á tí y Jesucristo á su cabe-

za animando á los suyos con su voz y diciendo: *Tened confianza, yo he vencido al mundo?*

Si Jesucristo está en favor de nosotros, ¿quién está contra nosotros? Puedes permanecer tranquilo acerca del combate, porque estás seguro de la victoria. ¡Oh! por favor combate lleno de seguridad con Jesucristo y en favor de Jesucristo; ni herido, ni arrojado al suelo, ni hollado con los piés, ni mil veces muerto, si mil muertes fueran posibles, serás privado de la victoria, á no ser que huyas, porque la fuga es la única causa de tu derrota. Huyendo puedes perder la victoria; muriendo, nó. ¡Dichoso tú si mueres en el combate, porque ya muerto, serás coronado! ¡Desgraciado de tí, si huyendo el combate, pierdes juntamente la victoria y la corona!»

Los trozos que acabamos de reunir son suficientes para dar una idea exacta de la elocuencia de San Bernardo: ellos demuestran sus grandes cualidades, sin disimular sus defectos. A veces se vé al retórico al lado del orador, pero sin que este desaparezca, porque la verdad del sentimiento, la grandeza de las ideas y el vigor lógico, subsisten aun en el prurito de la espresion. Respecto á lenguaje, San Bernardo sigue mas bien la escuela de San Agustin que la de Ciceron. Busca sus efectos, no solo en el contraste de las ideas, sino en la relacion de los sonidos que refuerzan el choque de las antítesis. Por lo demás, la forma antitética es tan natural á la mente de San Bernardo, que parece ser espontánea. Cierto es que esa forma se producía sin esfuerzo, porque el trozo último que hemos citado, y el cual no es menos notable por el lujo de las antítesis y de las metáforas, que por el giro de las ideas, es la menor parte de una larga exhortacion dictada de prisa por San Bernardo en el jardin de Clairvaux, y no trabajada esmeradamente en el silencio de su celda, segun quizá se creeria.

La oscuridad mística desfigura en ocasiones los sermones de tan ilustre orador, porque como se halla persuadido de que en las Sagradas Escrituras y en la vida de Jesucristo no hay un solo hecho ni una sola palabra que no tenga un sentido simbólico y misterioso, sondea estas ocultas profundidades sin llevar á ellas por completo la luz. Sea lo que fuere de tales defectos, si unimos la vida con las obras del santo que nos ocupa, no vacilamos en recordar la antigua definicion del orador. Su palabra es poderosa, porque es sincera: trata menos de hacerse aplaudir, que de persuadir y conmover, y podrian aplicársele sus propias palabras: *Ilius doctoris libenter audio vocem qui non sibi plausum, sed mihi planctum moveat.*

San Bernardo era hábil para escitar los aplausos, igualmente que los sollozos. Conocia tambien que es preciso unir con la autoridad de la palabra los ejemplos de una vida irrepreensible. Así nos dice: «Un pastor que posee la ciencia sin practicar la virtud, hace menos bien con la fecundidad de su doctrina que mal con la esterilidad de su vida.» La crítica debe señalar las faltas que se encuentran mezcladas con las grandes dotes oratorias de San Bernardo; pero debe reconocer que aquellas no oscurecen su brillo; porque si el poder del genio no evita siempre los estravíos del gusto, por lo menos los cubre y los hace olvidar.

San Bernardo murió el día 20 de agosto del año 1153 á los 63 años, terminando con él, hasta la renovacion de las letras, los grandes modelos de la Elocuencia cristiana.

CAPITULO V.

Predicacion de las órdenes mendicantes y su influencia: nuevo estilo de la Elocuencia cristiana: consideraciones generales.—Foulques.—San Francisco de Asís.—Santo Tomás de Aquino.—San Buenaventura y San Anselmo.—Estado de la Elocuencia sagrada en España durante la segunda mitad de los siglos medios: oradores notables antes del siglo XV: ligeras consideraciones acerca de sus trabajos.

Desde la muerte de San Bernardo hasta la renovacion de las letras, varias causas producen un periodo de visible decadencia bajo el punto de vista del arte en la predicacion del Evangelio.

Confiada durante este tiempo la enseñanza oral de la verdad á las órdenes religiosas, estas resúmen todas las glorias del púlpito; y si los nombres y las composiciones de muchos oradores ilustres se han perdido, no así la gloriosa memoria de su ardor y su entusiasmo, de su celo infatigable, de sus virtudes, de su heroismo y ardiente caridad.

Toscos en apariencia, incorrectos en el decir, amanerados en la forma, sutiles, ampulosos, tales como se nos presentan la gran mayoría de los predicadores de las Cruzadas y los que les siguen despues, el recuerdo de sus sacrificios, de sus conquisitas los colocan á gran altura, como obreros incansables de la viña del Señor.

A los hijos de San Francisco de Asís, *heraldo que proclama al gran Rey*; á los de Santo Domingo de Guzman, gloria de España; á los Carmelitas, célebres en Oriente y Occidente; á los Predicadores del orden de la Santísima Trinidad, elogiados por el P. Fr. Bernardino de San Antonio; á los Heremitas de San Pablo, de cuyo mérito nos habla el Cardenal Bona; á los Agustinos, vindicados por Raulin de las calumnias de Croze, y á otros célebres institutos debe la humanidad durante muchos siglos la conservacion de la fé y la gloriosa salvacion moral de pueblos enteros sumidos en la ignorancia y la barbarie.

La aparicion de las órdenes monásticas vino, segun dice oportunamente un célebre historiador, á llenar una gran necesidad en la Iglesia. Los albigenses, los discípulos de Pedro de Bruis, de Arnaldo de Brescia y otros, siguieron el ejemplo de Pedro Valdo, que se dió á dogmatizar ciegamente, profesando la pobreza, y queriendo resucitar la Iglesia, muerta segun decia, á manos de Constantino.

Dá tambien principio en este periodo una nueva época en la historia de las misiones, que como ya hemos dicho, comienza en la edad heróica del Cristianismo. Una vez regenerada la Europa y habiendo conseguido los defensores de la verdad hacer de aquella una gran familia de hermanos, volvieron sus ojos á lejanas tierras, á remotas regiones, donde la degradacion del hombre habia menester de la palabra de Dios: era preciso penetrar en ásperas selvas, atravesar los mares y correr grandes peligros; nada de esto les intimida, y se lanzan gustosos al martirio con tal de estender los dominios de Cristo.

Cada mision ofrece un carácter distinto:—«En Levante, un pobre sacerdote disfrazado de turco, se arroja en un esqui-

fe, desembarca en un miserable asilo construido bajo unos trozos de columna, consuela al descendiente de los vencedores de Jerges, que yace en un monton de paja, distribuye limosnas en nombre de Jesucristo, y practicando el bien donde se imperaba el mal, vuelve humilde á su desierto despues de haber echado la semilla del Evangelio en la tierra cuya salvacion le ha sido confiada.—Dos religiosos franciscanos fueron los primeros europeos que penetraron en la China á mediados del siglo XII: las preocupaciones mas arraigadas, los usos mas antiguos y un ciego fanatismo consagrado por el tiempo se desvanecen ante el reconocimiento del Dios verdadero.—Por último, mientras el Cristianismo era reverenciado por los adoradores de Ko-Hi, se anunciaba á los nobles japoneses y se introducía en la corte de los sultanes; la palabra del misionero se escuchaba hasta en naciones salvajes, cuyos habitantes anidan como pájaros en las ramas de los árboles... (1)»

Todas las riberas, decia el P. Lacordaire hablando del orden de Predicadores (2), entre cuyos individuos se cuenta Santo Tomás de Aquino, han guardado la huella de su sangre, y todos los ecos, el sonido de su voz. El indio... el japonés y el chino separados del resto de la tierra por las costumbres y el orgullo, mas que por la distancia, se han detenido para oír á estos maravillosos cisnes: el Ganges les ha visto comunicar á los párias la sabiduría divina; las ruinas de Babilonia les ofrecieron una piedra donde reposar su cabeza y pensar un momento, enjugándose la frente, en los dias antiguos. ¿Qué arenas ó qué florestas no les vieron? ¿qué lengua no habla-

(1) Chateaubriand.—*Genio del Cristianismo*.

(2) *Memoire pour le rétablissement en France de l'ordre des freres précheurs*, cap. 2.º

ron? ¿en qué llagas del alma ó del cuerpo no pusieron mano? Y mientras daban una y otra vez la vuelta al mundo, sus hermanos llevaban la palabra en los concilios y en las plazas públicas de Europa; escribían de Dios, mezclando el genio de los Padres de la Iglesia al de Aristóteles y Platon, el pincel á la pluma, el cincel del escultor al compás del arquitecto; levantando en variadas formas esas famosas *Sumas teológicas*, diversas por los materiales, únicas por el pensamiento, que nuestro siglo vuelve á leer y está cerca quizá de amar.

En aquellos dias de exaltacion religiosa no era hasta cierto punto necesaria una elocuencia clásica: bastaba enseñar á los fieles con sencillez y naturalidad; y por esto sin duda las leyendas religiosas, las vidas de los santos, las esplicaciones y alegorias de la Escritura, los sermones místicos y morales, sucedieron á las vivas é impetuosas arengas de la edad de oro de la palabra cristiana, viniendo á ser en medio de sus defectos, la única manifestacion de cultura de largos siglos. Hasta la poesia y el teatro participaron de éste carácter; siendo la fiel espresion del sentimiento ático y religioso del pueblo.

Hay en los oradores posteriores á San Bernardo, y en casi todos los de los siglos medios, mas tendencias prácticas que literarias; dirigen sus esfuerzos á producir efectos reales, duraderas conversiones y la reforma de las costumbres; prescindén de la elocuencia de los Padres, á quienes estudian para acumular doctrina; pero á quienes no imitan en la pureza del idioma, en la brillantéz de las imágenes, ni en la novedad de los giros.

La ignorancia del auditorio no es á nuestros ojos disculpa bastante para producirse en el púlpito con descuido, pero

á ella se debió en parte la incorreccion y el desalino que dominó por largo tiempo en la predicacion del Evangelio: ni los reyes, ni los señores feudales, ni el clero mismo eran instruidos: á los hombres de letras sucedieron los guerreros; al derecho, la fuerza; al raciocinio, la espada; á la creencia, el fanatismo; y á las formas judiciales, las pruebas vulgares, el combate y la intervencion de la Divinidad en los juicios: en periodos, en momentos de lucha material, la palabra decae necesariamente, y decayó en efecto en su única y esclusiva manifestacion en la edad med'ia, en la manifestacion religiosa.

Durante esta época aparece la *escolástica*, nuevo estilo que domina al púlpito por espacio de largos siglos, que contribuye á ensanchar el campo de la metafísica, á desarrollar la lógica, dando carácter analítico á los idiomas modernos todavía naciendo, á sustituir las disputas y controversias teológicas; pero que considerada bajo el punto de vista de nuestros estudios, fué una de las principales causas de la decadencia que lamentamos: temíase entonces que la brillantez de la forma oscureciese la fuerza lógica del raciocinio, y esta preocupacion, que aun en nuestros dias alimentan algunos, dió funestos resultados en cuanto al modo de componer y predicar los discursos en la cátedra de la verdad.

Del abuso del raciocinio, del afán de sustituir, de profundizar ó elevarse á las mas altas especulaciones, casi puede decirse que nacieron en esta época las heregias escolásticas, distintas de las indo-helénicas y dogmáticas, combatidas por los PP.; contándose entre ellas las de Escoto, Orígenes, Berenger, Guillermo de Champeaux, Amaury de Chartres, Gilberto Porré, Roscelin, el célebre Abelardo y posteriormente las de Wiclef y Juan Huss. Por regla general estas heregias,

á escepcion de la de Abelardo, no se presentaron adornadas con las brillantes formas de la oratoria, sino con la espresion rigurosa del método *dialéctico*, y por consiguiente fué preciso salir á su encuentro con las mismas armas y adoptar para vencerlas en lid igual su manera de razonar. Por eso los teólogos de aquellos siglos combatieron tan terribles errores con la profundidad lógica de la filosofía, y desdeñaron las galas del lenguaje; siendo en ellos hasta cierto punto disculpable esta conducta, nacida de las condiciones especiales de la época, y en su entender de las necesidades mismas de la religion.

Antes de la segunda mitad de los siglos medios, aunque los sábios fuesen contados y la educacion defectuosa, por lo menos se estudiaban los dogmas en la Escritura y la disciplina en los cánones, y se tenía una ciega veneracion á los PP., cuyos escritos se copiaban ó compilaban para conservar la tradicion. El establecimiento de las escuelas, conocidas mas tarde con el nombre de universidades (1), y la de los colegios (2) sirvieron por cierto tiempo para mantener los tesoros de la antigüedad clásica cristiana; pero poco antes de esta época el gusto de los buenos estudios estaba perdido. Enseñábase la gramática, pero sin cuidarse de corregir la lengua latina, llena de modismos, de giros propios de los diversos dialectos que hablaban los pueblos (3) y falta de reglas fijas en el régimen y en la construccion; abandono tanto mas trascendental, si se tienen en cuenta las grandes dificultades

(1) No tomaron este nombre hasta el siglo XIII.

(2) A mitad del siglo XIII.

(3) Tales como el céltico, el teutónico y otros. Los nuevos idiomas se formaron paulatinamente, como puede verse en los estudios que se han hecho sobre los orígenes del provenzal, el castellano, el francés y el italiano.

tades de la síntesis y del hiperbaton. Los que de tal modo adulteraban el idioma latino, del cual se servían para escribir y hablar (1), no procuraban conocer ni el hebreo ni el griego; la retórica consistía en acumular metáforas y otras figuras estudiadas; la historia era un farrago indigesto de lo cuanto parecía mas inverosímil, y sobre todo el estudio de la filosofía reducíase á un ejercicio cotidiano de disputas y controversias sin fin.

Juan de Salisbury se quejaba en el siglo XII de que algunos consumiesen su vida entera estudiando lógica y de que discurren sin término sobre las palabras, dividiendo y subdividiendo en diversas partes el discurso, poniendo empeño hasta en hacer mas difícil y dudosa su comprension. Estimábase en mucho el sentido figurado, la alegoría, todo aquello que usado con afectacion y demasiado estudio desnaturaliza la verdadera oratoria, que tiende á hermanar prudentemente la naturaleza y el arte, y nos ofrece por este medio el mayor de los atractivos, la novedad y la armonía.

Tales son entre otras las principales causas de la decadencia de la oratoria sagrada antes del siglo XV. Los oradores, al dirigirse á la muchedumbre en los templos, en las calles, en las plazas y hasta en el campo, eran seguidos de una multitud inmensa que lloraba, gritaba y se arrojaba al suelo en prueba de ciega sumision y de respeto. Desnudos de buena instruccion, cuando tenían oportunidad de hablar, dice el

(1) Desde el siglo VIII hasta mediados del siglo XII, fué la lengua latina la única empleada en los testamentos, diplomas, decretos de concilios y otros documentos públicos, y en los trabajos de los escritores. La corrupcion se debió: 1.º á la invasion de los árabes; 2.º á la ignorancia del vulgo, y 3.º al trato de los catalanes con los franceses. (Opinion de varios autores.)

Obispo de Beja, se tomaban la licencia de producirse por un estilo de *nueva invencion*, totalmente opuesto á la frase elocuente de los antiguos, porque el genio de las especulaciones es muy árido, y ajustándose á los asuntos que le forman, está muy distante de la suavidad propia del trato comun.

«En esta época, continúa el mismo escritor, en que se respiraba la ignorancia mas grosera, aunque ciertas materias estuviesen bien cultivadas, la elocuencia se miraba casi con desden é indiferencia: los mismos que se mostraban fieles á las vocaciones del ministerio del púlpito, eran esclavos del método que habían aprendido para persuadir; el celo les obligaba á hablar, pero la índole de sus estudios disculpaba la imperfeccion en su desempeño: su elocuencia era mas recomendable por la piedad que por el artificio retórico.... Falta la predicacion de toda galanura en la fama, no impidió que fuese abundantísimo el fruto en la era del Señor, mérito que Dupin reconoce en el autor de la *Perpetuidad de la fé*, ora le contemple convirtiendo idólatras, santificando pecadores, perfeccionando justos ó confundiendo heregias. De tal manera manifestaba Dios por cuán diversos medios llama á los hombres: la gracia y la virtud de los ministros suplía la imperfeccion oratoria.

Pero por mas que fuese tosco el estilo de predicar antes del siglo XV, no debe ser por eso tenida la elocuencia de aquellos tiempos por una dicion afectada en un fondo frívolo, cuando admitimos que esta elocuencia confusa de los antiguos producía frutos: tal opinion tiene su abono en los predicadores, en quienes las Escrituras formaban el capital, aunque algunas veces adornasen sus panegíricos con etimologías de los nombres de santos é impertinencias semejantes. La na-

turalidad de esta especie de elocuencia, se deja conocer en las composiciones que se conservan en la gran Biblioteca de los Padres, y en la que ordenó el Combeis con el esclusivo objeto de suministrar á los predicadores materia para sus composiciones. El estilo del siglo XII y siguientes, lo cifró Dupin en estas espresiones:—*El modo con que era anunciada la palabra de Dios, tenia mucho de método escolástico.*— Los sermones estaban llenos de divisiones, de distinciones continuas y de comparaciones triviales. Es muy raro hallarse en ellos algunos puntos de moral descubiertos en toda su estension, manifestados con la claridad de que son capaces, establecidos sobre principios sólidos y proseguidos con elocuencia. Los predicadores se contentaban con proponerlos secamente, esplicarlos de una manera comun, y fundarlos sobre algunos pasajes de la Escritura, tomados muchas veces en diversos sentidos del *natural*. Los asuntos eran disputados como se disputan las cuestiones escolásticas en las aulas, y las autoridades de los filósofos gentiles hacian una parte de la ostentacion de los oradores (1).»

De tal manera se espresa el sábio Obispo portugués, confirmando con su autoridad cuanto llevamos dicho acerca de la predicacion del Evangelio durante una gran parte de los siglos medios, época poco estudiada bajo el punto de vista de la oratoria, y acerca de la cual Henry y otros autores nada nos dicen, sin duda por los escasos monumentos oratorios que ha legado á la posteridad (2).

(1) Fleury en sus *Discursos* opina casi del mismo modo.

(2) Faltaríamos á un deber de gratitud si no nos apresurásemos á consignar en este sitio los singularísimos favores que para la composicion de este segundo libro nos han dispensado varias personas; las noticias, libros y datos curiosos que nos han proporcionado los señores don

Foulques, como orador de circunstancias, de pasion, de energia y de entusiasmo, merece que hagamos de él mencion, siquiera su elocuencia se nos presente con caractéres inferiores á la que distinguió á Pedro el Ermitaño, y mas aun al Abad de Clairvaux.

Intérprete tosco y desaliñado de los deseos del pueblo y las nobles aspiraciones de Inocencio III, despertó con sus fervorosas y continuas predicaciones el abatido espíritu de nobles y plebeyos, recogió aplausos en Francia, Flandes, Borgoña y parte de la Alemania, y armó el brazo de los guerreiros para una nueva cruzada.

Durante su vida y aun despues de su muerte, tuvo muchos imitadores, que carecieron por regla general de sus dotes naturales y de talento bastante para poderle superar.

San Francisco de Asís.

Alma predispuesta para el sacrificio, corazon encendido, espíritu enérgico, voluntad de hierro, imaginacion viva, tierna, apasionada y poética; *imbécil* á los ojos de Michelet, loco segun la frivolidad y el orgullo de ciertas gentes, San Francisco de Asís es una de las mas grandes figuras que nos ofrece la religion.

José María Escudero de la Peña, del cuerpo de Archiveros Bibliotecarios, D. Lorenzo Arcos Orodea y D. Ricardo Ruiz Benitúa, Abogado del colegio de Madrid, y la amabilidad con que por parte de nuestros respetabilísimos amigos los señores D. Juan Eugenio Hartzenbusch y D. Cayetano Rosell, se nos han facilitado los medios de aprovechar los ricos tesoros de la Biblioteca nacional; auxilios todos sin los cuales no hubiéramos podido llenar el gran vacio que respecto al estado de la elocuencia en los siglos medios hallamos en todos los autores que han escrito sobre este particular.

Los que pronunciando frases de seguro efecto, se dicen amigos del pueblo, defensores de los derechos del pueblo, tendrán valor para rebajar el gran mérito de Francisco de Asís? ¿osarán creerse, no ya superiores, sino iguales, al que, según el Dante, contrajo siendo joven matrimonio con una mujer viuda, á quien con la muerte, nadie abre la puerta de buen grado (1), y con la cual en ejemplar consorcio vivió toda su vida? Los que necios apartan su vista del sol, y admiran esos falsos resplandores, que si brillan algo lo deben á la ausencia de la luz verdadera; los que se convierten en apasionados y dóciles instrumentos de ambiciones, tanto mas criminales, cuanto con mayor cinismo comienzan por apropiarse lo que no es suyo, lo que pertenece al espíritu de la religión que combaten; los que dejan su hogar, abandonan su mujer y sus hijos y esponen su vida por alcanzar la posesion de un bien, del cual se apartan mas, cuanto mas se esfuerzan por obtenerle, esas voluntades, siempre subyugadas, esas manos, siempre oprimidas, esos ojos, siempre secos, esos corazones, jamás satisfechos, ¿por qué, por qué no se levantan al cielo? ¿por qué no acuden al centro? ¿por qué no buscan la verdad? ¿por qué se empeñan en ser desgraciados?...

Solo el espíritu de la caridad cristiana ha hecho posible la existencia tranquila del pobre al lado del opulento palacio del rico; solo el espíritu del Evangelio ha sabido conciliar los desniveles sociales, exigiendo en los unos como merecimiento la resignacion, y en los otros como obligacion precisa y sin escusa, la de curar las llagas y socorrer las necesidades de

(1) ¿Cuáles son, dice, los amantes que en estas líneas te designan mis palabras misteriosas? FRANCISCO Y LA POBREZA. (*Francisco e Proverta.*)—Paraiso, canto XI.

sus hermanos. En medio de la peligrosa crisis que atravesaba la Europa del siglo XII al siglo XIII; cuando espiraba el feudalismo; cuando los señores y los barones desaparecian y se bosquejaban las nacionalidades modernas; cuando la lucha personal iba á ceder su puesto de nuevo á la lucha de los principios; cuando el desasosiego de todos daba á entender la proximidad de nuevos y mayores conflictos; cuando la sosegada vida del monasterio era ineficaz ejemplo para prevenir los males que lloraba la Iglesia, cual madre tierna y cariñosa; entonces San Francisco de Asís y Santo Domingo de Guzman, de quien hablaremos despues, oponen á los propagadores de la mentira, que se presentan en tropel, esas legiones de predicadores ilustres, cuya historia está escrita con sangre; esas milicias santas que recorren la tierra descalzas y casi desnudas predicando la pobreza en medio del lujo, la penitencia en el apogeo de la afeminacion y la mollicie.

En la imposibilidad de citar uno por uno, ni aun los mas esclarecidos, entre los hijos de esos dos institutos religiosos, que ejercieron de una manera tan sublime el ministerio de la enseñanza, permítasenos resumir en los héroes que les mostraron el camino, las alabanzas, los elogios que todos juntos merecen.

Todavía podemos contemplar en pié las ruinas de algunos de sus asilos venerandos; todavía podemos leer sus empolvadas crónicas, cuyas ediciones completas vá siendo cada vez mas difícil reunir; todavía nos es lícito proporcionar un instante de consuelo, hacer brotar dulces lágrimas en los ojos apagados, mas por el llanto que por la edad, de los que esperecidos viven la vida de la miseria y del olvido en medio del mundo, y la vida de la soledad en el fondo de su alma; y en

verdad que consideracion alguna bastará á arrepentirnos por haber descubierto respetuosos nuestra cabeza al visitar los claustros que la revolucion, ultrajando la libertad, ha destruido; por habernos estasiado en esas páginas escritas con la sencillez de la verdad, y por enviar hoy con la efusion del reconocimiento y la gratitud, un tributo de admiracion á los que fueron, en las personas de los que aun son. Jóvenes para sentir, no sentimos sin haber pensado: partidarios de toda idea de adelantamiento, de progreso, de bien, de engrandecimiento, de libertad, en fin, reivindicar debemos en nombre de nuestras doctrinas, no compradas ni vendidas en ese vergonzoso comercio en el cual se improvisan fortunas y reputaciones todos los dias, reivindicar debemos para los institutos religiosos, en nombre de nuestras arraigadas y profundas convicciones, la gloria que les corresponde por la posibilidad de escribir como escribimos y pensar como pensamos.

Jóvenes que mañana habeis de ocupar la cátedra del Espiritu Santo, no echéis en olvido, ni dejéis de mostrar á un siglo envanecido é ingrato los monumentos que confirman cuánto deben las clases mas humildes de la sociedad á los mas incorrectos predicadores del Evangelio. Si los improvisados discursos de San Francisco de Asís no han llegado hasta vosotros, y queréis suponerlos menos elegantes de lo que debieron ser, por nuestra parte no rechazaremos la severidad de vuestra crítica, pero abriremos la historia de ese varon apostólico, cuya primera esplosion de caridad fué cubrir con sus vestidos la desnudez de un mendigo, y poniéndolo en parangon por un solo instante con los que hoy mas ofrecen al pobre, os daremos á elegir entre las promesas de vanos é ilusorios privilegios, que nunca han de redundar en beneficio, ni

mejorar la suerte del mayor número, y los inmensos sacrificios del humilde religioso que, para hablar en pró de la pobreza, distribuye sus bienes, viste un tосто sayal, y *sin báculo*, ni *alforza* se lanza á los azares é incertidumbres de una vida confiada á la Providencia, recorre los pueblos, se pierde en los caminos mas solitarios, y en todas partes entona himnos de alabanza al que «ha vestido de plumas á los pájaros y les ha concedido alas para subir al cielo (1).»

Establecida la *orden seráfica*, San Francisco de Asís, á imitacion de los Apóstoles, reparte el mundo entre sus discipulos, y él se reserva el Egipto, donde espera alcanzar la palma del martirio.

¿Qué político hubiera adivinado, esclama el señor Muñoz y Garnica (2), la trasformacion de Europa y la salvacion de la sociedad, mediante la poderosa intervencion de un ejército de mendigos? Italia, España, Francia, Portugal, la Alemania, Egipto y Marruecos, la Borgoña, la Hungría, el Africa, la Siria y la Palestina (3) recibieron mas de cinco mil predicadores, todos llenos del espíritu de San Francisco de Asís: *¡O quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!*»

Las obras de San Francisco de Asís, al immortalizar su nombre, nos escusan de mayores elogios respecto de su predicacion; su palabra resonó en todas partes, y merced á ella,

(1) «Frates mei habes multum debetis laudare creatorem....» Th. Gellan in *vita S. Francisci*.

(2) Panegirico del santo.—Coleccion citada.

(3) *Estado presente que en el Asia menor tiene la religion de San Francisco*; curioso opúsculo escrito por Fr. Miguel Angel de Nápoles é impresso en Madrid el año de 1654.

el curso de los hechos hubiera variado por completo de cauce, si el móstruo del protestantismo no hubiese alimentado mas tarde los odios, las divisiones y los funestos extravíos del orgullo humano.

San Francisco de Asís, respondiendo á una de las necesidades de la época, hacia representar al vivo los misterios de la religion, dando á la enseñanza por este medio mayor interés. En sus sermones trataba los misterios mezclándolos de simbolos y alegorias, que halagaban al auditorio, triunfando de toda resistencia con el fuego de su palabra y los dardos que despedía su corazon amante. Sus frases eran una adoracion continua, y de sus inspiraciones poéticas sacaron grandes enseñanzas el Dante y Petrarca (1).

Tanto en los himnos, como en los sermones de San Francisco de Asís, la improvisacion era lo mas admirable. Deseando el Cardenal Hugolino, grande amigo suyo, que predicara delante del Papa para inclinar su ánimo y tenerle mas propicio en los asuntos de la órden, el santo compuso y se dedicó á estudiar un sermón que fuera digno de la magestad del auditorio. Subió al púlpito, mas al empezar se le borraron de tal suerte las ideas y la hilacion de los conceptos, que no pudo continuar. Confesó entonces la flaqueza de su memoria, se recogió unos instantes interiormente, y tomando un nuevo giro sus pensamientos, habló de una manera admirable de las grandezas de Dios, del amor divino y de otras cosas, cautivando la atencion del auditorio é interesando al Sumo Pon-

(1) Guido de Arezzo y Guido Guinicelli, poetas cristianos de la edad media, fueron inferiores en opinion de algunos criticos á San Francisco de Asís; y en el año de 1833, Mr. Gerres publicó en una revista francesa un escrito, que tituló: *Saint Francois d'Asis Trouvateur*.

tífico vivamente en favor de sus grandiosos propósitos.

San Francisco murió en la Porciúncula, un sábado entre nueve y diez de la noche, á 4 de Octubre de 1226.

De San Francisco nos quedan dos reglas y algunas otras obras, todas ellas inspiradas por la mas ardiente caridad; sermones no conocemos ninguno de este santo.

Santo Tomás de Aquino.

Tenia apenas diez y ocho años este ilustre y angélico Doctor cuando tomó el hábito de los *hermanos predicadores*. Su vocacion era tan perfecta, que no pudo ser contrariada: Nápoles y Roma adivinaron al *santo* en el novicio, y las universidades de París y de Colonia al *sábio* en el asiduo escolar de sus aulas.

En el claustro se preparó para los altos destinos que le tenia Dios reservado: de la escuela pasó al magisterio, de la meditacion y el silencio á las cátedras y á los púlpitos para reflejarlas, segun dice uno de sus panegiristas, sobre las naciones desde un lugar encumbrado.

Superior á los antiguos filósofos, discurre y deduce de tal manera, que su discurso y sus deducciones parecen inspiradas por el cielo: sus escritos son un manantial inagotable de ciencia y de verdad: nació mas para escribir que para hablar; pero despues de él, ni hoy ni mas tarde se hablará bien desde la cátedra del Espiritu Santo sin leer y estudiar sus escritos.

Maestro para el orador sagrado, era en tal concepto digno de que de él hiciésemos mencion especial: en la *Suma Teológica* y en la *Suma Filosófica*, Santo Tomás supera toda ponderacion; es preciso conocer los escritos de este *Sol* resplandeciente, no para espresar, sino para sentir la luz que de

ellos brota á raudales, disipándose toda duda, toda vacilacion, todo engaño y todo error.

Nadie como Santo Tomás ha explicado la naturaleza y las perfecciones de Dios y el misterio de la Trinidad, ni ha hablado mejor de la creacion, de los ángeles, del hombre en el estado de la inocencia, del pecado original, del sumo bien, del fin último, de los actos humanos, de los pecados, de las leyes, del Decálogo, de las virtudes, de la Encarnacion, de los Sacramentos y de los novísimos; asuntos todos de cotidiano uso para el orador sagrado; pudiéndose decir por esta causa que la palabra de Santo Tomás ha resonado, resuena hoy y resonará para siempre en los púlpitos.

El conocimiento de las obras de Santo Tomás es hoy mas necesario que nunca al orador cristiano: los ataques mas enérgicos que se hacen á la Iglesia, adoptan la forma filosófica; en nombre de la filosofia, se pretende negar la verdad, y la filosofia sirvió á Santo Tomás para humillar á los sectarios de la heregia, demostrando el dicho de Tertuliano: *Nemo sapiens est nisi fidelis; nemo major nisi christianus.*

No todos los que leen á Santo Tomás le comprenden, y en comprenderle deben cifrar un gran empeño los jóvenes que se consagran al estudio de la difícil ciencia de enseñar y corregir á los hombres: nosotros sin autoridad propia así se lo aconsejamos.

Es admirable considerar de qué modo encarnó Santo Tomás la doctrina teológica en la filosofia peripatética, haciendo de una fórmula antigua y una idea moderna, la filosofia católica. Aristóteles y Platon habian sido aceptados y combatidos en todo tiempo, pero las escuelas no podían libertarse de alguno de los dos. Ellos abrieron á las investigaciones del

espíritu humano dos caminos maestros, y ni en la antigüedad ni en los tiempos modernos, es fácil retirarse del uno sin acercarse al otro. Platon, por su elevacion idealista, porque ponía el conocimiento de lo divino en un órden sobrenatural, era aceptado como semi-cristiano; y sin el método de Aristóteles, no se podia construir la ciencia. El aristotelismo tenía la ventaja de ser muy conocido; los Padres de la Iglesia lo habian aceptado, y florecia en las escuelas. La Iglesia admitía su método y condenaba los errores del filósofo: del aristotelismo se hacia el fundamento de la ciencia, y la contemplacion platónica, que era el gusto de algunos filósofos cristianos, no podia contrariar, si es que no favoreció el carácter místico de aquellos escritores y predicadores, que florecieron en el tiempo de los teólogos y escolásticos de la edad media.

Sin embargo, tantos escollos y dificultades habian producido su efecto: las sutilezas y el espíritu de disputa iban estraviando los entendimientos; de aquí habian procedido los errores de Roscelin y de Abelardo, y aun se ha querido suponer en estos tiempos, que el espíritu de exámen de los siglos medios echó los cimientos del protestantismo. «Santo Tomás de Aquino ha sido el primer protestante,» dicen los filósofos modernos; sin ponerse de acuerdo con los antiguos, que decían como Bucero: «*Tolle Thomam et dissipabo Ecclesiam.*» Este santo Doctor vino á poner remedio á los males del escolasticismo. Por una parte supo dominar la anarquía que reinaba en las escuelas, y por otra, pudo armonizar con los dogmas las doctrinas de Aristóteles. No hay mas que ver las discusiones con que empieza su *Suma Teologica*, para conocer que no se determinaba á fundar sino procediendo elementalmente. Ha de tenerse en cuenta que Mr. Cousin, en alabanza

de la *Suma* ha escrito estas palabras:—Es este uno de los mas grandes monumentos del espíritu humano en la edad media: comprende una metafísica elevada, un sistema completo de moral y hasta de política (1).

No bien el Angel de las Escuelas habia cerrado este brillante periodo de la filosofía hermanada con el Catolicismo, cuando comenzó la reaccion anti-escolástica. ¿Será preciso dar á conocer sistemas y libros como si tratáramos de hacer una historia de la filosofía? nó ciertamente. Pero es bueno notar que la razon humana, que antes porfiaba por elevarse á lo sobrenatural, cuando lo sobrenatural se le daba, torció el camino guiada de su espíritu de independencia y exámen para cometer grandes empresas, alcanzar preciosos triunfos, que hubieran sido doblemente preciosos, á no haber hecho un abuso de sus especulaciones. Entretanto, se rebeló contra las definiciones y los principios; los fugitivos de Constantino-*pla* trajeron las doctrinas de Platon; fueron estudiados en sus primitivas fuentes los escritos de la antigüedad; las Cruzadas, que son el primer acontecimiento europeo, empezaron á dar vida á la organizacion de la sociedad; las nuevas instituciones se robustecieron, se afirmaron; apareció la imprenta, y se descubrió el *Nuevo Mundo*.

La escolástica, pues, que no tenia ni el atractivo de una elocuencia fuerte, ni habia favorecido el desarrollo de las ciencias naturales, perdió terreno: la frivolidad de las disputas no hizo mas que enardecer á los nuevos filósofos, arrastrados por el gusto de las letras, por su afición á las ciencias naturales y exactas, y se perdieron deseos de agrandar el campo de las investigaciones científicas. Los nombres de Bacon, Descartes,

(1) *Histoire de la philosophie*, t. I.

Gasendo, Hobes, Spinosa, Malebranche, Locke, Leibnitz, Kant, Schelling, Hegel, se presentan con otros mas confusamente á nuestra memoria; ideólogos, psicólogos, materialistas, panteistas, idealistas, racionalistas, que en nombre de la filosofía alcanzaron inestimables conquistas materiales; que en el órden social adelantaron poco, y amontonaron escombros y ruinas cuando con sola la luz de la razon pretendieron esclarecer ya un fundar en la religion y en la moral.—¿Despreciaremos por esto la filosofía? nó ciertamente.... El desprecio de la filosofía es una especie de insulto á la razon. ¿Y sabeis en qué suele parar ese insulto? en apoteosis: la victima se convierte en idolo, y el agresor en su gran sacerdote (1). Antes hemos examinado la marcha de la razon humana, que no puede levantarse á lo sobrenatural y que no tiene el lenguaje de la religion: la hemos visto encontrarse con el dogma que se le dá, crecer, elevarse con su contacto, y despues, en la exaltacion de su poder, la veremos apartarse por un camino distinto, tomando en nuestros tiempos una tendencia esclusiva, un carácter racionalista puramente, y sublevándose contra la religion (2).»

San Buenaventura y San Anselmo.

Libres estos dos filósofos cristianos de la edad media del mal gusto literario que dominaba en la época en que florecieron, legaron trabajos importantísimos á las generaciones futuras, de los cuales es deber nuestro aconsejar á los jóvenes se aprovechen para combatir las peligrosas doc-

(1) Balmes.

(2) Señor Muñoz y Garnica.

trinas que se propalan en nuestros días, con dolor de la Iglesia y daño de las almas.

San Buenaventura tiene espresiones vivas y suavidad en la dición; sus tratados místicos son las obras mas perfectas que ha legado á la cristiandad.

En cuanto á San Anselmo, á pocos se concede mayor importancia respecto á los medios de ejercitar el espíritu, aguzar el pensamiento, agrandar el campo de la metafísica, buscando en él la esplicacion de cuantas verdades se hallan en el dogma cristiano, punto de apoyo y de armonía para hallar la verdad.

«Los títulos de sus obras bastan para significar esa claridad de intencion con que guiaba su pluma. No es San Anselmo un escritor que improvisa: traza su plan bajo un solo pensamiento, y lo desempeña con admirable sabiduría. Se le compara á San Agustín, y se le atribuye el plan de una filosofía religiosa, por su *Monologium, sive exemplum meditantí de ratione fidei*. Antes de comenzar sus estudios en busca de las relaciones entre la ciencia de las cosas divinas y los principios racionales, parecia tener fijos los ojos en Dios y en la creacion, en el misterio y en la razon humana con una percepcion viva, con una meditacion profunda: la inmensidad y el espacio parecia abarcarlos en aquella doble iluminacion de su santidad y sabiduría. Su *Proslogium sive fides quærens intellectum*, era el punto de confluencia para estas dos miradas, que se cruzaban encaminándose á su término, arrancando la una de lo contingente, y la otra de lo suprasensible. En su método espositivo pudo ensayarse Pedro Lombardo para dictar sus *Sentencias*; y se infiere de la manera arbitraria con que ordenó la doctrina teológica, de la amplitud que

dejó á las soluciones (y no habrá teólogo que no conozca esto perfectamente), que era ya una práctica generalizada el aplicar la razon á los principios fundamentales de la teología (1).»

Despues de haber hecho detenida mencion de los principales oradores que durante la segunda mitad de los siglos medios ilustraron la Iglesia universal, vamos á ocuparnos de los predicadores que durante este mismo periodo se distinguieron en España, ofreciéndonos ocasion de reivindicar para muchos de ellos la grande importancia que deben tener en una historia literaria, por mas que escritores apasionados é injustos hayan procurado amenguar los justos títulos de su gloria.

A principios del siglo X, España era la única nacion dedicada en Occidente al cultivo de los estudios serios: las ciencias divinas, la filosofía, la literatura, la astronomía, las matemáticas y la medicina se aprendian en las demás naciones por obras escritas en nuestra patria; no siendo tan exacta la opinion de los que sostienen que la gloria científica de España en la segunda mitad de los siglos medios fué debida al influjo que los árabes ejercieron en nuestro suelo: «Lejos de esto, dice á este propósito el señor Eguren (2), es preciso advertir que el monacato español dió relevante prueba de que sabia hermanar con la mas viva fé una sólida instruccion, conservando pura la primitiva doctrina. Eran nuestros monges de los siglos IX, X y XI, únicos en Europa, incluso en el imperio de Oriente, en el conocimiento de la ciencia canónica, y cuando todas las naciones recibian con aplauso la compilacion viciada de Isidoro Mercator, España reprodu-

(1) Señor Muñoz y Garnica.

(2) *Memoria* citada.

cia y completaba su coleccion canónica exenta de falsedades. ¿Cómo se corrigió el decreto de Graciano en el siglo XVI? Valiéndose la Santa Sede para ello de los *códices* escritos en nuestros monasterios ó iglesias de Asturias y Galicia seis siglos antes. Déjase conocer que la singular sabiduría de nuestros monges en la ciencia eclesiástica no la recibieron de los árabes, los cuales no podían tampoco suministrar datos para dar á los escritos litúrgicos de España aquel sello admirable de pureza que en ellos resplandecía, y que mereció tantos elogios de los representantes del Sumo Pontífice, que los reconocieron, no menos que de los Padres del concilio de Mántua, á los que unos Obispos españoles manifestaron cuatro *códices* litúrgicos de su nacion, ejecutados en los monasterios que se hallaban libres del dominio de los moros. Las biblias latinas que aun existen del tiempo á que nos referimos, han merecido siempre grande aprecio, y de todos los libros de ciencias eclesiásticas que llevamos indicados, se deduce que los monges y clérigos de los siglos VIII y IX recogieron con celo religioso y patriótico las preciosas reliquias de la literatura visigoda, y sus hermanos del X las apreciaron sin duda en todo su valor, puesto que las reprodujeron en sus bellísimos *códices*. El manuscrito canónico que duró mas tiempo de los que subsistian del siglo VIII, fué destruido en la ciudad de Oviedo por los años de 1650 ó poco despues.

Cuestiones son estas que en los dos últimos siglos no han podido ser comprendidas y juzgadas, pues solamente los estudios arqueológicos las ilustran y esclarecen. Pagó tributo el abate Andrés al tiempo en que escribia, y con sobrada ligereza sienta el principio de que (1), reducidos los cristianos á

(1) *Origen, progreso y estado actual de toda la literatura*, tomo V.

las montañas septentrionales de la Peninsula ibérica, y dominados por las ideas marciales de libertar á su pátria, mal podían cultivar ningun arte de paz en medio de tanto estrépito, quedando á cargo de los eclesiásticos que vivían bajo la dominacion de los moros, el cuidado de consagrarse al estudio de las ciencias. Error orastimo es este, que desmiente el exámen de los *códices* que fueron escritos en los monasterios existentes en los estados cristianos de Cataluña, Aragon, Rioja, Asturias y Galicia. Aduce el citado autor en apoyo de su parecer un texto de Paulo Alvaro, en el que espresa que habia muchos fleles que aventajaban á los mahometanos en el conocimiento del idioma arábigo y en la poesia; pero el escritor cordobés se refiere en él á los cristianos de la Bética, y no á los catalanes, aragoneses, vascos, asturianos y gallegos, entre los cuales no se hallarian de seguro personas que hablasen el idioma arábigo, y menos aun con tanta perfeccion.... No debe, por otra parte, de modo alguno confundirse la esclarecida escuela cristiana de Córdoba con la escuela, tambien cristiana, exenta del dominio de los sarracenos. Ambas concurrieron á un mismo fin, al fin patriótico y santo de salvar las tradiciones científicas y religiosas; pero no fueron las mismas las circunstancias en que una y otra escuela llenaron su alta mision. La de Córdoba, rescatando muchos manuscritos, cultivando las ciencias y abrazando gloriosamente la palma del martirio, dió el grito generoso que halló eco en las ásperas montañas de la zona septentrional de España, y produjo el estudioso ardor de nuestros monges en el siglo X.

.....
Dos civilizaciones en pugna, la cristiana y la mahometa-

na, contribuyeron mutuamente al desarrollo de las ciencias y las artes, conociendo por el instinto de dominación ambos pueblos, musulmán y español, las grandes consecuencias que produce el influjo moral de los adelantos científicos en el éxito de una gran lucha de dominio entre dos razas opuestas, y separadas además por la diferencia de religión. Digna es de grande estima la biblioteca árabe de nuestra Península, y no lo es menos la rabínica; mas no se crea por esto que nuestros abuelos debieron *exclusivamente* la ilustración que les distinguió á la enseñanza de sus enemigos; y decimos enemigos y no conquistadores, porque jamás llegaron á dominar en la estensa cordillera cantábrica, que siempre fué de los cristianos, y en ella existió independiente la nación española.

No desamparó España los estudios, á pesar de la invasión de los árabes, ni perdió, como dice Masdeu, el concepto de su antigua sabiduría. La patria de Séneca, de Columela, de Marcial, de Lucano, de Quintiliano, de Pomponio Mela, Silio Itálico y otros insignes varones de la antigüedad; la nación que tuvo la honra de contar en el número de sus hijos hombres tan ilustres, que merecieron el aprecio y la cordial amistad de Tito Livio, de Ovidio, de San Agustín, de San Gerónimo y de San Gregorio Magno; el pueblo que ha visto salir de su seno un Rioja, un Cervantes y un Velazquez, un Fray Luis de Granada, un Fray Luis de Leon y una mujer tan distinguida como Teresa de Jesús; esa patria, esa nación y ese pueblo nunca podrían necesitar para ilustrarse del influjo de los mahometanos, gente soez y opuesta á la civilización por su dogma y por sus hábitos y carácter, siquiera entre aquellos bárbaros se hallasen algunos árabes muy estudiosos.

Cinco son las escuelas que durante la edad media existie-

ron en nuestra patria, y que no deben ser confundidas, sino antes bien cada una de ellas en particular estudiada. Estas escuelas, muy notables por cierto, son: la *Isidoriana* de la restauración, que tenía su asiento á la sombra de varios monasterios en los estribos y descendencias del Pirineo por toda la zona septentrional, desde el cabo de Creus en Cataluña, hasta el de Finisterre en Galicia; la *Mahometana*, que dominaba en el siglo X la zona central y la meridional de la Península de Este á Oeste; la *Muzárabe*, creada y sostenida por la población hispano-romano-visigoda, que formaban las dos razas unidas, latina y teutónica, en las provincias sojuzgadas por los musulmanes; la *Mudejar* (1), que llegó á existir cuando ni aun rastro había ya de la Muzárabe, y la componían los moros vasallos de los reyes de Castilla, señores ya en el siglo XIII de gran parte de Andalucía; y por último, la *Rabínica*, errante y diseminada en diversas poblaciones, pero que se consagró con éxito al estudio de varias ciencias.

Entre los ingleses, franceses é italianos que visitaron nuestra patria en los siglos IX y X, hubo muchos que extendieron con su saber la fama del pueblo español, que se le había suministrado, entre los cuales merece particular mención el famoso Gerberto, monge francés, que á fines del siglo X llegó á ocupar el sόlo pontificio con el nombre de Silvestre II. Habiendo recorrido este célebre religioso las primeras escuelas del extranjero sin lograr el éxito que se proponía, vino á España y adquirió en Cataluña la ciencia que le dió tanto renom-

(1) «Los señores Assas, Amador de los Ríos y Madrazo, han dado á luz estimables trabajos sobre la escuela Mudejar, tan lucida en el siglo XIV, separándola con acierto de la Muzárabe, pues ni aun coetáneas fueron.»

bre. Fueron cristianos todos sus maestros, y no árabes, por mas que así lo hayan consignado algunos escritores parciales, suponiendo hechos que no espresan los autores mas antiguos y fidedignos, con la siniestra mira de manillar por varios conceptos la reputacion de aquel Pontífice justificado y erudito. Los estranjeros que no podian venir á España, procuraban instruirse con obras compuestas en los monasterios de nuestra Península, y para ilustrar la Italia y difundir en el Oriente la ciencia española, pedia obras con frecuencia el Papa Gerberto á los Obispos Aiton, Boniflio y Lupito, que ceñian las mitras de Ausona (Vich), Gerona y Barcelona. Por lo comun pertenecian los Obispos de Cataluña á las casas mas ilustras, y los poseedores de estas atendian con largueza al esplendor del culto, engrandeciendo el territorio de sus condados con nuevas iglesias, y aumentando en el tesoro de las mismas el número de los libros eclesiásticos.

Siglo de vasta y profunda sabiduría fué en España el X, y sin embargo, ha sido hasta hoy considerado como representacion y tipo de una época de barbarie: idea falsa que borra uno de nuestros mas gloriosos timbres, y marcha y huella la hermosa palma que dieron á España en aquel tiempo los hombres científicos de toda Europa. Grato y consolador debe ser para los españoles el recuerdo de un tiempo en que, sumergidas otras naciones en las mas densas tinieblas, aparece España descollando por su sabiduría sobre todas ellas.

Amenazaba por la cumbre del Pirineo la ignorancia, que enseñoreándose de Europa, solamente le faltaba invadir la cordillera septentrional de la península Ibérica para completar su triunfo, y por el Mediodía las huestes sarraoenas amenazaban tambien al pueblo español. No desfalleció nuestra nacion,

nó; antes bien, levantando su frente serena y altiva en medio de tanto infortunio, al mismo tiempo que guerreaba con arduosa constancia para recobrar la corona de Recaredo, que rodó por el suelo en una triste jornada, empuñó con su diestra la antorcha de la civilizacion encendida al pié de la cruz por el esclarecido emperador Carlo-Magno, y viva y refulgente la conservó libre de los torbellinos que debian apagar su luz. »

De tal manera se espresa el señor Eguren al hablar del estado de nuestra literatura nacional en los primeros dias de la época que ligeramente vamos á historiar, y con preferencia á otros escritos que confirman lo mucho que debió á los monges y eclesiásticos españoles de este período la culta Europa, hemos trasladado íntegros los bellísimos y eruditos pasajes que de su memoria sobre los códices eclesiásticos de nuestra patria acabamos de transcribir, aprovechando esta ocasion para rendir á su talento un justísimo tributo de admiracion.

Nombres ilustres pudiéramos aglomerar en este sitio, si escribiésemos la historia de la literatura patria: las lecciones de la desgracia, dice el mismo escritor, no fueron despreciadas por nuestros monges; y conociendo estos que la nacionalidad y las creencias que la vivificaban, podian sucumbir en su patria, comprendieron que los estudios eran los únicos elementos que habian de conjurar el peligro, y cada monasterio de los estados cristianos fué un semillero de hombres observantes y estudiosos.

Entre esos esclarecidos varones se cuentan oradores dignos de especial mencion, nacidos en nuestro suelo: Juan de Sevilla, Eulogio de Córdoba, Sampiro de Astorga, Pedro Froilan y Martin de Leon, Pelagio de Oviedo y Bernardo de

Toledo; libres casi todos ellos de la corrupcion que de nuevo se dejó sentir á mediados del siglo XI, época en la cual España, que como hemos dicho, habia sostenido y comunicado á las demás naciones los adelantos científicos, llevándolos hasta los pueblos orientales, decayó rápidamente cuando la Francia, saliendo del abatimiento en que por espacio de dos centurias habia yacido, empezó á utilizar los fecundos gérmenes de cultura que, por medio del aumento prodigioso de los manuscritos, habia estendido en su suelo y con altas miras, el emperador Carlo-Magno, consagrando el mayor empeño á sacar al pueblo de su indolencia por medio de la predicacion.

El mas ilustre de todos los que hemos citado fué SAN EULOGIO, célebre doctor de la escuela cordobesa, y una de las glorias mas legítimas de nuestra patria. A pesar de los trabajos y persecuciones que interrumpian frecuentemente sus tareas literarias y piadosos ejercicios, en algunas comarcas, ya ocupadas por los árabes, ya libres de su yugo, no solo recogió, coordinó y trasladó á las iglesias que ofrecian por su situacion mayor seguridad, ó donde mas necesarios eran para el estudio de los cristianos, los fragmentos de *códices* que pudo hallar su laudable celo é invencible constancia (1), sino que evangelizando á los pueblos atrajo con sus discursos al seno de la Iglesia millares de ovejas perdidas para el aprisco amoroso del divino Pastor.

(1) Créese, no sin fundamento, que varios tratados del *código Ovetense*, joya inestimable de la régia biblioteca del Escorial, pertenecen al número de los manuscritos que logró salvar San Eulogio. La escuela cristiana de Córdoba ha sido objeto en nuestros dias de la atencion y estudio del sacerdote francés J. C. Ernesto Bourret, que publicó en Paris el año 1855 una notabilísima memoria, cuyo titulo es: *De schola Cordubæ christiana, sub gentis omniaditarum imperio.*

El clero regular, dice Bourret, no hizo solamente una obra de religiosa conviccion, sino tambien de patriotismo, cuando protestó con el sufrimiento de las persecuciones el fuerte ascendiente de la civilizacion árabe sobre la poblacion cristiana de la Bética. A imitacion de los monarcas guerreros de Asturias y Leon, tuvo tambien la escuela de Córdoba su cruzada, en la que sirvió de campo de batalla el cadalso, y en la que la sangre de los mártires no regó en vano el suelo de la patria. Los confesores de la fé cristiana facilitaron el camino á los soldados de Cristo, y San Fernando, el Conquistador de Sevilla, tuvo por precursor á San Eulogio.

«A pesar de las terribles persecuciones y continuos vejámenes que sufrieron las iglesias de la Bética, no decayó la constancia en el estudio ni el celo religioso de los vigilantes maestros que guiaban por los caminos del Señor aquel pueblo, que sin apartarse del sepulcro de sus abuelos, lloraba la pérdida de su patria y regaba con lágrimas de tribulacion un suelo delicioso y regalado para sus altivos opresores. Obras de grande importancia dieron á luz aquellas iglesias atribuladas, cuando los musulmanes iban preparando su estincion. Los comentarios de los sagrados libros de la Biblia, escritos en árabe por el virtuoso metropolitano de Sevilla, JUAN, que floreció en el siglo X, y la voluminosa coleccion canónica de España, traducida al idioma de los árabes á mediados del siglo XI, por un presbítero llamado VICENTE, y que tal vez no hizo él solo esta version, en la que sirvieron de originales las colecciones latinas formadas por los monges Vigilio, Velasco y otros compiladores conoienzados de la escuela cristiana independiente, son dos grandiosos monumentos consagrados al mayor lustre de la ciencia oristiana por las iglesias muzárabes

de la Bética. Transmittanse en ellas notables *códices* de las manos de un Prelado á las de otro para atender á la conservacion de aquellos manuscritos, viéndose aun en el archivo de la catedral de Toledo una preciosa Biblia latina que perteneció á Servando, Obispo de Eciija; despues fué propiedad del Prelado Juan, que ceñia la mitra de Córdoba, y á fines del siglo X la llevaron á la iglesia de Sevilla.»

A últimos del siglo XII, los españoles volvieron á respirar nuevamente, y se consagraron con mayor empeño al estudio de las bellas letras. Santo Domingo de Guzman, San Antonio de Pádua y San Ramon de Peñafort, son tres antorohas para cuya luz fué pequeño ámbito la península Ibérica. Su espíritu, su piedad, su celo, su doctrina y su palabra, se extendieron á las naciones mas distantes.

Detenemos en cada uno de estos insignes varones, analizando los restos mas ó menos completos que nos quedan de su elocuencia, fuera fatigar demasiado al lector, pues al emitir nuestro juicio sobre las condiciones de la oratoria en la época que nos ocupa, y aun mas, en el capítulo próximo la dejaremos juzgada.

En las *Homilias, Sermones y Discursos morales* de estos predicadores, y de los que les siguen hasta San Vicente Ferrer en el siglo XV, se oye mas bien la voz de una sencilla piedad que la de una culta elocuencia, no pudiendo en efecto presentarlos á la juventud como acabados modelos en cuanto á la forma, si bien omitir sus grandes servicios en defensa de la verdad, fuera ingratitud impropia de quien, al recordar las glorias de su patria, siente latir entusiasmado con fuerza su corazón.

SANTO DOMINGO DE GUZMAN, hijo de Calahorra y Canónigo

regular de la catedral de Osma, en presencia de los males que afligian la Iglesia concibió el grandioso proyecto del orden de *Predicadores*, milicia activa destinada á luchar con los propagadores de la heregia por medio de la palabra, y para la cual no eran necesarios mas bienes que una casa, una iglesia y un cementerio.

La orden se extendió prodigiosamente, y á Santo Domingo se unieron Renoldo de San Egidio, Rolando de Cremona, Moneta, Vicente de Beauvais, Hugo de Saint-Cher, Enrique de Susa y otros; mientras á Francisco seguian Fr. Paeflico, los Beatos Egidio, Bernardo, Juan de Carmona y el taumaturgo *San Antonio de Pádua*, verdadero asombro de actividad, de celo, de amor y de caridad, palabra entusiasta y fervorosa, y azote de la heregia, palabra que no atormenta y embriaga los corazones; palabra llena de dulzura que infunde la bienaventurada esperanza á las almas que padecen; palabra, en fin, refrigerante para las almas sedientas (1).

SAN ANTONIO DE PADUA refiere casi siempre su doctrina á un hecho, á una parábola de la santa Escritura, y deteniéndose en los símiles entusiasma al pueblo, á cuyo corazón, como dice un escritor contemporáneo, solo con imágenes se llega. Desgraciado aquel, decia el santo, cuya predicacion resplandee de gloria mientras lleva la vergüenza en sus acciones (2); y ofreciéndose como dechado perfecto, admiraba mas con su ejemplo que acaso con su palabra milagrosa.

De sentir es, dice César Cantú, que no hayan llegado hasta nosotros mayores fragmentos de la predicacion de estos oradores, que con un fervor hoy poco frecuente se dedicaban

(1) *Sermones del santo*. Paris, año 1641.

(2) *Vida del santo*, escrita por el Abate Acevedo. La mas completa.

á difundir la paz y á dejar caer sobre la multitud la fecunda lluvia de la gracia, con discursos cuya única retórica era la caridad, y en lo que nada había que no sirviese para la edificación. Cierto es que han llegado hasta nosotros algunos sermones morales y dogmáticos, pero son por regla general restos descarnados de aridez escolástica, á los cuales falta entre detalles perdidos la palabra ardiente, animada y fervorosa de los oradores que los pronunciaron.

Por este tiempo se comenzó á cultivar en España el estudio de las lenguas orientales, dando motivo á esto la necesidad de mantener continuas disputas con los moros y judíos durante los siglos XIV y parte del XV, distinguiéndose en estos ejercicios los PP. Dominicos, como lo comprueba el famoso concilio de Tortosa, que dió márgen á 69 sesiones, y en el que abjuraron sus errores 14 rabinos.

Raimundo Martini se señaló en esta época como célebre orientalista (1): Arnaldo Pons, del orden de la Merced, doctor en teología y autor de varias obras (2): San Pedro Pascual, Obispo de Jaen, Prelado insigne, cuyos escritos se conservan y revelan su celo y la eficacia de su palabra, muy elogiada en Valencia, Toledo, Baeza, Jerez y otras provincias, con mas otros muchos Obispos, á quienes cita el Dr. D. Pedro Antonio Sanchez (3), y fueron Raimundo de Ponte, dominicano, Arzobispo de Valencia; Nicolao Rosel, Cardenal y Obispo de Mallorca; Guido de Perpiñan, general de los Carmelitas, Inquisidor general y Obispo de Elna, á quien Teófilo (4) apellida « hom-

(1) Véase á Felipe Mause, de *Pugione fidei*.

(2) Sobre meditation y modus de orar. Alfonso Ramon, *Hist. Mercer*, y Zamel de *Praefectis ordinis sui generalib.*

(3) *Discurso sobre la Elocuencia sagrada en España.*

(4) Tomo XV, ad ann. 1337.

bre de esclarecido juicio, sabiduria y *elocuencia* singular; » Pedro Tenorio, portugués, Arzobispo de Toledo; varones todos inmortales por su *ciencia* y el pasto espiritual que en notables ocasiones dieron á sus hijos.

Felipe Rivot, carmelita y natural de Geroná, fué, segun Tritemio (1), varon de mucha doctrina, piedad y celo: escribió varias obras y un tomo de sermones, calificados de doctos y elegantes por Heisengrein; Francisco de Baou, religioso de la misma orden y autor de un *Repertorium praedicatorum*, en el cual compiló todo lo que halló en los PP. mas á propósito para el púlpito, dejó asimismo gran número de sermones; Tritemio hace de él el siguiente elogio: « Litteratura nobilissimus, philosophus, orator, adque poeta celebris, theologus quoque, sacram legum exercitissimus (2). » Francisco Jimenet, religioso minorita y Patriarca de Alejandria, alabado por Carbonell (3); Juan Ballester, carmelita; Juan de Aragon, y por último, el Inquisidor Eimerico, dejaron tambien sermones, y pasan con justicia por los mas célebres predicadores del siglo XIII y XIV, aun cuando sus composiciones oratorias se resentian de los defectos que antes en otros hemos censurado.

En medio de la corrupcion que dominó á principios del siglo XV, no solo en España sino en las demás naciones, hubo en nuestra patria algunos oradores sagrados que, menospreciando las preocupaciones de sus contemporáneos, predicaron con juicio y solidez: Lupo de Olmedo, reformador y primer general de los Gerónimos, merece contarse en el número de

(1) *De Serip. Eccl.*

(2) Obra citada.

(3) *Cronica de Esp.*, cap. 2.

los mejores predicadores del siglo XV. Heisengrein le llama varon doctísimo, filósofo insigne, teólogo á ninguno inferior y de elocuencia muy grande (1); dejó varios volúmenes de *Homilias*, exhortaciones y sentencias, escritas con singular energía, solidez y gravedad muy distante de las ridiculeces de su siglo; D. Nicolás Antonio (2) ensalza como orador sagrado al V. Fr. Alonso de Espina, franciscano, y dice que predicó mucho en medio de la corte corrompida de D. Juan II; por último, San Vicente Ferrer, llamado el Apóstol de los judíos, que recorrió casi toda España, Francia, Inglaterra, Irlanda y Escocia, evangelizando á los pueblos, se nos ofrece como una nueva maravilla digna de elogio y gloria de nuestra patria. Sus virtudes, su fervor, su ardiente caridad le atrajeron el mayor respeto, y luego que salieron á luz sus primeras obras, fueron recibidas de todos con asombro. Apenas hubo nacion donde los escritos de San Vicente no fuesen traducidos y leídos con entusiasmo: en los seis libros de retórica eclesiástica (3) compiló las reglas que á él le sirvieron para obrar tantos prodigios en el orden de la naturaleza, aprovechando las lecciones de su maestro el P. Avila, Apóstol de Andalucía, y uno de los mas claros, metódicos, sólidos, juiciosos y patéticos ingenios de esta época, en la cual comenzaron ya á sentirse los albores del renacimiento, y el gran siglo para España de los místicos, oradores y preceptistas, de que en el siguiente libro nos ocuparemos con la posible estension.

De los sermones de San Vicente Ferrer nos pareceo

(1) *In cat. test. Verit.*

(2) *Bibliotheca Vetus*, tomo II, lib. X, cap. 9.

(3) De los cuales extractaremos algunos pasajes en la parte preceptiva.

conveniente recomendar tres ediciones: 1.ª La de Lyon, año 1550, en 8.º 2.ª La de Venecia, año 1573, en 8.º, recopilacion hecha por el dominico Damian Diaz. Y 3.ª la de Colonia, año 1575, hecha por Juan Guillermo Freiffem, en tres tomos en 8.º D. Nicolás Antonio elogia mucho los sermones de San Vicente, citando en comprobacion varios pasajes de Rauzano (1).

(1) Véase la *Bibliotheca Hisp. Vetus*. antes citada, lib. X, cap. 2.º

HISTORIA
DE LA
ELOCUENCIA CRISTIANA.

LIBRO TERCERO.

EPOCA TERCERA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Principios del renacimiento: defectos que subsisten aun en la época de la restauracion de las letras: consideraciones generales sobre este punto.—Menot.—Mailhard: Raulin: Barlette y otros.—El P. Jeune: San Francisco de Sales y San Vicente de Paul.

A principios del siglo XV comienzan á sentirse los primeros albores de una nueva era en la historia de la humanidad, producto de los diversos elementos de cultura que hemos señalado en la edad media, y consecuencia forzosa de la actividad individual de los pueblos, libremente constituidos para manifestarse en todas las esferas, é interesados en aumentar los signos exteriores de su poder y su grandeza.

Desentendiéndonos de las pretensiones mas ó menos fundadas de los autores en materia de supremacia y prioridad, y no pudiendo abarcar, sin esponernos á ser confusos, en un libro que consagramos á la enseñanza, bajo una sola mirada los diversos aspectos que durante esta tercera época nos pre-

senta la oratoria del púlpito, vamos á completar las noticias que antes de ahora hemos anticipado respecto al estado de la Elocuencia cristiana antes del siglo XVI, á fin de entrar desembarazadamente en el estudio del gran periodo que nos ofrece la escuela mística española, iniciadora del mayor apogeo de la palabra del sacerdocio en los últimos dias de la época que vamos á historiar.

El A. Henry, que al emitir su opinion respecto á los oradores posteriores á San Bernardo, no cree dignos de mencion especial ninguno de los que por nuestra parte hemos elogiado; que pasa en silencio cuanto se refiere á la elocuencia sagrada durante los siglos medios, se lamenta despues de la severidad con que la critica ha juzgado á la gran mayoría de los oradores franceses del siglo XV y XVI, cuyos defectos fueron muy semejantes á los de aquellos de que tan injustamente se olvidó. Al defender á Menot, Maillard, Raulin y otros, de las inyecciones de Voltaire, que los apellida *adulteradores* del buen gusto y *promovedores* del estilo *macarrónico*, el ilustre escritor francés, cuya obra nos ha servido de mucho para la correccion definitiva de la nuestra, hace una brillante defensa de la elocuencia de los primeros dias del renacimiento; pudiéndose aplicar sin violencia á este mismo objeto, las eruditas apreciaciones de Mr. Gérúzez, al examinar, bajo el punto de vista del lenguaje, del mal gusto y la escésiva sencillez, las censuras apasionadas que se lanzan contra los oradores franceses de esta edad, y que son una nueva demostracion de cuanto nosotros hemos dicho respecto á ciertos lunares que se encuentran en los discursos de casi todos los fervorosos predicadores de los siglos medios, en los de muchos de la época de la renovacion de los estudios clásicos, y mas particularmente en

los de aquellos que hicieron uso por vez primera en el púlpito de los idiomas vulgares.

¿Es cierto, pregunta á este propósito Mr. Gérúzez, que los sermones de Menot y de sus contemporáneos fueron pronuniciados en lengua híbrida, medio latina y medio francesa, ó como dice Voltaire, en una algarabía *macarrónica*? Semejante asercion carece de fundamento, pues no es verosímil que en una época en que el uso del latin llegó á ser privilegio esclusivo del sábio, el orador cristiano que se dirigia al pueblo, hubiese hablado para no ser comprendido, ó para serlo únicamente por una parte de su auditorio. A mas de esto, sabido es que se han conservado muchos sermones en lengua vulgar, pudiendo citar entre otros el famoso discurso de Maillard, conocido con el nombre del *Tosedor*, por las muchas pausas que el predicador hacia para toser y para escupir, indicadas al márgen por medio de estas palabras: *hems, hems*.

En este mismo discurso, el orador, despues de hacer una cita latina, se vuelve hácia un grupo de mujeres y las dirige el siguiente apóstrofe: «Diréis, señoras, que no entendeis el latin, y que no sabeis lo que quiero decir; voy, pues, á esplicaros el sentido de mis palabras;» y acto continuo entra en la esplicacion que ha prometido, lo cual no impide que en el sermón impreso, así el apóstrofe como la esplicacion, se hallen en latin: *Obscurum per obscurius*. ¿Puede por esto solo negarse que se pronunciara en lengua vulgar? pues si todo él lo hubiese pronunciado en latin, sus oyentes, que no entendian este idioma, por mas que la chocarrería fuese completa, ¿no hubiera para ellos pasado desapercibida?

Pero en este supuesto, ¿cómo puede esplicarse la mezcla de las dos lenguas en varios de los sermones impresos que co-

nocemos de esta época? Reduzcamos el hecho á sus verdaderas proporciones. Aquella mezcla frecuente en Menot y otros oradores es mucho mas rara en Maillard, y no existe en Raulin. Para explicar esta diferencia, basta tener presente que aquellos sermones no se publicaban por sus autores, sino que ciertos oyentes los redactaban despues, consultando su memoria y los apuntes que habian tomado. Era á mas de esto práctica general entonces poner en latin todo lo que se decia en lengua vulgar. Los países de la lengua de Oc en Francia, tales como la Bretaña, no hubieran comprendido la lengua de Oïl, al paso que los clérigos de todas las provincias comprendian la lengua latina. Por desgracia, semejantes traducciones se hacian por personas poco hábiles; y cuando el latin que sabian era insuficiente para reproducir los idiotismos de la lengua vulgar, los trascribían sin escrúpulo, ó se contentaban con disfrazarlos ruda y toscamente, de lo cual provienen las locuciones extrañas intercaladas en el texto latino, y las frases casi macarrónicas que se critican. Esta mezcla no es, pues, otra de los oradores, sino de los traductores inhábiles, que lo mismo existían en Francia que en los demás países.

Pasemos al segundo cargo, esto es, á la parte grotesca, y aquí conviene advertir, primeramente, que la mezcla de las lenguas entra por mucho en aquel defecto, y que explicándola le hemos atenuado en gran parte. No queda, pues, sino el uso de las locuciones vulgares, de las comparaciones familiares y de los apólogos divertidos. Si los predicadores han empleado los chistes como un fin y no como un medio, ¿deberá esto reprobarse? Si semejantes licencias eran hijas de la necesidad de interesar al auditorio y de despertar su atencion, sin apartarlo del objeto moral; si despues de haber referido una

anécdota chistosa ó un apólogo malicioso, sacan de ellos una leccion; si vuelven á emprender el tono sério; si encaminan hácia las virtudes cristianas y hácia los deberes religiosos al auditorio, á quien por un momento divierten, ¿no es forzoso convenir en que, como hemos dicho antes de ahora hablando de estos mismos defectos, semejante proceder era un feliz artificio oratorio, tomado de los griegos, si se quiere, pero siempre eficaz y poderoso? ¿No es el principal mérito del hombre que habla el hacerse escuchar y llegar por todos los medios posibles á la inteligencia y al corazón de sus oyentes?

Los sermonarios del siglo XV, se dice, hablaron en Francia y fuera de ella la lengua del pueblo: ¡extraña reconvenccion! toda vez que al pueblo era á quien se dirigian y el lenguaje pulido que se ocha de menos en ellos aun no era conocido, porque no habia verdadera gerarquía entre las palabras y todas seguían una regla de perfecta igualdad: no habiendo entre ellas nobles ni plebeyos, pues la restauracion de las lenguas tuvo lugar mas tarde y se trabajó durante muchos siglos en toda Europa. El contraste de las palabras cultas con las rudas ó grotescas, que produce el tono burlesco, no podia, pues, ser advertido por los oyentes de la época de Menot ni de Maillard, como se advierte por los criticos que los censuraban.

El cinismo de nuestros oradores religiosos de la Francia, continúa M. Gervé, es mas bien un anacronismo de los criticos modernos. Para juzgar bien á un siglo, es menester hacerlo revivir y colocarse en el punto de vista de los contemporáneos. Las palabras toscas, las palabras que parecen impropias y escandalizan en la actualidad á nuestra delicadeza, es-

tas palabras, rechazadas en nuestros días, y que hace cincuenta años escitaban la risa, si retrocedemos siglo y medio mas, pasaban desapercibidas, nada tenian de repugnante para los oyentes del siglo XV, y recibidas en la conversacion, se admitian naturalmente en los discursos.

De una manera tan natural, tan sencilla, defiende M. Gérúzez á los oradores franceses del siglo XV y principios del XVI; defensa que se estiende sin violencia alguna á los que, mas que por la forma, por el fondo y el fruto admirable de su predicacion, hemos elogiado en el libro anterior, y precedieron mas ó menos directamente á la época de la restauracion de las letras, que coincidió con el nacimiento de los idiomas vulgares, de que se valieron muy presto los oradores sagrados para hacerse entender, exceptuando algunos períodos en que, como sucedió en España, la afición á los estudios clásicos hizo se estudiase el idioma del pueblo rey y se escribiesen en él libros admirables y discursos sagrados de gran mérito, de que mas adelante y en este mismo libro habremos de ocuparnos con mayor estension.

Lo que nos cumple en este momento es indicar los primeros albores del renacimiento, que se dibujan en el siglo XV de una manera perceptible, pero que no bastan á librar á los oradores cristianos de los defectos que eran mas comunes en la edad media, porque el tránsito de una á otra época no se realiza repentinamente, sino que solo se percibe despues de un minucioso exámen de pequeñas circunstancias, de incidentes quizá contradictorios al parecer.

En tal sentido, y aunque hayamos creído conveniente hacer una division en el estudio de la historia de la Elocuencia cristiana en el siglo XV, no es extraño que por algun tiempo

fuese en general lánguido y rudo el lenguaje empleado para explicar los misterios augustos de la religion.

Defectos muy marcados se notan en varones eclesiásticos de gran valia, aun despues de estar adelantada la cultura y el buen gusto, que llegó á su mayor altura en el siglo XVII, limite de este período en la historia de la predicacion, como el siglo XV es su natural principio. Ellos acertaron, sin embargo, á interpretar rectamente aquella exclusion que un santo antiguo parece exigia en el estilo oratorio de la escuela cristiana. Supieron conocer la naturaleza de la pompa supérflua, de las palabras y del fausto ostentoso, que tenian por objeto la gloria personal, y no el triunfo de la verdad; siendo este el sentido en que hablaba San Basilio, cuando queria que fuese desconocido en la Iglesia el uso de la elocuencia profana. Armados contra esta perversion de ideas, y superiores al poder en que se hallaba establecida la ociosidad y la ignorancia, indisculpables en sus pretestos, y tal vez acreedores á disculpa, por la infeliz suerte de los tiempos rudos, dieron á entender era digna de espresiones bien reguladas la causa de la religion.

Hasta el tiempo de la restauracion de las letras, dice el Obispo de Beja, dominó un estilo de predicar pueril y salteado, por la flaqueza de explicar la Escritura sagrada con alegorías forzadas, verbales, nada aptas é imprudentes; tampoco niega que entonces, mas que en otros siglos, prevaleciese un estilo conforme á la atencion de unos oyentes alimentados de ligeros y superficiales conceptos; porque á la verdad, este abuso de la razon y de la palabra de Dios aun tuvo sus partidarios en siglos mas adelantados; por esto, si reflexionamos en el método que era frecuente, cuando los hombres desconocian los preceptos de hablar bien, antes de los siglos ilus-

trados, hallaremos el uso de un lenguaje oscuro y de una muchedumbre de autoridades fuera de tiempo: hallaremos amontonadas en forma escolástica ó sin método las alegorías: hallaremos que se practicaba una frase en intimar las doctrinas, que tenia su origen en el modo rústico de pensar, entonces autorizado, porque la locucion era popular y simple; pero aquellos defectos tan vigorosos hasta el siglo XV, fueron sustituidos en los años siguientes por errores dignos de mayor censura y reprobacion, y que no poco influyeron por su bulto y generalidad en rebacer el vigoroso impulso dado á las letras por los hombres verdaderamente sábios del siglo XV y XVI.

Es bien extraño, y sin embargo así acontece, que se separaran de la verdad, así en la materia como en la forma, todos aquellos predicadores que al tiempo de hallar en el mundo la luz de los preceptos profanos y sagrados, huian de la misma luz, é ingratos al beneficio, le sofocaban prefiriendo al mérito real el nombre de grandes oradores, aunque no lo fuesen sino por una simple aclamacion destituida de verdad.

De estos vicios del púlpito, tan comunes á todas las naciones y á todos los tiempos, dan testimonio los mismos que lo refieren ó reprenden. La defectuosa elocucion del púlpito en tiempo ya de la reforma de las letras, dió ocasion á ser ridiculizada por Hutem en las famosas epistolas *Obscuriorum virorum*; y por Erasmo en el *Encomium Morie*. Esta obra aun es mas satírica en la traduccion de Greuderville. Los sábios sabrán leer estas invectivas con la prudencia y discernimiento necesario, para distinguir entre la mordacidad, entre la pasion y la buena critica, no solo con relacion á la materia que se sujeta al púlpito, sino tambien en otros asuntos. Acerca de

los sermones en Alemania, dá una triste idea Tritemio (1). El Padre Bouhouz notó los conceptos frívolos de los predicadores de Francia (2). Balzac se admira quando encuentra un buen predicador (3), y este mismo sábio, aunque pone en salvo el mérito de los buenos oradores eclesiásticos, no se atreve á acusar los defectos de los que daban principio á sus discursos por una frívola erudicion (4). En otra parte reprueba los predicadores que en su tiempo sacaban «la quinta esencia» (según él se explica) á la sagrada Escritura (5). El abad Lohanc manifiesta cuán sensible le fué el que degenerase en Francia la elocucion del púlpito (6). Cospeau, Obispo de Lisieux, fué uno de los primeros predicadores que en los sermones introdujo en Francia las citas de los poetas, mezcladas con el uso de la Escritura y Santos Padres. Los defectos de Italia y su reforma, los refiere en compendio el ilustre Muratori (7). Bruys asegura haber conocido en Ginebra predicadores

(1) «*Nestri autem concionatores majore in numero purissimos Dei sermones Aristotelicis Julianisque intermiscunt opinionibus, crebris philosophos gentilium, quam Christi Apostolos allegantes. Proh pudor! tam celebris facta est Verbi Dei præconibus Peripateticorum auctoritas, ut in cathedra Christi crebrus Aristoteles citetur in medium quam Paulus, aut Petrus, Sacratissimi Principes Apostolorum.*» Trithem. *Epist. Jacobo Kymoiano*, 22 Julii, 1505.

(2) *La manière de bien penser dans les ouvrages d'esprit*, pág. 58, edic. Cramoisy.

(3) *Lett. à Conrart*, *lib. I*, *lett. 3*.

(4) *Lett. Chois.* 16, pág. 73, edic. Elseviers.

(5) *Særat. Chrét. Disc.* 7, 47.

(6) *Tom. 2*, *lett. 43*.

(7) *Refless. sopra il buon gusto, part. 2*, pág. 244. I. «*Scoli barbari ed ignoranti diedero un gran tracollo alla vera Rettorica, allora che magno conatu magna nugæ cgebantur. Per ristorarla si adoperarono assaiessimo valerosi nomini dopo il 1500 é specialmente in Italia. Ma ritornò essa di bel nuovo nel seguente secolo a ricevere delle ferite da un'altro eccesso, cioè adire dall'affettazione; dalla quale disavven-*

hábiles, al paso que otros movían á compasion (1). De la elocuencia sagrada en Inglaterra, escribe un anónimo, que hubo tiempo en que estaba reducida á comparaciones frecuentes, ejemplos estravagantes y mil puerilidades (2). Swist, hablando de este mismo país, afirma conocer á muchos ministros evangélicos que jamás se resolvían á bajar del púlpito sin pronunciar una docena de sutilezas, durándoles esta manta mas ó menos tiempo, segun su mayor ó menor imprudencia (3). En tiempo de Jacobo I constituyeron la pasion de los predicadores ingleses, las agudezas del espíritu, como dice Addison, vicio que llevó, por lo que mira al teatro, el célebre Shakespear. Los ingleses tienen sermones como los italianos, franceses y españoles, aun en el principio de la restauracion, con extraordinarios títulos, como las *Visiones Bíblicas* de José Hall, Obispo de Eoester, y la *Zootomía*, esto es, *observaciones en que por los muertos se trata de los vivos*. Addison nota que aquellos oradores no tienen accion, y que *gesticulan* menos que los de otros países: que los oyentes se duermen por lo ordinario en los sermones mas sólidos y mas bien trabajados (4). Luis

tura si é ella ora mai quasi totalmente riscossa, et si va tuttavia rimettendo mercé del buon gusto, che torna ad allignare piu che mai. »

(1) *Memoir. sur les Suisses, tom. I, pag. 76.*

(2) *Traité de l'incertitude des Sciences, cap. 4, pag. 73.* «L'on scait bien quel gout d'éloquence a regné pendant les derniers troubles, sur-tout dans la Chaire... L'éloquence consistoit en comparaisons fréquentes, en exemples bizarres, et en mille autres puerilités: ce qui charmoit le peuple, jusq'a le mettre hors de lui même, et à oblour sa raison.»

(3) Véase el *Journal Historique de la République des Lettres*, en el mes de noviembre de 1733.

(4) *Spectateur. Disc. 47 y 48*, tomo I, ed. 4, 1758, tomo II, dic. 9 y 37. Véase el abad Leblanc, tomo II, letr. 43, y tomo III, letr. 90. Véase el *Journal Etranger Janvier*, 1757, art. *Angleterre*, pág. 14 y 17,

Vives, autor español, refiere con espresiones muy atentas los defectos de los predicadores de nuestra patria, y de otras en su tiempo, cuando ya se trabajaba en disipar el contagio de los bárbaros (1), justificando todos estos autores lo que acerca de otros defectos hemos dicho repetidas veces.

El que se halle con instruccion necesaria para juzgar bien, haga análisis de los sermones impresos en España y Portugal, y observará los defectos que en estas naciones fueron usuales en el púlpito despues de Luis Vives, y que en Alemania se prolongaron hasta el siglo XVIII. Juan Samuel Strykio declama contra los predicadores que no sabian ejercer el ministerio como es debido. Un critico de mérito pretendía que los alemanes esceden á las demás naciones en juegos de espíritu, como son los acrósticos, anagramas, pasion comun

en este mismo diario y año; pero en el mes de marzo se lee la noticia de una composicion de *Tomas Sheridan*, en que este autor se queja de que no se perfecciona el clero de su nacion en el uso de la elocuencia, porque no habiendo religion sin culto, no hay culto sin elocuencia.

(1) «Ita sacri concionatoris priscis illis oratoribus successere, sed dissimilimo successo: nam quanto illis superamus rebus, tanto partibus omnibus eloquentie, tota vi persuadendi, sententis, argumentis, dispositione, verbis, genere orationis, actione inferiores summus. Cujus rei culpa divisa est iuter dicentem, et audientem. Olim qui dicebant erant calentissimi usus, et totius prudentia: communis, tractandorum animorum peritissimi artifices. Qui nunc dicunt eam dispares, imperiti, ignari vite, immo et communis sensus: qui sint affectus, aut quemadmodum vel impellendi, vel revocandi animo nescii. Nec cul rei que verba, quod genus orationis sit adhibendum norant, omnia bene convenire omnibus rati. Sententis habent plumbeas, frigidas, jagentes, segnes, que animos deiciant citius, quam excitent: argumentatiunculas colligunt ab illo exercitio Scholasticæ que ventiant quidem, et titillant interdum, nunquam feriunt, aut cædunt. Dispositio fusa, et dissipata: nihil dicunt suo loco: actio immoderata: nihil prore, aut tempore: non in voce, non in oculis, et ore, non in manu, et digitis, non in gestu, et statu corporis universi...» (Véase el texto.)

de los hombres superficiales... lo cual es tildar á aquella inmensa nacion de un vicio que no merece, debiendo ser por otra reconocido su mérito literario. El origen de estos defectos consistió en la ignorancia de los maestros, en su abuso y en su obstinacion, hasta que haciéndose familiares, pasó á ser tenida por cosa preciosa y de mérito lo mismo que era antes estimado por verdaderamente ridiculo.

A fin, pues, de no omitir noticias cariosísimas que hallamos en la obra de Henry, respecto á varios oradores anteriores ó próximos á nuestra escuela mística, vamos á dar de ellos una ligera idea, aunque para esto nos veamos precisados á retroceder ó avanzar algun tanto en la marcha que nos habíamos propuesto seguir.

Menot.

Religioso franciscano y profesor de teología; Menot predicó con feliz éxito en Tours y en Paris á fines del siglo XV. Todos sus sermones se dividen en dos partes: la primera puramente teológica, y la segunda moral. El texto tomado de la sagrada Escritura, generalmente está bien elegido y aplicado con oportunidad. Las citas demuestran un estenso conocimiento de las sagradas letras, de los PP. y de algunos autores profanos. Se nota tambien por las alusiones á los escritos de la Rosa, y por trozos tomados de Villon, que no desconocia la literatura contemporánea. La coleccion de sus sermones se titula: *Sermones quadragesimales, olim Turonis declamati.*

Para concluir cuanto hemos dicho, circunscribiremos nuestras observaciones sobre las comparaciones vulgares y los apólogos que constituyen los principales defectos y las bellezas de este orador.

Menot se propone hacer comprender en cierta ocasion á sus oyentes lo difícil que es su ministerio, los obstáculos que la divina palabra encuentra con hombres consagrados enteramente á los placeres, ávidos de honores y riquezas, y no ataca directamente los extravíos del siglo; haciendo comprender su odiosidad por medio de una imágen, no vá á buscar esta en paraje muy alto ni muy lejano, sino que un lugar sencillo se la proporciona, y aludiendo maliciosamente á un corral en medio de la corte, les dice:

«Así como la gallina que encuentra que picar y comer en el corral durante largo tiempo, inútilmente se la llama al gallinero; del mismo modo las personas que hallan distraccion en el campo del mundo, rehusan volver á Dios, que los invita á que entren en su conciencia; permanecen divertidos todo el dia, y no sé si tendrán tiempo para volver á Dios; otros están en la actualidad ocupados en conseguir gracia de la corte, y no hallarán tampoco el tiempo para volver al Señor.»

Es esta una imágen familiar y sencilla; pero si era seguro que producía mayor efecto el llamamiento hácia Dios bajo aquella forma chistosa, que valiéndose de una declamacion ridicula y afectada, ¿por qué la severidad de la critica? Por ventura, ¿podrá negársenos que así iba encaminada la leccion mas directamente á su destino?

En otra parte emplea Menot una comparacion feliz para exhortar á los cristianos á que no se dejen distraer por los bienes terrenales, procurando siempre aspirar á la perfeccion.

«Observad, les dice, la alondra, luego que ha tomado vuelo; esta avecilla desprecia las semillas esparcidas por el suelo, y sin dejar de cantar se eleva al cielo.»

Queriendo demostrar á su auditorio en cierta ocasion que por ser Dios testigo de nuestros pecados, no es por esto su autor, no se entretiene en disertar sobre la presciencia, ni sobre el libre albedrio, ni sobre la eternidad; sino que sienta su tesis en imágenes, habla á los ojos, y por medio de estos á la inteligencia. Oigámosle:

«Supongamos, dice, que esta noche dos hombres pretenden bañarse en el Loire. Me direis: ¡Vaya una locura! apenas podemos abrigarnos en nuestras casas, y ellos completamente desnudos han de sumergirse gustosos en agua fria!... Uno de ellos se acerca al hoyo que hay junto al puente, se zambulle en él y arriesga su vida. Desde lo alto del puente grita uno:—Amigo, no vayais por ahí; el estravagante no hace caso y se ahoga. Su compañero, por el contrario, aprovecha el aviso, y consigue salvarse...

Ahora os pregunto: ¿Es, por ventura, el hombre subido en el puente causa del riesgo y de la desgracia del ahogado? En iguales circunstancias se halla el Señor respecto á los pecadores: semejante al testigo que está sobre el puente, conoce el riesgo á donde corre el pecador obcecado, y lo vé precipitarse al abismo, y no quiere su pérdida ni la ocasiona, sino que por el contrario, desea impedirlo; del mismo modo Dios, al vernos correr hácia nuestra condenacion, no la quiere, sino que la impide, y sin coartar nuestra libertad, nos muestra repetidas veces que vamos á nuestra ruina.»

Positivamente es oportuna esta comparacion; pues nada era mas propio para interesar á los sencillos habitantes de Tours y hacerles comprender un misterio que inquieta la fé de los ignorantes. Tampoco podrá nadie alegar que falta el colorido de la localidad á aquel cuadro: Menot no se contenta con hablar por medio de imágenes, sino que tiene en con-

sideracion el tiempo y el paraje en que está. Habla en una noche de invierno á los vecinos de Tours, y saca partido de estas circunstancias; se refiere á sus oyentes, al puente que todos conocen, y al rio de cuya posesion están envejecidos; de este modo los que le escuchan no podrán menos de convenir unánimes en que tanto el hombre que se pierde, como el que se salva, no es por la iniquidad de Dios, sino por su propia voluntad.

Citemos otra comparacion:

«Si los hombres supieran el tiempo que tienen que vivir, dedicarían á los placeres la mejor parte, y quizá emplearían el resto para alabar al Señor. Si alguien pudiera decir «me quedan treinta años de vida,» se dedicaría tranquilo al robo y el libertinaje; pero nosotros somos como el pájaro sobre la rama, que cantando muere del tiro que repentinamente le hiere.»

¡Qué habilmente colocada está esta comparacion! ¡Qué rasgo tan imprevisto! ¡Qué rectitud y qué tierna melancolía! ¡Cuán involuntariamente se dirige nuestro pensamiento hácia aquel pájaro de una de las fábulas de La Fontaine:

¡Mortalmente herido por emplumada flecha!

Las narraciones de Menot, no son menos notables que sus apólogos.

El principal interés de sus discursos consiste en ciertos pormenores familiares, que colocan la leccion al alcance de todos, y reduciendo el hecho á las proporciones humanas, escitan un sentimiento patético adecuado á la capacidad de un

auditorio vulgar. Esta cualidad se halla en sumo grado en la narracion de la muerte del impío. Masillon trató despues el mismo asunto, pero de una manera enteramente distinta; diferencia que debe explicarse mas por el auditorio que por el orador: las generalidades convienen á los talentos cultivados; mas el vulgo no se interesa sino en los pormenores, por lo que es preciso que todo se le muestre con el dedo, y que se llegue hasta su inteligencia por medio de sus ojos. Menot manifiesta, así como muchos de los oradores de esta época, todo lo que desea hacer comprender, y esto constituye su mérito principal.

La narracion del sermonario está tomada de la crónica de Eusebio; es un hecho histórico, una realidad; domina á sus oyentes y tiene fija su atencion. Describe primero la vida disoluta del impío, sus bailes, sus festines y sus orgias. Dios se cansa, la enfermedad viene y el impío se encuentra postrado en el lecho del dolor. Llega su confesor, y lo despide, aunque con delicadas formas. El sacerdote vuelve desconsolado con el santo viático, y tiene igual acogida, regresando á su iglesia sin haberle recibido. Entretanto el moribundo vé en sueños escrita su condenacion en el libro de la vida. La desesperacion se apodera de su corazon, sin moverlo al arrepentimiento; durante tres dias su lengua, fuera de la boca, se mueve convulsivamente pronunciando estrañas palabras. Por último, la mujer del impío le avisa que es tiempo de que otorgue el testamento. Llega el escribano, y hallándose reunida toda la familia alrededor del lecho de muerte, el moribundo dicta del siguiente modo su última voluntad:

« Como es justo que cada qual sea retribuido segun sus

méritos, y en vista de que nunca me he confesado, que en este mundo no he adquirido nada sino por engaño, y que he seguido la voluntad del diablo, doy mi alma al infierno y quiero que me entierren en el averno.

Pero la misericordia de Dios es grande, dicen los concurrentes.—No, replica el moribundo; el fallo está dado, pasó para mí el tiempo de la misericordia.

Y vosotras, añade dirigiéndose á sus hijas, colocadas alrededor de su lecho, que para dotaros y ataviaros segun vuestros deseos me he visto en la precision de enriquecarme por medio de la injusticia, puesto que habeis sido los instrumentos de mi condenacion eterna, y no queriendo abandonaros ni olvidaros en mi testamento, doy á vosotras, á mi mujer, á mis hijos y á los vuestros á todos los demonios del infierno.

Así que todo hubo concluido, continúa despues el orador, bajó del cielo una tempestad y no se halló ya otra cosa sino el pestilente polvo de un cadáver.»

Esta narracion, tan hábilmente desenvuelta y terminada de un modo tan violento, debia producir un terror inmenso. Las circunstancias de aquella impenitencia final, estensamente referidas, y la rapidez de la venganza divina, forman un contraste, que seria el triunfo del artista, si no fuera el resultado de un feliz encuentro. No obstante, hallazgos de esta especie no los suelen tener los oradores vulgares.

Cuando Menot dellende la causa del pobre oprimido, su corazon se exalta y halla en él las mas hermosas inspiraciones. Duda Henry que la elocuencia del pólipo suministre muchos trozos comparables con el siguiente.

«En nuestros días, dice, los señores jueces llevan largos trajes y sus mujeres se visten como princesas; pero ¡ah! si sus vestiduras se pusieran en una prensa, estoy seguro que de ellas correría la sangre de los pobres.—Señores magistrados, ¿son de vuestro patrimonio las rentas que gastais? Positivamente que nó; y mientras tanto los infelices huérfanos menores reciben de vosotros tutores para aprender un oficio, y los poneis bajo las garras de los lobos, para que los roben y los dejen sin nada; oidme bien, y no dudeis que sus clamores suben hasta el cielo y hasta el trono de Dios. ¿Sabeis á dónde van los lamentos de los huérfanos y de las viudas? van á Dios mismo para pedirle venganza de los que los han despojado. Sobre todos vosotros reside el gran Juez soberano.»

Quando el asunto lo permite, Menot suele expresar ideas nobles y patéticas, casi sin mezclar la familiaridad. No alegaremos otra prueba de esto mas que el siguiente trozo, muy parecido á la melancólica balada de Villon y su patético estribillo:

«El que tiene siempre la muerte delante de sus ojos, con facilidad triunfa de la tentacion; el que sin cesar piensa que debe morir, desprecia sin violencia todas las cosas. Preguntemos á los santos del paraíso qué es lo que hicieron tantas veces durante sus oraciones en el desierto, y cómo pudieron abstenerse de las bebidas, de los juegos y de las diversiones. Veremos que aun cuando San Gerónimo recibió el birrete cardenalicio y lo aceptó por obedecer al soberano Pontífice, sin embargo, al presenciar la corrupcion de la corte, se retiró al desierto, donde tambien fué tentado; cuando esto sucedia se daba fuertes golpes con una piedra, hacia un hoyo en el suelo y se enterraba en él hasta la cintura, diciendo: «Te devuelvo, cuerpo miserable, á la tierra de donde has salido.» En aquella

actitud pasaba dias enteros sin comer otra cosa que las yerbas que podia coger, semejante á la oveja del prado. Quizá pasó de este modo diez y seis ó veinte años de su existencia.—¿Pero qué es pasar diez y seis ó veinte años en las delicias del siglo y satisfacer sus gustos, para acto continuo ser sepultado durante la eternidad en el fuego del infierno? De este modo el pensamiento de la muerte nos encamina á la penitencia: todos morimos, y á la manera que el agua, nos sepultamos en la tierra y no volvemos á salir á la superficie. Sí, señores; todos caminamos á la muerte. El agua del Loire no deja de correr; ¿pero es acaso el agua que vemos la misma del dia anterior la que en este momento pasa por debajo del puente? ¿es la que pasó ayer? El pueblo que reside hoy en esta ciudad, ¿es el mismo que habia hace cien años? Ahora estoy aqui, el año próximo venidero oireis otro predicador. ¿Dónde está el rey Luis, tan temido en otro tiempo? ¿y aquel Cárlos, que en la flor de su juventud hacia temblar la Italia? ¡Ay! la tierra ha podrido ya su cadáver. ¿Dónde están todas aquellas damas de quienes tanto se ha hablado? ¿no habeis leído la novela de Rosa y Melusina, é ignorais la suerte de tantas otras celebradas hermosuras? Ya veis que todos morimos, y que así como las aguas, entramos en la tierra para no volver mas á la superficie; pero mucho me temo que si Dios no echa una mirada de misericordia sobre nosotros, vayamos todos al infierno cual indignos pecadores. Quiero, pues, persuadiros á que sin demora hagais penitencia, para que el Señor se aplaque con vosotros, segun el testo que he escogido: *Señor, no esteis irritado.*»

Si se tiene en consideracion que los trozos anteriores, semejantes á los cuales podríamos alegar muchos otros de diversos predicadores, se hallan tomados, casi sin eleccion, de discursos copiados imperfectamente y mutilados las mas veces por medio de análisis y abreviaturas; si se examina que todos

son de Menot, uno de los mas desacreditados sermonarios y el que comunmente se presenta en Francia como el tipo de la bufonada y del cinismo, creemos que será preciso reconocer que se ha hablado con demasiada ligereza acerca de aquellos piadosos oradores, cuyos discursos justifican en parte la admiracion de sus contemporáneos, y aunque muy desfigurados, protestan contra el desprecio y el desden con que se les mira comunmente aun en nuestros dias.

Menot, segun se ha visto, es un hombre extraordinariamente vivo é ingenioso, conocedor de las reglas mas sencillas de la elocuencia, y que sabe sin estudio indignarse y enternecerse. No se contenta con llamar la atencion de su auditorio y escitarlo con hábiles narraciones y con palabras satiricas, sino que se apodera vivamente del alma, la agita y la conmueve fuertemente con invectivas y con apóstrofes de seguro efecto.

Uno de los caracteres de los predicadores de los siglos medios y de los primeros dias del renacimiento, es el haber conservado el favor de las clases inferiores de la sociedad, atacando con preferencia á los fuertes y á los poderosos, reprimiendo los vicios en aquellos cuyo ejemplo es mas funesto. Aquellos apóstrofes, tan vivos y tan punzantes, se dirigian á los eclesiásticos, á los palaciegos y á las personas de la corte.

«Si se pusieran en prensa, decia á las damas, esos vestidos con que os adornais, correria de ellos la sangre de los pobres.»

En presencia del pueblo, el orador cristiano se indigna y emplea su elocuencia para desarmar á sus opresores; tal es

la verdadera mision del púlpito, porque siendo el sacerdote el intérprete de la palabra evangélica, deber suyo es predicar á los pobres la resignacion y la paciencia en sus trabajos, y á los ricos y á los que gobiernan para enternecer y suavizar sus corazones las dulzuras y recompensas eternas de la caridad. Todos los esfuerzos humanos que tiendan á mejorar la condicion de las clases inferiores, serán estériles y se emplearán inútilmente, si no están apoyados por el sentimiento religioso, por la *caridad*, que nos enseña el único medio de compadecernos de la miseria de nuestros hermanos y socorrerlos sin humillarlos. La ciencia moderna, al demostrar de dónde proceden las riquezas y de dónde se acumulan, no puede menos de inspirar envidia á los unos y terror á los otros. Los que se dicen amigos del pueblo comienzan por dividir la sociedad, formando grupos enemigos entre sí. El Evangelio es el único que puede recomendar la paciencia á los pobres y la caridad á los ricos. Por consiguiente, siempre que vemos á un orador, fiel á tan elevada mision, siempre que le oimos tronar contra las violencias ejercidas sobre el débil, podemos decir que está en su puesto, que llena su vocacion y que es un digno intérprete de la moral evangélica. Estas simpatias tan vivas en favor del pobre las hemos señalado constantemente en los oradores posteriores á las Cruzadas y en otros muchos, siendo la base de sus mas nobles y mas elocuentes impulsos. Tal es el verdadero terreno de la elocuencia religiosa.

No decimos por esto que al lado de aquellos arranques de elevada elocuencia, muy conformes con el espíritu evangélico, no se encuentren gran número de faltas que, por lo general, provienen del genio sutil y sofístico de aquella época.

No es creíble que estos oradores hayan sido extraños á los hábitos de la inteligencia y del lenguaje de su siglo; porque cualquiera que sea la superioridad del talento, el hombre sufre, siente la influencia de lo que oye y de lo que tiene alrededor de sí. De este modo los predicadores, y Menot el primero, para mostrar la sutileza de talento que todavía se hallaba en boga, se permiten comparaciones que en la actualidad nos parecen pueriles. Así, para enumerar el catálogo de los crímenes, recordarán el alfabeto llamándole el Símbolo de todos los pecados, y tomando en seguida todas las letras, irán diciendo: «*A*, representa la avaricia, *B*, tal crimen, *C*, tal otro,» continuando de este modo hasta que las hayan agotado todas. Otra vez compararán la misión de Jesucristo y las diferentes fases de su vida con la marcha del sol y su paso por los diferentes signos del Zodiaco. Y nos dirán: «Los astrólogos nos enseñan que el sol pasa por los diferentes signos del cielo. Ahora bien. Jesucristo, que es el sol de justicia, pasa también por diferentes signos: está en el signo de Libra, cuando hace justicia á los hombres; en el de Géminis, cuando toma una doble naturaleza; en el de Leo, cuando juzga á todos sin escepcion de personas; en el de Scorpio, cuando castiga á los culpables; en el de Virgo, cuando se encarna y baja al vientre de la Virgen María.» Los signos del Zodiaco hallan de este modo su aplicación en varias circunstancias de la vida de Jesucristo. Hay en esto afectación, sutileza y positivamente mal gusto; pero á decir verdad, mucho mejor es hacer del sol el símbolo de Jesucristo, que trasformar, según Dupuis, á Jesucristo en símbolo del sol. La falsa elocuencia es siempre menos funesta que la falsa ciencia. Además, aquellas comparaciones eran objeto de admiración para los

contemporáneos, y se dice con gusto todo lo que ha de ser aplaudido. Los escritores y los oradores, igualmente que los hombres políticos, son todos, hasta cierto punto, esclavos de sus contemporáneos, siervos del sufragio y de la admiración de los que los oyen.

Así, pues, seamos mas benignos con oradores como Menot, sabiendo que deben atenuarse todas las reconvenções que se le han dirigido; que la bárbara mezcla de las dos lenguas es obra de los que reunieron sus discursos, no debiendo en su consecuencia imputárseles la parte burlesca que de aquella mezcla resulta; que los chistes que desdican del estilo sério nunca fueron para ellos un fin, sino un medio muchas veces empleado con extraordinaria habilidad. Sabemos, por último, que el cinismo aparente de las expresiones es solo un efecto accidental, que dimana del progreso de la delicadeza, pues lo que hoy nos parece clínico, era antes cómico y pasaba por natural. Quedan, pues, de cuanto hemos dicho, los hábitos familiares del lenguaje, las sutilezas, la afectación, el mal gusto; pero todo esto dista mucho de las reconvenções, que por lo general se dirigen á los sermonarios, haciéndose preciso, dice Henry, reformar la opinión admitida y modificar un fallo respecto á los oradores de la época que nos ocupa, tan injusto como infundado.

OLIVIERO MAILLARD, á quien perjudica como orador la profundidad de su talento y sus estudios teológicos, ejerció el ministerio del púlpito en la corte de Luis XI y fué despues confesor de Carlos VIII. Este insigne sacerdote hizo en uno de sus discursos la siguiente reflexión respecto de los homicidas, que merece citarse:

«Matar á un hombre culpable con la autoridad de las leyes, no es pecado; pero todo homicidio que se ejecuta contra la autoridad de las leyes, es un verdadero asesinato. ¡Detestables homicidas, vosotros destruis lo que no podeis restablecer! Sabed que el homicida nunca tiene buena muerte: así, cuando un asesino pasa junto al cadáver de su víctima, brota la sangre de esta pidiendo venganza al Señor.»

Este trozo es de una belleza imponderable.

Aunque Maillard tiene menos animacion que Menot, no es raro encontrar en este orador felices inspiraciones y fecundos gérmenes, que la elocuencia desarrolló mas adelante.

«Pecadores mundanos, dice en cierta ocasion, ¡ójala el Señor no os trate como mereceis! ¿Os hallais, por ventura, en el estado en que quisierais morir?— Vosotras, mujeres, que lucis vuestros impuros adornos, ¿querriais sucumbir en el estado en que os encontrais? Creo que de mil no se contarian cuatro. Haré oír en este sitio la trompeta del juicio final, y pronto sabremos quiénes son los que responden al llamamiento.— Os pregunto: ¿teneis hecho algun convenio con Dios, para cuando os halleis al borde de la tumba? San Agustín os responde que esto es imposible.— Entonces me llamarán y no responderé, por haber despreciado mis mandatos y no haber tenido temor de Dios; os he llamado, y habeis recusado seguirme; he alargado mi mano, y nadie ha echado una mirada hácia atrás.— Infelices pecadores, ¿qué direis en el lecho de la muerte? Direis: ¡ay! ¡ay! Por esto os advierto que con tiempo debéis arreglar vuestras conciencias.»

Entre Maillard y Massillon, dice Henry, media la misma distancia que entre el bosquejo de un discípulo y el cuadro de un maestro; pero la idea es idéntica, ambos pregun-

tan á la conciencia de sus oyentes, y valiéndose de las mismas imágenes, despiertan ante ellos la memoria del juicio final.

RAULIN es mas severo y mas didáctico que Menot y que Maillard, sin tener la viveza de sus giros ni la novedad de sus expresiones. La coleccion de sus trabajos oratorios, publicada bajo el título de *Camino del Paraíso*, es mas bien un tratado ó guia de las almas piadosas, dispuesto en forma de discursos para que los predicadores puedan hallar materiales útiles en sus tareas.

El único punto de semejanza entre Raulin y los oradores de que hemos hablado, son algunas anécdotas, mezcladas con la narracion y destinadas á confirmar los preceptos. Existe uno de estos relatos, que inspiró á La Fontaine una de sus composiciones. Raulin compuso asimismo varias obras ascéticas, muy estimadas en su tiempo.

BARLETE ó Barlet fué tenido en gran estima por sus contemporáneos; pero siguiendo la escuela italiana, en opinion de Henry, trasformó el púlpito en teatro. Su principal empeño es divertir á sus oyentes, y la enseñanza moral parece no ser mas que una cosa secundaria, un accesorio.

A fines del siglo XV y principios del XVI, la historia nos demuestra que ya se comenzaban á corregir los defectos de los oradores que hemos citado, todos ellos en realidad apegados mas ó menos fuertemente al estilo escolástico, mezclado con las familiaridades y digresiones que hemos indicado. Molinier, Senault, Texier, Biroat, Joly, Fromentieres y Claudio de Lingendes fueron mas correctos; este último no tuvo sobre su siglo

toda la influencia que podía haber adquirido, porque antes de publicar sus sermones los tradujo al latín.

La religión seráfica nos ofrece entre otros á Roberto de Licio, muy elogiado por Marchand (1), y de cuyos sermones se hicieron numerosas ediciones. Savonarola se distinguió mucho (2), y asimismo San Bernardino de Sena, el V. Alberto Sarciano, Nicolao de Bolonia, Pablo Mafeo y otros cuya cita se haría enojosa (3.)

«La elocuencia de los Muretos, de los Aretinos y otros muchos, escitó en el siglo XVI la emulacion indispensable de los predicadores para persuadir con arte: entonces fué cuando se acostumbraron á reducir á un prudente método el estilo y la práctica antigua de convencer por medio de la simple autoridad, aumentando de nuevo la fuerza de la razon y del artificio para despertar los afectos que no se movian por una diction sencilla. Este es el modo que tuvieron de sobresalir los oradores de algun primor. No fué crecido su número á causa de las dificultades ordinarias. La multitud, ni quiere mejorar con facilidad, ni dejar adelantar á otros; lo que ejecuta con industria para que no conozca su tiranía. Muy poco tiempo fueron estos perfectos oradores, porque la perfeccion, aunque sea de pocos, pide la diligencia de muchos por largo tiempo. Mas trabajaron con fatiga y con buen éxito varones insignes, que dejaban cada vez mas lejos á los mismos que fueron ilustres en sus dias. Esto se entiende sin perjuicio de la sinceridad animada é incontestable de muchos de los anti-

(1) Marchand, *Diccion. Historiq.*, tom. art. *Caraccioli*, página 150.

(2) *I. Fr. Pec. Mirandula Princeps*, vita Savonar, cap. 7, pág. 17, ed. P. Quetif.

(3) *Epist. 199 ad Justinian Veronense*, ed. Mantua, 4498.

guos. Su diction obraba prodigios por un color santo, por la persuasion propia, por las virtudes personales y por la gracia aneja á estas disposiciones. Ninguno se ha atrevido á negar la eficacia de los sermones de San Vicente Ferrer y de otros muchos; pero la diction natural es la que en el siglo de las buenas letras, siendo regulada por el artificio, hace que se distingan muchos sugetos en la opinion de personas cultas. La extraordinaria virtud con que los antiguos acompañaban sus discursos, es la que aun dá á sus sermones una verdadera autoridad y un prestigio indestructible.»

EL P. JEUNE. En opinion de algunos críticos franceses, de este orador sagrado parte la reforma del ministerio del pulpito en su patria, concediéndole por esto en todas las historias una gran veneracion. Los sermones que del P. Jeune conocemos, merecen ser leidos todavia por nuestros predicadores, no pareciéndonos extraño que Masillon, que los elogia, procurase imitarlos en cierto sentido. Se distinguen, mas que por la correccion en el estilo, por la originalidad y la abundancia de la frase; siendo digno de ser conocido entre otros el trozo final de uno de sus sermones, que vamos á trascribir:

«Lo que mas me asusta, lo que me espanta y sobrecoje, esclama, tratándose de la condenacion del réprobo, es la duracion de sus suplicios: si me preguntáseis ¿cuánto tiempo ha que el rico avariento está en los infiernos? os diria que, segun el calendario de este mundo, hace mas de mil y seiscientos años; segun el calendario de Dios, solo dos dias: *Unus dies apud Dominum sicut millen anni, et mille anni sicut dies unus*; segun el calendario del infierno, hace mas de cien mil años, porque los momentos son en aquel sitio años y las horas si-

glos; segun la medida de la eternidad, no ha trascurrido todavía una sola hora, ni un minuto, ni un instante, porque nada disminuye ni pasa en la eternidad.

San Juan Bautista dice que el Hijo de Dios pondrá el trigo en su granero y echará las patatas en un fuego que no se apagará nunca; y el profeta Isaias afirma que el interior de aquella funesta morada será de pedrretida, siempre humeante de día y de noche y por todos los siglos de los siglos. No solamente se interesa aquí la justicia de Dios, que debe ser honrada eternamente, sino la verdad de sus palabras, firmes, inmutables é irrevocables: *Justitia tua, justitia in eternum, et lex tua veritas; quæ procedunt de labiis meis non faciam irrita*. San Juan dice, que no se debe pedir por un hombre que perseveró en su pecado hasta la muerte. Si Dios no me lo prohibiera, tendría el atrevimiento de presentar ante su trono escelso una humilde súplica en favor de cualquier amigo mio que en la actualidad esté en el infierno, y diria:—Dios mio, vos no exigis de ese desgraciado mas que algunas lágrimas de verdadera penitencia para compadeceros de su miseria; permitidle que de cien mil en cien mil años derrame una tan solo y que esta sea infinitamente pequeña; haecid, Señor, asimismo que su ángel de la guarda la conserve y él será inudado de gozo con esto solo. Despues añadiría: Cuando hubiere derramado tantas lágrimas que su corriente sea bastante para anegar todas las casas de esta ciudad, ¿podrá, Señor, obtener entonces el perdon de vuestra misericordia? Y el Señor me contesta por boca de Ezequiel: *Non miserebor*. Cuando hubiese derramado tantas como agua han arrojado todas las fuentes y contienen todos los rios y todos los mares del mundo, ¿podrá esperar perdon? El Señor me responde por el mismo Profeta: *Non parcel oculus meus*. Cuando hubiere derramado las suficientes para llenar el vacío que hay entre el cielo y la tierra, no vertiendo sino una lágrima cada cien mil años, ¿podrá esperar que le favorezca vuestra compasion? *Non miserebor et non parcel oculus meus*. Nunca, nunca

tendré compasion de él... Si os dijeran que de un huevo habria de salir cierto día un millon de áspides, de escorpiones, de culebras y de viboras, ¿lo romperiais? Os parece que no es nada un pecado mortal, porque no veis sus malos efectos; pero es un huevo que ancierra el gérmen de donde han de salir mil funestas eternidades: eternidad de hambre, eternidad de enfermedad, eternidad de dolor, eternidad de vergüenza, eternidad de ignominia, eternidad de tormentos, eternidad de fuegos y de llamas, eternidad de pesar, de tristeza, de despecho, de rãbia y de horrosa desesperacion...

¡Ah Dios mio! ¿Qué es esto? ¿Qué es esto, Dios mio? ¿En qué pensaremos si en esto no pensamos? Cuando medito acerca de la eternidad, me pismo, me pierdo y no sé en dónde estoy; me pongo fuera de mí, y me siento inclinado á imitar al Profeta, yendo por las calles y plazas llorando y esclamando con penetrantes gritos: eternidad, eternidad, eternidad: *Intelligite, insipientes in populo, et stulti, aliquando sapite*. ¿Somos cristianos, somos hombres? ¿dónde está nuestra fe? ¿Dónde está nuestro juicio, si no nos apartamos cien millas de distancia de las márgenes de aquel precipicio, del riesgo, del peligro, de la sombra de aquella infeliz eternidad? ¿Y no es cierto, mis queridos oyentes, no es cierto que tengo motivo bastante para llorar, cuando considero que existiendo todo aquello, y aun no siendo nada cuanto he dicho en comparacion de lo que es en realidad, no me ayudeis á meditarlo? ¡Y aun tendreis valor para asegurarme que sois cristianos! ¿No tengo motivos para llorar cuando considero que en esta hora en que os hablo, muchos conocidos vuestros y míos, muchos de los que pecaron como nosotros, que pecaron por causa nuestra y menos quizá que nosotros, están padeciendo tan horribles tormentos?... y si me preguntais cuándo saldrán de ellos? Me veo precisado á decirlos: Nunca, nunca, jamás saldrán de allí. ¿No tengo motivo para derramar lágrimas de sangre, cuando considero que entre los que están presentes (¡ah, mi Dios y mi Señor!), entre los presentes mis-

mos, entre los que saldrán de aquí, entre los que me ven y me escuchan, hay quienes padecerán todas esas penas que he referido y cien mil penas más?

Si, alguno de nosotros, el que menos lo piense, es posible que vaya esta semana ó este mes, ó lo mas tarde antes que el año concluya. ¡Dios mío! ¿habrá aquí uno? quizá haya mas de dos que arderán en el infierno por toda una eternidad. ¿Sereis vos éste? ¿sereis vosotros? ¿seré yo que estoy enseñando á los demás? Yo tengo mas motivos que nadie para temer: rogad á Dios por mí, mis amados hermanos, pedidle, rogadle que tenga misericordia de mí. ¿Cuál de nosotros será ese? ¿es posible que haya aquí uno solo en esta reunion tan dichosa? Si supiera que en esta santa casa habia uno, uno tan solo que debiera contarse entre los réprobos, yo no sé lo que haria; si le conociera, bajaria de este púlpito en el instante, y tomando en las manos un crucifijo, suspirando y sollozando, me postraria á sus piés, se los bañaria con mis lágrimas, le suplicaria, le exhortaria, lo amenazaria, le acosaria y no lo dejaria hasta que no hubiese dado seguridades de su conversion. — ¡Ay! le diria, tú eres un réprobo, tú eres, tú serás eternamente el objeto de la cólera de Dios... Nó, ¿no gozarás nunca de Dios para lo cual has sido criado? ¿no lo glorificarás nunca?... ¿Esa tu alma, hermana de los ángeles, será eternamente la compañera de los demonios, y ese tu cuerpo permanecerá sumergido en un lago de cieno y de azufre ardiendo? ¡Qué infelices y desgraciados fueron tus padres al concebirte, si has de servir para pasto de la muerte eterna, ¡infeliz y desgraciada la hora en que proyectaron casarse, cuando de su casamiento debia salir tan dañosa estirpe! ¡Desgraciado y mal empleado el trabajo que pusieron en educarte... la tierra que te sostiene, el pan que comes y el aire que respiras, todo esto sirve solamente para mantener y conservar á un desnaturalizado, á un irreconciliable y eterno enemigo de Dios!...

Cristianos, lo que diria yo á este réprobo os lo digo á vos-

otros, y á mi primeramente, si no mudamos de vida y no hacemos penitencia. Pensemos en esto que nos importa.»

SAN FRANCISCO DE SALES. Dotado de un alma feliz y tranquila, de un corazón puro, de bondad y dulzura, de palabras angélicas para atraer á los hijos extraviados de la Iglesia, hizo con su predicación numerosas conversiones. El orador que consulta ante todo los intereses de Dios y la salvación eterna de los que le escuchan, no puede dejar de ser elocuente, aun cuando para espresar sus ideas emplee un lenguaje mas ó menos correcto. Por esta causa muchos santos hicieron en todas épocas extraordinaria impresion en el ánimo del pueblo, y sin temor de ser desmentidos, podemos asegurar que fueron grandes oradores. ¡Cuánta no debia ser, en efecto, la elocuencia de San Francisco de Sales, por ejemplo, cuando en sus dulces y patéticas instrucciones inflamaba á los justos con el fuego del amor divino, inspiraba á los pecadores el vivo desecho del arrepentimiento y reducía á muchos hereges al seno de la Iglesia! Oigamos á uno de sus panegiristas, que es á la vez un célebre historiador.

«Así que se presentaba, dice, en la cátedra del Evangelio, la dulzura y modestia de sus miradas, el fuego vivo y penetrante de sus ojos y el tierno y melodioso eco de su voz abrian desde luego todos los corazones. Su elocuencia no era semejante al impetuoso torrente que agita con estrépito sus aguas, sino al apacible rio que penetra poco á poco las entrañas de la tierra y fertiliza las próximas campiñas; no puede compararse al rayo que asusta y amedrenta, sino al resplandor de una luz pura, que creciendo por grados, obra sin esfuerzo, consume insensiblemente los vínculos de los antiguos hábitos

y lo cambia todo sin destruir nada... Pinta, en fin, con colores tan vivos, representa con toques tan tiernos la tiranía de las pasiones, el reposo y el júbilo de una buena conciencia, las puras y castas delicias de la virtud, las esperanzas futuras, las infinitas misericordias de Dios y las cariñosas expansiones del amor santo que se apodera de todas las voluntades, el arrepentimiento de la vida pasada y los deseos de una nueva conducta en armonía con sus consejos.»

El P. Luis de la Riviere escribió de una manera elegante la vida de San Francisco, dando detalles interesantísimos para justificar el ligero juicio que acerca de su elocuencia acabamos de consignar.

SAN VICENTE DE PAUL. El nombre solo de este héroe de la caridad, del cual nos ocupamos anticipando algo la narración histórica, y sin perjuicio de completar los vacíos que vamos dejando á nuestro paso, despierta en nuestra alma el mayor y mas legítimo entusiasmo.

El manantial fecundísimo de sus inspiradas exhortaciones y discursos, el origen de su elocuencia, como el resorte de sus acciones todas, fué el amor á su Dios, reflejado en la criatura. Grandes trastornos habian secado las fuentes de la caridad: una corriente de indiferencia, de ignorancia, de corrupción hacia presagiar la segunda decadencia; era necesaria un alma vigorosa, fuertemente apasionada, dispuesta al sacrificio; y la Providencia, siempre celosa, siempre incansable en el bien, dió el mundo á San Vicente de Paul. El sacerdote ilustre pasó sin ser *conocido*, pero sus obras durarán tanto como el mundo para consuelo de la humanidad.

«La guerra en los campos, la anarquía en las ciudades,

los escándalos en los gobiernos, la miseria en los pueblos, un cisma en la Iglesia y las desastrosas contiendas de los teólogos, que llegaron á batirse y morir como los hombres de guerra. Templos y altares derribados, sepulcros profanados, sacerdotes perseguidos como fieras, bárbaras mutilaciones y escenas de furor, cuyo recuerdo horroriza... á esosos tales dieron lugar los que *comian el pan de la impiedad y bebían el vino de la violencia.*» De una manera tan exacta como elcuento describe el señor Muñoz y Garnica (1) el estado de la Europa á la aparición de Vicente de Paul; así, añade, se inaugura en el mundo el espíritu privado, el derecho de insurrección, el protestantismo, la libertad de conciencia y la cruzada contra Roma.

San Vicente de Paul fué cura párroco en Clichy la Gareme y en Chatillon; en ambos pueblos hizo prodigios de celo, de abnegacion y de virtud. A los méritos relevantes que contrajo en el ejercicio pastoral, siguió el establecimiento de las misiones que inauguró en Folleville, diócesis de Amiens, el año 1617, con un éxito asombroso. San Vicente de Paul y San Francisco de Sales se hallaron en mitad de su carrera, y ambos se buscaron, se adivinaron, se auxiliaron para derramar inmensos beneficios sobre la tierra.

Pero ciñéndonos al objeto de nuestros estudios y deduciendo de los datos que hemos consignado el gran mérito de la elocuencia de San Vicente de Paul, debemos recordar sus famosísimas *Conferencias* eclesiásticas, á las cuales asistia lo mas distinguido del santuario. De las conferencias resultaron los seminarios, y en los seminarios se educa el clero mas ilus-

(1) *Coleccion de Panegíricos* antes citada, y que jamás nos cansaremos de elegir.

trado y virtuoso de las naciones todas. La religion y la patria están vivamente interesadas en sostener á su mayor altura estos establecimientos, mal dotados entre nosotros, y á los que no obstante consagran su paternal solicitud los RR. Prelados españoles, recogiendo ópimos frutos de sus desvelos.

Bossuet, al hablar de San Vicente de Paul, decia que era el alma de las asambleas del clero, y en ella derramaba la uncion y la luz, *pium cœtum animabat Vicentius*. Con la sencillez de un niño y la sabiduría de un gran maestro preside y dirige las conferencias del clero; su palabra devuelve á la religion su antiguo espíritu, y la elocuencia, estragada y corrompida por segunda vez, recobra, siquiera sea lentamente, su primitiva sencillez y antigua magestad.

San Vicente ordena legiones de misioneros, que predicán en los campos, en los talleres y en las cárceles, viviendo como peregrinos en la tierra y llevando á apartadas tierras la semilla del Evangelio.

Contemplando en otro terreno á este caudillo intrépido de la caridad cristiana, ¡qué idea nos es dable formar del poder de su elocuencia por los frutos de su palabra! ¡con cuánta ternura exhortaría á las santas mujeres destinadas al servicio de los pobres enfermos y de los heridos, de la humanidad afligida por el dolor! ¡con cuánta eficacia, con cuánto fervor no se espresaría para hacerse oír de los ricos, de los presidarios y de los soldados! La historia no mirará con indiferencia nunca uno de los discursos mas patéticos que pronunció en defensa de los niños espósitos abandonados. Oprimido su corazon é instigado fuertemente por esa virtud sublime que prestaba á su alma la energía del amor maternal, sube al púlpito y mezcla sus sollozos con los clamores de aquellas ino-

centes criaturas. Las ofrece de nuevo al sexo compasivo que lo rodea, y en seguida, aprovechándose de la sensacion que semejante espectáculo no puede dejar de producir, esclama:

«La caridad, la compasion os han elevado á la sublime categoria de madres, segun la gracia; madres sois de estas tiernas criaturas, abandonadas por las que lo fueron segun la naturaleza. Ved ahora si vosotras quereis imitarlas, si podeis sumirlas en un nuevo y mayor dolor, en una horfandad inicua y absoluta. Dejad, dejad de ser sus madres para convertirlos en jueces inflexibles.... la vida ó la muerte de estos pobres niños están en vuestras manos: yo mismo voy á recoger vuestros sufragios: es ya tiempo de que pronunciéis el fallo... delante los teneis, vedlos con ojos de misericordia, vedlos de qué manera esperan sollozando vuestra sentencia. Delante los teneis. Vivirán si sois caritativas, si continuais dispensándolos vuestros cuidados; de lo contrario, hermanas mías, mañana habrán todos perecido....»

A este discurso siguieron abundantes lágrimas y rasgos de sublime caridad: ya no fué necesario votar, cada cual recogia un huérfano y le estrechaba contra su pecho: las tiernas criaturas cesaron de gemir, y un himno de entusiasmo fué la respuesta del auditorio; desde aquel instante quedó hecha la fundacion y dotado con cuarenta mil libras de renta el hospital de niños espósitos de Paris.

He aquí el triunfo del orador.

Podríamos presentar otros muchos lugares de la elocuencia de Vicente de Paul. Siempre que hablaba, ya fuese en conversaciones particulares, ó en discursos públicos, demostraba que los talentos que habia recibido de la natura-

za eran admirablemente sostenidos por las virtudes celestiales que llenaban su corazón.

Lo mismo acontece, aunque en diversos grados, con todos los predicadores á quienes el espíritu de Jesucristo anima y sostiene. ¿Qué no pudiéramos decir en esta época de un Cardenal de Berulle, de quien el célebre Du Perron decia: *Si quereis convencer á los hereges, enviádmelos; si quereis convertirlos, llevadlos á Francisco de Sales; pero si deseais convencerlos y convertirlos al mismo tiempo, es menester enviarlos á M. de Berulle?* ¿Qué no podríamos escribir de un P. Suffren, que atraía la muchedumbre alrededor del púlpito, y despues de dominar á todos sus oyentes con la autoridad de sus palabras, los conmovia con el ejemplo de su piedad? ¿Qué de un Padre Edmundo Anger, que en tiempos de Enrique III, por su celo y por su elocuencia convirtió á cuarenta mil protestantes? ¿Qué, por último, de todos esos oradores de la Compañía de Jesus, de las congregaciones del Oratorio, de San Lázaro y otros, que han predicado y aun predicán con tanto celo y provecho en los campos, en las ciudades, en la corte de los principes y en todas partes? ¡Ah! cada vez nos convencemos mas de que nuestra tarea es interminable: trabas enojosas, pero inquebrantables, nos impiden dar toda la estension que quisiéramos á este libro, que de hoy en adelante nos proponemos revisar y enriquecer constantemente, á fin de que, así como hoy constituye la humilde ofrenda del agradecimiento y el cariño hácia el *mejor de los Padres*, en lo sucesivo pueda llegar á ser el testimonio mas grande del amor que profesamos á nuestros hijos.

CAPITULO II.

Misticismo.—Origen y vicisitudes del Panegírico.—Desarrollo de los idiomas modernos: riqueza de nuestra lengua vulgar.—ESQUEMA MÍSTICA ESPAÑOLA.—Consideraciones generales.—V. Juan de Avila.—V. Fr. Luis de Granada.

Causas intimamente relacionadas con las necesidades de la Iglesia, con el espíritu religioso del pueblo y la vocacion verdadera de los predicadores, esplican clara y distintamente en nuestro sentir el adelantamiento progresivo de la Elocuencia cristiana en la época que nos ocupa: la teología escolástica, que habia producido grandes oradores, escritores distinguidos y obras de indisputable mérito, perdió terreno por la aficion á los estudios clásicos. Desnaturalizado hasta cierto punto el verdadero carácter de la oratoria del púlpito, fué preciso volverlo al cauce de que tan lastimosamente se habia estraviado; y para esto, no era necesario tanto dictar nuevas reglas, como destruir las trabas enojosas de una dialéctica incomprensible y enfadosa, inspirarse en el gran modelo, imitar á Jesucristo, dar, en una palabra, luz al entendimiento y calor á la voluntad.

En momento tan critico y oportuno alcanzó su mayor en-

grandecimiento la escuela mística. Una revolucion filosófica contribuyó al desenvolvimiento del espíritu; la vida monástica produjo un libro inimitable, y la crítica un grandioso monumento de memoria imperecedera entre los hombres. De la filosofía escolástica se pasó al espiritualismo; de la concentración religiosa de los siglos medios á la sencilla manifestacion de los afectos íntimos del alma, que singulariza las obras y los sermones de la época á que hemos llegado.

La escuela mística no fué en este periodo histórico una novedad, sino un refugio; el misticismo, producto de un hastío comprensible á las cosas de la vida, á la ciencia presuntuosa que nada enseña, á las riquezas que no alivian nuestros dolores, á la vanidad ridícula y al afán immoderado de las glorias humanas, que dejan un vacío insondable en el corazón, data de muy atrás; la *Imitación de Cristo*, de Tomás Kempis, es su mas genuina y perfecta encarnacion. En vez del procedimiento lógico y de la aridez de la esposicion, los místicos de todas las épocas rindieron culto al lenguaje de la imaginacion, llegando hasta interpretar la naturaleza de una manera simbólica. Desdeñando el apoyo de los sentidos, se apoyaron en la parte sensible y en esa misteriosa inclinacion que nos hace desear un bien absoluto; contribuyendo á dar colorido, á dar vida á dos hechos importantísimos en el estudio de la naturaleza humana, que son la idea intuitiva de lo infinito y el afán de conseguirlo, elemento auxiliar de la filosofía para el exámen minucioso de los elementos constitutivos de nuestro ser, de los fenómenos de nuestra conciencia, de las contradicciones aparentes, ficticias, que hay en el hombre, y que han contribuido á estraviar á los que para hallar la verdad han rehusado la antorcha de la fé y negado la necesidad de la revelacion.

Hemos dicho que la *Imitación de Cristo*, de Tomás Kempis, es la manifestacion mas perfecta del mas puro misticismo; y con efecto, basta abrir las páginas de ese libro, escrito para todos los pueblos y para todas las épocas, para los sábios y los ignorantes, para los sacerdotes y los legos, traducido á todos los idiomas, elogiado por Leibnitz, y el mas bello, en sentir de Fontenelle, de cuantos se han escrito, para convencerse que por él se llega al mas alto grado de la perfeccion cristiana; razon por la cual debió tener grandísima influencia en la oratoria del púlpito, como en las demás composiciones religiosas de diversos siglos.

Con el fin de señalarle un origen misterioso, se ha supuesto que este libro no pertenece á un pueblo, á un hombre, ni á un siglo siquiera; y leyendo la *Imitación de Cristo*, es fácil sentirse inclinados á conformarse con esta estraña opinion. Por otra parte, como el momento de su aparicion en el mundo está rodeado de cierta oscuridad, naturalmente se ocurren estas dudas: ¿Fué obra de un solo hombre, de varios autores contemporáneos, ó de un siglo? ¿quién pudo escribir esto? Seria menester, para dar á luz un trabajo tan completo, que lentamente muchos sábios fueran poniendo cada uno su letra en este monumento anónimo, arrimando su piedra hasta levantar este soberbio templo, donde se recoge el espíritu de Dios. Pero estas estrañas opiniones, si pudieron tener algun fundamento, hoy la crítica las ha destruido por completo (1).

(1) Un monje benedictino acaba de recorrer los archivos de la Holanda, persiguiendo, con el celo de un religioso y la paciente laboriosidad de un hombre de estudio, la sombra de Tomás Kempis. En Devanter ha creído escuchar los sollozos de su infancia, y en Zwolle se ha detenido á pedir una reliquia: ha ojeado libros y manuscritos en los Seminarios de Haren y de Warmond, y tomado alguna parte en es-

Las *Actas de los Santos* dan principio en el siglo XVI. A esta época cabe la gloria de haber iniciado un pensamiento tan colosal como provechoso. Lipotmani, Surio y otros preceden á Rosweyde; el P. Bolando perfecciona el plan de este último; y los hijos ilustres de la milicia santa de Jesus le continúan para aumentar los grandes títulos con que consiguen en todas épocas la admiración, el respeto de los hombres honrados y la persecución de los enemigos irreconciliables del individuo y la sociedad.

De las *Actas de los Santos* ha partido el gran desarrollo del *Panegrico*, cuyo origen debe buscarse en los primeros siglos de la Iglesia. En esta primera edad se leía el elogio de los mártires, de las vírgenes y los confesores de Cristo por el Pontífice ó los lectores; el pueblo los escuchaba en silencio, y las oraciones de que fueron objeto los mas oscuros soldados de Cristo, superaron en brillo y magestad á las coronaciones y triunfos con que la Grecia premió las hazañas de sus héroes mas afamados.

«No puede dudarse que la elocuencia iba por este nuevo

tas investigaciones. Prescindiendo de la frialdad de los críticos, que en estas cuestiones suelen decidirse por lo mas singular, aunque no sea lo mas devoto ó lo mas antiguo, este religioso ha tratado con el Rector del Seminario de Warmond, quien en 1847 creía tener traducciones parciales de la *Imitacion* anteriores á Kempis. Un bibliotecario de la Haya, Mr. Holtrop, ha tomado el partido de quitar en cuanto ha podido á fuerza de discusiones esta ilustre gloria de su pais; y Mr. Kemper, traductor de unos opúsculos de Kempis, ha dicho que si la *Imitacion* fuera suya, los opúsculos no lo serian. Por último, el Obispo de Brujas contradice á los hábiles, pero escépticos holandeses, y el monje benedictino cita una sábia disertación de este Prelado, con lo que habrá bastante por lo menos para reanudar esta tradición antigua, ligeramente combatida por algunos críticos. — *Hollandæ catholicæ* par le R. P. Dom. Pitra.

sendero bien encaminada, porque ella, en rigor, no lo habia escogido, no hacia mas que seguir á la Iglesia, que despues de empapar sus vestiduras en la sangre vertida en los anfiteatros, iba á orearlas á los desiertos y á perfumarlas con el aroma vírgen de sus flores. Encontrábanse en los desiertos animosos combatientes, y su continua oración habia arrancado del cielo el favor necesario para sostener virtudes increíbles, de puro heróicas. La virtud de la paciencia, la virtud de la caridad, la virtud de la fortaleza, la virtud de la castidad, la virtud de la humildad, todas las virtudes, en una palabra, y todas las acciones de estos solitarios, habian sido elevadas con generoso esfuerzo á tal grado de santidad, que bien merecia este sacrificio incruento honores semejantes á los que la Iglesia tributaba á los mártires. Seria menester ensayar un nuevo panegirico, un distinto género de leyendas, por las nuevas palmas y coronas que esmaltaban el campo de la Iglesia. Como la vida de los santos confesores suele ser un combate sin tregua, una larga agonía, el *encomium* pudo alargarse sin pesadez, porque á cada sacrificio se hace interesante, y los sacrificios se repiten á cada momento: las virtudes se distinguen, las victorias son frecuentes, las tentaciones arrecian, las visiones, el éxtasis, vienen en su auxilio, ofreciendo la historia de un santo, que muere tranquilamente en su lecho, accidentes tal vez mas extraordinarios que la de los mártires, en quienes el momento de una muerte violenta suele ser el mas grande y acaso el único momento de esa sublimidad dramática, de que los meros confesores han ofrecido muchos ejemplos en las difíciles y críticas situaciones de su existencia santa. La *Vida de los Padres del desierto* es un excelente repertorio de estos discursos; y eso que de ellos no es posible formarse una idea cabal, porque

no se conocen mas que algunos fragmentos: desconocido está el resto, como para complacer á los austeros cenobitas, que no quisieron la gloria ni las alabanzas de la posteridad.»

Timoteo, Arzobispo de Alejandria, Teodoreto y otros muchos compusieron obras, que aun cuando no todas han llegado hasta nosotros, con sola su noticia podemos inferir las diversas manifestaciones del panegirico cristiano, asunto digno de la elocuencia del púlpito en todos tiempos, y en cuyo auxilio vinieron los escritos de Casiano (*Collationes*), el *Paraiso* de Sofronio, las *Vidas* de algunos Padres, de San Gerónimo, las *Reglas* de San Basilio, los *Hechos* (*res gestæ*) que escribió San Damian, y sobre todo, la *Historia Lausiacæ*, así dicha por estar dedicada á Lauso, de los célebres Paladio y Teodoreto; obra curiosísima, que contiene ciento cincuenta y una *Vidas*, y que hace mas sensible que el Obispo Paladio cayera en el pelagianismo, como lo dicen á una voz San Gerónimo, San Gelasio y San Epifanio. Inspiran gran confianza tales escritos, asegurándonos sus autores haber seguido las huellas de los santos: «Quos et ipse vidi.... cum quibus versatus sum in *Aegypti* solitudine, et in *Lybia*, et *Thebaide*, et *Syene*.... deinde in *Mesopotamia*, *Palæstina*, et *Syria*, in partibus *Occidentis*, et *Romæ*, et in *Campania*.»

Las actas, las leyendas y la vida de los santos sirven de mucho á las Iglesias orientales para cultivar el panegirico. El Occidente rinde tambien el homenaje de su admiracion á este género de elocuencia sagrada, de cuyas reglas haremos de ocuparnos en el tomo tercero, independiente hasta cierto punto de la historia, para hacer mas fácil su adquisicion (1),

(1) El tomo III de esta obra comprende las reglas, ó sea la segunda parte de nuestro trabajo, que segun ofrecimos, abraza no solo la historia,

pero que en nuestro plan constituye con los dos primeros un todo armónico y el nuevo método que nos atrevemos á someter á los RR. Prelados y al superior Consejo de instruccion pública para dar mayor importancia en las escuelas al estudio teórico y práctico de la oratoria sagrada, hoy desatendido en el plan vigente, á pesar del celo esquisito de los Diocesanos y de los profesores á quienes está encomendada esta asignatura.

Vienen mas tarde las heregias; los predicadores se ven precisados á aceptar la lucha en el terreno á que les conducen los enemigos de la verdad, y de aquí un nuevo género de elocuencia, de que ya nos hemos ocupado. No era suficiente sacar la doctrina de los ejemplos, era preciso esponerla, analizarla, comprobarla, y el panegirico se interrumpe sucediéndole las enérgicas improvisaciones de los PP., y mas tarde las de los misioneros, hasta que los Carmelitas, los Franciscos, Dominicos y Agustinos lo cultivan de nuevo con gran éxito y gloria de la Iglesia.

El pueblo cristiano, que en los primeros siglos se conmovia con la lectura del *encomium* en las viejas basílicas del Oriente, se conmovió de alegría con el relato de los triunfos que los santos alcanzaron por la práctica de las virtudes mas difíciles y con una muerte gloriosa. Los santos titulares, los santos patronos ó protectores, los antiguos anacoretas del yermo, como los modernos fundadores ó reformadores de las órdenes monásticas, he aquí las figuras mas admirables y mas veneradas del pueblo creyente; he aquí su familia, he aquí su cielo, he aquí su todo, con Jesucristo y su Madre Santísima y el celeste coro de los ángeles de su guarda. Así el panegí-

precepto vivo y de gran utilidad para la enseñanza, sino la alta mision de la Elocuencia cristiana en nuestros dias y los medios de realizarla.

rico vino á ser, y sigue siendo, de un gusto popular, y nada puede justificar tanto, en esta materia, la buena eleccion del género y estilo, como el asentimiento y universal aplauso de las grandes masas. El giro es acertado, hasta un punto que los sábios no hubieran podido discurrir, como que equivale á reproducir las suaves emociones que experimentaban los fieles de los primeros siglos, rodeando el presbiterio en que se sentaba el Pontífice, bajo las bóvedas del magestuoso templo, restaurando la fé, el espíritu eclesiástico y las costumbres piadosas; debiendo recordar que las bellezas de la religion no serian siempre nuevas si al mismo tiempo no fueran siempre antiguas. El panegírico, sea en sermones, sea en leyendas, es lo que completa la instruccion religiosa del pueblo, y por esto en todas partes se ha dado igual estimacion á las *Memorias de los Santos*, á las *Vidas, sentencias y sermones de los monges*, al *Sanctilogium*, al *Speculum historiale*, á la *Biblia de los pobres*, al *Mar de los ejemplos*, á los *Apo-tegmas* de San Francisco, á las *Palabras de oro* de Gilles, al *Libro de los hermanos Predicadores* y al *Año cristiano*.⁽¹⁾

Así se expresa el eminente escritor (1) á quien hemos seguido principalmente al hacer una reseña histórica del panegírico, tan completa como era dable dentro de las condiciones de nuestro libro. Tales han sido las vicisitudes de ese género de oratoria, cuyo gran desarrollo promueven las *Actas de los Santos*, cuyos adelantos favorecen diversas causas en el siglo XVI, y entre otras principalmente, el desarrollo y perfeccionamiento de las lenguas vulgares, la escuela mística formada por los hombres de santidad y de genio, la reforma de las órdenes monásticas, la tendencia espiritualista que to-

(1) El señor Muñoz y Garnica. Prólogo á sus sermones panegíricos.

maron las ciencias y el desarrollo de todos los elementos que constituyen la moderna civilizacion.

No entra en nuestro plan detenernos á estudiar las diversas causas que determinan en el periodo histórico á que hemos llegado, el gran desarrollo de los idiomas modernos; ocupacion es esta que requiere mayor espacio del que nosotros podemos disponer, y que á mas de esto nos apartaría del principal objeto de nuestras tareas. Pero ya que de este particular se han ocupado otros, olvidando lo mucho que al des- envolvimiento de las lenguas contribuyeron los predicadores del Evangelio, justo es que reclamemos para ellos en este momento el mas oportuno, sin duda, la parte de gloria que les corresponde por haber conservado y estendido uno de los elementos mas esenciales de la vitalidad de los pueblos, hermanándole con el sentimiento religioso, y haciéndole por este medio mas digno de respeto y veneracion. No de otro modo el catolicismo ha impulsado las ciencias, las artes y la literatura, revistiéndolas de nuevos caracteres, y presentándolas al pueblo como presentes de inestimable precio otorgados por Dios á la humanidad en premio de sus virtudes.

A la oratoria del púlpito se debe en gran parte el desarrollo de las lenguas modernas: los predicadores, despues de vencer arraigadas preocupaciones que merecen disculpa, se apoderaron del idioma comun, y tomando del pueblo las imágenes, el animado colorido de su lenguaje, lo enriquecieron, y con notable facilidad entendieron por este medio un espíritu ardientemente religioso, encarnando en la oratoria los trabajos de la mística, que tan bien sentaba á los pueblos del Norte por las abstracciones á que los encamina-

ba, como á los del Mediodía por la uncion fervorosa y la vivisima lumbre de sus levantados conceptos.

Nada mas injusto que censurar en este particular á los primeros varones apostólicos que predicaron ó escribieron en lengua vulgar. Siguiendo los impulsos de su corazon avivaron el amor pátrio, antes adormecido, creando para cada pueblo una literatura propia y en armonía con sus necesidades é inclinaciones. En Alemania el misticismo propendia á las abstracciones, como á la metafísica entre los ingleses: la Elocuencia sagrada tomó el giro áspero del dogmatismo, pero en parte alguna como en España, acaso por su separacion del resto de Europa, por los rasgos de originalidad impresos en su civilizacion y en sus costumbres, tomó la lengua nacional un desarrollo mas rápido, llegando en poco tiempo á un alto grado de perfeccion.

Ocupémonos, pues, por algunos instantes de este particular que mas de cerca nos interesa.

La lengua castellana empezó, dice el erudito Capmany, á ser idioma *vulgar* en el siglo X; tomó indole y forma de dialecto culto en tiempo de Alfonso el Sábio; adquirió cierta grandiosidad bajo los reinados de D. Juan II y D. Fernando el Católico; brilló con pompa y magestad en tiempo de Carlos I, y por último, se enriqueció y añadió á su abundancia mayor suavidad y armonía en la época de Felipe II.

La opinion mas autorizada en este punto, es que el romance ó lengua castellana se formó de la mezcla del latín y los idiomas germánicos: que los españoles que se salvaron en el siglo VIII de la esclavitud conservaron el habla corriente, que era entonces un latín desfigurado por la pronunciacion gótica; y por último, que verificada la reconquista, nuevos elemen-

tos hicieron progresar nuestro idioma, perdiendo gran parte de su primitiva dureza y adquiriendo mayor suavidad y armonía.

Lo que á nuestro propósito conviene hacer constar, prescindiendo de estas disputas, es que no bien aparecen los primeros monumentos de nuestra lengua nacional, ya vemos que se consagran á ensalzar las glorias de la religion, de tal manera, que á raíz del poema del Cid, nos vemos precisados á admirar la musa de Berceo (1), y no bien se cantan las hazañas del héroe popular, personificacion del valor y la hidalguía castellana, se entonan himnos en alabanza de Santo Domingo de Silos. Los primeros adelantos se perciben, pues, en composiciones religiosas, y desde luego la inspiracion cristiana supera á la caballeresca (2).

Las apariciones milagrosas, la ternura y la pueril sencillez contrapuestas á las pompas y solemnidades que se agrupan en estrañas y casi siempre monótonas cadencias, tal es el conjunto que ofrece nuestra vieja musa popular, tales son las primicias de una lengua que al nacer articula el nombre de Dios.

En el mismo estilo de Berceo, aunque no tan buenos, escribió dos poemas el *Beneficiado de Ubeda*, uno de la *Vida de San*

(1) De Berceo se sabe que fué sacerdote y monge en el monasterio de San Millán.

(2) Véase á Schlegel en su *Curso de literatura*; á Dozy, en sus *Recherches sur l'histoire politique et litteraire de l'Espagne pendant le moyen age*; á Puibusque, en su *Histoire comparée des litteratures*; á Tikhnor, en su *Historia de la literatura española*; á Sarmiento, *Memorias sobre los poetas españoles*; á Velazquez, *Orígenes de la lengua*; á Mayans, *Amador de los Rios* y á otros que se han ocupado de esta materia y que en su mayor parte se hallan citados, como son Aguirre, Florez, Mariana, Masdeu, etc.

Isidoro, y el otro de *Santa María Magdalena*. De este modo nunca faltaron al carácter religioso y al espíritu de nacionalidad las primeras producciones de nuestra lengua. Con las convulsiones de los tiempos, ni menguaba su fuerza, ni mudaban de objeto. El amor á la religion, la obediencia á la Iglesia, la fidelidad al rey, el espíritu guerrero, la sencillez primitiva, el heroísmo y el gusto por lo maravilloso, esto se encuentra en todas partes: se invoca el nombre de Dios al empezar una estancia caballeresca como al empezar la *Vida de Santa María Egipcíaca*, ó la *Adoracion de los Santos Reyes* (1). Este espíritu de unidad es lo que nos ha hecho tan fuertes y poderosos. El sentimiento religioso y patriótico nos dió la originalidad; la guerra, los héroes; el aislamiento, la independencia; Dios, el cielo, la tierra, y una gloriosa historia, que ayudando á la exaltacion de todos los afectos, ha dado á los españoles la imaginacion creadora, á cuyo enérgico impulso se pronunció con muy vivas señales nuestro carácter nacional. Digase ahora si un pueblo que invadido rechaza la invasion; que disuelto se constituye; que constituido se robustece, se afianza y se arroja á la conquista; que descubre un nuevo mundo y lo sujeta á la corona de una gran monarquía; que cuenta entre sus provincias el Portugal, la Sicilia y la Cerdeña y el territorio de Flandes; que estiende su dominio desde las playas de Africa hasta las riberas del Danubio; que envía soldados, embajadores, literatos y misioneros de los puertos de Cádiz, Lisboa, Nápoles, Venecia y Amberes, para dar al mundo la paz ó la guerra, y á los pueblos no civilizados la religion del

(1) Todas las composiciones citadas en este capítulo, están en la *Coleccion de poesías anteriores al siglo XV*, que publicó á fines del pasado el erudito D. Tomás Sanchez.

Evangelio y el cultivo de las letras, y se verá cómo nuestra literatura ha sido, es y será siempre la expresion de nuestro estado social, político y religioso, y no como algunos han supuesto, el reflejo de otras literaturas y otras civilizaciones (1).

Dejando aparte mayores noticias, que harian demasiado prolja esta digresion (2), nos encontramos á principios del siglo XV, época en que la lengua castellana, por diversas causas, adquiere nueva vida, se hace mas sonora, mas dulce y flexible, augurando el brillante periodo en el cual aparecen los grandes oradores, de que desde luego vamos á ocuparnos con la posible estension.

ESCUELA MÍSTICA ESPAÑOLA.

En medio de las contrariedades que á cada paso interrumpen la marcha del escritor, de los sinsabores que lleva consigo aceptar sobre sí la difícilísima tarea de redactar un libro, hay momentos de suprema complacencia que alientan, que hacen olvidar la indiferencia del público y el desden de la crítica; momentos en los cuales, despues de haber leído y meditado, despues de haber reunido datos, documentos y precedentes de reconocida autoridad, lo mas acertado, lo mas ventajoso es prescindir de las trabas que en estudios sérios contienen la imaginacion, y dejar al alma que acaricie y mantenga por algunos instantes en toda su fuerza las gratas impresiones que acaba de recibir.

Nuestra escuela mística española es una de las glorias

(1) Señor Garnica.

(2) Véase á Capmany y á los autores citados.

mas legítimas, uno de los motivos mas fundados de nuestro orgullo nacional. Justamente apreciado en nuestros días el gran mérito de los grandes escritos españoles del siglo XVI, reconocida por propios y extraños la originalidad de sus composiciones y su influencia en la literatura de los demás pueblos, ya nos es dable respirar libremente en esa atmósfera impregnada de agradabilísimos perfumes, y recoger las enseñanzas de aquellos sublimes maestros, que á raíz misma del desarrollo de nuestra lengua supieron legarnos obras dignas de ser imitadas y cautivar nuestra atención.

Si hubo algun siglo, dice Tiraboschi, en que la Iglesia hubiese menester de teólogos doctos, fué sin duda el siglo XVI; opinion que nos parece el mayor elogio que puede hacerse de los grandes talentos españoles de esta época, toda vez que por entonces en parte alguna se cultivaron las ciencias eclesiásticas, la teología y sagradas letras como en nuestra pátria, cuyo engrandecimiento data del reinado de los Reyes Católicos, y en la parte científica, de la fundacion de la célebre universidad de Alcalá.

Antes que en España, se comenzó á sentir en Italia el movimiento literario que caracteriza el periodo histórico que nos ocupa; pero en Italia el renacimiento se inicia en otra forma, con tendencias profanas, mas que teológicas y científicas, al contrario de lo que sucede entre nosotros. Nuestros mas esclarecidos ingenios se aplicaron á la inteligencia de las lenguas sábias, al estudio de los libros sagrados en sus fuentes, y á desmentir la falsa jactancia de los novadores, que se conceptuaban capaces sin estos elementos para explicar las sagradas letras. En tan importantes trabajos se distinguió en primer término el gran Cardenal Cisneros, una de las figuras mas simpáticas,

mas ilustres de la Iglesia, y á quien se debe la famosa Poliglota, presente oportunísimo hecho á Leon X, cuando era mas necesario para la defensa de la verdad.

El concilio de Trento, de gloriosa y eterna memoria para la cristiandad, que es en realidad la época afortunada del restablecimiento de los estudios sagrados y de la disciplina, halló al sacerdocio español preparado, merced á los trabajos de hombres ilustres, de que no podemos menos de hacer una ligerísima indicacion. Aquella famosa asamblea vino á ser no solo una prueba del poder de la Iglesia, sino «un teatro clarísimo en que todas las naciones dieron muestras de su valor literario.» Los españoles Pedro Pacheco, Obispo de Jaen; Guerrero, Arzobispo de Granada (muy aplaudido por Palavicini); y Martin Perez de Ayala, Obispo de Segovia, se señalaron por su saber en este concilio; Antonio Agustín, Diego Cobarubias, Francisco de Vargas y Mendoza, como juriconsultos; Alfonso Salmeron, Pedro Soto, Diego Laynez, Francisco Torres y Gaspar Carrillo de Villalpano, como teólogos pontificios, y á mas de estos, otros que pudiéramos enumerar, como Vega, Carvajal, Medina, Santo-Tis, Juan de Burgos, Ortola y Vileta, á los cuales debemos añadir como anteriores, contemporáneos ó próximos al concilio, á Francisco Victoria, restaurador de los estudios teológicos, á Juan de Medina, muy alabado por Matamoros, á Cipriano de la Huerta y su discípulo Pedro de Fontidueña, á Bartolomé Carranza, Beneto, Melchor Cano, Araujo, Molina, Nebrija, Luis Vives, Suarez, Vazquez, Valencia, Diego Lopez de Zúñiga, Arias Montano, Sotomayor, Lugo Sepúlveda, Maldonado, Chacon, Mariana, Saá, Perera, Toledo, Pás, Osorio, Pineda... plejade insigne, capaz de ilustrar muchos siglos, que reunida constituye un

verdadero prodigio de erudicion, de talento, de que nacion alguna se puede vanagloriar.

El idioma formado, rico, flexible, magestuoso y lleno de armonia; la imprenta, auxiliar poderoso del saber humano; el nuevo mundo abriendo anchos horizontes á la fé cristiana y á la actividad de los hombres; la paz conquistada á fuerza de grandes sacrificios; la poesa cultivada con ardor; las artes de la paz protegidas y premiadas; el sentimiento religioso fuertemente arraigado y libre en sus manifestaciones; todo contribuye al gran apogeo de la literatura española y al engrandecimiento de la escuela mística, de profundos pensamientos, hermosas formas y relevantes virtudes.

Detengámonos ya en sus mas legitimos y esclarecidos representantes, contemplemos sus obras, de trascendental influencia en la oratoria sagrada, cuyo periodo mas glorioso en España es el siglo XVI.

En nuestra patria se supieron combinar en la época que nos ocupa, la elegancia, la erudicion, la crítica y todos los estudios profundos, sin desvirtuar, antes bien contribuyendo á restablecer la pureza del dogma, y haciendo servir á un mismo tiempo á la causa de la religion, las letras divinas y las ciencias humanas. Mientras en otros paises la verdad era menospreciada ó perseguida; mientras Alemania, Polonia, Francia é Inglaterra nos presentan un cuadro desgarrador, España disfruta de un cielo tranquilo y sereno, que se nubla pronto; pero cuyo recuerdo es suficiente hoy para reanimar nuestro abatido espíritu, y sentir renacer en nuestro corazon la esperanza de días mas venturosos que los presentes, á no ser que los enemigos constantes del progreso humano consigan destruir en un solo instante, con nuestras glorias y mas estima-

bles tradiciones, el lazo misterioso del pasado y del porvenir. Si es cierto que no hubo por entonces grandes enemigos interiores que combatir, nuestros ilustres predecesores, los hijos de España, no estuvieron ociosos y trabajaron con ardor aun en paises estraños, dilatando el imperio católico y llevando el estandarte de la fé á climas lejanos de Oriente y de Occidente (1). Por entonces publicaron los españoles diversos catecismos en lengua etiope, caldea y siríaca. Andrés de Oviedo compuso un docto libro de *Romanæ Ecclesie primatu* en lengua etiópica. Antonio Fernandez, de *Erroribus ætiopum*. Luis Caldeira tradujo en el mismo idioma el Nuevo Testamento y escribió otras obras. El catalán Francisco Ros, Arzobispo de Cranganore, vertió en caldeo el Misal, Breviario y Ritual Romano, con otros libros sagrados; en siríaco, la Forma de administrar los Sacramentos; y un Catecismo en malabar. A mas de estas, se dieron á luz otras muchas obras, Gramáticas, Dictionarios y libros religiosos en varias lenguas, compuestas por Diego Collado, Gaspar Vilella, Luis Sotelo, Eduardo de Silva, Pedro Gomez, Francisco Diaz, Juan Morales, Martín de Bada, Raimundo del Valle, Diego de Rivero, Gaspar de San Miguel, Pedro Sanchez de Aguilar y Pedro Suarez Escobar, todos ellos muy elogiados por D. Nicolás Antonio.

Al dignarse el cielo derramar nueva luz sobre los pueblos cristianos, que los descubriese el casi perdido camino de la piedad y la devocion, fué España la preferida para tan honrosa empresa, llegando á ser los ilustradores de todo el mundo, Sauto Tomás de Villanueva, San Ignacio de Loyola, San Juan

(1) Véase á D. Nicolás Antonio, *Bibliot. nov.* pref.; Lampillas, *Ensayo histórico-apologetico de la literatura española*, tomo IV; á Masden, *Hist. crit. de Esp.*, tomo XVI; al P. Florez, obra citada; á Mariana, *Hist. de Esp.*

de la Cruz, Santa Teresa de Jesus, Juan de Avila, Luis de Granada, Luis de la Puente, Alfonso Rodriguez, Diego Estrella y otros cuyos escritos, llenos de claridad celestial, se esparcieron luego por todas las naciones de Europa, se tradujeron en todas las lenguas y se consideraron como reglas seguras para conseguir la mas importante de todas las ciencias, la ciencia de la salvacion. Cuanto se ha escrito despues en esta materia, no solo no ha escedido el mérito de aquellos santos y doctos españoles, sino que ni le ha igualado. La fama que adquirieron sus apreciabilisimas obras se conserva al presente, siendo estudiadas con gran ardor por cuantos aspiran al conocimiento de la literatura cristiana, que nosotros estudiamos esclusivamente en este libro en una de sus mas importantes manifestaciones.

El Maestro Alejo Venegas.

Alejo Venegas nació en Toledo, segun la opinion mas autorizada, hácia el año 1500; se educó en la universidad literaria de esta ciudad, compuso la mayor parte de sus obras antes de 1545, época en la cual leyó teología en las mismas aulas que le habian visto dar sus primeros pasos y contribuido á enriquecer su despejado ingenio.

Pertenece á este escritor disertó y de ningun otro aventajado en la elegancia del decir (1), la gloria de haber contribuido á la formacion de los oradores místicos, para quienes «las severas meditaciones sobre la muerte, la eternidad de las penas y la fealdad del pecado, fueron el principal y poco menos que el esclusivo asunto de sus patéticas exhortaciones (2).»

(1) D. Nicolás Antonio: *Bibliot. nov.*

(2) Señor Garnica.

Todos los autores contemporáneos de Venegas se muestran unánimes aplaudiendo su erudicion, su virtud y su nobleza: Capmany, con la severidad de que hace demasiado alarde, dice que fué á manera de abeja artificiosa, que de las flores de la Sagrada Escritura, SS. Padres y antiguos Doctores, sacó gran dulzura espiritual, reduciendo su mérito y alabanza á hacer de él, mas bien que un elegante escritor, un *docto* y *pússimo* compilador.

Por nuestra parte, no creemos justa la critica de Capmany. En *La agonía del tránsito de la muerte*, que es la obra mas notable de este escritor: (1), hallamos trozos de una naturaleza encantadora, y no desprovistos de belleza y entonacion. Muchas de las observaciones que hemos hecho al tratar de varios predicadores de la edad media, son aplicables á los escritos de Venegas, que se resienten de proflijidad y repeticiones frecuentes, de ideas demasiado familiares y de comparaciones estrañas á la elevacion del asunto á que se refieren; pero Venegas se dejaba llevar del gusto de la época, para hacer mas populares sus escritos y producir mayores frutos de salvacion.

Autores que poseian un caudal de conocimientos tan extensos como Venegas, no podian desconocer muchos de sus propios defectos; el no remediarlos consistia en las exigencias de la época en que hablaban ó escribían.

De Venegas se conservan otras obras, entre las que merecen citarse, *La diferencia de libros que hay en el universo*, dada á luz por primera vez en Toledo el año 1546, y reimpressa despues en Madrid, Salamanca y Valladolid, y la

(1) Impresa en Alcalá de Henares, año 1568, reimpressa en Valladolid en 1583.

Plática de la ciudad de Toledo á sus vecinos afligidos, que Fr. Rodrigo Yepes dió á luz en union de sus obras en 1583.

V. Juan de Avila.

El V. Maestro Juan de Avila nació en Almodóbar del Campo el día 6 de Enero del año 1500, siendo sus padres Alonso de Avila y Catalina Chicon, pertenecientes ambos á una de las familias mas principales y acomodadas del país. A la edad de trece años enviaron á Juan á la universidad de Salamanca para que estudiase el derecho; pero convencidos mas tarde de la verdadera vocacion de su hijo, le permitieron que abrazase la carrera eclesiástica, á cuyo efecto, y por consejo de un religioso francisco, pasó á Alcalá, donde terminó con gran aprovechamiento sus estudios, habiendo sido su maestro el célebre Fr. Domingo de Soto.

Por este tiempo, los padres de Juan de Avila habian fallecido, y deseando tributarles un homenaje digno de su cariño, cantó su primera misa en el templo en que descansaban sus cenizas, aprovechando un pretexto tan natural para invertir la suma que debía destinarse á fiestas y regocijos en obras de caridad.

Juan de Avila habia nacido para el púlpito; á la cátedra de la verdad le inclinaba su fervor religioso y su amor á Jesucristo; por lo cual, poniendo en práctica nuevos propósitos de perfeccion, determinó abandonar la Europa y llevar la luz del Evangelio á las regiones de América; con este objeto distribuyó entre los pobres su rico patrimonio, y solicitando la proteccion del primer Obispo de Tlascala, que se dirigia á Méjico, se dispuso á partir para tan lejanas tierras. Un venerable sa-

cerdote de Sevilla, llamado Fr. Fernando de Contreras, hombre de virtud extraordinaria, sintiendo que España perdiese á tan esclarecido talento y á varon tan ilustrado, intentó disuadirle, y hasta logró que interpusiera su autoridad para conseguirlo el M. R. Señor Arzobispo de Sevilla, D. Alfonso Manrique.

Cediendo á las indicaciones de este Prelado, Juan de Avila abandonó su proyecto, y Andalucía no tardó en recoger el fruto de su fervorosa predicacion. Concluido el primer sermón, que por encargo del Arzobispo pronunció en la colegiata de San Salvador el día 22 de Julio de 1529, fueron tantos los fieles que corrieron á reconciliarse con Dios, que á juicio de muchos no se hubiera podido esperar mas de una larga misión. Fervor y entusiasmo en el decir, gracia en el estilo, fecundidad maravillosa, y un modo de arguir concluyente y decisivo, fueron los dones que mas distinguieron al V. Avila desde un principio en el sagrado ejercicio de la enseñanza de la verdad. Prevenido con tales dones, nutrido con tal doctrina, devorado por su celo y enterado de los vicios que mas dominaban á los hombres, se dedicó con tal eficacia á combatirlos, que el R. Obispo de Leon, D. Francisco de Terrores, escribia en su *Arte de predicar*: «Hemos conocido en nuestros dias al P. Maestro Juan de Avila, el cual, predicando, *metia propiamente el fuego* en las estrañas de sus oyentes.»

La fama de sus virtudes, y especialmente el acierto con que combatia los vicios de las clases acomodadas, le atrajeron serios disgustos y persecuciones, habiendo sido denunciado al tribunal de la Inquisicion como maestro y propagador de doctrina *poco sana*; razon por la cual estuvo encarcelado mientras se siguió el proceso y se demostró, como no podia

menos de suceder, que había sido víctima de una inicua trama, siendo declarado inocente por unanimidad de votos y pues-to en libertad. Esta honrosa decision fué mas tarde confir-mada por el Pontífice Benedicto XIV, cuando se trató de la beatificación y canonización del P. Avila, declarando S. S. en Breve de 3 de Abril de 1742, que «lejos de quedar con aquel hecho ofuscado en parte alguna el resplandor de las virtudes de tan santo varon, jamás desde entonces parecieron mas bellas y luminosas.»

Nunca quiso el P. Avila admitir los beneficios eclesiásti-cos que se le ofrecían, ni presentarse en la córte, á pesar de las instancias de personas de muy alta categoría, deseosas de admirar sus virtudes y oír su palabra. Sevilla, Córdoba, Granada, Ecija, Jaen y otros muchos puntos de Andalucía y Estremadura fueron el teatro de sus trabajos apostólicos. En Córdoba, presa entonces de la corrupcion mas espantosa, abrió escuelas públicas, logró que los Padres de la Compañía de Jesus se encargasen de la educacion de los jóvenes, y apro-vechando la ocasion de celebrarse un sínodo diocesano, acometió la empresa de la reforma de las costumbres del clero. En Granada ejerció su celo en la fundacion de un nuevo semina-rio para la educacion de los eclesiásticos, de una casa para enseñanza de los niños, y del monasterio de la Encarnacion, costeadó por doña Isabel Dávalos, siendo asimismo en esta ciudad donde por sus consejos se decidió San Francisco de Borja á abandonar el siglo, cuando encargado por el emperador Carlos V de conducir á Granada el cadáver de la emperatriz doña Isabel, vió su rostro, que había sido de notable hermosu-ra, convertido en un hervidero de gusanos, y allí tambien alcanzó la célebre conversion de San Juan de Dios. Aconsejó

á San Ignacio de Loyola en varias ocasiones sobre asuntos de la Compañía, y demostró de un modo concluyente la perfeccion y virtudes de Santa Teresa de Jesus, asi como la realidad de sus éxtasis divinos, al mismo tiempo que confundia y perse-guia á multitud de hipócritas que fugían apariciones sobre-naturales.

Sus continuas tareas y trabajos hicieron que á la edad de cincuenta años empezara á padecer penosas enfermedades, que le detuvieron otros diez y siete en Montilla pasando grandes tra-bajos, hasta que en 10 de Mayo de 1569 falleció en Priego á los 70 años de edad y 45 de su apostolado. Su cuerpo fué trasladado á la iglesia de la Compañía de Jesus y colocado en una preciosa urna de mármol, que á sus expensas mandó la-brar D. Mateo Vazquez Leca, Arcediano de Carmona y Canó-nigo de Sevilla.

No obstante lo mucho que predicó el P. Juan de Avila, sus sermones han quedado perdidos para nosotros, pues ninguno dejó escrito, siendo todos improvisados. Las obras que han quedado de él son: 1.º El tratado del salmo *Audi filia et vidi*, etc. 2.º Las *Cartas espirituales*. 3.º Veinte y siete *Tratados* del Santisimo Sacramento, dos *Pláticas á los sacerdotes*, y se dice que dejó inéditas dos preciosas obras, una sobre la *Reforma del estado eclesiástico* y la otra *Notas al concilio de Trento*.

De todas estas obras, la primera es donde resplandece la mayor gravedad del idioma castellano y la mayor fuerza de la patética y elevada elocuencia del autor: en sus Cartas hay gran sencillez; si bien deleita y satisface con la verdad y fue-go con que escribe, por cuya razon es á veces algo desali-nado y familiar, incurriendo en repeticiones y en cierta lan-guidez; pero á pesar de estos defectos, hijos de la precipita-

cion con que compuso sus obras, se le debe considerar, dice el muy erudito señor Gil y Zárate (4), como un genio creador en el idioma místico castellano, que enriqueció con numerosas y enérgicas voces y locuciones, á cuya melodia y magnificencia no estaban acostumbrados los oídos.

A pesar de que no se conservan piezas oratorias del Padre Avila, sus escritos, y en especial el tratado *Audi filia et vidi*, nos dan á conocer los verdaderos motivos de la fama que como predicador supo conquistarse. El P. Avila, como obrero infatigable de la palabra cristiana, puede compararse á los mas esclarecidos misioneros de todas las épocas, de todos los tiempos y lugares. La energía de su carácter, la virtud acrisolada, la modestia, la frugalidad, el aspecto venerable, la voz penetrante, el fervor religioso, el conocimiento de las pasiones, el estudio de las costumbres, todo esto unido á un decir claro, espresivo, familiar, nos permiten colocarle en primer término y ofrecerle á la juventud como *modelo* en ese género de oratoria, que dá tan excelentes resultados en favor de la moral pública y las buenas costumbres.

Es precisamente España uno de los pueblos que han producido mayor número de buenos misioneros: hoy hay muchísimos que recorren los pueblos produciendo bienes incalculables, manteniendo la unidad de nuestras creencias y destruyendo los gérmenes fecundos del mal que, infiltrándose insensiblemente entre nosotros, ha de producir mas ó menos tarde dias de amargura y de dolor.

Leno materialmente el V. Maestro, jamás ordenaba previamente sus discursos, y por lo comun cuando ponía empeño en ser mas breve, era cuando tenia que estudiar mas. Luego

(4) *Manual de Literatura.*

que se anunciaba su llegada, los pueblos se disponian gozosos á recibirle: era solicitado con empeño, y á su vista se sentian conmovidos los menos fervorosos y descreidos: la autoridad de su palabra comenzaba con el aspecto de su persona, el fruto de sus discursos con la santidad de su vida. Cuantos quisieran conocer por sí mismos al V. Juan de Avila, deben recurrir á la lectura de sus *Cartas* y sus *Tratados*: por nuestra parte no podemos, ni queremos escusarnos de trasladar algunos trozos de ese riquísimo manantial de inspiraciones y conceptos divinos, de enseñanzas elocuentísimas, de lecciones provechosas, de axiomas nuevos en su forma, sacados de la Escritura y de los PP., sintiendo que las condiciones de nuestro libro no nos consientan dar mayores detalles respecto á este insigne orador sagrado, cuya vida, escrita por su contemporáneo y amigo Fr. Luis de Granada, hemos leído muchas veces con deleite sumo y admiracion.

«Los que mucho se ejercitan en el propio conocimiento, como tratan á la continua y muy de cerca sus propios defectos, suelen caer en grandes tristezas, desconfianzas y pusilanimidad de corazon: por lo cual es necesario que se ejerciten en otro conocimiento, que les alegre y esfuerce mucho mas que el primero les desmaya. Y para esto ningun otro hay igual que el conocimiento de Jesucristo Señor, especialmente pensando cómo padeció y murió por nosotros.

Esta es la nueva ategre, predicada en la nueva ley á todos los quebrantados de corazon; y les es dada una medicina muy eficaz para su consuelo á los que sus llagas pueden desconsolar. Este Señor crucificado es el que alegra á los que el conocimiento de sus propios pecados entristece, y el que alivia á los que la ley condena, y el que hace hijos de Dios á los que eran esclavos del demonio.... Porque, así como se sue-

le dar por consejo, que miren arriba ó fuera del agua á los que pasan algun rio y se les desvanece la cabeza mirando las aguas que corren, así, quien sintiere desmayo mirando sus culpas, alce los ojos á Jesucristo puesto en la cruz y cobrará esfuerzo....»

«Este sentimiento de la pérdida del tiempo pasado es una gran señal de que Dios entra en el ánimo, porque con la luz se ven las tinieblas, y con el amor es condenada la tibieza, y con los celestiales conocimientos la sabiduría mundana....»

«A Cristo gracias, que dió fuerzas para predicar su nombre, ó él dé gracia para que sea recibida nueva tan alegre, provechosa y honrosa. Mas ¡ay de nos, que hemos venido á tiempo que está el corazon del hombre casado con la tierra! Y de este casamiento, ¿cómo saldrán hijos para el cielo? No se puede ver el sol sin lumbre del mismo sol; ni puede Dios ser alcanzado sino por favor del mismo Dios. Del cielo ha de ser lo que ha de subir al cielo; mas la tierra no puede subir allá. Pienso yo que estamos á la fin del mundo, pues estamos en el cabo de los perados y olvido de Dios; y no sé adónde puede llegar mas esta dureza y desprecio de la palabra de Dios é insensibilidad para los negocios del alma....»

«Olvidad, pues, agora de gana lo que presto habeis de dejar por pura fuerza: ganad honra con este mundo que á tantos engaña: dejadlo porque os deje: morid á todo lo que pasa, y pásaos á vivir á lo que siempre ha de durar.... No penseis que perdeis algo con perder este mundo, que lo mas lucido de él es oscuro, y lo mas alto de poco valor.... Poneos al fin de vuestra vida, y vereis cuán gravemente yerran los que ponen su amor en cosa tan caduca y mudable, que corre mas que correo. ¿Qué desatino mayor que yendo como todos vamos de camino para la muerte, pararnos á reir y jugar como si fuéramos á la vida?»

V. Fr. Luis de Granada.

La mas alta de las reputaciones, el mejor de los oradores, el mas ilustre é insigne de los discipulos de la escuela mistica española, fué el V. Fr. Luis de Granada. Claro, metódico, sólido, juicioso, patético y elevado como su contemporáneo, el Padre Avila, reúne á todas estas cualidades una dición elegantísima, siendo el dechado mas perfecto que nacion alguna puede presentar en la oportunidad de las comparaciones, en la ternura de los conceptos, en la naturalidad de las imágenes y en los medios de conseguir la perfeccion cristiana.

Nació este piadoso escritor en la ciudad de Granada el año 1504. Muerto su padre cuando apenas contaba cinco años, tanto el niño como su madre quedaron reducidos á la mayor miseria, sosteniéndose ambos con el escaso jornal que recibian por cuidar y lavar la ropa del convento de PP. Dominicos de la ciudad.

Una casualidad proporcionó á Luis la proteccion del conde de Tendilla, alcaide entonces de la Alhambra, por haber sido el primero que hizo tremolar sobre sus almenas el pendon de Castilla. En casa de tan ilustre bienhechor recibió el hijo de la humilde lavandera una educacion esmerada, mereced á la cual estuvo en disposicion, á la edad de diez y nueve años, de ingresar como novicio en el convento de Santa Cruz, del orden de Predicadores, recientemente fundado; y en 1525 recibió el hábito que con tanto lustre para la religion y las letras españolas supo vestir durante toda su vida.

En 11 de Junio de 1529, á propuesta unánime de los padres electores obtuvo una beca en el colegio mayor de San

Gregorio de Valladolid, de la misma orden de Santo Domingo; distincion honrosísima que solo alcanzaban los que por sus aprovechamientos, meritoria conducta y grandes dotes de inteligencia se les consideraba capaces de iniciarse en la parte sublime de las ciencias para ejercer despues con éxito los deberes de la enseñanza universitaria. Allí fué donde se dedicó especialmente al gran estudio de la teología mística, y posteriormente, habiendo vuelto á Granada y recibido el grado de maestro en teología en 1564, se consagró especialmente á la predicacion, inspirándose en la lectura de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres, y muy particularmente en las profecias de Jeremías y en las obras de San Juan Crisóstomo, á quien tomó por modelo. Su historiador Fr. Gerónimo Joanini, dice hablando de sus triunfos oratorios: «Su predicar fué de hombre evangélico, no mirando á otra cosa que á hacer ganancia de las almas y plantar en el pecho humano el amor del cielo. Tuvo la voz clara, suave y dulce: no le era necesario desear suavidad y energia para deleitar, porque sus palabras casi eran armónicas y penetraban los entendimientos que las oían. Mostró ser docto, pudiendo enseñar y sabiendo dar á entender lo que queria tan razonada y ascadamente cuanto era necesario, conforme á la calidad de los oyentes. Sus conceptos eran todos sacados de la Escritura Sagrada y los mas escogidos de los Santos Padres griegos y latinos, y tegia de ellos la guirnalda de su decir, no menos que si fuesen flores, entre los conceptos. Su estilo fué puro, limpio, sencillo, mas alto; llano, mas significador; grave, mas agraciado; florido, mas cristiano; y no faltando cosa alguna pudo fácilmente arrebatar los corazones y hacer aquel fruto que confiesan todos haber sido grande en todas partes. Aco-

mólase diestramente á todos los géneros, y en todo argumento usaba lo que convenia, enseñando lo que era docto y fácil igualmente. Increpando el pecado y el vicio, echaba llamas de la cara y mostraba horror, que desmayaba y asombraba al pecador. Hablan lo de los misterios y beneficios que nos ha hecho Dios, con vivos y naturalísimos colores los ponía presentes. Razonando del cielo y de los Santos, arrebatava los corazones y consigo los levantava en alto. Tratando de nuestra miseria, velasele quedar en nada. Exhortando á la conversion, salian las palabras todas amorosas, abrasadas y penetrantes, con que se movian los mas duros corazones. Gastó en este ejercicio mas de cuarenta años en los púlpitos mayores de toda España: dejólo solo por la vejez y achaques.»

Pocos años despues de la salida del colegio de Valladolid, mereció Fr. Luis de Granada otra distincion del general de la orden de Santo Domingo, y fué el nombramiento de Prior del convento de *Scala Caeli*, situado en las montañas de Córdoba, y cuya fundacion se debia á Fr. Alvaro de Córdoba, confesor de D. Juan II, que habia preferido retirarse á aquella soledad y aspereza; en la que por la semejanza de su situacion topográfica con la ciudad eterna, se habian dado á ciertos sitios los nombres de Monte de las Olivas, torrente Cedron, Calvario y otros. Quando Fr. Luis tomó posesion de su priorato, solo encontró allí ruinas y escombros, pero con el fruto de las limosnas que recogió y con la eleccion de buenos religiosos, consiguió que aquella piadosa fundacion recobrase su antiguo brillo y esplendor.

Ocho años despues de hallarse al frente de la comunidad de *Scala Caeli*, en cuyo tiempo cultivó, trató é hizo amistad

con personas tan distinguidas como el Obispo de Sigüenza, Fr. Lorenzo de Figueroa, el conde de Feria, el marqués de Priego, el P. Antonio de Córdoba y el célebre Maestro Juan de Avila, asistió al capítulo general de la orden, en cuya solemnidad se oía siempre á los oradores mas distinguidos. Allí tuvo ocasion de admirar la elocuencia del V. Granada el duque de Medinasionia, gran protector de la orden y pariente del santo fundador, y prendado de sus grandes cualidades, pidió y obtuvo del provincial, que le permitiese llevarle consigo para que predicase en su palacio de Sanlúcar. Disgustado, sin embargo, al poco tiempo, porque consideraba que allí mas se estimaban los primores oratorios de sus discursos, que se atendia á lo principal, se trasladó á Estremadura comisionado por la orden para fundar un convento de dominicos en Badajoz. Allí fué donde compuso su famoso y estimado libro *Guía de Pecadores*.

A instancia del infante cardenal D. Enrique, que ocupaba la silla arzobispal de Evora, pasó al vecino reino de Portugal, donde fué recibido con las muestras de consideracion y aprecio á que sus talentos y virtudes le hacian acreedor, mereciendo que en 1557, habiendo vacado el provincialato á que estaban sujetos todos los conventos de la orden, fuese elegido por el capítulo provincial, no obstante su cualidad de extranjero y el decidido empeño con que rehusaba aceptar semejante dignidad.

Allí dió tambien una gran prueba de la humildad y demás virtudes cristianas que le adornaban, negándose á admitir la dignidad de Arzobispo de Braga, con que reiteradamente quiso honrarle la reina doña Catalina, de la que era director espiritual y consejero en los mas graves negocios del Estado. Sos-

tívose una lucha empeñada con este motivo, en que rivalizaron en humildad Fr. Luis y su amigo Fr. Bartolomé de los Mártires, persona que él habia designado á la reina para sustituirle, confirmando por este medio su tenaz resistencia. Fr. Bartolomé de los Mártires, fundado en las mismas consideraciones que el P. Granada, se negaba igualmente á admitir tal honor, y fué preciso que solemnemente ante el capítulo le intimara Fr. Luis la obligacion en que estaba de aceptarlo, bajo graves penas, para que aquel virtuoso varon se prestara á admitirlo.

Agoviado de achaques, y hallándose ya en la avanzada edad de 84 años, mortificándose continuamente con penitencias de toda clase; habiendo experimentado el disgusto de haber creído de buena fé en los extravíos de la priora del convento de la Anunciata de Lisboa, que fingia ser favorecida con visiones espirituales y otros señalados favores del cielo, hasta el punto de aceptar su defensa, con cuyo motivo fué objeto de burlas y severas criticas, falleció el 31 de Diciembre de 1558, en opinion de santidad, tanto, que se dice fué preciso que al tiempo de sepultarle, defendieran su cadáver con las armas en la mano dos nobles portugueses, para evitar el tropel que acudia á recoger algun objeto ó pedazo de su traje en calidad de reliquia. Sus restos fueron sepultados en el antecoro del convento de Santo Domingo de Lisboa, y en 1634 se trasladaron á un gran sepulcro de mármol blanco construido en una pieza inmediata á la capilla mayor de aquel convento.

No es posible reproducir, ni enumerar siquiera, los numerosos elogios que se han tributado en todos tiempos al P. Granada. Mariana, Gaultier, el P. Vasconcelos, D. Luis de Paramo, inquisidor de Sevilla, el erudito portugués Andrés de

Evora, y otros muchos elogian como se merecen las obras de este gran autor. Felipe II hizo mucho aprecio de su persona y sus escritos, y le visitó en su convento de Santo Domingo de Lisboa. Pero sobre todo, tuvieron en gran estima sus trabajos la célebre Santa Teresa de Jesus, San Carlos Borromeo y el Pontífice Gregorio XII, que le remitió un breve altamente honorífico para tan santo varón (1).

Han escrito relaciones de su vida Fr. Gerónimo Joanini Capuano, en 1593, Fr. Francisco de Olivera y Fr. Juan de Marieta en 1604. Los cronistas de la orden P. M. Fr. Francisco Diego y el Obispo de Monópoli: los PP. Fr. Luis de Casegas y Fr. Luis de Sousa, y por último, el licenciado Luis Muñoz.

Las ediciones mas importantes de sus obras, son la de 1579, dedicada á Felipe II, la de Valverde de 1750, la de Madrid, por la viuda de Ibarra, de 1788, la de Paris de 1565, y una que se dice que mandó hacer el duque de Alba en Amberes al famoso impresor Cristóbal Plantino, y de la cual vino á España un ejemplar, que existia en el monasterio del Escorial, y en que leia con frecuencia el rey Felipe II. Las de Salamanca de 1583 y 1578: la de Gerona de 1622, y otras muchas que seria prolijo enumerar.

Las principales obras de Fr. Luis de Granada, son las siguientes:

1.º Trece *Sermones* sobre las principales festividades de Jesucristo y su Santísima Madre, compuestos y distribuidos en forma de consideraciones sobre el Evangelio del día.

(1) Puedo verse este Breve y su traduccion en la edicion de las obras de Fr. Luis de Granada, publicada en la Biblioteca de autores españoles, y á la que precede una bien escrita vida del autor, por D. José Joaquín de Mora, aprovechando los datos que suministran su biógrafo el licenciado Luis Muñoz y D. Nicolás Antonio.

2.º La *Guía de Pecadores*, libro que llamó tanto la atención, que se hicieron de él traducciones al latín, al italiano, al francés y hasta al griego y al polaco.

3.º El *Memorial de la vida cristiana*, en dos partes y siete tratados, traducido al italiano, al francés y al alemán.

4.º La *Introduccion al símbolo de la fé*, á la que acompañan otros varios tratados.

5.º La *Retórica eclesiástica*.

6.º El *Compendio de doctrina cristiana* y la *Doctrina espiritual*.

7.º La *Vida del P. Maestro de Avila* y otras varias obras, entre ellas seis tomos de *Sermones*, compuestos en latín, y que contienen dominicas, fiestas de santos y de misterios cuaresmales y penitenciales, todos ellos utilísimos para el auxilio de la predicación, aun en nuestros días, por lo cual aconsejamos su lectura á los jóvenes, antes de ocuparse en el púlpito de los asuntos sobre que versan, ó prevenirse para el consejo y dirección de las almas en el confesionario.

Algunos autores atribuyen á Fr. Luis de Granada el libro de *Oracion* y de *Meditacion* de San Pedro de Alcántara, acerca de cuyo punto hemos tenido ocasion de leer un erudito folleto, escrito por el M. R. P. Fr. José Torrubia, Comisario general de la Curia Romana y cronista del orden de San Francisco, dado á luz en Madrid el año 1759, y en el cual se refuta esta opinion con sólidos y concluyentes argumentos, afirmando como cierto que Fr. Luis de Granada compuso un breve compendio de todas sus obras con el título de *Doctrina espiritual*, siendo una de las partes en que está dividido un resumen del libro de la *Oracion*.

Lo que de esta importante cuestion se deduce, es que Fray

Pedro de Alcántara compuso en 1534 el libro que después comentó y amplió el V. Granada, dándole el mismo título, y no haciendo en él grandes ni profundas alteraciones, por ser ya entonces muy conocido y estimado el de Alcántara, que aprobó la Sagrada Congregación de Ritos, y en cuyo rótulo se leían estas palabras: «*Librum bonum edidit (Petrus de Alcantara) de oratione, in quo varia documenta scripsit mira doctrinæ, et fructus celestis prudentia refertum, qui Hispano, et Italo idioma te impresus per totum orbem circumfertur.*»

Deteniéndonos ahora por un momento en la grandísima importancia que tiene Fr. Luis de Granada como orador cristiano, todo elogio sería pálido, toda alabanza enojosa é innecesaria. La altísima reputación que en vida supo conquistarse este varón esclarecido, ornamento precioso de la Iglesia española, y el mérito universalmente reconocido de todos sus escritos, dicen bien claro que es una de las primeras glorias del púlpito español: maestro en el decir, legó ejemplos y preceptos, que otros imitaron después con gran éxito, que nunca deben olvidarse, que por nuestra parte ofrecemos recoger con especial cuidado en la segunda parte de este libro, que si tiene algún valor, préstanselo esas bellísimas figuras que nos ofrece la religión, y que supieron hacer de la palabra, facultad creadora y distintiva del hombre, un uso tan sublime como civilizador.

Escritor correcto, puro, elegante y de excelente y acrisolado gusto, bien puede decirse que produjo una revolución completa en la prosa castellana. El arte de combinar los períodos, de redondearlos, por decirlo así, evitando repeticiones enojosas, era casi desconocido en los escritores anteriores, que acostumbrados todavía á la construcción latina, cuya lengua

era realmente el vehículo de las ciencias y de la literatura, trasladaron el giro de aquellas frases tortuosas, de aquellas construcciones intrincadas que pueden sin inconveniente usarse cuando la sintaxis suministra los medios de encontrar fácilmente el régimen y la concordancia. Entusiasta por el idioma de su patria, Fr. Luis de Granada le enriqueció con innumerables frases delicadas, armoniosas, magníficas, sublimes, que por todas partes se hallan esparcidas en sus obras.

Así como hay escritos en los que la sublimidad ó vileza del concepto depende poco de las formas, en los de Fray Luis de Granada una y otra cosa se dan tan estrechamente la mano, que la magestad y armonía de los períodos ayudan á trasportar el alma á las altísimas regiones, donde campea libre y exaltado su pensamiento.

«Como los escritos de este V. Padre, dice Capmany, son tan diversos, su estilo también se resiente de la materia que trata. De aquí viene que en unas partes se remonta, en otras se abate: en unas se inflama, en otras se enfria: en unas es vehementemente, en otras tranquilo: en unas cerrado y nervioso, en otras difuso y lánguido; pero en todo fluido, numeroso, fácil y natural. Como el autor escribió sus obras para el provecho espiritual de todas las clases y condiciones de personas, dispuso así el estilo como la materia, de modo que siendo uno se acomodase á la capacidad y luces de todos. Por esto siempre en sus escritos resplandece sobre todas las otras virtudes de la elocución la claridad, sencillez y propiedad; así es que entre tantos y tan varios tratados no se halla una voz forastera, desusada, latinizada ni afectada: con lo que probó que la lengua española tenía ya bastante riqueza en sí misma sin haber de mendigar las ajenas. Fué singular Fr. Luis; sobre todo

en el escogimiento de los epítetos: con que realiza poderosamente las cosas, y en la pureza y propiedad de la dicción.

El V. Avila habia creado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y subido estilo; y el V. Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbres y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afectadas ni ateminadas. Tuvo tambien la habilidad de ser grande con la espresion sencilla, y de ocultar el arte, no habiendo casi periodo que carezca de arte. Esto nacia de su facilidad; mas tambien esta facilidad le hizo verboso, y la verbosidad redundante en muchas partes.

A lo menos, la facilidad que poseia su incansable pluma, de amplificar por todas las circunstancias imaginables un mismo pensamiento, fué ocasion de que cayese algunas veces en un estilo difuso, lánguido y uniforme; así que me atrevo á decir, á no ser por la importancia de las materias que trata y por el celo santo con que las explica, sería necesario tener hambre de leer, ó necesidad de engañar el tiempo, para deleitarse en algunos lugares, tejidos de frases monótonas y cargadas. Como Fr. Luis siempre fué pródigo de inagotable caudal de doctrina y caridad, y le parecia que nunca acababa de imprimir en las almas las verdades eternas que predicaba, forzosamente habia de derramar en la oracion frases y palabras que se repiten muy á menudo, ó se diferencian con muy poca variedad.

De esta profusion y abundancia venia la desigualdad ó decaimiento de la fuerza y calor del estilo en algunos lugares, porque apurándose la materia desfallece el brio y el interés, y los últimos pensamientos, en algun modo amortiguados, han de enervar á los primeros. Entonces es menester recurrir á

lugares comunes, á frases nuevas, mas no diferentes: á comparaciones y símiles, ya felices, ya triviales, y las mas veces no necesarios: á discursos y pruebas contrapuestas entre sí, en que el autor, haciendo la primera parte, tiene hecha la segunda, y el lector leida la una tiene adivinada la otra, como el reverso de una moneda corriente. Cualquiera sabe que despues de *hartura* ha de venir *hambre*, despues de *pobreza* *riqueza*, despues de *dulzura*, *amargura*, etc. De aquí vienen muchas frases descuidadas, frecuentes repeticiones, uniformidad de pensamientos y de periodos; y de todo esto nace una difusion y abundancia sin límites. En estas especies de oraciones, que á manera de rios de mansa corriente y de espaciosas revueltas llevan un camino lento y pausado hasta su fin: conocido y previsto por la primera idea que ha de contrastar con la última, sucede que los lectores de viva y pronta imaginacion, que ya de lejos ven, mas no lo alcanzan, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo, sufren un género de molestia en la detenida lectura de las cláusulas graves y sosegadas, llenas de grandes palabras, que les desconsueta y adormece. A la manera de lo que acontece á los viajeros por la Mancha llana, que padecen la pena de ver desde que salen de la posada el campanario del lugar á donde han de ir á hacer noche.

Verdad es que Fr. Luis, como el principal autor asoético que se proponia en sus escritos hollar la vanidad mundana y vencer la dureza y rebeldia del pecador, ó enardecer su tibieza en actos de amor de Dios, queria preparar el pasto espiritual para todas las clases y condiciones de hombre, á fin de que todos lo hallasen aderezado al sabor de su paladar y á la complexion de su estómago, y el provecho fuese de esta manera

igual á todos. Yo no vengo aquí á juzgar el mérito de Fr. Luis en la elocuencia, cuando soy su admirador: solo he querido explicar, en reverencia de su alta y grande opinion, la causa por qué no es igual en muchas partes de sus escritos su escelente y magestuoso estilo.»

«A pesar de estas imperfecciones (si tal nombre merecen), fué el venerable Fr. Luis colocado á la cabeza de los españoles elocuentes del siglo XVI, y como tal debe tambien venerarlo el presente. Es en la clase de los místicos lo que el célebre Bossuet entre los oradores; un solo primor de estos grandes escritores borra veinte defectos. Jamás autor alguno ascético ha hablado de Dios con tanta dignidad y alteza como Granada; quien parece descubre á sus lectores las entrañas de su Divinidad y la secreta profundidad de sus designios y el insondable piélago de sus perfecciones. El Altísimo anda en sus discursos como anda en el universo, dando á todas sus partes vida y movimiento. Cuando se coloca entre Dios y el hombre, esto es, cuando pinta nuestra fragilidad y miseria en contraposición de su omnipotencia y misericordia; cuando encarece su infinito amor y nuestra ingratitud y rebeldía, es grande, es sublime, es incomprendible. ¿Quién ha hablado con mas energía que él de las vanidades del mundo y de las amargas del moribundo? ¿de la fealdad del pecado y de la hermosura de la virtud? ¿de la brevedad y miseria de esta vida mortal y de los deleites eternos de la celestial bienaventuranza? Al paso que muestra la pompa de la lengua castellana, ¡cómo esfuerza el tono de la verdad y de sus profundos sentimientos! No solo vemos un estilo claro, terso, llano y numeroso, sino tambien locuciones de dulcísima elegancia, imágenes magníficas y sublimes y una dición siempre pura, castiza y escogida. Su elo-

cuencia es muy parecida á la del Crisóstomo; en ambos se advierte la misma facilidad, la misma claridad y la misma riqueza y abundancia de esposiciones.»

De tal manera se espresa acerca de Fr. Luis de Granada este ilustre crítico, á quien no obstante la ordinaria severidad de sus juicios, infunde profundo respeto el nombre augusto del orador que nos ocupa. Traslademos ahora para concluir este capítulo algunos trozos de sus escritos y trabajos oratorios, á fin de que los jóvenes se ejerciten en su análisis y lectura; método muy recomendable y de grandísimo fruto para poderle imitar y recoger las enseñanzas sublimes que á cada paso legó á sus hermanos en J. C. los predicadores del Evangelio, los directores de las almas y maestros de la verdad.

DEL SÍMBOLO DE LA FÉ.

«¡Oh alusivo y clementísimo Dios, Rey de los reyes y Señor de los señores! ¡Oh eterna sabiduría del Padre, que asentada sobre los serafines, penetrais con la claridad de vuestra vista los abismos, y no hay cosa que no esté abierta y desnuda ante vuestros ojos! Vos, Señor, tan sábio, tan poderoso, tan piadoso y tan grande amador de todo lo que criastes, y mucho mas del hombre que redimistes, al cual hicistes señor de todo; inclinad agora esos clementísimos ojos y abrid esos divinos oídos, para oír los clamores de este pobre villísimo pecador.

Señor Dios mio, ninguna cosa mas desea mi ánima, que amaros, porque ninguna cosa hay á vos mas debida, ni á mí mas necesaria que este amor. Criásteine para que os amase, enseñáste me que aquí estaba el merecimiento, y la honestidad, y la virtud, y la suavidad, y la libertad, y la paz, y la felicidad, y finalmente, todos los bienes: porque este amor es un

breve sumario en que se encierra todo lo bueno que hay en la tierra, y mucha parte de lo que se espera en el cielo. Enseñáteme tambien, Salvador mio, que no os podia amar si no os conocia. Amamos naturalmente la bondad y la hermosura; amamos á nuestros padres y bienhechores; amamos á nuestros amigos, y aquellos con quienes tenemos semejanza; y finalmente, toda bondad y perfeccion es el blanco de nuestro amor. Este conocimiento se presupone, para que de él nazca el amor. Pues ¿quién me dará que yo así os conozca, y entienda cómo en vos solo están todas las razones y causas de amor? ¿Quién mas bueno que vos? ¿quién mas padre, y mas amigo, y mas largo bienhechor? Finalmente, ¿quién es el esposo de vuestras ánimas, el puerto de nuestros deseos, el centro de nuestros corazones, el último fin de nuestra vida, y nuestra última felicidad, sino vos?

¿Pues qué haré, Dios mio, para alcanzar este conocimiento? ¿Cómo os conoceré, pues no puedo veros? ¿Cómo os podré mirar con ojos tan flacos siendo vos una luz inaccesible? ¡Altísimo sois, Señor, y muy alto ha de ser el que os ha de alcanzar. ¿Quién me dará alas como de paloma, para que pueda volar á vos? ¿Pues qué hará quien no puede vivir sin amaros y no puede amaros sin conoceros? Todo nuestro conocimiento nace de nuestros sentidos, que son las puertas por donde las imágenes de las cosas entran en vuestras ánimas, mediante las cuales las conocemos. Vos, Señor, sois infinito; no podeis entrar por estos postigos tan estrechos, ni yo puedo formar imágenes que tan alta cosa represente; pues ¿cómo os conoceré? ¡Oh altísima subsistencia! ¡Oh nobilísima esencia! ¡Oh incomprensible magstad! ¿Quién os conocerá?

Todas las criaturas tienen finitas y limitadas sus naturalezas y virtudes, porque todas las criastes en número, peso y medida, y les hicistes sus rayas, y señalastes los límites de su jurisdiccion. Muy activo es el fuego en calentar, y el sol en alumbrar, y mucho se estiende su virtud, mas todavía reconocen estas criaturas sus fines, y tienen términos que no pueden pasar. Por esta causa, puede la vista de vuestra ánima

llegar de cabo á cabo, y comprehenderlas, porque todas ellas están encerradas cada una dentro de su jurisdiccion. Mas vos, Señor, sois infinito; no hay cerco que os comprenda; no hay entendimiento que pueda llegar hasta los últimos términos de vuestra substancia, porque no los tenéis. Sois sobre todo género y sobre toda especie, y sobre toda naturaleza criada; porque así como no reconocéis superior, así no tenéis jurisdiccion determinada. Todo hombre mortal, que criastes en tanta grandeza, puede dar vuelta por el mar Océano, porque aunque él sea muy grande, todavía es finita y limitada su grandeza. Mas á vos, gran mar Océano, ¿quién podrá rodear? Eterno sois en la duracion, infinito en la virtud y supremo en la jurisdiccion. Ni vuestro ser comenzó en tiempo, ni se acaba en el mundo; sois ante todo tiempo, y mandais en el mundo y fuera del mundo; porque llamais las cosas que no son como á las que son.

Pues siendo, como sois, tan grande, ¿quién os conocerá? ¿Quién conocerá la altura de vuestra naturaleza, pues no puede conocer la bajeza de la suya? Esta misma ánima con que vivimos, cuyos oficios y virtud cada hora experimentamos, no ha habido filósofo hasta hoy que haya podido conocer la manera de su esencia, por ser ella hecha á vuestra imagen y semejanza. Siendo, pues, tal nuestra rudeza, ¿cómo podrá llegar á conocer aquella soberana é incomprensible substancia? Ciego soy y muy corto de vista para conoceros; mas por eso ayudará la gracia donde falta la naturaleza. No hay otra sabiduría sino saber á vos; no hay otro descanso sino en vos; no hay otros deleites sino los que se reciben en mirar vuestra hermosura.

Ayúdanos tambien (para conoceros) la universalidad de las criaturas, las cuales nos dan voces que os amemos, y nos enseñan por qué os habemos de amar. Ca en la perfeccion de ellas resplandece vuestra hermosura, y en el uso y servicio de ellas el amor que nos tenéis. Y así por todas partes nos incitan á que os amemos, así por lo que vos sois en vos, como por lo

que sois para nosotros. ¿Qué es, Señor, todo este mundo visible, sino un espejo que pusisteis delante de nuestros ojos para que en él contemplásemos vuestra hermosura? Porque es cierto, que así como en el cielo vos seréis espejo en que veamos las criaturas, así en este destierro ellas nos son espejo para que conozcamos á vos.

Pues según esto, ¿qué es todo este mundo visible, sino un grande y maravilloso libro, que vos, Señor, escribisteis y ofrecisteis á los ojos de todas las naciones del mundo, así de griegos como de bárbaros, así de sábios como de ignorantes, para que en él estudiásemos todos y conociésemos quien vos érades? ¿Qué serán luego todas las criaturas de este mundo tan hermosas y tan acabadas, sino unas como letras grabadas é iluminadas, que declaran bien el primor y sabiduría de su autor? ¿Qué serán todas estas criaturas, sino predicadores de su Hacedor, testigos de su nobleza, espejos de su hermosura, anunciadores de su gloria, despertadores de nuestra pereza, estímulo de nuestro amor y condenadores de nuestra ingratitud? Y porque vuestras perfecciones, Señor, eran infinitas y no podía haber una sola criatura que las representase todas, fué necesario criarse muchas, para que así á pedazos cada una por su parte nos declarase algo de ellas. De esta manera, las criaturas hermosas predicaban vuestra hermosura, las fuertes, vuestra fortaleza, las grandes, vuestra grandeza, las artificiosas, vuestra sabiduría, las resplandecientes, vuestra claridad, las dulces, vuestra suavidad, y las bien ordenadas y proveídas, vuestra maravillosa providencia. ¡Oh testificado con tantos y tan fáciles testigos! ¡Oh abandono con tantos abandonadores! ¡Oh aprobado por la universalidad, no de París ni de Atenas, sino de todas las criaturas! ¿Quién, Señor, no se fiará de vos con tantos honores? ¿Quién no creerá á tantos testigos? ¿Quién no se deleitará de la música tan acordada de tantas y tan dulces voces, que por tantas diferencias de tonos nos predicaban la grandeza de vuestra gloria?

Por cierto, Señor, el que tales voces no oye, sordo es, y

el que con tan maravillosos resplandores no os vé, ciego es; y el que vistas todas estas cosas no os alaba, mudo es; y el que con tantos argumentos y testimonios de todas las criaturas no conoce la nobleza de su Criador, loco es. Paréceme, Señor, que todas estas faltas caben en nosotros, pues entre tantos testimonios de vuestra grandeza, no os conocemos. ¿Qué hoja de árbol, qué flor de campo, qué gusanico hay tan pequeño, que si bien considerásemos la fábrica de su corpezuelo, no viésemos en él grandes maravillas? ¿Qué criatura hay en este mundo, por muy baja que sea, que no sea una grande maravilla? ¿Pues cómo andando por todas partes rodeados de tantas maravillas no os conocemos? ¿cómo no os alabamos y predicamos? ¿cómo no tenemos corazón entendido para conocer al Maestro por las obras; ni ojos claros para ver su perfección en sus hechuras; ni orejas abiertas para oír lo que nos dicen por ellas? Hiere nuestros ojos el resplandor de vuestras criaturas; deleita nuestro entendimiento el artificio y hermosura de ellas; y es tan corto nuestro entendimiento, que no sube un grado mas arriba para ver allí al Hacedor de aquella hermosura y al dador de aquel deleite.

No permitáis vos, clementísimo Salvador, tal ingratitud y cegueras por vuestra infinita bondad, sino alumbrad mis ojos para que yo os vea; abrid mi boca para que os alabe; despertad mi corazón para que en todas las criaturas os conozca, y os ame, y os adore, y os dé las gracias que por el beneficio de todas ellas os debo; porque no caiga en la culpa de ingrato y desconocido. Porque contra los tales se escribe en el libro de la Sabiduría, que en día del juicio pelearán todas las criaturas del mundo contra los que no tuvieron sentido. Porque justo es que las mismas criaturas que fueron dadas para vuestro servicio, vengan á ser nuestro castigo; pues no quisimos conocer á Dios por ellas, ni tomar aviso. Vos, Señor, que sois camino, verdad y vida, guíadme en este camino con vuestra providencia; enseñad mi entendimiento con vuestra beldad y dad vida á mi ánima con vuestro amor. Gran jornada es saber por las cria-

turas al Criador; y gran negocio es saber mirar las obras de tan gran Maestro, y entender el artificio con que están hechas, y conocer por ellas el consejo y sabiduría del Hacedor.»

MEDITACION DE LA PASION DEL SEÑOR.

«¡Oh ánima mía! ¿qué haces? ¡Oh corazón mio! ¿qué piensas? ¡Oh lengua mía! ¿cómo has enmudecido? ¡Oh dulcísimo Salvador mio, cuando yo abro los ojos y miro este retablo tan doloroso que se pone delante, el corazón se me parte de dolor! ¿Pues cómo, Señor, no bastaban ya los azotes pasados, y la muerte venidera, y tanta sangre derramada, sino que por fuerza habian de sacar las espinas la sangre de la cabeza á quien los azotes perdonaron? Pues para que sientas algo, ánima mía, de este paso tan doloroso, pon primero ante tus ojos la imágen antigua de este Señor y la excelencia de sus virtudes; y luego vuelve á mirarla de la manera que aquí está. Mira la grandeza de su hermosura, la hermosura de sus ojos, la dulzura de sus palabras, su autoridad, su mansedumbre, su severidad y aquel aspecto suyo de tanta veneracion. Y despues que así lo hubieres mirado y deleitádote de ver tan acabada figura, vuelve los ojos á mirarlo tal cual lo ves cubierto con aquella púrpura de escarnio, la caña por cetro real en la mano y aquella horrible diadema en la cabeza, aquellos ojos mortales, aquel rostro difunto y aquella figura toda borrada en sangre...»

Crecieron los dolores del Hijo con la presencia de la Madre, con los cuales no menos estaba su corazón crucificado de dentro, que el sagrado cuerpo lo estaba de fuera. Dos cruces hay para ti, oh buen Jesus, en este día: una para el cuerpo y otra para el ánima; la una es de pasión, la otra de compasion; la una traspasa el cuerpo con clavos de hierro, y la otra tu ánima santísima con clavos de dolor. ¿Quién podrá, oh buen Jesus, declarar lo que sentias cuando considerabas las angustias de aquella ánima santísima, la cual tan de cierto sabias estar con-

tigo crucificada; cuando veias aquel piadoso corazón traspasado y atravesado con cuchillo de dolor; cuando tendias los ojos sangrientos y mirabas aquel divino rostro cubierto de amarillez de muerte, y aquellas angustias de su ánima sin muerte, ya mas que muerta, y aquellos rios de lágrimas que de sus purísimos ojos salian; y oias los gemidos que se arrancaban de aquel sagrado pecho, esprimidos con el deseo de tan gran dolor?...»

Mirad, ángeles, estas dos figuras si por ventura las conocéis; mirad, cielos, esta crueldad y cubrios de luto por la muerte de vuestro Señor. Escureced el aire claro, porque el mundo no vea las carnes desnudas de vuestro Criador. Echad con vuestras tinieblas un manto sobre su cuerpo, porque no vean los ojos profanos el arca del Testamento desnuda. ¡Oh cielos, que tan serenos fuisteis criados! ¡oh tierra, de tanta variedad y hermosa vestida!.... si vosotros, que érades insensibles, sentisteis á vuestro modo, ¿qué harian las entrañas y pechos virginales de la Madre?»

SERMON DEL NACIMIENTO DE CRISTO.

«Venid á ver al hijo de Dios, no en el seno del Padre, sino en los brazos de la Madre; no entre los coros de los ángeles, sino entre viles animales; no asentado á la diestra de la magestad en las alturas, sino reclinado en un pesebre de bestias; no tronando y relampagueando en el cielo, sino llorando y temblando de frio en un establo. Venid á celebrar este día de su desposorio, en que sale ya del tálamo virginal. desposado con la naturaleza humana con tan estrecho vinculo de matrimonio, que ni en vida ni en muerte se haya de desatar. Este es el día de la alegría secreta de su corazón, cuando llorando exteriormente como niño, se alegraba interiormente por nuestro remedio, como verdadero Redentor....»

Llegó aquella hora tan jescada de todas las gentes, tan esperada en todos los siglos, tan prometida en todos los

tiempos, tan cantada y celebrada en todas las escrituras divinas. Llegó aquella hora, de la cual pendía la salud del mundo, el reparo del cielo, la derrota del demonio, el triunfo de la muerte y del pecado, por la cual lloraban y suspiraban los gemidos y destierro de todos los santos. Era la media noche, mas claro que el medio día, cuando todas las cosas están en silencio, y gozan del sosiego y reposo de la noche quieta.... Pues en esta hora tan dichosa, aquella omnipotente palabra de Dios descendió de las sillas reales del cielo á este lugar de nuestras miserias, y apareció vestido de nuestra carne... ¡Oh venerable misterio, mas para sentir que para decir; no para explicarse con palabras, sino para adorarle con admiración en silencio! ¿Qué cosa mas admirable que ver aquel Señor, á quien alaban las estrellas de la mañana, aquel que está sentado sobre los querubines, que vuela sobre las plumas de los vientos, que tiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, cuya silla es el cielo, y estrado de sus pies es la tierra, que haya querido bajar á tan grande extremo de pobreza que, cuando naciese (ya que quiso nacer en este mundo) le pariese su Madre en un establo y le acostase en un pesebre, por no tener allí otro lugar mas cómodo?....»

—EL DESCENDIMIENTO.

«Cuando la Virgen le tuvo en sus brazos, ¿qué lengua podrá explicar lo que sintió? ¡Oh ángeles de paz! Llorad con esta sagrada Virgen. Llorad, cielos, y llorad, estrellas del cielo, y todas las criaturas del mundo acompañad el llanto de María. Abrázase la Madre con el cuerpo despedazado; apriétalo estrechamente entre sus pechos; para esto solo le quedaban fuerzas. Mete su cara entre las espinas de la sagrada cabeza; júntase rostro con rostro; tíñese la cara de la sacratísima Madre con la sangre del Hijo, y riégase la del Hijo con las lágrimas de la Madre. ¡Oh dulce Madre! ¿es este, por ventura, vuestro dulcísimo Hijo? ¿es este el que concebisteis con tanta gloria y

paristeis con tanta alegría? Pues ¿qué se hicieron vuestros gozos pasados? ¿Dónde se fueron vuestras alegrías antiguas? ¿dónde está aquel espejo de hermosura en que os mirábades?

Lloraban todos los que presentes estaban; lloraban aquellas santas mujeres; lloraban aquellos nobles varones; lloraba el cielo y la tierra, y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de la Virgen.—Lloraba otrosí el santo Evangelista, y abrazado con el cuerpo de su Maestro, decía: ¡Oh buen Maestro y Señor mío! ¿quién me enseñará de aquí en adelante? ¿á quién iré con mis dudas? ¿en cuyos pechos descansaré? ¿quién me dará parte de los secretos del cielo? ¿qué mudanza ha sido esta tan estraña? Antenoche me tuviste en tus sagrados pechos dándome alegría de vida; y ahora te pago aquel grande beneficio teniéndote en los míos muerto. ¿Este es el rostro que yo vi transfigurado en el monte Tabor? ¿esta aquella figura mas clara que el sol del medio día?—Lloraba tambien aquella santa pecadora, y abrazada con los pies del Salvador, decía: ¡Oh lumbré de mis ojos y remedio de mi ánima! Si me viere fatigada, ¿quién me recibirá? ¿quién curará mis llagas? ¿quién responderá por mí? ¿quién me defenderá de los fariseos? ¡Oh cuán de otra manera tuve yo estos pies y los lavé cuando en ellos me recibiste! ¡Oh amado de mis entrañas, quién me diese ahora que yo muriese contigo! ¡Oh vida de mi ánima! ¿Cómo puedo decir que te amo, pues estoy viva, teniéndote delante de mis ojos muerto?... De esta manera lloraba y lamentaba toda aquella santa compañía regando y lavando con lágrimas el cuerpo sagrado.»

LA BAJADA Á LOS INFIERNOS.

«Descendió, pues, el Triunfador á los infernos vestido de claridad y fortaleza.... En el punto que el Señor allí bajó, luego aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tienda de atormentadores tembló con la bajada del Salvador. Allí se turbaron los

principados de Edon, temblaron los poderes de Moab y se pasmaron los moradores de la tierra de Canaan.

Y todos en medio de sus tinieblas, comenzaron entre sí á murmurar y decir: ¿Quién es este tan fuerte, tan resplandeciente, tan poderoso?—Nunca tal hombre como este se vió en nuestro infierno; nunca á estas cuevas tal persona nos envió el mundo nuestro tributario; acreedor es este, no deudor; quebrantador nuestro, no pecador; juez parece, no culpado; á pelear viene, no á penar. Decid: ¿á dónde estaban vuestras guardas y porteros cuando este conquistador rompió vuestras puertas y cerraduras? ¿Cómo ha entrado por fuerza? ¿Quién será este que tanto puede?

Tales cosas decían y murmuraban entre sí aquellas compañías infernales, cuando el noble triunfador entró á libertar sus cautivos. Allí estaban recogidas todas las almas de los justos que desde el principio del mundo hasta aquel día habían salido de esta vida. Allí estaba un profeta aserrado, otro apedreado, otros quebrados las cervices con una barra de hierro, y otros que con otras maneras de muertes gloriosas glorificaron al Señor. ¡Oh compañía gloriosa! ¡Oh nobilísimo tesoro! ¡Oh riquísima parte del triunfo de Cristo! Allí estaban aquellos dos primeros padres, pobladores del mundo, que así como fueron los primeros en la culpa, así lo fueron en la fé y esperanza. Allí estaba aquel santo viejo, que con la fábrica de aquella grande arca, guardó los que despues volvieron á poblar el mundo acabadas las aguas del diluvio. Allí estaba el padre de los creyentes, el cual primero mereció recibir el testamento de Dios y en su carne la señal y divisa de los del pueblo de Dios. Allí estaba su obediente hijo Isaac, que llevando sobre sus hombros la leña con que habia de ser sacrificado, representó el sacrificio y remedio del mundo. Allí estaba el santo padre de las doce tribus, que ganando con ropas ágenas y hábito extranjero la bendición de su padre, figuró el misterio de la humanidad y encarnación del Verbo divino. Allí estaba, también como huésped y nuevo morador de aquella tierra, el santo Baptista, y el

bienaventurado Simeon, que no quiso salir del mundo hasta ver con sus ojos el remedio de él y recibirlo en sus brazos, y cantar, antes que muriese, suavísimamente aquel tan dulce cántico. Allí tenia también su lugar el pobrecillo Lázaro del Evangelio, que por la paciencia de sus llagas mereció ser participante de tan noble compañía y esperanza.

Todo este coro de almas santas estaba allí gimiendo y suspirando por este día, y en medio de todos ellos... aquel santo rey y profeta David repetía sin cesar aquella su antigua lamentación, diciendo: «Así como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma á tí, mi Dios...»—Muda ya eso cantar, y canta el que mucho antes en espíritu cantaste, cuando escribiste: «Bendijiste, Señor, tu tierra; sacaste del cautiverio á Jacob; perdonaste la maldad de tu pueblo; disimulaste la muchedumbre de sus culpas.» Y tú, santo Jeremías, que por este Señor fuiste apedreado, cierra ya el libro de tus lamentaciones por la destrucción de tu ciudad y templo, porque presto verás otro mejor templo reedificado, y otra mas hermosa Jerusalen por todo el mundo renovada.»

CAPÍTULO III.

Continuacion de la escuela mística española: Fr. Luis de Leon.—Padre Fr. Pedro Malon de Chalde.—V. P. Lanuza.—Fr. Diego de Estella.—Otros predicadores célebres de esta época: consideraciones generales: obras preceptivas.—Influencia de la escuela mística española.—Oratoria sagrada en Portugal.—Fr. Bartolomé de los Mártires.—Otros predicadores portugueses anteriores á la época de la decadencia: ligeras consideraciones sobre el estilo de sus discursos.

Fr. Luis de Leon.

Continuando el estudio de los místicos españoles, debemos ocuparnos de Fr. Luis de Leon, nacido en la villa de Belmonte (1) el año 1527. El solo nombre de este elegantísimo escritor, de este poeta ilustre, de este orador célebre del siglo XVI, despierta gratísimos recuerdos, hace venir á la memoria composiciones leídas siempre con el mismo entusiasmo, con igual placer. Niños aun, ponian en nuestras manos trozos de ejemplarísima enseñanza debidos á la pluma de este religioso Agustino, y todavía no los hemos olvidado; felicitándonos de tener una ocasion tan propicia para tributar á la memoria de Fr. Luis de Leon el homenaje sincero y humilde de nuestra respetuosa admiracion.

(1) Véase la *Coleccion de documentos inéditos para la Hist. de España*, tomo X.

Prescindiendo de otras particularidades de su vida, crisol purísimo donde se purificó su alma al calor de las tribulaciones y las injusticias de los hombres, Fr. Luis de Leon se nos presenta desde muy niño consagrado al cultivo de las letras: en 1561 tenia á su cargo en la universidad de Granada la cátedra de Santo Tomás, y mas tarde le fué confiada la de sagrada escritura, mereciendo la distincion de ser consultado despues de la celebracion del concilio de Trento para la nueva reduccion del calendario, trabajo en el cual ayudó mucho al Dr. Miguel Francés.

Pasada la época de las persecuciones que la envidia levanta siempre al pié de las reputaciones mas acreditadas, Fr. Luis de Leon continuó con mayor éxito el ministerio augusto de la enseñanza: en 1588 compuso y ordenó las constituciones para los religiosos recoletos de San Agustin. Y nombrado Vicario general de la provincia de Castilla, se condujo con tal acierto, que hallándose en el capitulo que celebró la orden en Madrigal el año 1594, salió electo provincial; puesto de honor y distincion merecida que no llegó á ocupar, pues antes de concluirse el capitulo rindió su espíritu en manos del Señor el día 23 de Agosto, á los sesenta y cuatro años de su edad.

Las obras mas notables que dejó escritas Fr. Luis de Leon componen un catálogo esogidísimo de necesaria lectura para cuantos aspiren á ocupar con acierto la cátedra del Espíritu Santo: teniendo por nuestra parte que lamentar muy particularmente la pérdida de un libro, de cuya existencia no nos es dable dudar, citado por el maestro Valdivieso en la aprobacion que dió en Madrid el año 1629 para que se imprimiesen las obras poéticas de Fr. Luis de Leon, y el cual,

en opinión unánime de sus panegiristas, influyó muchísimo en los adelantos y en el buen gusto de la elocuencia cristiana. Titulábase este libro *El perfecto Predicador*, y á la verdad que sería un grande acontecimiento que se averiguase su paradero.

Los escritos que han llegado hasta nosotros de este discípulo aventajado y maestro á la vez de la escuela mística española, son: 1.º *La Explicacion al cántico de Salomon*, donde brilla grande erudición, pureza y elegancia. 2.º *La Exposicion sobre el salmo XXVI*, impresa por vez primera en Salamanca en 1580 y réimpresa en 1582. 3.º *La Exposicion sobre el Profeta Abdías*, y otra sobre la *Epístola de San Pablo á los Gálatas*. 4.º *Los Nombres de Cristo*. 5.º *La Perfecta casada*. 6.º *Un Comentario sobre el Apocalipsis*. Y 7.º *La Exposicion del libro de Job*, perdida tambien durante mucho tiempo, hasta que lá dió á la estampa Pedro Marin en 1779.

La gran mayoría de los panegiristas de Fr. Luis de Leon elogian sus escritos, pero nada nos dicen de su predicacion; solo el Dr. D. Pedro Antonio Sanchez afirma que predicó mucho y con gran éxito en Salamanca, y en tal concepto le coloca entre los mas célebres oradores sagrados del siglo XVI.

Por nuestra parte aun nos sería dable preguntár de si en efecto Fr. Luis de Leon predicó ó nó; lo que á nuestro propósito incumbe es que sus escritos influyeron durante su vida y despues de su muerte en la elocuencia del púlpito; que de su doctrina se aprovecharon célebres ministros de la palabra santa, y que esto basta para ocupar un puesto eminente y privilegiado en el catálogo de los hombres ilustres que flore-

cieron en nuestra pátria durante la época gloriosa que nos ocupa, y cuyo estudio sentimos no pueda adquirir mayores proporciones dadas las condiciones de esta obra. De los escritos de Fr. Luis de Leon dice D. Francisco de Quevedo, que son el singular ornamento y el mayor blason del habla castellana... su dición es grande, propia y hermosa... y en lo que se refiere á la pureza de la lengua, á la magestad de la dición, á la facilidad de los números y á la claridad de los conceptos, no admite competencia ni se le conoce rival. Don Nicolás Antonio le apellida el mas *diserto y elocuente* entre los principales restauradores del buen lenguaje español. Don Gregorio Mayans dice que su estilo castellano es castizo, juicioso y eleganté... ni usa de pensamientos falsos, añade, ni de argumentos débiles, ni de semejanzas violentas, ni de voces estranjeras... brilla en sus obras, principalmente en los *Nombres de Cristo* y la *Perfecta casada*, la facilidad, el método, la nobleza de los pensamientos, la rectitud de las ideas y todas las bellas cualidades que pueden desearse en un escrito. Por último, Capmany, considerando en general las cualidades oratorias de los trabajos de Fr. Luis de Leon, dice, que el lenguaje es grave y subido con un sabor de antigüedad lleno de magestad y grandeza, la dición es pura y propia... Parece, continúa este crítico, que solo él poseyó el secreto de la lengua castellana, que manejada por su pluma, desdobra cierta seriedad anciana y altiva, y cierta indole dura, pero valiente. Su locucion es mas nerviosa que dulce, y mas cerrada que elegante.

Todos estos testimonios y otros muchos que pudiéramos citar confirman los motivos de la reputacion universal que han alcanzado los trabajos que conocemos de Fr. Luis de

Leon. Acerca del mérito de sus composiciones poéticas nada podemos añadir por nuestra parte, después que la posteridad las ha celebrado unánime y señaláolas un primer puesto por su entonación vigorosa y sus bellezas: sus odas al *Apartamiento*, á la *Vida del Campo*, *Noche serena* y *Morada del cielo* son «sonidos entrecortados de una lira inspirada:» los *Cantares á la Virgen*, su famosa elegía las *Esperanzas burladas*, y sus *Liras á la Magdalena*, á la *Vida religiosa* y otras, resolvieron, en sentir del señor Garnica, el gusto clásico de la poesía antigua, despojándola de la forma pagana que habia conservado hasta sus tiempos. A los adornos mitológicos, á las pueriles invenciones de la fábula, les substituyó la eterna belleza de la religion: por el hebreo, que es la lengua de Dios, se puso en comunicacion con las inspiraciones divinas en sus primitivas fuentes; tradujo libros sagrados, dió á sus versos la imitacion de los salmos; y cuando esto hizo Fray Luis de Leon, aquellas musas paganas se huyeron ó transformaron, resultando de esta mudanza la poesía de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, los romances espirituales de Fray Paulino de la Estrella, los autos sacramentales y hermosísimos soliloquios de Lope de Vega, y toda aquella asimilacion del *elemento literario confundido en el misticismo*, porque el misticismo interesó desde luego á la imaginacion herida y bien preparada de los espíritus religiosos. De entonces mas, ¿qué asuntos se propondria la oratoria sagrada en que el persuadir costara trabajo? ¿qué le quedaba al espíritu de suyo habiendo perdido hasta la forma pagana? ¿por qué no arrancaríá lágrimas la muerte del pecador, si ya no se podia llorar la desgracia de las Musas?

Son tan conocidas las obras de Fr. Luis de Leon, se han

elegido en tantos libros trozos escogidos, máximas y pensamientos de este insigne escritor, que por nuestra parte nos erremos dispensados de confirmar por este medio lo que es evidente, lo que todos saben y de lo que la juventud está persuadida.

Nos falta aun mucho espacio que recorrer, y es tanto lo que acerca de esta misma época tenemos que decir, que rogamos á nuestros lectores nos dispensen el referirnos en este momento á las obras de Fr. Luis de Leon, recomendando su lectura íntegra en vez de reproducir de ellas algunos pasajes; trabajo sencillísimo por otra parte, pues donde todo es inmejorable, la eleccion no es dudosa, ni en ella cabe vacilacion.

P. Fr. Pedro Malon de Chaide.

Discípulo aventajado de Fr. Luis de Leon, fué el P. Fray Pedro Malon de Chaide, natural de la villa de Cascante, en Navarra, y venido al mundo, segun se cree, el año 1530. Terminados sus estudios menores y mayores con gran provecho, abrazó el estado religioso, tomando el hábito en el convento de Padres Agustinos de Salamanca.

Presto alcanzó el P. Malon de Chaide entre los fieles una gran fama de orador sagrado; y á pesar de que de él no se ha conservado mas que un *Tratado de la Magdalena*, todos convienen en los justos títulos de su renombre y en los admirables efectos de su fervorosa predicacion.

Vanagloriase el P. Malon de la libertad que usó en el púlpito, de su entusiasmo por la lengua vulgar, á la cual defendió acaloradamente contra los apasionados escolásticos y los que la consideraban impropia de asuntos graves y sagrados.

El *Tratado sobre la Magdalena* se imprimió por vez primera en Alcalá de Henares el año 1592, haciéndose después en 1598 y 1605 otras ediciones. Los demás trabajos y sermones que compuso este orador famoso del siglo XVI se han perdido, lo cual nos priva de poder emitir sobre ellos un juicio propio, viéndonos precisados á aceptar las opiniones de autores que nos merecen entera confianza. Concédese al P. Mallon brillantez, energía y cierta donosura en la manera de predicar, si bien se crea que abusaba con frecuencia de una dicción florida, perdiendo mucho por esta causa en corrección y naturalidad. Todo nos hace suponer que habiendo logrado alcanzar una reputación tan esclarecida en época en que ya se podían apreciar mejor las cualidades de un buen orador, sus sermones no debieron ser inferiores en mérito á los de otros de sus contemporáneos, que por haber llegado hasta nosotros podemos juzgar.

He aquí algunos pasajes del *Tratado de la Magdalena*, que transcribimos para que se conozca aproximadamente el estilo oratorio de este gallardo escritor castellano del siglo XVI, según le apellida el erudito Capmany:

«¡Oh sol resplandeciente, hermosura infinita, espejo purísimo de la gloria! ¿quién podrá decir lo que sienten los que te gozan? ¡Oh ricas moradas de la celestial Hierusalem, adonde no se sabe qué cosa es noche, porque el cordero es tu sol, que jamás se traspone! ¡Qué hermosas son, Señor, vuestra moradas! ¡Qué dignas de ser amadas y deseadas de todos!

Desmaya, Señor, mi alma con el deseo de verme en ellas. Mi corazón y mi cuerpo salen de sí de contento y se alegran en Dios vivo. Es tanta la alegría que mi alma siente con acordarse de mi Dios, que como el corazón sea su principal asien-

to y el cuerpo se gobierne por el corazón, al alegrarse el alma, el corazón no cabe en el pecho de contento, y así es fuerza que se dilate la alegría por el cuerpo. No queda potencia en mi alma ni sentido en mi cuerpo, en que no ande un sonido juico de gloria.

¡Oh pueblo! ¡oh alma! que deseais la casa de Dios, ensanchad ese deseo, abrid ese corazón, que casa rica tiene el Señor para henchiros de bienes, y tan grande es, que no se cierra su término con montañas ásperas, ni con el espacioso mar Océano, ni confina con reinos estráños.

¡Oh casa! ¡oh ciudad donde todos aman! á donde el amor jamás tiene fin, porque el amado Dios carece de fin.

En pié estaba y mujer era de buen cuerpo, y con todo esto, fueron tantas las lágrimas, que bastaron á regar el pecho y ropa en que caían, y á correr y llegar á los piés del Redentor. ¡Oh dolor incomparable el que esta penitente padecía! ¡Oh fuego poderoso el que derretía su pecho haciéndole salir el corazón derecho por los ojos! ¡Oh prodigio jamás oído! ¡Oh cosa nunca vista! ¿Quién tal creyera?... Aquel que pisa el cielo, que se pasea sobre las estrellas, ¿es llovido y regado con lágrimas de una pecadora?....

¡Oh María! ¿quién te consolará? ¿cómo recibirás consuelo en medio de tanto dolor? ¿quién curará tus llagas y mediará tu llanto, desconsolada mujer?

Se está Magdalena deshaciendo en llanto á los piés del Señor.... A los piés está; allí se regala, allí halla su descanso, su gloria, y allí está su vida. Canta, hecha un mar de lágrimas, y dice.... Esto preguntaba yo á los veladores que rondaban la ciudad, á los buenos y á los santos que amparan la república con sus oraciones, que velan y oran en el silencio de la noche. Decidme vosotras, almas santas, esposas del Cordeiro, que veláis y sabéis hácia dónde anda, si acaso le habeis visto, ¿á dónde le hallaré? Preguntábalo también á las guar-

das supremas, á los ángeles de quien dice Dios:—Sobre tus murallas, Jerusalem, he puesto centinelas, que no cesarán día y noche, y á todas horas alabarán el nombre del Señor. Dijéroume las guardas que era menester pasar mas adelante. Y así, entonces, con el ánsia de hallarte, dulce Esposo mio, olvidada de todo lo que atrás queda, pasando las cosas mundanas, y á las guardas, y á los santos ángeles, comencé á correr con mayor ánsia y prisa.... Héme aquí, Rey mio, Esposo mio, bien y descanso mio. Ya tengo vuestros piés, dejadme aquí con ellos abrazada, que ya no quiero mas gloria; ténganse los ángeles la suya, que yo esta quiero, con esta me basta, con esta me contento, que es tenerte á tí presente, Dios de mi alma.»

V. P. Gerónimo Bautista de Lanuza.

Aun cuando el misticismo no hubiera creado monumentos inmortales, dice oportunamente un escritor contemporáneo, la Elocuencia sagrada le debería la exaltación de todas las virtudes cristianas. Vemos, en efecto, que los místicos, á la vez que nos ofrecen en sus obras los rasgos mas brillantes de la imaginación, pinturas sublimes, antítesis bellísimas, comparaciones vivas y apóstrofes enérgicas, sobre todas estas cosas dan á conocer, revelan en sus escritos las virtudes que les adornaban, que les hacían respetar y amar, que daban á su palabra, y la dan todavía, una autoridad irresistible y edificante.

El V. P. D. Fr. Gerónimo Bautista Lanuza, del orden de Predicadores, Provincial de los Dominicos en España el año 1597, y despues Obispo de Barbastro y de Albarracín, fué, no solo un orador ilustre y un sábio, sino á mas de esto, un dechado de perfectas cualidades cristianas, que por sí solas le hubieran hecho acreedor á la alta estimación en que lo hubieron

y lo han tenido siempre propios y estraños. Tan cierto es, que no basta espresarse bien en la cátedra para enseñar, sino que es de todo punto necesario que el ejemplo acompañe al consejo y el mérito á la doctrina.

Los trabajos mas notables del V. Lanuza, son sus *Homilias*, admirable esposición moral de los Evangelios de Cuaresma, en la cual revela su autor un conocimiento profundo de la crítica eclesiástica, de la teología y de los Padres; algunos criticos que las han juzgado, no vacilan en calificarlas de obra maestra de erudición y de saber; nosotros las conceptuamos muy dignas del aplauso con que fueron oídas, y de las versiones á idiomas distintos que de ellas se han hecho en varias épocas.

Disculpó con la obediencia el V. Lanuza la publicación de sus trabajos oratorios, y en la censura que de ellos hizo se lastima de que la obligación de leer constantemente antes de predicar, le hubiese impedido cuidar gran cosa de las palabras y del estilo, que califica de llano, pesado y algo vulgar; juicio demasiado severo, por mas que encierre alguna exactitud.

Escribió y pronunció sus discursos en romance; pareciéndonos muy oportuno reproducir en este momento algunos de sus pasajes, dignos por cierto de ser detenidamente analizados por la juventud.

ADVERSIDADES.

«A la manera que la plancha de oro y plata se ensancha y dilata con los duros golpes del martillo, así la esperanza del corazón humano con las tribulaciones. Tanto mas debe esperar el cristiano, cuanto mas hubiese sufrido; pues la medida de su corona ha de ser la de sus trabajos. Así lo juzga-

ron los santos, cuyo corazón se dilataba, se llenaba de esperanza y dulcísimos consuelos á vista de las aflicciones y tormentos. Buscábanlos á porfía, y se tenía por mas honrado el que mas cruelmente padecía. San Lorenzo vé conducir por órden del tirano á su amado pontífice San Sisto, y envidioso de su suerte, esclama con celoso ardor:—¡Oh Padre mio! ¿á dónde vais sin la compañía de vuestro diácono y discípulo! El que fué vuestro ministro en la dignidad, ¿no lo ha de ser en una suerte tan honrosa? Pero el santo Pontífice le consuela diciéndo:—Antes de tres días me seguirás con mayores y mas crueles tormentos.

Este es el gran talento que ha dado el Señor á sus siervos para negociar en su salud. Cuando leo, decía el Padre San Juan Crisóstomo, la parábola del Señor, que llamó á todos sus criados y les dió talentos con que negociasen, encuentro muchas dificultades para comprenderla. Muchos pueden quejarse de que no han tenido parte en esta importante distribución: carecen de hacienda con que socorrer al pobre, de robustez para ayunar, de tiempo para trabajar. Parece que no tienen medio alguno para adelantar con fruto en esta negociación tan honrosa y necesaria. Mas ¡ah! dice el santo, si eres pobre, si enfermo, si oprimido de ocupaciones y trabajos, tu pobreza, tu enfermedad y tus trabajos son los preciosos talentos que el Señor te ha dado, y con los que puedes negociar bienes infinitos.

¡Gran consuelo para el justo que se vé afligido! pensar que él es un espectáculo que arrebató la atención del mundo, de los hombres, de los ángeles y del mismo Dios. Observa el Señor desde lo alto la pelea y reñido combate de sus amigos con los enemigos, que los acometen intentando derribarlos de su fé y esperanza en su misericordia. Véles acometidos, por una parte del demonio con sus astutas sugerencias, por otra del mundo con sus máquinas y vanidades, por otra de la carne con sus halagos. Observa con singular complacencia, cómo rebatan las asechanzas de tantos enemigos, cómo huyen de

sus golpes, cómo oponen á ellos un corazón fuerte y animoso. Deléitase en extender contra ellos la mano pesada de la tribulación, para que acrisolado en ella su vigor y verdadera resistencia, den glorioso testimonio de su fidelidad, causando admiración y envidia á los mismos ángeles.»

CARIDAD.

«Como no hay cosa tan necesaria para la vida del cuerpo como el calor, así ninguna tan necesaria para el sustento del alma como el amor. La falta de calor es señal evidente de la muerte del cuerpo, y la falta de amor de la muerte del alma. Sin el calor no puede el cuerpo ejercer sus funciones y proveer á su subsistencia; y sin el amor nada puede el alma del hombre; ni para sí ni para otros. Con efecto; ¿cómo cuidaría el hombre de su vida si no se amase? ¿cómo sin el amor de sus hijos atendería á su conservación y sufriría las molestias de su educación y crianza? ¿cómo procuraría los bienes necesarios á su sustento si no los amase? Por eso la naturaleza, madre pródiga y benéfica, dió al corazón del hombre, y aun al del bruto, una irresistible inclinación al amor. Ama la simple ave-cilla á sus hijuelos, y este amor la obliga á prepararles con diligente desvelo el sustento necesario; y el fiero león con esta amorosa diligencia, emplea las poderosas armas de su furor en defenderlos y ampararlos. La gallina escarva con mil trabajos en la tierra para descubrir el grano, y se priva de él porque le coma su polluelo: la paloma sustenta á su pichoncillo con el alimento que ha recibido ya en su seno, y aun las criaturas insensibles aman á su modo sus naturales determinaciones; de manera que este amor parece ser el peso y fondo de la misma naturaleza. Los filósofos, convencidos de la necesidad de este amor, dijeron que él era el procurador general que proveyó el supremo Criador á todos los seres criados para que velase por su conservación y defensa.

No lo dudemos: la caridad de Dios es un fuego divino que

consume entre sus llamas toda la escoria de los vapores de la carne, todo el pestilente humor de los pecados: *Lampades ejus, lampades ignis, atque flammaram.* El fuego de los rayos no se detiene en las nubes, rómpelas con vigorosa diligencia arrojando á todas partes luces de claridad y de terror. Así el fuego del amor divino, cuando habita en nuestros corazones, es en ellos un manantial fecundo de obras santas: *Amor Dei operatur magna, si est; si autem operari renuit, amor non est.* En la dichosa alma que posee este precioso don; se ha destruido enteramente el reino del pecado y establecido el de las virtudes. Es un jardín delicioso que arrebató en su favor la beneficencia infinita, y sobre el que cae en copiosos raudales el suave rocío de la gracia.

Oíd el primero y fundamental precepto de la ley de Jesucristo, publicado por este divino Maestro en unos términos, que parecieron misteriosos al P. San Agustín:—Amarás, dijo al que le preguntó, ¿cuál es el mayor precepto de la ley? amarás á tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas.—Este es el primer precepto. El segundo, semejante á este, es el amor de tu prójimo —Amarás á tu prójimo como á tí mismo.—Si he de amar á Dios, dice este Padre, con todo mi corazón, ¿qué parte he de dar en él á mi prójimo? Si mi alma, mi corazón, mis fuerzas han de emplearse en nuestro amor, ¿qué me queda, Señor, para amar á mi hermano? Si todo lo queréis para nuestro amor, ¿por qué me obligáis al de mi prójimo? Pero observemos que uno mismo es el precepto de amor hácia Dios y hácia nuestro hermano. Este Señor misericordioso cede una parte del amor que le debemos en favor de nuestros semejantes. Este es, dijo el Evangelista, el mandato que hemos recibido del Señor, que el que le ame, ame también á su hermano. De manera que el que falta al amor de su prójimo, miente si dijere que ama á su Dios. De aquí podemos inferir la grandeza de este precepto, y que siendo uno mismo con el del amor de Dios, es el primero y fundamental del Evangelio.»

ENCARNACION DEL VERBO.

«Fué la encarnacion del divino Verbo una admirable invencion de su subiduria para satisfacer á un mismo tiempo al amor debido á su eterno Padre y al del hombre. ¡Qué tierna y afectuosa batalla admiramos en el amoroso corazón del Verbo eterno, cuando piensa venir al mundo para redimir al hombre! Por una parte le detiene su infinito amor á su eterno Padre, que viéndole desde la eternidad, no puede sufrir su dolorosa separacion: por otra le urge el amor al hombre, cuya salud ponde necesariamente de su venida al mundo. Quiere comunicarnos sus dones, y siendo el mayor y mas conveniente á nuestra felicidad el de su venida, desea dárnoslos y redimirnos. Este inefable amor inclina hácia nosotros la misericordia de su Padre y le determina á darnos su hijo. Pero la Sabiduria saca de sus profundísimos abismos un admirable artificio para que se satisfaga á un mismo tiempo al amor del Padre y al del hombre. El divino Verbo viene en hábito y forma humana, pero sin apartarse del seno amoroso de su Padre, en el que ha descansado eternamente: viene al mundo ocultando su divinidad con los velos de la miseria humana, y en su ser divino permanece al lado de su eterno Padre. El que era la figura de su sustancia sin dejar de serlo, tomó la figura de la carne en el seno de una virgen. El mismo que habita en los cielos descende á la tierra y habita con el hombre.»

NATIVIDAD DEL SEÑOR.

«Viniendo nuestro soberano y divino médico Jesucristo á curar las principales y mortales llagas de nuestra naturaleza, debía en sus disposiciones y ejemplos aplicarles contrarias y eficaces medicinas. Para esto nace pobre, humilde y affligido. ¡Oh! ¿cómo curaría nuestra soberbia, si naciese entre la pompa y fausto de las magestades mundanas? ¿cómo desterraría la codicia del mundo, si viniese lleno de riquezas tem-

porales? cómo condenaría las perniciosas delicias, si naciese lleno de placer y de contento? Pero con ejemplo tan eficaz, ¿cómo tendrán ya imperio en el hombre estas pasiones vergonzosas? ¿habrá cristiano tan desnudo de razon que siga la voz de estos perniciosos amores, viendo á Jesucristo, gloria del cielo y criador del universo, en figura y hábito tan pobre que no tiene donde reclinar su cabeza? ¿viéndole tan afligido, tan desnudo y tan despreciable? ¿Qué soberbia, dice San Agustín, resistirá el ejemplo de la humildad del Hijo de Dios? ¿qué avaricia el de tan estremada pobreza? ¿qué apetito el de la aspereza con que trata su carne sacratísima? Si el enfermo, pues, se alegra á la vista del médico, y tanto mas se alegra cuanto mas le vé venir en aquella forma y con aquellos medicamentos que mas convienen para su salud, llénese de gozo Jerusalem viendo venir á Jesucristo pobre, abatido y despreciable; pues este traje, esta figura es la mas conducente para su remedio.

No quiere este Principe humilde nacer en un palacio suntuoso, sino en un establo: no quiere un lecho ricamente preparado, sino un pesebre y unos pobres y toscos pañales que apenas cubran su desnudez. No escogió para madre una mujer rica y poderosa, sino pobre y desposada con un pobre carpintero. No eligió para discípulos y compañeros hombres sábios, ilustres ó ricos, sino ignorantes y despreciables pescadores. Nunca tuvo casa propia, ni aun donde reclinar su cabeza. Caminando siempre de una á otra parte, jamás usó caballos ni carrozas, sino sus propios piés. Fatigado y lleno de cansancio, no buscó otro apoyo que el brocal de un pozo ó el duro leño de una pobre navecilla. Su trato y conversacion no fué con los grandes del mundo, sino con los pobres y abatidos. Se abraza tiernamente con los niños y fulmina terribles amenazas contra los que los desprecian.»

P. Fr. Diego Estella.

Este ilustre escritor de la escuela mística, nació en Estella el año 1524. Hizo sus primeros estudios en la universidad de Tolosa, y mas tarde, habiéndose trasladado á Salamanca, se distinguió mucho en esta ciudad, centro entonces de los ingenios mas esclarecidos y de los mas sábios varones de toda España.

Cansado de las vanidades de la tierra, determinó abrazar el camino de la perfeccion, tomando el hábito de religioso en Salamanca, en el convento de frailes menores de la observancia regular; no dejando por esto de brillar en la cátedra y en el púlpito. Felipe II nombró al P. Estella predicador, teólogo y consultor de la córte; el Cardenal Granvela le hizo su confesor, y por último, el privado Ruiz Gomez de Silva lo distinguió con señaladas deferencias y respetuosas atenciones.

No faltaron al P. Estella enemigos de su fama y su virtud; salió victorioso de estas contrariedades, merced á su carácter enérgico y rectitud.

Las obras mas notables de este escritor ascético, son: 1.º Un tratado dividido en tres partes sobre *La vanidad del mundo*. 2.º Otro sobre *Las cien meditaciones del amor de Dios*. Y 3.º *La vida y escelencias de San Juan Evangelista*. Compuso varias otras obras en latin, entre las cuales podemos citar: 1.º *Opuscula varia et comentaria super Lucam*. 2.º *Tabulæ rerum omnium ad evangelia totius anni distributæ*. Y 3.º *Modus concionandi, et comentoria super psalmm CXXXVI*.

Mientras el P. Estella, dice un crítico, componia y publicaba estos escritos, confirmaba con su conducta la utilidad y

verdad de la doctrina que predicaba, siendo el asunto de sus ordinarias conversaciones el amor de Dios y las efímeras vanidades del mundo. El P. Estella murió en opinión de santo en el mes de Agosto del año 1578.

Ved aquí algunos pasajes de los trabajos oratorios de este insigne escritor:

« Mi paz os doy y mi paz os dejo, dice el Señor. En tanto que al mundo sirvieres, siempre vivirás en contienda. El amor de las cosas terrenales es liga de las penas espirituales; los amores del mundo viven en continuo tormento. Rueda es el mundo que siempre dá vueltas, y volviendo mata á sus amadores. Los mundanos nunca alcanzarán la paz del corazón; ama á Dios, y tendrás vida; niegate á ti mismo, y conseguirás la paz verdadera.

Vanidad de vanidades, y todo es vanidad, dice el sábio. Vi todo lo que se hace debajo del sol, y todo era vanidad. Con razon este mundo es llamado hipócrita por el Señor, pues si la apariencia es buena, todo en el fondo es vanidad y corrupción.... No pongas en su amor fija el áncora de tu corazón. Las verdes cañas alegran la vista, y los ojos se deleitan en las muestras de su robustez, y el cuerpo en su frescura; quebrada una caña, y dentro hallareis ser hueca y vana. No te engañe el mundo, ni se cobren tus ojos en su aparente verdura y hermosura; porque si cierto quieres considerar lo que debajo está escondido, hallarás que es todo vanidad. Si el mundo con el cuchillo de la verdad fuese abierto, sería visto ser falso y vano. Porque cuanto hay en él es pasado, presente ó futuro; y lo pasado ya no es, lo que está por venir es incierto, y lo presente es instable y momentáneo; vanidad es esperar en él, y vanidad grande hacer caso de sus favores. Vanidad desear sus honras, y mayor vanidad amar sus riquezas y deleites. Vanidad es querer sus bienes transitorios, y vanidad es por

cierto tener cuenta con los corruptibles haberes de este siglo. Vanidad andar tras el viento de las alabanzas mundanas.... todo, finalmente, es vanidad, sino á solo Dios amar y servir.

Pasan los días de la vida sin los echar de ver, andando la muerte en el alcance. ¿Qué tienes de cuanto has hecho? En los amigos no hallaste amistad, en aquellos á quienes hiciste bien, hallaste ingratitud, y en los hombres muchos engaños y cumplimientos. Pues mira cómo has perdido cuanto has hecho.

Nuestras vidas son como ríos, que corren al mar de la muerte; las aguas de los ríos son dulces, pero su fin es entrar en las amargas aguas del mar; dulce es esta vida á sus amadores, mas será amarga cuando lleguen á la muerte. El paradero de las sabrosas aguas de los ríos es amargo, y el fin de la vida del hombre es acedia. Las vanidades que aman los mundanos, sin falta ninguna vienen á rematarse en tristezas y pesares; comienzan en bien y acaban en mal; la entrada es alegre, y muy triste la salida... breve es lo que deleita, y eterno lo que atormenta....

Piensa en el fin sin fin, y vivirás para siempre sin fin; no mires á lo que ahora eres, sino á lo que has de ser; no mires á la hermosura presente, sino á la fealdad en que ha de venir á parar toda esa hermosura.

Todas tus criaturas me dicen, Señor, que te ame; y en cada una de ellas veo una lengua que publica tu bondad y grandeza. La hermosura de los cielos, la claridad del sol y de la luna, la refulgencia de las estrellas, el resplandor de los planetas, las corrientes de las aguas, la verdura de los campos, la diversidad de las flores, la variedad de los colores y todo cuanto tus divinas manos fabricaron. ¡Oh Dios de mi corazón y esposo de mi alma! me dicen que te ame, y todo cuanto veo me convida con tu amor. No puedo abrir mis ojos sin

ver predicadores de tu muy alta sabiduría, ni puedo abrir mis oídos sin oír pregoneros de tu bondad; porque todo lo que hiciste me dice, Señor, quién eres.»

Los trozos que del P. Estella acabamos de transcribir, no necesitan elogios, por sí mismos se elogian; hay profundidad, conocimiento del mundo, alta filosofía y un decir demasiado sóbrio, pero no por esto falta de belleza y de armonía. De cada uno de los períodos es fácil sacar innumerables enseñanzas; se diluye un pensamiento, una idea, pero es para confirmarla; hay repeticiones, pero se vé que son necesarias. El autor está convencido, pero es preciso que convenza á sus oyentes; tantas pruebas se encaminan á lograr la persuasión por caminos distintos, y esto es un recurso oratorio digno de elogio, y que prueba la abundancia de la verdad que se intenta demostrar.

P. Juan Eusebio Nieremberg.

Este pio y doctísimo escritor nació en Madrid el año 1595, llegando á ser uno de los mas celebrados discípulos de las universidades de Alcalá y Salamanca, por su doctrina, ingenio, erudición y mística elocuencia. El año 1614 ingresó en el instituto de la Compañía de Jesus, señalándose entre los varones de su órden por sus estudios, su vida ejemplar y sus servicios á la causa de la verdad, de que son elocuente testimonio los escritos que de él se conservan, entre los cuales se han publicado: 1.º *Obras y Dias, Manual de señores y príncipes*, impreso por vez primera el año 1629 y posteriormente en 1641. 2.º *Diferencia entre lo temporal y lo eterno, vida divina y camino real para la perfeccion*, im-

preso en 1635. 3.º *Centurias de dictámenes prudentes y reales*, año 1635. 4.º *Prodigios del amor divino*, 1641, 5.º *Curia filosófica*, 1645. 6.º *Corona virtuosa y virtud coronada*, 1643. 7.º *Aprecio de la gracia*, 1645. 8.º *Tratado de la constancia en la virtud*, impresion de 1647.

Para dar una idea del estilo y de la índole de los trabajos del P. Nieremberg, trasladaremos algunos trozos que nos han parecido de verdadero interés, tomados de la *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, en nuestro concepto una de sus mejores obras:

«De otra manera declara San Bernardo la eternidad (1), diciendo, que es *la que abraza todo tiempo*, el pasado, el presente y el futuro; porque no hay dias, ni años, ni siglos que harten á la eternidad; ella sola se sorbe todos los tiempos posibles é imaginables, y le queda estómago para mas. Fuera de esto, abraza todo tiempo, porque goza cada instante lo que ha de gozar en todo tiempo, por lo cual llamó Marsilio Ficino á la eternidad momento eterno; y nuestro Leonardo Lesio dijo, que era juntamente larguísima y brevisima. Es larguísima, porque sobrepuja á todo tiempo y durará infinitos espacios; es brevisima, porque en un instante de tiempo tiene lo que puede tener por tiempo infinito; porque así como el tiempo es un instante que vuela y pasa, porque no hay del tiempo mas que el instante presente, el cual está siempre corriendo y mudándose de uno en otro cada paso y momento, así la eternidad no es mas que un instante, que permanece y que está siempre fijo y estable; porque en ella están todas las cosas juntas y consistentes siempre en un mismo estado; por ella pasan todos los tiempos, y sucediéndose unos á otros, ella está presente y perseverante á todos.

(1) *Sermon I in fest. Omn. Sanct.*

El tiempo, y todas las cosas temporales, son como un arrebatacdo río, en el cual con mucha priesa van cortiendo unas olas y otras sin cesar de estarse mudando perpétuamente; pero la eternidad es como una roca firmísima, ó la madre del mismo río por donde pasan las aguas, que corriendo por ella unas y otras sin volver mas á parecer, ella se está siempre en un mismo lugar. Así son todas las cosas temporales, que sin permanencia, ni consistencia alguna van sin volver jamás, pasando muy aprisa á la presencia de la eternidad; y como la madre del río, con estar parada, contiene todas las aguas que corren en el río, así la eternidad abarca á todos los tiempos que pasan por ella.

Es tambien la eternidad como el punto que está en el centro de un círculo: él corresponde á toda la circunferencia del mismo círculo y á cada uno de sus puntos, y se los está mirando igualmente: de la misma manera la eternidad corresponde á todo tiempo y á todos los instantes de tiempo, y tiene presente, con modo maravilloso, lo que por todos los siglos ha de tener. Y así es un instante, que equivale á infinitos tiempos, porque no tiene una parte despues de otra, sino toda su estension la tiene recogida en un instante, de suerte que en cada momento de tiempo tiene todo junto cuanto se estendiere por infinitas distancias del tiempo; porque así como la inmensidad de Dios tiene en un punto toda la grandeza divina, que sin término ni linde se dilata por todas partes, de suerte que no tiene menos en un punto que en millones de leguas, así tambien la eternidad recoge en un instante toda la duracion divina, aunque se estiende por tiempo infinito, y esto participan las criaturas racionales en la otra vida, en el modo que son capaces, quanto á lo esencial de su gloria ó pena y conforme á su capacidad.

Debemos tambien considerar lo que es sin duda asombro, todo lo que ha de pasar en el momento de la muerte, para el qual nos dan el tiempo de esta vida, y del qual depende lo

eterno de la otra: ¡Oh tremendo punto, que es fin del tiempo y principio de la eternidad! ¡Oh espantoso instante, en el qual se cierra el plazo de esta vida y se determina el negocio de nuestra salvacion! ¡Oh momento del qual pende la eternidad, y cómo debes estar ahora con provecho en nuestra memoria para que no lo estés despues con nuestro arrepentimiento y sin utilidad alguna! ¿Cuántas cosas han de pasar en tí? En un instante se acaba esta vida, y en él se resuelven todas las obras de ella; y se dá la sentencia que se ha de ejecutar eternamente ¡Oh último momento de la vida y primero de la eternidad, qué temeroso eres, pues en tí no solo se deja la vida, sino que se dá cuenta de ella y se entra en region no conocida! En momento tengo de dejar de vivir, y en él tengo de ver á mi Juez; en él se me han de mostrar mis pecados con toda su gravedad y muchadumbre; en él se me ha de hacer estrecho cargo de todos los beneficios divinos, y se ha de pronunciar la sentencia de mi salvacion ó de mi condenacion eterna.

Asombro es que para tan importantes cosas no se dé mas tiempo que un punto de tiempo, y que no haya lugar de réplica, ni diligencia, ni apelacion. ¡Oh tremendo momento del qual pende tanto! ¡Oh momento, el de mas importancia que tendré en tiempo y eternidad! Admirable es la suma sabiduria de Dios, que puso un punto en medio del tiempo y de la eternidad, al qual se enderece todo el tiempo de esta vida, y del qual depende toda la eternidad de la otra. ¡Oh momento, que ni eres tiempo ni eres eternidad, sino el horizonte del tiempo y la eternidad, que partes lo temporal y eterno! ¡Oh qué estrecho momento y qué dilatado punto, donde se concluyen tantas cosas y se dá tan estrecha cuenta, donde se oye tan rigurosa sentencia que se ejecutará siempre! Extraño caso que el negocio de la eternidad se haya de resolver en un momento sin dar lugar á diligencia, quando no podrás acudir á los santos del cielo, ni á los sacerdotes de la tierra; ni aquellos rogarán por tí, ni estos te darán absolucion,

porque el rigor del Juez en el punto que espire, no dará lugar á misericordia. San Juan dice (1), que de la presencia del Juez huirá la tierra y el cielo. ¿Qué podrás tú hacer, que no podrás huir, y eres contra quien es el pleito? Díese que huirán en aquel punto el cielo y la tierra, porque ni los santos del cielo te favorecerán con sus intercesiones, ni los sacerdotes de la tierra te podrán acudir con los Sacramentos de la Iglesia, porque de nada habrá lugar, ni habrá quien te ayude. ¿Qué diera entonces un pecador por poder pedir confesion? Ya no habrá lugar de nada, y lo que entonces te estuviera bien, y ahora desprecias, no podrás hacer; prevente en tiempo cuando te puedes ayudar, y no aguardes al punto, donde nadie te ayudará: ahora puedes ayudarte: ahora quieren los santos favorecerte, no aguardes al momento, donde ni tú podrás, ni los santos querrán.

¿Qué harán en esta turbacion los hombres? ¿Qué dirán todos atónitos y pálidos como la muerte? ¿Qué consuelo tendrán? ¿Estaránse mirando unos á otros, y cada uno en su vecino se espantará de nuevo, viendo en él una imagen de la muerte? ¿Qué pavor y miedo concebirán con esto, teniendo el espantoso fin y suceso que tan horrendos prodigios y monstruosidades naturales significan? Cesarán entonces los comercios, estarán las plazas despobladas, los tribunales solos, ninguno habrá entonces ambicioso, no buscará nadie pasatiempo, ningún codicioso cuidará de sus tesoros, no habrá quien pare en los palacios de los reyes, aun de comer y beber no se acordarán, sino cada uno procurará escaparse de los diluvios, terremotos y rayos, buscando lugar seguro, aunque no lo hallará. ¿Quién hará caso allí de su linaje, quién de la nobleza de sus armas y de su sabiduría y talento? ¿Quién se acordará allí de la hermosura, quién del edificio que admiró, de lo agudo que leyó, de lo discreto que habló? Y si de sus

(1) Apoc. 20. A cujus conspectu fugit terra, et Cælum.

cosas no hará memoria, ¿quién se acordará de las ajenas? ¿Qué memoria habrá allí de las hazañas de Alejandro Magno, de la sabiduría de Aristóteles y de todos los mas afamados del mundo, cuya fama quedará desde entonces sepultada para siempre y morirá con el mundo por toda una eternidad? Los navegantes, cuando en una brava tempestad están á pique de hundirse, ¿cómo están asustados por ver alterado el elemento del agua? ¿Qué afliccion tienen, cuántas plegarias hacen, cuán desinteresados están de las cosas de la tierra, pues echan sus mismas haciendas en el mar? ¿Pues cómo estarán los hombres, cuando no solo les espantará el mar con sus bramidos, sino el cielo y la tierra con mil prodigios? Cuando el sol se les ponga de luto, y cause horror con sus tinieblas, y la luna toda se ensangrienta, y las estrellas se desgajen, y la tierra les sacuda de sí con la inquietud de sus estremecimientos, y los torbellinos furiosos les derriben de su estado y los rayos espesos les asombren, ¿que harán entonces los pecadores, por cuya causa se obrarán cosas tan espantosas?

¿Qué honra será esta de la otra vida, cuando se vea dar en premio de su santidad á los justos, no menor prenda que el mismo Dios! La naturaleza de la honra, es ser premio de la virtud; y cuando un poderoso rey diese mas á un grande capitán, por galardón de sus servicios, tanto mas honra le hace. ¿Pues qué honra será, que no solo dé Dios á los que le sirvieron, que pisen las estrellas, que habiten los palacios del cielo, que sean señores del mundo, sino que trascendiendo todo lo criado, no hallando entre todas sus riquezas bastante premio para honrarlos, sino su misma esencia infinita, que se les dé para poseer y gozar, no por un dia, si no por toda una eternidad? La mayor honra que hacian los romanos á sus grandes capitanes, era darles un dia de triunfo, y en él una corona de yerbas ó hojas de árboles, que á otro dia se secaban.

¡Oh honradísima virtud de los cristianos, cuyo triunfo dura eternamente en el cielo, donde recibirá por corona inmarcesible al mismo Dios! ¡Oh dichosísima diadema de los justos! ¡Oh preciosísima guirnalda de los santos, pues no es de menor precio de lo que vale, y es Dios! Sapor, rey de los persas, fué desoosísimo de honra, por lo cual se llamaba hermano del sol y de la luna, amigo de los planetas; é hizo en un lugar muy alto una gran máquina de vidrio, redonda como una bola, y puesta con cierto artificio; de manera que en medio de ella estaban representándose el sol, la luna y las estrellas, y parecía que salían debajo de sus piés. El estar coronado sobre este retrato de los cielos de los planetas, tenía aquel rey por suma honra. ¡Cuál será la honra de los justos, que real y verdaderamente estarán sobre el mismo sol y luna y el firmamento, coronados de mano de Dios? ¡Y si es honra el aplauso de los hombres, y buen concepto, no solo de los ángeles y bienaventurados, pero del mismo Señor de todo, cuyo juicio vale mas que el de todas las criaturas, y así honra mas? ¡Pues qué gloria puede ser mayor, que Dios juzgue á un justo por digno de menor premio que de sí mismo? Para David fué suma honra que juzgase el rey Sati, que no merecían menos sus hazañas, que recibir en premio á su hija. Dios pasa de aquí, y honra tanto á los servicios de un predestinado, que juzga que sus merecimientos no merecen cosa menor que á sí mismo.

¡Oh dichoso trabajo de la virtud, que alcanza tal galardón! ¡Oh dichosa lucha y batalla de los justos contra los vicios, pues merece tal corona en el triunfo de su victoria! Dijo Clemente Alejandrino, que había en Persia tres montes; y que quien llegaba al primero, oía como de lejos voces de gente que peleaba; quien llegaba al segundo, oía muy vivos los clamores de los soldados y el estruendo de los que combatían en el furor de la batalla; pero quien llegaba al tercero, no oía ya sino alegres aclamaciones de la victoria. Esto sucede con verdad en los justos, los cuales han de pasar por

otros tres montes místicos, que son la razón, la gracia y la gloria. Quien llega al conocimiento de la razón, echa de ver el arma mas eficaz contra los vicios, los ataca fortísimamente armado de la gracia y los vence; mas llegando á la gloria, se entonan himnos de regocijo, y se celebra con alegría y gozo de todo el cielo su victoria, y es coronado como triunfador, con tal corona, como hemos dicho.»

Seria preciso detenernos mucho para dar una idea de todos los oradores sagrados que en la época que nos ocupa y hasta la decadencia del púlpito en nuestra patria, dieron muestras de haber comprendido la alta misión que les estaba confiada. Fr. Pedro Carranza, carmelita, teólogo famoso, Prelado de su orden y orador distinguido, á quien se confió la predicación de una Cuaresma en Madrid por el Supremo Consejo de Indias (1); Alfonso Fernandez de Madrid, escritor y predicador sagrado, muy notable por su persuasiva elocuencia (2); Fernando de Jesus, carmelita; Pedro de Fuentidueña, asistente al concilio de Trento como secretario del Obispo de Salamanca (3); Mendoza; el P. Manuel Guerra y Rivera, trinitario, del cual ha llegado hasta nosotros un abundantísimo semanario; Santo Tomás de Villanueva, cuyos escritos en la-

(1) Nació el año 1567 y murió el 1664. Se le presentó para el Obispado de Buenos Aires.

(2) Fué Vicario en Palencia.

(3) *Apologiam pro sacro decumenco Concilio Tridentino ad versus Joannem Fabricium Montanum ad Germanos Anterpiæ 1574, in 8.º*
— *Orationem ad Patres habitam ni sacro Concilio Tridentino nomine Regis Hispaniarum Philippi II pro Claudio Quignonio Luna comite Alcalá-Robles 1564, in 8.º*— *Cenonies duo habitas ad eadem synodum, anno MDLXII, alteram Dominica Santissimæ Trinitatis: alteram in natali: D. Hieronymi. Tres orationes Romæ ad Pium V, habitas Salamancæ, 1565, in 8.º*

tin se conservan originales en la Biblioteca de la Universidad Central (S. de J.); Luis Estrada; Cebrian ó Cipriano de la Huerga, muy alabado por Scoto (1); Pedro Campo, Laynez, Alfonso Salmeron, Toledo, Fernando de Santiago, Alfonso Lobo, F. Fernandez de Zárate, San Pedro Alcántara, Vazquez, Yepes, Roa, Alfonso Giron, Diego de Valdivia, Francisco Arias, Luis de la Puente, Marquez, siguiendo mas ó menos fielmente la escuela mística, que en sus escritos enaltecian Santa Teresa de Jesus (2) y San Juan de la Cruz (3), hicieron de los reinados de Carlos V y Felipe III, el período mas

(1) «Hujus quoque vita, *moses, religio, vultus denique ipse, vincto praterea ac Sermone cum gravitate lepor, non modo ingentis hujus viri commendationes non evertetabat, sed incredibili fere totius academiae concursu studiosos omnes.» Bibliotheca Hispano nova de D. Nicolás Antonio, tom. 1.º, pág. 259.*

(2) «Con la doctrina de Santa Teresa se formaron muchos Prelados, hábiles y fervorosos predicadores, teólogos disertos, puros habilitas, poetas elegantes. Ejerció sobre la oratoria sagrada, sobre la mística y las letras una influencia tan saludable, que apenas el espíritu de los pueblos se inclina del lado de la religion, cuando sus escritos comienzan á recobrar todo el ascendiente que se necesita para ser como regenerados en la fé. Como el pecador siempre está enfermo, la Iglesia nuestra madre, llena de amor por sus hijos, nos ofrece este maná santo, y espresamente quiere que nos alimentemos con la celestial doctrina de Santa Teresa de Jesus.»

(3) Juan de Yepes y Alvarez, después San Juan de la Cruz. Nació el año 1542 en la villa de Ontiveros (Castilla la Vieja). De trece años entró á servir en las enfermerías del hospital de Toledo; tomó el hábito de carmelita en 1563; estudió teología en Salamanca y se dió á la penitencia y contemplacion. Fué compañero de Santa Teresa en la reforma. En 1579 fué elegido primer Rector del colegio de Baeza; en 1584 fué Prior del convento de Granada. En 1585 obtuvo el cargo de Vicario general de Andalucía. Padeció mucho con las querellas suscitadas por los *mitigados*, muriendo en Ubeda el día 44 de Diciembre de 1591. En su panegírico se hallarán mas amplias noticias. Las que aquí se dan están tomadas de la *Orónica de los Carmelitas Descalzos*, que escribió el P. Fr. Francisco Santa María, tom. II.

brillante de la Elocuencia cristiana en nuestra patria; y aun diremos mas, bajo el punto de vista de la fuerza del raciocinio y la copia de la doctrina, el mas notable en la historia de la palabra santa, después del siglo de oro de la literatura sagrada, del siglo de los Padres.

Descuidado está por demás el estudio de nuestros clásicos del siglo XVI, y sin embargo, allí se encuentran los grandes modelos que hay que imitar; allí la union evangélica, la caridad, la conciencia, el fuego, la vehemencia, el conocimiento del corazón del hombre y el de sus pasiones.... todo cuanto ha menester el orador sagrado se halla reunido en la escuela mística española, preferible para nosotros á la de los oradores franceses del siglo de Luis XIV, que supieron aprovechar sus lecciones, dándolas el giro conveniente á la época y al auditorio á quien se dirigian; razon por la cual son en España de menos aplicacion y enseñanza práctica, no obstante el mérito que seremos los primeros en hacer notar y encaecer en sus discursos.

La elocuencia de entonces, muy elogiada por el Cardenal Sforcia, era una elocuencia varonil tomada de la Escritura y de los Padres, espontánea, libre, original; reúnen por lo comun los oradores sagrados una galana y noble fecundia, y acento suave y nervioso, una accion grave, templada y acomodada al discurso, capaz de entusiasmar al auditorio y oirse con gusto hasta de los ignorantes: la Nacion española, de suyo ingeniosa y viva, confiesa dicho autor ha sido y es fecunda en ingenios tales (1).

Junto con los oradores se distinguieron los preceptistas en

(1) *Arte de la perfeccion cristiana.*

nuestra pátria; la restauracion de las letras y las guerras de Italia fueron la causa de que desde el siglo XVI se publicaran en España obras muy notables para el ejercicio de la predicacion y el modo de desempeñarle con la debida dignidad y la elocuencia necesaria: podemos citar entre otras la traduccion del *Homiliano*, de Alcuino, hecha por el B. Juan de Molina por órden del virey de Valencia D. Fernando de Aragon, duque de Calabria (1): El *Abecedario espiritual*, del P. Francisco Osuna (célebre predicador), cuya obra era muy estimada por Santa Teresa: *El espejo de consolacion de tristes*, del P. Juan de Dueñas, obra ascética, pero muy recomendable por la interpretacion y aplicacion de la Sagrada Escritura: Los *Discursos de la paciencia cristiana*, de Fr. Hernando de Zárate, muy útiles para el púlpito, especialmente desde que les añadió una tabla de los Evangelios: Las *Pos-trimerías del hombre*, de Fr. Pedro de Oña: La *Perfeccion cristiana*, del P. Rodriguez, traducida á varias lenguas: Las *Consideraciones sobre los Evangelios de los domingos y ferias de Cuaresma*, del P. Fr. Hernando de San Yago: La traduccion del *Evangelistario*, de Marco Marulo, por Bartolomé Fernandez de Revongo (2). La obra de Fr. Estella, titulada *Modus concionandi*: La de Valdivia en 1588, *De Sacra Ratione concionandi*: La *Retórica* de Fr. Luis de Granada en 1576: Los *Libros de Retórica* de Arias Montano en 1569: La *Elocuencia española en arte*, de Jimenez-Paton, en 1621: La *Retórica cristiana*, del P. Juan Bautista Escardo, en 1647: La obra titulada *De predicacione evangelii*, de Fr. Juan de Segovia, en 1575, con otras muchas que seria enojoso enumerar.

(1) *El orador cristiano*, por D. G. Mayans y Siscar.

(2) Véase Mayans y Siscar.

Un periodo tan notable en la historia de la palabra cristiana como el que acabamos de estudiar, debia, como antes de ahora hemos dicho, influir de una manera notabilísima en la literatura sagrada de los demás países. Y en efecto, así sucedió: Francia, Italia, y Portugal mas particularmente, recibieron con verdadero entusiasmo las inspiraciones de nuestra escuela mística, y ante aquellos modelos de bien decir sintieron la necesidad de romper con trabas enojosas, con preocupaciones arraigadas, despertando de su inaccion y siguiendo las reglas admirables que los grandes maestros españoles habian trazado.

Mr. Juvenal de Carleucas confiesa el atraso de la Elocuencia sagrada en Francia antes del siglo XVII, y aun á principios de esta misma época; Séhault y Lingendés intentaron reformas que no llegaron á realizarse, y solo despues de haber aparecido nuestros oradores y preceptistas sagrados, es cuando se notan las primeras muestras de un renacimiento tanto mas seguro, cuanto que era el resultado de una vitalidad enérgica, de una corriente eléctrica, poderosa é irresistible, que partia de nuestra pátria: así á Cárlos V sucede Luis XIV; á Calderon Racine; á Fr. Luis de Granada Massillon y Bossuet; á Fr. Luis de Leon Bourdaloue, y á Santa Teresa Flechier: ¡plazo misterioso del genio, que no rebaja en lo mas minimo el mérito, ni el justo aprecio que á cada uno tributa la posteridad!

La imitacion de las cosas excelentes produce otras semejantes, decia Plinio, y esto es precisamente lo que se verifica en la época que sigue al siglo de oro de nuestra literatura respecto de otros países: la Francia se levanta, y España decae de nuevo: Italia, á quien somos deudores de nuestro primi-

tivo engrandamiento (1), recibe de nosotros nuevas luces con posterioridad á San Felipe Neri: oigamos en este particular al erudito D. Nicolás Antonio (2), á Pallavicini (3), á Schegel (4),

(1) No podemos resistir al deseo de copiarlo. Dice así: «Ex hispano in vernaculas fere omnes plæ Europæ linguas translatum est quidquid eximius nuper memoratus asceticus operis princeps Ludovicus Granatensis, Alphonsus Madrius, Joannes Añila, Baticus dictus Apostolus, atque ejus alumnus Didacus Perez de Valdivia, Franciscus Arias, Ludovicus Pontanus, Alphonsus Roderici, Hieronimus Gratianus, Joannes Ensebius Nierembergius, Joannes Palafoxius, duoque illa ante alios terrestriis cœli sidera, ut in empyrium non operibus et scriptis manducerent orbi manifestata, Petrus de Alcantara, Theresia que a Jesu, non minus sanctitatis quam divine doctrinæ fulgentissima, litteris nondum in aurea opera conjecerunt.» *Biblioteca hisp. nov. Prof.*

(2) «Maravigliosa è l'eloquenza de Predicatori spagnoli... di voce soave è nervosa... che... fanno credere cio che affermano, incantano gli auditori... or la nazione Spagnola, naturalmente ingegnosa, vivace è gentile, abbonda di tali huomini.» *Arte de la perfeccion cristiana*, lib. I, cap. IV.

(3) *Histoire de littérature ancienne et moderne*, tom. II.

(4) «La influencia intelectual afirmó la religiosa, dice el señor Muñoz y Garnica. A fines del siglo XII tenia la Italia cinco universidades, célebres algunas, y la España no tenia mas que la de Salamanca, en aquellos años bastante decayida. Eran muy azarosos los tiempos en que se crearon las de Huesca y Valladolid, y así es que los españoles estudiosos, algunos iban á Paris; los mas á Italia. En Bolonia, ciudad donde estaba la mas ilustre de sus universidades, fué tal la concurrencia de españoles, que en el siglo XIV el Cardenal Carrillo de Albornoz fundó el colegio de San Clemente. Todo esto, junto con la porcion de sábios españoles que salieron de las escuelas de Italia, (y valga por todos Antonio de Nebrija), demuestra claramente que por las estrechas relaciones de ambos países, se trasmitió á España la cultura y civilizacion de Bolonia, Pádua, Nápoles y Roma. Las relaciones comerciales se estrecharon mucho, y se facilitaron y fueron muy provechosas por la aproximacion de ambos idiomas. La diversidad de las lenguas no escluía la semejanza; tenían cierto parecido, *qualem decet esse sororem*. Los españoles conocieron á Boccacio y á Petrarca, y tradujeron la *Divina comedia* del Dante. Ya se vé que no queremos disimular el ascendiente que ejerció la literatura italiana sobre la nuestra; la imparcialidad es

á Sosmondi (1), á Lord Holland, al mismo Villemain y á otros muchos, que mas ó menos estensamente han reconocido y demostrado (2) esa influencia á que nos referimos, y que constituye una de las glorias mas legítimas de nuestra escuela mística, á cuya sola aparicion se hicieron mas notables los extravíos de los demás y el atraso en que se habia caído, respecto al buen gusto en la predicacion del Evangelio.

Cumpliendo una de las ofertas que hicimos al anunciar la publicacion de esta obra, vamos á decir dos palabras respecto á la historia de la Elocuencia sagrada en Portugal, desde que esta provincia se declaró independiente de la Peninsula Ibérica y se erigió en monarquía hasta la época á que hemos llegado en nuestras investigaciones sobre el desarrollo y las vicisitudes de esa importantísima manifestacion del sentimiento religioso, de ese elemento de propagacion y defensa de la eterna verdad, de ese auxiliar eficazísimo de la civilizacion y el progreso de los pueblos que siguen sumisos la enseña divina de la cruz.

Remontándonos á los primeros tiempos de la Monarquía portuguesa, hallamos en los predicadores del Evangelio fervor religioso y don de persuadir: los escritos que se conservan de aquella época y las donaciones de los reyes, demuestran que el espíritu era alimentado por exhortaciones santas, capaces de propagar el culto, de enlazar al pueblo con

preferible á los juicios apasionados, y esto no debilita en manera alguna la incontestable superioridad del púlpito español en el siglo XVI.»

(1) *Historia literaria de la Europa meridional*.

(2) Véase á Mariana, Lampiñas, Masden, La Fuente, Sanchez, Gil y Zárate y Amador de los Rios, obras citadas.

sus príncipes y á estos con el pueblo, y de llenar los claustros de varones de ejemplarísima virtud, entregados al estudio de la escritura y á la enseñanza de las verdades fundamentales del Cristianismo. Los Franciscos y Dominicos se distinguieron mucho en este período formando con su palabra y sus ejemplos, «un pueblo grato á Dios por el número y el merecimiento.» La congregacion Cisterciense y la escuela de Santa Cruz de Coimbra, dieron al púlpito oradores ilustres, de cuyo estilo nos dan alguna idea las palabras con que los historiadores ensalzan á los ministros del santuario. Fernan Lopez (1) elogia entre otros á Fr. Rodrigo, del órden de Santo Domingo (2), á Fr. Pedro (3), Fr. Juan Xira (4) y Fr. Rodrigo de Cintra, de la órden de San Francisco (5).

Antes de la época del renacimiento, Portugal dió muestras de una actividad digna de elogio en lo que se refiere á los adelantos de las ciencias y de las artes: Juan Rodriguez de Lucena pronunció en el concilio de Constanza (año 1455) la oracion de obediencia, que segun el Abad Barbosa, fué escuchada con singular estimacion y complacencia. Otra memoria antigua (6) hace mencion de un discurso pronunciado en Basilea en un consistorio de Cardenales por el Dr. Vasco Fernandez. En el siglo XV florecieron entre otros Fr. Vicente

(1) *Crónica del Rey D. Juan I.*

(2) *Id.*, parte 3, cap. 2.

(3) *Id.*, parte 2, cap. 48.

(4) *Id.*, parte 1, cap. 115.

(5) «Comenzó á predicar, dice, un notable y grande predicador, muy letrado y teólogo, llamado Maestro Rodrigo de Cintra, del órden de San Francisco, el cual hizo una solemne y cumplida predicacion, abastecida de textos de la santa Escritura, que á su propósito trajo, de que no puede decirse mas, sino el modo que en ella llevó.»

(6) *Leison. Mem. Chronol.*, pág. 332.

de Lisboa, que escribió excelentes consejos para los predicadores (1), y el carmelita Fr. Juan Sobrino, graduado en teología en la universidad de Oxford, lector en la de Atham, maestro del rey D. Duarte y predicador de D. Alonso V. Merecen citarse en este período histórico Vasco Fernandez de Lucena, encargado de prestar obediencia al sumo Pontífice Inocencio VIII en nombre de D. Juan II, Fernando de Almeida, Martin de Viana, Fernando Cantiño, Diego Pacheco y Garcia Meneses.

A imitacion de su padre, el rey D. Juan III envió á las universidades extranjeras un gran número de jóvenes para que hiciesen sus estudios. De estos quedaron muchos en las mismas universidades condecorados con el magisterio público; otros volvieron llamados por el soberano, persuadido de que habia llegado el tiempo de venir á cumplir á su patria deberes que se les habian impuesto. Fuera del reino merecieron entre otros un grande nombre Diego de Teibe, profesor de Burdeus; Juan Fernandez, maestro de humanidades en Salamanca y Alcalá; Diego Gouvea, rector del colegio de Santa Bárbara de Paris; Marcial Gouvea, lector de prima en la universidad de Poitou; Manuel de la Cuesta, lector de prima de leyes en Salamanca, en cuya academia, como tambien en la de Paris, leyeron teología D. Pedro Fernandez, primer Obispo del Brasil, y su hermano Alvaro Gomez. D. Antonio Piñeiro fué profesor de elocuencia en Paris, en donde Pedro Fernandez enseñó tambien humanidades, y Paio Rodriguez de Villariño filosofo. Thomé Correa fué maestro en Bolonia; Pedro Margallo rector del nuevo colegio que erigió el Obispo

(1) «Edidit etiam varios libros excellentis doctrinæ, tam pro verbi Dei prædicatoribus, quam pro Scholasticis.» Eytalão.

de Cuenca, y Jorge Calandro tuvo una cátedra de derecho canónico en la sapiencia de Roma (1).

Aquiles Estazo, Juan Vaz de la Mota, Manuel Constantino, Martín Suarez de Acuña, Gerónimo Cardoso y otros muchos ilustraron con sus trabajos la época en que se trasladó á Coimbra la universidad de Lisboa, novedad en la cual influyeron el maestro D. Damian, Canónigo regular de San Agustín, y Fr. Francisco de Osuna (2).

«El Dominico Fr. Tomás de Sousa predicó con mucho celo y piedad, correspondiendo á la buena educacion que habia recibido en el claustro desde el año de 1547. Juan Metelo escribe al Obispo Osorio, ocupado dignamente en enseñar su rebaño en las materias importantes de la salvacion (3). Juan Barro, ofreciendo á Duarte Resende la *Mercancia espiritual*, y sa-

(1) Véase la *Biblioteca Lusitana*.

(2) El establecimiento de la universidad en Coimbra tuvo lugar el año 1537. He aquí lo que el sábio Fr. Heitor Pinto dice á este propósito en la segunda parte de sus *Diálogos*: «Nunca hubo tantos letrados, ni tan excelentes como en tiempo del rey D. Juan el III de este nombre, que hizo la universidad de Coimbra, una de las principales de toda la Europa, y trajo para ella los principales maestros y letrados que habia en el mundo. No se contentó solo con los que habia en su reino, pues mandó además de ellos venir otros de Salamanca, Alcalá, París, Bourdeus, Flandes, Italia y Alemania. Finalmente, llenó la universidad de las mejores y mas insignes letras en todas las facultades que habia en su tiempo: ennoblecó su reino de todo género de buenas artes y ciencias, é hizo una rica feria universal de todas las doctrinas mas excelentes. Andando así revuelto el mundo en guerra y tumultos, hicieron las artes y las buenas letras de sus bravas ondas y crueles tempestades, y vinieron todas á recogerse en el quieto, remanso y pacífico abrigo de este reino, donde habiendo llegado cansadas y como muertas, cebraron aliento, recibieron sangre y vida, fueron houradas, favorecidas y colocadas en la cumbre de su dignidad.»

(3) Estas son sus palabras escribiendo de los Obispos Osorio y Antonio Agustín, en el prefacio á los libros de *Reb. Emmanuel*, fól. 50:

tificando al reparo de que no le correspondia ser predicador de las verdades, concede haber en el reino muchos que desempeñaban esta obligacion (1). El Padre Fr. Luis de Granada dá un testimonio de la grande edificacion de los predicadores, que el infante Cardenal D. Enrique habilitaba en su seminario, para enseñar sus ovejas antes de la introduccion de los Jesuitas (2). El Padre Azambuja habia elogiado, antes que Granada, los grandes efectos de este celo en aquel Prelado. Vasco desde Salamanca lo recomendó por esto con especialidad (3).»

D. FR. BARTOLOMÉ DE LOS MÁRTIRES. Fr. Luis de Granada, Fr. Luis de Caecogas, Fr. Luis de Sausa, D. Rodrigo de Cuña, Arzobispo de Braga y de Lisboa, y por último, Luis Muñoz, han escrito, sin contar otros autores menos notables, la vida de este Prelado insigne, ornamento de la Iglesia y uno de los oradores mas notables de la época que nos ocupa. Nació en Lisboa en el año 1514; y despues de haber dado á conocer su vocacion para el claustro, tomó el hábito el dia 20 de Noviembre del año 1529 en el convento del orden de Santo Domingo, distinguiéndose desde luego por sus virtudes y amor á la soledad.

Conociendo los superiores de Fr. Bartolomé las especiali-

«*Vos itaque Sanctis ad Deum orationibus pro salute Reipubl.... Quis enim neseit officium omnes Episcopi.... et in Sanctis habendis de Dei cultu....*»

(1) «Hay muchos en el tiempo presente que dan el pasto espiritual necesario.» pág. 5, edic. de 1552.

(2) En la dedicatória de los sermones de *Tempore Olistip*, 1575, *Olim quippe cum Evorensis Ecclesie.*

(3) En la dedicatória de los comentarios sobre el *Pentateuco concionatores etiam eximios ad civitates, et oppida verbo...*

simas dotes que le adornaban para ejercer el ministerio de la enseñanza, le designaron para predicador apostólico, empleo que el fervoroso religioso llenó con gran fruto de los fieles, que acudían presurosos de todas partes para oír su palabra; dando á conocer, según dice Fr. Luis de Granada, que se había hecho discípulo de Jesucristo antes de ser maestro de los hombres, y que no olvidó jamás que para poder lucir útilmente é iluminar á los otros con palabras de verdad, es menester arder en el amor de Dios y en el celo por la salud de las almas.

A la edad de cuarenta y cinco años fué consagrado Arzobispo de Braga, siendo recibido con grandes muestras de regocijo en la ciudad el día 4 de Octubre de 1559.

No abandonó el V. Prelado su habitual costumbre de predicar al pueblo al ser elevado á tan alta dignidad; antes bien sabiendo que el Obispo ha de ser, no solo ministro, sino imagen de Jesucristo, y que por esta razón San Pablo les llama *padres, madres y nodrizas* de sus hijos, trabajaba sin cesar en cultivar la vida que se le había confiado, á pesar de su humilde resistencia.

Desde luego estableció la costumbre de predicar los días festivos, los domingos de Adviento y la Cuaresma, distinguiéndose muy particularmente por su ternura y fervoroso misticismo. «Como no había en sus designios, dice un crítico admirador del Arzobispo de Braga, cosa baja ni terrenal, tampoco había cosa estudiada ni afectada en lo que decía. Todo era grave, juicioso y sólido, todo útil y provechoso, todo oportuno y conforme á la magestad del alto ministerio que desempeñaba.»

Persuadido Fr. Bartolomé de los Mártires que un predi-

cador habla con tanta mas ó menos sabiduría, según dice San Agustín, cuanto está mas ó menos aventajado en el amor y en la inteligencia de la Escritura, este fué su estudio constante y ocupación habitual; en cuanto á su elocuencia, todos sus panegiristas convienen en que era muy parecida á la de San Bernardo, á quien se propuso por modelo; y semejante á la *tórtola, que mas gime que canta*, jamás pensó en agradar y hacerse aplaudir, sino en herir el corazón de sus oyentes y moverles á contrición.

Antes de subir al púlpito hacia oración, y de este modo el Señor bendecía sus discursos y los hacía utilísimos en bien de los asistentes que le oían con respeto, porque sabían que su lengua era el intérprete fiel de sus sentimientos, y sus acciones el testimonio de sus palabras.

¡Cuán alta, cuán sublime es la misión del Prelado que dirige al pueblo su voz! Supola llenar cumplidamente Fray Bartolomé de los Mártires, y no fué este el menor de los timbres de su gloria. En la asamblea santa de Trento, el Arzobispo de Braga se distinguió de un modo notable, á mas de otros célebres portugueses, por su saber y su elocuencia: Felipe II lo reverenció mucho á su vuelta del concilio, y restituido á su Iglesia fundó un seminario conforme á las ordenanzas del Tridentino, y combatió sin tregua ni descanso á los enemigos de la religión y de la Iglesia. El día 16 de Julio del año 1590 murió este orador esclarecido, reverenciado y querido de todos por sus relevantes cualidades y sus virtudes.

Los historiadores todos dan abundantes noticias acerca de los predicadores apostólicos que desde el reinado de Don Juan I predicaron á los infieles el Evangelio y sus máxi-

mas. ¿Qué region del Asia, Africa y América, descubierta por los portugueses, no esperiméntó la ilustracion sobre la verdadera creencia? ¿Con cuánta razon encarece Resende la dignidad y el celo de tanto número de obreros infatigables de la verdad?

La decadencia general, de que hemos de ocuparnos mas adelante, se hizo extensiva á Portugal: los predicadores notables se cuentan hasta la declinacion del siglo XVI: Osorio, Castillo Blanco, Fr. Felipe de Luz y Galvan, cierran el periodo á que nos propusimos llegar en este momento. «Dos usos diferentes, dice el Obispo de Beja, tuvieron los oradores de esta época, aun dentro de la gravedad oratoria. Uno fué decir en los asuntos lo que con respecto á ellos dejaron escrito los Santos Padres: el otro consistia en discurrir á fuerza de raciocinio. El ejercicio de cualquiera de estos dos métodos puede ser defectuoso. Entregada una alma á sí propia, si está desnuda de las luces de la materia y de las maneras con que es tratada por buenos autores, no solo espresará con rudeza sus conceptos, sino que estos serán siempre acertados. En el sistema de predicar ligado á muchas autoridades, hay otro riesgo: si falta la gracia de saberlas unir y de variar los tropos y regular las transacciones, puede ser verdad lo que se profiere, pero desagrada por lo insípido. » No debemos de comprender en estos defectos á los célebres predicadores de quienes se ha hablado. Tambien hubo otros que se ligaron á la simplicidad, ó no tuvieron la paciencia de fecundar los asuntos con aquellos ornatos que hacen gustosas las doctrinas. El P. Fr. Luis de Granada lo dice espresamente, pero no atribuye á los oradores de su tiempo los caprichos de que usaron los predicadores del siglo siguiente.

CAPITULO IV.

Siglo de Luis XIV.—Mascaron.—Fléchier.—Bossuet.—Noticias sobre la vida de Bossuet.—Sermones de Bossuet.—Oraciones fúnebres de Bossuet: exámen y juicio crítico.

La Francia, en medio de sus estravios, de sus conquistas, del lujo y las disipaciones de la córte, nos ofrece en el reinado de Luis XIV una de las épocas mas célebres en la historia de la palabra cristiana, comparada por muchos á la edad de oro de la Elocuencia sagrada, al siglo de los Santos Padres, y digna en efecto de los mayores encomios y de un estudio detenido por parte de la juventud.

Accion de gracias debemos comenzar tributando al Altísimo por sus bondades: allí donde ha sido necesario un héroe, un mártir, un apologista, un orador, allí han nacido y brotado, cual plantas privilegiadas, séres de vocacion perfecta, de entusiasmo, de valor, de fé sincera, de palabra ardiente, de virtud acrisolada; allí donde la Iglesia ha sido combatida, donde se ha predicado el error y la mentira, donde las creencias han sufrido menoscabo, allí se han publicado obras, se han dado ejemplos, se han ofrecido acciones dignas de ser imitadas; allí, en fin, donde el orgulloso ha menospreciado al humil-

de, el rico al pobre, el grande al pequeño, allí la voz robusta, la voz poderosa, irresistible, del sacerdote de una religion de paz y de armonia, de caridad y de amor, allí se ha dejado oír por cima de la lisonja, de la adulacion y del temor, residenciando á los opresores de la humanidad, á los déspotas, á los tiranos.... La Francia, rica, fuertemente unida, poderosa, influyente en el resto de Europa; un monarca rodeado de inspirados artitas, de valerosos soldados, de hombres ilustres por su saber, por su prestigio y su nobleza; mudos todos ante aquella autoridad absoluta, reasumida en la célebre frase el *Estado soy yo*, ven alzarse ante el santuario, en el recinto sagrado del templo, censores severos, intachables, que examinan sus actos, que afean su conducta y les anuncian el término funesto de sus grandezas, de sus estravics y sus miserias.

Muda la tribuna, mudo el foro, cerrados los parlamentos, sin prensa, sin libertad de hablar y de escribir en parte alguna, el sacerdote es el único intérprete fiel de los sentimientos del pueblo. En su favor aboga, en su defensa pronuncia brillantes discursos, tanto mas aplaudidos, cuanto que son la fiel espresion del sentimiento religioso de la Francia y del justo descontento de los oprimidos.

Dos siglos han trascurrido desde que los oradores franceses del siglo XVII pronunciaron en la cátedra del Espíritu Santo sus inspirados discursos, y esos admirables monumentos se leen con igual respeto que fueron oídos: el historiador, al llegar á este punto, no necesita gran espacio para llenar su mision, le basta recordar ideas, despertar sensaciones por todos experimentadas alguna vez. ¿Quién no conoce los triunfos de Bossuet, de Bourdaloue y de Masillon? ¿Quién no ha oido elogiarse y encarecerse su aspecto inspirado y magestuoso en la cá-

tedra santa, anunciando delante de los altares, con el calor y el sublime entusiasmo de los Profetas, las grandes verdades de la fé, al monarca mas poderoso del mundo y á todos los hombres de genio que rodeaban su trono? Recuérdese el grado de gloria adonde la Francia llegara en la época de Luis el Grande, representémosnos una de las córtes mas brillantes del mundo, y al reflexionar que los ministros de la religion dominaban con su autoridad todas aquellas grandezas, tendremos alguna idea de la magestad y del poder de su elocuencia. Cuanto mas se elevaban los hombres fuera del santuario, mayor era la elevacion y grandeza de los predicadores; servianse de la gloria misma para hacer mas alto su ministerio, mas augusta su doctrina, mas imponentes sus enseñanzas.

Solo á la Iglesia le ha sido dable ofrecernos esos magníficos espectáculos, esos triunfos tan legítimos, alcanzados por medio de la palabra, que colocada al servicio de la única religion verdadera y de la defensa de su doctrina santa, es cuando, como hemos dicho antes de ahora, se nos presenta á su mayor altura, no solo en sí misma, sino en sus resultados en bien de la humanidad.

Cuando Luis XIV se veia lisonjeado, obedecido ciegamente en sus menores caprichos y en sus mandatos por una muchedumbre de aduladores; cuando su poder no conocia freno ni los personajes de la mas alta gerarquía osaban apenas contradecirle, entonces humildes sacerdotes le recuerdan sus deberes con tanto respeto como energía, combaten con vivos colores el lujo y la disipacion de que el rey era cómplice, y hablando por último del Dios omnipotente que está sobre todos los poderosos, que ha de pedirles estrecha cuenta de la autoridad de que tan solo son meros depositarios, les mandan colocarla al servicio

de la felicidad de sus súbditos, viniendo á ser abogados solícitos, no solo de las virtudes, sino de las miserias del pueblo.

Un ministerio tan importante, ejercido con el genio y con el valor de los Ambrosios y de los Crisóstomos, debia tener una feliz influencia sobre la sociedad. De continuo los oradores cristianos han defendido la causa del pobre y del oprimido, y esto es conveniente recordarlo hoy á los muchos que lo han olvidado: ellos han sabido inspirar moderacion y dulzura á hombres enanecidos con sus bienes y su nobleza; mantenido en la práctica del bien, almas escogidas que lograron resistir el contagio y la seduccion de los placeres; conducido á una vida cristiana á personas que, en medio del bullicio del mundo y de la confusion de los negocios, se apartan ingratos de su Dios, y verificado, en fin, brillantes conversiones, reparacion solemne de los ultrajes hechos á la virtud por medio de los mayores escándalos.

La historia de la predicacion en Francia durante la época cuyo estudio nos corresponde hacer en este momento, es una prueba decisiva, si muchas no hubiera, de la visible y constante proteccion de Dios en los destinos de su Iglesia. Veámoslo:

MASCARON. Colocado este orador insigne en un periodo de transicion, entre el siglo de Luis XIII y el de Luis XIV, participa á la vez de la aspereza y del mal gusto del uno, y deja entrever la armonia, la magnificencia y la riqueza del otro: sus trabajos son casi idénticos en cierto sentido á los de los dos oradores que siguiéndole le han oscurecido: hay algo en él del vigor de Bossuet y de los felices pormenores de Fléchier, hallándose no obstante á gran distancia de la sublimidad y elegancia de estos ilustres predicadores.

De tal manera se ha espesado un crítico (1) hablando de Mascaron; su opinion es para nosotros decisiva en este particular; pues sin ser injustos, no es posible negar á este orador sagrado grandes dotes, aun cuando haya en él grandes defectos: tiene imaginacion, pero carece de buen gusto; su alma se eleva á veces, pero no acierta por lo comun á espesarse en asuntos grandiosos con soltura; hay, en fin, en sus trabajos mas ingenio que naturalidad.

El discurso mas notable de Mascaron es la oracion fúnebre pronunciada con motivo la muerte de M. Turenne: en este trabajo se encuentran bellezas de primer orden: su entonacion es elevada, hay novedad y buen gusto en muchos giros, las comparaciones tomadas del ocaso del sol, del rayo de las tormentas, de la rapidez de los rios, de la grandeza de los torrentes, de las sombras y de las nubes, se prodigan menos, y por esto producen mejor y mas seguro efecto.

FLECHIER nació el dia 10 de Junio del año 1632 en Perne, villa perteneciente al condado de Aviñon. Fué su maestro el Padre Audiffret, Preboste de la congregacion de los hermanos de la Doctrina cristiana.

La primera obra con que se dió á conocer entre los literatos, fué una descripcion hecha en versos latinos de una fiesta real ó cabalgata dada por Luis XIV el año 1662 (2).

Desde sus primeros estudios, dice el P. de la Rue, tuvo gran aficion á la urbanidad y rectitud del estilo. Nada salia de su pluma, ni de sus lábios, aun en conversaciones privadas,

(1) Thomas. *Essai sur les éloges.*

(2) Esta descripcion se imprimió con el titulo de *Cursus Regius* el año 1669. Tambien se halla en la miscelánea de sus obras, año 1712.

que no pareciese y que no estubiese en efecto trabajado. Sus cartas y sus mas insignificantes notas tenian número y artificio; porque habiendo sido su primera ocupacion las bellas artes, y especialmente la poesia, se habia formado en hábito y casi una necesidad de escoger todas sus palabras y de unir las en cadenciosa rima.

La pronunciaci6n de Fléchiér, lánguida y poco animada, á la vez que auxiliaba poderosamente su memoria, daba al auditorio todo el tiempo necesario para percibir fácilmente la sublimidad de sus ideas y sentir el placer de deleitarse en ellas. Habiendo principiado á distinguirse en las oraciones fúnebres, la gravedad de estos asuntos, que requiere cierta tardanza natural de la voz y de la accion del orador, hicieron insensiblemente lugar á sus maneras, y convirtieron en cualidad aceptable una falta que en materias menos tristes quizá no se hubiera podido tolerar.

En la oracion fúnebre, en este género de elocuencia, uno de los mas difíciles, Fléchiér supo mezclar la simetría y las gracias de su estilo con ciertos rasgos de una tierna sensibilidad, á cuyo suave calor adquirian siempre sus ideas nueva vida y esplendor; animándose por grados acertó á llegar hasta el patético, como sucedió en la *oracion fúnebre* de Turenne, asunto tratado por Mascaron, y que no obstante se considera y es en realidad su obra maestra. El exordio de este discurso será siempre citado por su armonía, por su magestad, sombrero carácter y la especie de dolor angusto que revela. El orador escoge por texto aquellas palabras del Libro de los Macabeos: *Fleerunt eum omnis populus Israel planctu magno, et lugebant dies multos, et dixerunt: Quomodo cecidit potens qui salvum faciebat populum Israel.*—Y acto conti-

nuo comienza cantando la atencion de su auditorio de un modo digno é inusitado. Oigámosle:

«No es posible, señores, que pueda dafos una idea acabada del triste asunto de que vengo á hablaros: solo repitiendo aquellas nobles y expresivas palabras de que la sagrada Escritura se vale para ensalzar la vida y para llorar la muerte del sábio y valeroso Macabeo. Este hombre, que condujo la gloria de su nacion hasta los últimos ámbitos de la tierra, que con su égida cubria su campamento y con su espada abria el de los enemigos; que á los reyes coligados contra él ocasionaba mortales sinsabores, y alegraba á Jacob con virtudes y hazañas de eterna memoria; este hombre, que defendia las ciudades de Judá, que refrenaba el orgullo de los hijos de Ammon y de Esaf, que volvia cargado con los despojos de Samaria, después de haber quemado sobre sus propios altares á los dioses de las naciones extranjeras; este hombre, colocado por Dios alrededor de Israel como un muro de bronce, donde tantas veces se estrellaron las legiones del Asia, y que después de haber derrotado numerosos ejércitos y desconcertado los mas hábiles y mas soberbios generales de los reyes de Siria, venia, todos los años, como el último y el mas pequeño de los Israelitas, á reparar con sus manos triunfadoras las ruinas del santuario, sin querer otra recompensa por los servicios que hacia á su pátria, que el honor de haberla servido; este hombre, valeroso, atacando, en fin, con invencible valor á los enemigos, á quienes habia puesto en vergonzosa fuga, recibió el golpe mortal, quedando sulpitado entre sus triunfos...

No bien oírcula el rumor de aquel funesto accidente, se conmueven todas las ciudades de Judá, y arroyos de lágrimas corren por las mejillas de todos sus habitantes.

Durante algun tiempo quedan como suspesos, mudos é inmóviles. Un esfuerzo supremo de dolor rompe al fin aquel largo y penoso silencio, y con voz entreortada, con sollozos que partian de sus corazones, asiento de la tristeza, la com-

pasion y el temor, esclaman: *¡Cómo ha muerto aquel hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel!* Al oír estos lamentos, Jerusalem redobla su llanto; se estremecen las bóvedas del templo; el Jordan enturbia sus aguas, y por todas sus márgenes resuena el eco de estas lúgubres palabras: *¡Cómo ha muerto aquel hombre poderoso que salvaba al pueblo de Israel!*.

En este discurso hay trozos dignos de tan magnífico exordio. Entre varios podemos citar aquel en que el orador habla de la modestia de Turenne; se respira en él el buen gusto de los antiguos.

«El honor, señores, de ser querido y estimado por el rey, no disminuyó su modestia.... Al pronunciar esta palabra no sé qué remordimiento me detiene: temo publicar en este momento elogios que el héroe rechazó con frecuencia, y ofender despues de su muerte una virtud que en tanta estima tuvo durante su vida. Pero cumplamos nuestro deber, y alabemos á Turenne sin temor, en un tiempo en que nadie puede creernos sospechosos de adulacion, ni él es capaz de envanecerse. ¿Quién hizo nunca tan grandes cosas? ¿quién las dijo con mayor moderacion? Si conseguia una victoria, no era, segun decia, porque él fuese hábil, sino porque el enemigo se habia equivocado: si daba cuenta de alguna batalla, no olvidaba la mas pequeña circunstancia, pero omittia siempre que era él quien la habia conseguido: si referia algunas de aquellas acciones que lo habian hecho tan célebre, se hubiera creído que se trataba de un mero espectador, y se dudaba si era él ó la fama quien no decia verdad. Cuando volvia de las gloriosas campañas que han hecho imperecedera su memoria, huía de las demostraciones populares y se ruborizaba con las aclamaciones de que era objeto...

En el dulce reposo es cuando este príncipe, despojándose de la gloria que durante la guerra habia adquirido, y limi-

tándose á una reducida y escogida sociedad de amigos, se dedicaba silencioso á las virtudes civiles. Siniero en sus discursos, sencillo en sus acciones, fiel en sus amistades, exacto en el cumplimiento de sus deberes, moderado en sus deseos y grande hasta en las cosas mas pequeñas, se oculta siempre, pero su reputacion lo descubre; camina sin acompañamiento y sin ostentacion, pero cada cual en su mente se lo imagina colocado en un carro triunfal: al verlo, se cuentan los enemigos que ha vencido, no los criados que lo acompañan; y por solo que esté se descubren á su lado sus virtudes y sus victorias haciéndole compañía. En aquella honrada sencillez hay cierta nobleza, y cuanto menos altanero se muestra, mas respetable se hace.»

Con frecuencia se ha citado el siguiente trozo para demostrar que no es difícil ensalzar la humildad cristiana, á la vez que la gloria militar:

«¡Cuán difícil es, señores, haber vencido y ser humilde al mismo tiempo! las prosperidades militares dejan, cual ninguna, en el alma cierto placer conmovedor, que la llena y ocupa toda: los guerreros se atribuyen sin querer una superioridad de poder y de fuerza; se coronan por sus propias manos; miran como propiedad suya los laureles que con tanta dificultad han recogido, quizá regándolos con su sangre; y á pesar de los homenajes que tributan á Dios, á pesar de colocar bajo las sagradas bóvedas de sus templos las banderas destrozadas del enemigo, no es difícil que la vanidad ofusque parte de la gratitud, y que con las ofrendas presentadas al Señor mezclen mas de una vez los aplausos que creen deberse á sí mismos, y retengan al menos algunos granos de aquel incienso que van á quemar sobre los altares.»

Algunos criticos han reconvenido á Fléchet por no haber sabido retratar con exactitud al héroe que celebra, por referir con cierta debilidad los pormenores relativos á la conver-

sion de Turenne, descuidando hechos é ideas que hubieran engrandecido su asunto, por parecer muchas veces escrupuloso y afectado, por emplear, en fin, con exceso unas mismas figuras. Lo cierto es que Flécher es superior bajo el punto de vista del arte que del genio: que en sus mas hermosos arranques se vé al retórico que se preocupa demasiado en colocar metódicamente sus frases, sin dejarse arrastrar sino raras veces y nunca con libertad.

Los que se han cuidado de comparar los discursos de Mascaron y de Flécher acerca de M. Turenne, no saben á cuál dar la preferencia; por nuestra parte la concedemos al trabajo de Flécher, sin desconocer el mérito del de su competidor. Villemain dice que Flécher se suele elevar hasta el genio; al paso que Mascaron parece ser el brillante bosquejo del genio mismo; estraviado con frecuencia por un mal gusto. Mascaron dá mas lugar á la censura, es menos cuidadoso que Flécher, é igualmente que este cae en la afectacion. Tiene todos los defectos de su rival, y aun otros menos disculpables, porque llegan hasta la extravagancia: se eleva, no obstante, algunas veces, y entonces es grande, muestra un alma elocuente, y hasta su diction se depura y parece que tiene cierta naturalidad enérgica y exacta, que no escluye la elegancia y vale acaso mas que la armonia.

Bossuet.

Escrito está el nombre del mas célebre de los oradores sagrados que cuenta la tribuna santa en el vecino pueblo francés; escrito está en nuestro libro el nombre de ese genio inspirado en las letras divinas, que con lengua de oro canta

las maravillas de la gracia, y sentado al borde de los sepulcros, publica las enseñanzas de la muerte y las verdades de la eternidad.

Bossuet llena mas que un siglo, mas que una época; no es la síntesis de un período de gratísima memoria, de un tiempo dado, y este el mas brillante y esclarecido; la fama, el nombre de Bossuet no cabe en el estrecho recinto de una nacion; Bossuet dá el sello que le vió nacer una gran parte de su gloria, y aun tiene gloria para dar al orbe católico, como hijo predilecto, como hijo escogido del catolicismo.

Con razon se enorgullecen los franceses, porque en Francia brilló esa luz resplandeciente, porque en Francia resonó esa voz robusta; poderosa é irresistible; con razon debemos envernecernos los cristianos de un orador que en época critica para la religion, supo reunir las grandes dotes de los primeros Padres, igualándolos en muchas ocasiones hasta el punto de merecer una hoja de la brillante corona con que ha premiado sus trabajos la posteridad.

Bossuet no puede ser ya juzgado; su gloria no consiente la critica, inspirar puede únicamente la admiracion. Admirad, jóvenes, los discursos de Bossuet; leerlos muchas veces, y su lectura os hará comprender cuán difícil, pero cuán grande es la mision del orador sagrado; no hay otra superior á la suya; toda preparacion es escasa, todo cuanto para cumplirla allegéis, útil y necesario.

Nació Bossuet en Dijon el dia 27 de Setiembre del año 1627. Su padre era uno de los miembros mas esclarecidos de la magistratura francesa. Sus primeros estudios los hizo en el colegio de Jesuitas de su ciudad natal; despues pasó á Paris y

curso *filosofía* en el seminario de Navarra. Su talento y su aplicación le conquistaron para siempre el cariño de sus maestros. Las lecturas de Homero y de Virgilio, de los otros Clásicos, despertaron en él una gran afición a la literatura; las santas Escrituras y los Padres predispusieron su alma para el desempeño de la predicación.

A la edad de diez y seis años, Bossuet era admirado por sus raras dotes, y se hacía oír con éxito superior á todo encomio ante los amigos del marqués de Feuquieres, su protector. Ordenado de sacerdote en 1652, pasó á Metz, donde hizo sus primeros ensayos con tanto fruto, que muchos protestantes, oyéndole, abandonaron sus errores. Su fama le obligó á obedecer al rey, que le llamó á la corte, y le hizo predicar la Cuaresma del año de 1659; siendo desde aquel momento tanto el entusiasmo que produjo su nuevo estilo, que se vió precisado á multiplicarse para dar gusto á los que de todas partes le buscaban para encargarle sermones.

Durante diez años ejerció Bossuet el ministerio de la predicación, que abandonó despues para dedicarse á otros trabajos. Habiendo sido nombrado Obispo de Condom en 1669, y preceptor del Delfin en 1670, compuso el *Discurso sobre la historia universal*, la *Politica de la sagrada Escritura*, el *Tratado del conocimiento de Dios y de sí mismo*, la *Historia de las variaciones*, los *Avisos á los protestantes* y otras muchas obras. No volvió á predicar en la corte, sino en las grandes solemnidades, y para pronunciar aquellas famosas *Oraciones fúnebres*, que en los tiempos posteriores se han considerado como el principal fundamento de su gloria. El mismo Bossuet, al dar principio al discurso que pronunció con motivo de la profesion de la señora de La Valliere, dice: «Rompo

en este momento un silencio de largos años, y hago oír una voz que los púlpitos no conocen ya.»

Bossuet hizo dimision del obispado de Condom dos años despues de haberlo admitido, con el objeto de dedicarse completamente á la educacion del Delfin; pero habiendo sido nombrado Obispo de Meaux en 1681, ejecutó, despues de la muerte del gran Condé, lo que habia anunciado al terminar la oración fúnebre de este príncipe, dedicándose esclusivamente al cuidado é instruccion de la diócesis que la Providencia le habia confiado. Era un tierno espectáculo ver al gran Bossuet trasladado desde la capilla de Versailles á la iglesia de un pueblo, enseñando á los labradores á llevar con paciencia sus penalidades, y reuniendo con cariño alrededor de sí á sus hijos para explicarles los principios de la fé.

En medio de estos trabajos de caridad pastoral terminó su vida el 12 de Abril de 1704, honrado con las lágrimas de toda la Iglesia, que conservará grata y eterna memoria de su doctrina, de su elocuencia y de su adhesión á la fé; y que hasta cierto punto ha aceptado el elogio que de él hizo La Bruyere, cuando al nombrar á Bossuet en su discurso de recepcion en la Academia francesa, exclamó con un entusiasmo, de que participaron sus oyentes: «Hablemos con anticipacion el lenguaje de la posteridad; Bossuet es en verdad *un Padre de la Iglesia*.»

Sermones de Bossuet.

«Lo que llama principalmente la atencion en los sermones de Bossuet, dice el A. Henry, es el vigor constante que caracteriza su estilo. Desde él exordio, desde la primera frase, ya

nos ofrece su genio en acción, no hay fórmulas triviales, ni comentarios de ideas ajenas, ni citas cojas, ni esterilidad, ni redundancias.

Cuando una repentina vehemencia exalta al gran orador, parece que nos sentimos trasladados á una region desconocida; ignoramos entonces de dónde toma sus espresiones y sus ideas: su estilo, siempre nuevo, siempre grande, siempre natural, nos apasiona ó inflama: su entusiasmo derrama por todas partes á torrentes la luz; y se hace imposible leerlo sin sentirse subyugado bajo el peso de tanta magnificencia y esplendor.

Muchas veces no basta detenerse, es forzoso leer de nuevo aquellos sublimes pasajes, descomponerlos en cierto sentido, para alcanzar parte de la magnitud de su mérito. Es menester que el lector conmovido, turbado y fuera de sí, contenga los latidos de su corazón, enjague sus lágrimas y alivie su imaginación. Contraída por medio del análisis cierta familiaridad con los impetuosos vuelos del orador, es como únicamente pueden adivinarse los admirables registros que han producido tan sublimes impulsos. ¿Qué vemos cuando desde cerca observamos el mecanismo de la elocuencia de Bossuet? Espone, establece ante todo el asunto; se apodera desde un principio de nuestra atención por la novedad ó por el interés de su plan: este es el momento de la razón. Acto continuo sienta los principios, robustece las pruebas y consigue la convicción de los que le escuchan. De repente su genio toma vuelo y nos arrebatada, nos conduce al término de sus deseos, al límite de su voluntad. Desde este momento el orador prescinde de todo razonamiento abstracto y toda discusión reflexiva: no aspira mas que á conmover; y si por ventura se detiene en una máxima grande y nueva, esta queda gra-

bada fuertemente en nuestra alma, hasta parecerse el resultado de nuestras propias ideas. Nunca este gran hombre busca el sublime; pero lo halla en cierto admirable descuido que lo caracteriza. Su espresion, casi siempre metafórica, aunque algunas veces sencilla hasta la familiaridad, despierta fuertemente la atención: es una palanca de que se vale para mover y abatir todo lo que pudiera contradecirle.

Algunas veces su elocuencia se agota al parecer; pero si reflexionamos un solo instante, admiramos desde luego una idea sublime, agradeciéndole que no nos haya distraído llamando hacia otra parte nuestra atención. Si advierte que nos separamos de él, de pronto se inflama, y nuevas bellezas vienen á despertar nuestra alma. Entonces es cuando, después de haber hecho una exacta descripción de las miserias del hombre, se eleva sobre sí mismo exclamando con aire de triunfo: «¡Ah! Nada somos.» Entonces es cuando para pintar los errores de la ambición, nos muestra esta imagen tan horrible como verdadera: «Llegamos por fin al sepulcro, arrastrando constantemente en pos de nosotros la larga cadena de nuestras esperanzas frustradas.» Entonces es cuando, instruyendo á los reyes, les dirige con imponente sencillez aquellas notables palabras para exhortarlos á castigar el crimen: «Estended vuestros largos brazos, buscad á los malvados, procurad alcanzarlos hasta en las estrechuras de vuestro imperio.» Entonces es cuando, conduciendo al hombre por la escuela del sepulcro, le dice con el acento de la mas grande consternación: «¡Oh muerte! te doy gracias por las instrucciones que nos comunicas.» Entonces es cuando, levantando el peso de las mercedes desatendidas, pregunta: «¿De dónde pensais que Jesucristo hará salir las llamas para devorar á los cristianos

ingratos? De sus altares, de sus sacramentos, de sus heridas, de ese costado abierto en la cruz para servirnos de fuente de infinito amor. De ahí es de donde saldrá la indignación de su justo furor, mucho mas implacable por haber sido alimentado en el manantial mismo de las gracias.» Entonces es cuando, al hablar de la entrada de Jesucristo en Jerusalem, enriquece con una magestuosa comparacion aquel cuadro muy difícil de reproducir. «Entre todas las grandezas del mundo, nada hay tan brillante como un día de triunfo. Roma, en medio de toda su grandeza, no tenia nada superior á ese día, y sé por Tertuliano que, cuando aquellos ilustres triunfadores caminaban con tanta pompa, temiendo que se elevasen sobre la condicion humana, un esclavo que iba detrás tenia obligacion de advertirles que eran hombres. Pero el triunfo de mi Salvador está muy distante de esa gloria. En vez de advertirle que es hombre, me siento mas bien movido á recordarle que es Dios: me parece en efecto que lo ha olvidado.» Entonces es, en fin, cuando el sublime principio del Libro primero de los Macabeos suministra á su elocuencia otro contraste todavia mas magnífico entre Alejandro y Jesucristo. «Escuchad, dice, cómo la historia santa habla de aquel gran rey de Macedonia, cuyo nombre mismo parece que respira victorias y triunfos: *En aquel tiempo, Alejandro, hijo de Filipo, derrotó ejércitos casi invencibles, tomó inespugnables fortalezas, triunfó de los reyes, subyugó pueblos; y toda la tierra enmudeció en su presencia sobrecogida de terror y de asombro.*» ¡Cuán soberbio y augusto es este principio! oíd ahora la conclusion: «*Y despues de esto, continúa el historiador sagrado, cayó enfermo, se sintió desfallecer; vió segura su muerte, dividió los estados que esta iba á arrebatarle; y habiendo reinado doce*

años, falleció. En esto viene á parar toda aquella gloria: aquí concluye la historia del gran Alejandro.—La historia de Jesucristo no comienza ciertamente de un modo tan pomposo, pero tampoco concluye con tan lamentable decadencia. Cierta es que en ella hay caidas: se puede decir que del seno de su Padre cayó al de una mujer mortal, desde él á un establo, y desde allí, por diversos grados de abyeccion, hasta la infamia de la cruz y hasta la oscuridad del sepulcro. Confieso que no podia caer mas bajo; pero este no es el término á donde viene á parar, sino desde donde empieza á levantarse. Resucita, sube á los cielos, entra en posesion de su gloria; y para que esta gloria que posee se manifieste á todo el universo, vendrá algun día con gran poder á juzgar á los vivos y á los muertos.»

Bossuet hace un uso igualmente feliz de los escritos de los Santos Padres. Es tan grande como ellos cuando se apoya en su autoridad ó en sus principios. En vez de copiarlos servilmente, se apropia todo lo que adopta, no siendo menos original cuando cita ó traduce, que cuando inventa. Así, pues, por poco sensibles que seamos á las bellezas de la elocuencia, no es posible leerlo de pasada: muchas veces una idea inesperada y repentina nos hace caer el libro de las manos y nos obliga á suspender la lectura para entregarnos al sentimiento de la herida que nos ha producido.»

Un juicio tan acabado, tan exacto, tan minucioso, tan poco comun como el que hace el A. Henry de Bossuet, es superior á cuanto de él pudiéramos nosotros decir; por esto hemos preferido trascribirle á mutilarle. Muchos otros elogios deseáramos acumular en este momento; pero sobre ser muchos de ellos conocidos, parécenos despues de lo dicho innecesarios.

De lo que en manera alguna podemos prescindir, es de trasladar algunos trozos de los discursos de Bossuet, siquiera en esto tengamos que desaprovechar muchos de los que tenemos traducidos y analizados.

Dignidad real y sacerdocio de Jesucristo.

En medio de los padecimientos y de la muerte se manifiesta Jesus, nuestro Rey y nuestro Pontífice.

«Vosotros que en otro tiempo os escandalizásteis de ver correr la sangre de mi Maestro, vosotros que habeis creído que su muerte violenta era un signo de su impotencia. ¡Ah! si entendiésteis un poco no mas de sus misterios. La cruz de mi Rey es su trono, la cruz de mi Pontífice su altar. Esa carne destrozada constituye la fuerza y la virtud de mi Rey; esa misma carne destrozada es la victima escogida por mi Pontífice. La sangre de mi Rey es su púrpura, la sangre de mi Pontífice es su consagración. Mi Rey se ha establecido, mi Pontífice se ha consagrado con su sangre, y de este modo es el verdadero Jesus, el único Salvador de los hombres. ¡Oh Rey, Salvador y soberano pastor de nuestras almas! derramad sobre mi corazón una gota de vuestra preciosa sangre, á fin de abrasarlo, y una gota sobre mis labios, á fin de que se purifiquen hoy que deben pronunciar con mucha frecuencia vuestro santo nombre!...

Jesus, durante el curso de su vida mortal, hacia, por decirlo así, alarde de su humildad; cuando sabe que se acerca su última hora, entonces habla de gloria, y trata únicamente con sus discípulos acerca de sus grandezas. Hallábase en la víspera de su infame suplicio. Ya había celebrado aquella misteriosa Pascua que al día siguiente debía terminar derramando su preciosa sangre: el discípulo traidor acababa de salir de su habitación, para poner en ejecución el detestable con-

venio que había hecho con los Pontífices, y no bien se hubo este retirado de su compañía, mi Maestro, que no ignoraba su pérfido y execrable designio, como si súbitamente le arrebatase un ardor divino, habla de esta manera á sus Apóstoles:—En este momento, dice, el Hijo del hombre vá á ser glorificado: *Nunc glorificatus est filius hominis.*—¡Ah! hermanos míos, ¿qué vá á suceder? ¿qué quiere decir este *ahora?* pregunta muy oportunamente el admirable San Agustín. ¿Piensa elevarse sobre una nube, para arrojar rayos contra todos sus enemigos? ¿ó se propone hacer bajar legiones de ángeles para que el mundo todo le rinda el homenaje de respeto á que es acreedor?...

Nó, de ningún modo, no lo creais. Vá á la muerte, al suplicio, al mas cruel de todos los tormentos, á la última de las infamias; esto es lo que él denomina su gloria, este es su reino, este es su triunfo.

Os ruego contempleis á mi Salvador en aquel solemne día, en que hizo su entrada en la ciudad de Jerusalem, poco antes de ser crucificado.

Veid, ved esa muchedumbre de todas condiciones y edades, que le preceden corriendo con palmas y ramos de oliva en la mano en señal de regocijo, y que para dar á conocer su celo en tan santa ceremonia, hacen resonar el aire con sus clamores de alegría.—Bendito sea, decían, el hijo de David: viva el Rey de Israel: *Hosanna filio David, benedictus qui venit in nomine Domini rex Israel.* Y en medio de aquellas felices aclamaciones entra en la ciudad. ¿Qué nuevo proceder es este tan distante de su conducta ordinaria? ¿cómo es, quiero que me digais, que le gustan los aplausos, á él, que habiendo sido buscado en otro tiempo por una gran muchedumbre de ciudades y pueblos, con ánimo de proclamarlo Rey, se retiró enteramente solo á la cumbre de una elevada montaña para evitar su encuentro? Hoy escucha á todo ese pueblo que en alta voz lo llama su Rey; los fariseos celosos le advierten que imponga silencio al entusiasmo popular, mi Salvador les contesta:—Nó, nó; las piedras gritarán, si estos no

gritan bastante alto: *Si hi tacuerint, lapides clamabunt.*

¿Qué podremos decir, os pregunto, acerca de un cambio tan inopinado? prueba lo que rechazaba; acepta hoy una dignidad real que en otro tiempo había rehusado. ¡Ah! no busqueis otras causas; consiste en que es la vez última que entra en Jerusalem, y entra para morir, y morir para mi Salvador es reinar. En efecto: ¿cuándo se le ha visto comparecer con un aspecto mas resuelto y con una dignidad mas augusta, que en el tiempo de su pasión? ¡Cuánto me deleito viéndole ante el tribunal de Pilatos, desafiando, por decirlo así, la magestad de Roma, por medio de la generosidad de su silencio!

Penetre Pilatos cuantas veces quiera en el pretorio para preguntar al Salvador, *Este* solo contesta á una de aquellas preguntas. ¿Y cuál pregunta es esta, hermanos míos? Admirad los secretos de Dios. El presidente romano desea oír de su boca si Jesús es verdadero Rey; y el Hijo de Dios, oyendo hablar de su dignidad real; El, que había permanecido en silencio á las anteriores preguntas hechas por aquel juez demasiado complaciente, le dice con tono grave y magestuoso: — Sí, positivamente soy Rey: *Tu dicis quia rex sum ego*: palabras que hasta entonces no habían salido jamás de su boca.

Considerad si os place su designio. Lo que nunca había confesado en medio del aplauso de los pueblos, admirados tanto por el gran número de sus milagros como por la santidad de su vida y su doctrina celestial, empieza á publicarlo en alta voz cuando el pueblo pide su muerte con furiosas aclamaciones. Nunca se manifestó sino por figuras y parábolas á los Apóstoles, que recibían sus discursos como palabras de vida eterna, y ahora confiesa claramente que es Rey al juez corrompido, que, dando una sentencia injusta, ha de clavarlo en la cruz. Jamás dijo esto cuando ejecutaba acciones de un poder divino; y lo declara al hallarse dispuesto á sucumbir voluntariamente en la última de las ignominias humanas. ¿No es esto obrar fuera de tiempo? Sin embargo, la sabiduría eterna es

quien ha dispuesto todos los tiempos. Pero ¡oh maravilloso proceder fuera de propósito! ¡oh admirable secreto de la Providencia!

Yo os comprendo, Salvador mío: es que haceis consistir vuestra gloria en padecer por el amor de vuestros pueblos, y no queréis que se os hable de dignidad real, sino en el momento mismo en que por medio de una gloriosa muerte vais á librar de una esclavitud eterna á vuestros miserables vasallos. Entonces es, y solo entonces, cuando confesais que sois Rey.....

Por esta razón, mis amados hermanos, no me admiro cuando solo veo en su pasión señales de su dignidad real. Sí; á pesar de la rabia de sus verdugos, aquellas espinas formarán una diadema, digna corona de su paciencia, aquella débil caña se convertirá en cetro entre sus manos, y aquella púrpura ridícula se trocará en púrpura real luego como se halle teñida con la sangre de mi Maestro. Cuando oigo al pueblo esclamar que el Salvador merece la muerte, porque se ha hecho Rey, positivamente, digo yo entonces, estos furiosos hablan mejor que piensan, pues mi Príncipe debe comenzar á reinar por medio de su muerte....

¿No os habeis tomado nunca el trabajo de sondear aquel hermoso título que los enemigos de mi Maestro pusieron sobre su cruz: JESUS NAZARENO, REY DE LOS JUDIOS, escrito en grandes caracteres y en tres distintos idiomas para que fuese mas conocido? Ciertamente es que los judíos se oponen, pero Pilatos lo escribe contra su voluntad. ¿Qué quiere decir esto, cristianos? Aquel juez corrompido deseaba salvar á mi Maestro, y únicamente lo condena por complacer á los judíos; estos le piden que cambie aquel título, y él no accede á su ruego y deja entonces de ser complaciente. ¿Cómo explicar esto? Aquel hombre tan débil que entrega un inocente al suplicio por temor de disgustar á los judíos, se muestra enérgico para impedir desaparezcán tres ó cuatro palabras que había escrito sin objeto, y que al parecer, son de piquísima importancia.

Escribe, pues, ¡oh Pilatos! las palabras que Dios te dicta

y cuyo misterio no te es dable conocer. A pesar de cuanto te digan, no cambies lo que ya está escrito en el cielo; tus órdenes serán irrevocables, porque sirven para ejecutar un inmutable fallo del Omnipotente. Escríbase la dignidad real de Jesús en lengua hebrea, que es la lengua del pueblo de Dios; en lengua griega, que es la lengua de los doctos y de los filósofos, y en lengua romana, que es el idioma del imperio del mundo. Y vosotros, griegos, inventores de las artes; vosotros, judíos, herederos de las promesas; vosotros, romanos, señores del universo, venid todos á leer aquel lema admirable y doblad las rodillas delante de vuestro Rey. Muy en breve, muy pronto vereis á ese hombre, abandonado por sus propios discípulos, reunir á todos los pueblos de la tierra bajo la invocación de su nombre. Muy pronto acontecerá lo que en otro tiempo predijo, que estando elevado fuera de la tierra, lo atraería todo á sí y cambiaría en máquina celestial el instrumento del mas infame suplicio, á fin de conover todos los corazones: *Et ego, cum exaltatus fuero a terra, omnia traham ad meipsum*. Muy pronto las naciones incrédulas á quienes estendi sus brazos, vendrán á recibir aquel amoroso ósculo de paz que, segun las antiguas profecías, las debe reconciliar con el verdadero Dios que no conocen. Muy pronto ese crucificado será coronado de honor y de glorias, pues por medio de la gracia de Dios ha sufrido la muerte para todos, como dice la divina Epístola á los hebreos: verá nacer de su sepulcro una hermosa posteridad, y será gloriosamente cumplido aquel famoso oráculo del Profeta Isaías: Si dá su alma por el pecador, verá una larga descendencia de hijos: *Si posuerit pro peccato animam suam, videbit semen longævum*. Aquella piedra desechada de la construcción será la piedra angular y fundamental que sostendrá el nuevo edificio; y aquel misterioso grano de trigo que representa á nuestro Salvador, habiendo caído en la tierra, se multiplicará por su propia corrupción; es decir, que el Hijo de Dios caerá de la cruz al sepulcro, y por medio de una admirable repulsion, todos los pue-

blos se postrarán á sus piés: *Populi sub te cadent*, decia nuestro salmo.....

Apareced, apareced, ya es tiempo, ¡oh cruz! que habeis ejecutado tantas maravillas. Vos sois quien habeis destrozado los ídolos; vos quien habeis subyugado los pueblos; vos quien habeis dado la victoria á los valerosos soldados de Jesucristo, y por quien todo lo sufrieron con paciencia. Vos sereis grabada en la diadema de los reyes, sereis el principal ornamento de la corona de los emperadores, ¡oh cruz! que sois la alegría y la esperanza de todos los fieles. Deduzcamos, pues, de todo este discurso, que la cruz es un trono magnífico, que el nombre de Jesús es digno de un rey; y que un Dios que bajaba á la tierra para vivir entre los hombres, no podia hacer nada mas grande, nada mas real, nada mas divino, que salvar á todo el género humano por medio de una muerte generosa.....»

Bossuet, despues de haber tratado rápidamente la segunda parte de su discurso, dice:

«¡Oh pueblo de Jesucristo! si el Hijo de Dios es tu verdadero Rey, procura prestarle obediencia ciega.....

¡Ah! ¡podré explicaros en este momento con cuánto empeño solicita vuestro amor? Es Rey por nacimiento, por derecho natural, y ha querido serlo por cariño y por benevolencia. Es menester, dice, que yo liberte á esos desgraciados cautivos. Podria realizar mis deseos de otro modo; pero quiero salvarlos muriendo por ellos, á fin de obligarlos mas á que me amen. Iré arriesgando mi vida, iré vertiendo mi sangre para arrancarlos de la muerte eterna. No importa, lo haré con gusto; solo quiero que me amen, solo les pido esta recompensa: para hacerles reinár conmigo.

Hermanos míos, decidme, ¿qué nos ha hecho Jesús, que siendo el mejor de los príncipes, no puede conseguir nuestro afecto ni suavizar la dureza de nuestros corazones?...

Imaginaos, cristianos, que hoy, en este momento, en medio de esta reunion, se presentase de pronto un ángel del Señor, que haciendo resonar en nuestros oídos las palabras que en otro tiempo decia Ellas á los samaritanos, esclamase: Pueblos, ¿hasta cuándo pensais vivir vacilando entre dos partidos? *Quousque claudicatis in duas partes?* Si el Dios de Israel es el verdadero Dios, es forzoso adorarlo; pero si Baal es Dios, es preciso adorarlo. Queridos hermanos, los predicadores son los ángeles del Dios de los ejércitos; os digo, pues, hoy á todos, y Dios quiera que me lo diga tambien á mí: *Quousque claudicatis?* ¿Hasta cuándo habeis de vacilar? Si Jesus es vuestro Rey, tributadle vuestra obediencia; pero si Satanás es vuestro Rey, colocaos junto á Satanás. Es menester adoptar uno de los dos partidos... ¡Ah, hermanos míos! os estremecéis al oír esta horrible proposicion — A Jesus, á Jesus decís; este no es caso de pensar. Y yo, no obstante lo que me decís, repito la misma pregunta: *¿Quousque claudicatis in duas partes?* ¿Estareis siempre vacilando sin adoptar un partido como es menester?

Yo soy vuestro Maestro, dice el Señor por boca de su Profeta; ¿dónde está el honor que me debeis? Y si me llamais Señor, ¿por qué no haceis lo que os digo? dice nuestro Señor en su Evangelio. Qué quereis ¿que se crean vuestras palabras ó vuestras acciones?

El Hijo de Dios nos manda que nos acerquemos á su Padre llenos de pureza y de templanza. ¿Por qué, pues, tan infames deseos? ¿Por qué tan vergonzosos desórdenes? Nos mandamos caritativos y fieles; ¿podrá nunca conciliarse la caridad con nuestras secretas envidias, con nuestras continuas murmuraciones ni con nuestras irreconciliables enemistades? El Hijo de Dios nos manda que socorramos á los pobres en lo que nos sea posible, y nosotros no vacilamos en consumir la sustancia del pobre, ya confiereles rapiñas, ya con usuras casi judaicas. *¿Quousque claudicatis?* Hermanos míos, no hay que vacilar; es preciso ser una cosa ú otra. Si Jesus es nuestro

Rey, démosle nuestras obras, como le damos nuestras palabras. Si Satanás es nuestro Rey... ¡oh abominacion! pero la dureza de nuestros corazones nos obliga á hablar de este modo; si Satanás es nuestro Rey, no le neguemos nuestras palabras, despues de haberle dado nuestras acciones. Pero ¡no permita Dios, hermanos míos, que hagamos jamás semejante eleccion! ¿Cómo podríamos sufrir las miradas de aquel Cordero sin mancilla, muerto por nuestro amor? En aquel terrible dia en que este Rey bajará en toda su magestad para juzgar á los vivos y á los muertos, ¿cómo sufriremos la vista de sus llagas, que nos echarán en cara nuestra ingratitud? ¿Dónde hallaríamos cavernas bastante oscuras y abismos bastante profundos para ocultar tan negra perfidia? ¿Y cómo sufriríamos las reconvencciones de aquella tierna amistad, tan indignamente despreciada, y la formidable voz de la sangre del Cordero que en la cruz pidió para nosotros perdon y misericordia, y en aquel dia de cólera pedirá venganza contra nuestra fé mal guardada y contra nuestros no guardados juramentos?

¡Oh Dios eterno! ¡cuán duro, cuán insoportable será ese reinado que en aquellos dias comenzará á ejercer Jesus sobre sus enemigos! Porque al fin, creyentes, es necesario que Jesus reine sobre nosotros. El imperio de las naciones le está prometido en las profecias. Si no reina en nuestras almas por misericordia, reinará por justicia; si no reina por amor y por gracia, reinará por la severidad de sus juicios y por el rigor de sus mandatos. ¿Y qué dirán los malvados cuando sintieren, á pesar suyo, á su Rey que viene á descargar sobre ellos su brazo omnipotente; cuando Dios, hiriendo con una mano y sosteniendo con otra, los atormentará eternamente con sus castigos, sin destruirlos? Y de este modo, siempre vivos y siempre muriendo, inmortales para su pena, demasiado fuertes para morir, y demasiado débiles para padecer, gemirán eternamente en lechos de llamas, afligidos con furiosos é irremediables dolores; y dando al viento desesperadas quejas entre execrables blasfemias, confesarán por medio de una tardía peniten-

cia, que nada habia tan razonable como dejar reinar sobre sus almas á Jesus. Dignos son ciertamente de los mas horribles suplicios, por haber preferido la tirania del usurpador al dulce y legitimo dominio del príncipe natural. ¡Oh Dios y Padre de misericordia! apartad de nosotros semejantes desgracias.

Hermanos míos, ¿no deseais que renueve en este día el juramento de fidelidad que todos nosotros debemos á nuestro gran Rey? Oh Rey Jesus, á quien pertenecemos por el justísimo título de que nos habeis rescatado por un precio de amor y de caridad infinita, os reconozco por mi soberano. A vos solo me consagro. Vuestro amor será mi vida, vuestra ley será la ley de mi corazón. Cantaré vuestras alabanzas, nunca dejaré de publicar vuestras misericordias. Quiero seros fiel, quiero ser vuestro enteramente, quiero consagraros todos mis afanes, quiero vivir y morir en vuestro servicio.»

Oraciones fúnebres de Bossuet.

La oracion fúnebre, lejos de ser una invencion debida á la vanidad humana, tiene su apoyo en la religion; el sentimiento religioso ha despojado á este género de discursos del lado peligroso de la adulacion y la mentira, dándole un carácter de sublimidad digno de la mas alta estima. En la Escritura hallamos la apologia de los grandes hombres de Israel, enlazada con la historia de los hechos mas notables de su vida; los Santos Padres hicieron el elogio fúnebre de los emperadores, de los príncipes y hasta de las damas ilustres por su rango y su piedad.

Prescindiendo en este momento de las condiciones que deben reunir esta clase de composiciones con destino á la cátedra del Espíritu Santo, porque esta materia habremos de

tratarla mas adelante (1), no nos parece fuera de propósito indicar como de pasada, que la santa costumbre de honrar las virtudes de los que fueron, ha estado en uso desde los primeros días de la humanidad. Abraham coloca á Sara con gran pompa en el sepulcro nuevo que la tenia preparado; Jacob eleva un monumento á Raquel y hace grabar sobre la losa del pavimento un testimonio imperecedero del amor que habia profesado á la compañera de su vida; José abandona la corte de Faraon para encaminarse con sus hermanos á la tumba de Jacob. La Escritura nos dice que los judios á su salida de Egipto llevaron consigo los restos de sus mayores. En las Actas de los Apóstoles se habla de las lágrimas vertidas en honor del primer mártir de la Iglesia... siempre el homenaje del respeto, de la veneracion, del amor hacía los muertos.

La religion cristiana, no bien apareció en la tierra, hizo sentir su benéfico influjo por medio de la reforma de las costumbres, de la santificacion de todo lo digno, de todo lo noble, de todo lo bueno, de todo lo grande: el Cristianismo, dice Chateaubriand, suministra tantas pruebas de su escelencia, que nos ofrece á cada paso maravillas que admirar. Lo que distingue á la elocuencia del púlpito de la elocuencia profana, es muy particularmente esa tristeza evangélica, esa melancolia sublime, propia de las grandes reflexiones, y de la pena que ha de sentir forzosamente todo aquel que procura conocer el corazón humano para curar sus miserias. La muerte se ofrece al orador sagrado mas bien como principio, que como fin, mas como aurora de un eterno día, que como ocaso de una existencia de pocas horas; solo la religion cristiana fundó esa gran escuela de la tumba, en que se instruye el ministro del Señor, tras-

(1) Tomo 3.º

mitiendo á los fieles sus impresiones, y de la que Bossuet fué quizá su mejor intérprete.

En la *oracion fúnebre*, Bossuet se alza como una gran figura, superior á cuantos le anteceden; sin rival entre los que le siguen, desde la primera palabra del exordio hasta la última de la peroracion, se vé al orador como impulsado por un entusiasmo no interrumpido, que á primera vista escluye toda idea de arte, de orden y de preparacion; su objeto le atormenta, le anima y le arrastra sin permitirle tomar aliento. Para otros oradores es mucho lograr durante el discurso algunos momentos de feliz inspiracion; mas para Bossuet esto no es nada: los arranques de su genio oratorio, escribe Dusault (1), parece que nacen unos de otros: todo es en él movimiento, vida, animacion: en los instantes en que redobla su entusiasmo, en que despliega sus alas, hasta la elocuencia propiamente dicha, le ofrece estrechos horizontes, limites reducidos. En estos momentos nada le contiene, entra resuelto en la esfera de la poesia, sube hasta sus mas altas regiones, y en ellas se sostiene al nivel de los mas atrevidos genios: no es ya el rival de Demóstenes, sino el de Píndaro. Algunos pasajes de sus oraciones fúnebres son inimitables trozos de poesia lírica. El don de la inspiracion, podemos afirmarlo, no fué concedido á nadie como á Bossuet; y cuando reflexionamos que su entusiasmo en obras muy estensas, no conoce languidez ni reposo, nos admiramos de este extraordinario privilegio, como de uno de esos fenómenos que asombran á la naturaleza y que desconciertan sus leyes.

Intilmente procuráramos, continúa Dusault, conocer y explicar todas las causas de este prodigio; en su mayor parte

(1) *Notice sur Bossuet.*

quedarán eternamente ocultas en las profundidades del genio; pero aun podemos percibir algunas. La abundancia de sus ideas es la que principalmente produce en Bossuet la de sus rasgos patéticos y la rica variedad de sus espresiones. Sus oraciones fúnebres no son solo sermones teológicos y religiosos: las mas elevadas consideraciones políticas se mezclan en ellos con las instrucciones del Cristianismo, dándonos á conocer al inspirado autor del discurso sobre la *Historia universal*. Bossuet no era solamente un Padre de la Iglesia; pues este titulo, dado como hemos dicho por uno de sus mas ilustres contemporáneos en la solemnidad de una sesion pública de la academia francesa, no le representa todo entero. Aquel vasto y penetrante talento, que abrazaba toda la teoria de la religion cristiana y sondeaba todos los abismos, habia tambien conocido los misterios del gobierno de los Estados. La religion y la política son los dos grandes ejes sobre que giran principalmente todas las cosas humanas: son los dos intereses que mueven con mayor fuerza á los hombres; y estos dos intereses estrechamente unidos entre sí, y fortaleciéndose en cierto modo el uno por el otro, son los resortes siempre seguros de la elocuencia de Bossuet: animan constantemente sus trabajos y de continuo le suministran consideraciones opuestas, que responden á todas las contradicciones del corazon, y que son muy superiores á esas antitesis del arte, propias únicamente para lisonjear la imaginacion ó para seducir los oidos. Bien caminando á grandes pasos, como dice San Juan Crisóstomo, sobre las alturas de la religion, ora elevando sus miradas hácia el cielo, ó apartándolas de él para fijarlas en la tierra; hablando al parecer unas veces con los poderes celestiales, interrogando otras á los destinos del mundo visible, y

presentándose á un tiempo como profeta, como padre de la Iglesia, como gran político y como sublime historiador, Bossuet es uno de los hombres que mejor han comprendido todas las enseñanzas, los negocios humanos y las cosas divinas, el Cristianismo y la política. Esta doble ciencia es, sin contradicción, uno de los recursos de esa singular elocuencia que lo caracteriza y que lo pone fuera de toda comparación, así como lo eleva sobre toda rivalidad.

La inspiración constante que le agita y al parecer le turba, ese entusiasmo que se comunica al lector embriagándole, ha hecho creer á muchos que la oratoria de Bossuet en acción debía ser mucho más impetuosa que regular, empleando en sus discursos menos método que genio. En efecto, su método es poco sensible, aunque no por eso carece de realidad: ¿cómo si no puede explicarse que un dialéctico tan consumado pudiera nunca dejarse arrastrar sin saberlo fuera de los límites de una lógica exacta?... Los planes de Bossuet en sus oraciones fúnebres son sencillos, igualmente que sus textos; pero si en ellos fijamos nuestra atención, advertiremos que los sigue escrupulosamente, que llena todas las divisiones, que profundidad de la misma manera todas sus divisiones, y que nunca, ni aun en los más inesperados movimientos de su vuelo, pierde de vista el camino que de antemano se había trazado. Esta especie de descubrimiento es también una tranquila satisfacción que la reflexiva lectura de sus obras añade á la admiración que desde luego nos causan y al tumultuoso encanto de las primeras sensaciones. Es ciertamente agradable poder percibir en medio del torrente del genio, la seguridad de sus pasos, la posesión de sí mismo, que le engrandece y dá una idea más acabada de su poder.

Algunos aficionados á terminar con esmero todas las cosas confunden este *cuidado* con la *perfección*, porque estas dos palabras á primera vista presentan casi la misma idea, y se atreven á censurar á Bossuet por los defectos que se advierten en su locución: lástima nos inspiran ciertamente los que aslobran tratando de amortiguar el entusiasmo que inspira el genio. ¿Qué sería de esa especie de improvisación y de inspiración repentina que le es propia y que con sumo placer hallamos siempre aun en las más trabajadas obras de Bossuet? La cuidadosa medianía puede llegar al *esmero*, pero está siempre lejos de la *perfección*; de aquí que apenas advertimos lo que falta á Bossuet, al contemplar las extraordinarias bellezas que por todas partes lucen en sus composiciones, y hasta en los defectos que su estilo suele ofrecernos vemos que concurren al resultado y á la ilusión oratoria. Por otra parte, ¡qué riqueza y qué energía no hay en aquel estilo, que únicamente toma del pensamiento, de quien es la imagen más natural y más viva, sus colores y sus adornos! ¡qué variedad en los rasgos patéticos! ¡qué abundancia y qué magnificencia en las descripciones! ¡qué tesoro de palabras, grandes, pintorescas, animadas y vivas, por decirlo así! ¡qué franca y varonil armonía!

Justifiquemos ahora con ejemplos el minucioso juicio que acerca de la elocuencia del gran Bossuet acabamos de transcribir.

Donde se nos ofrece á mayor altura, es sin duda en las *Oraciones fúnebres* de la reina de Inglaterra, de la duquesa de Orleans y del gran Condé.

En la primera mostró hasta dónde puede elevarse la palabra del hombre. Oigámosle: desde el exordio. Desde que anun-

cia el texto, descubre sus vastas ideas, indicando las grandes instrucciones que se propone dar á los reyes: *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram*. Aprended ahora, oh reyes: instruís vosotros, jueces de la tierra.

«El que reina en los cielos y del cual dimanar todos los imperios; Aquel á quien pertenece la gloria, la magestad y la independencia, es tambien el que se glorifica dictando á los reyes sublimes preceptos, trazándoles el camino que deben seguir. Ora eleve los tronos ó los reduzca á la nada, ora les comunique una parte de su poder, ó reserve para sí los títulos de su grandeza, siempre les enseña de un modo digno de su sabiduría y su paternal solicitud... Así es como instruye á los príncipes, no solamente con discursos y con palabras, sino tambien con acciones y con ejemplos. *Et nunc, reges, intelligite; erudimini, qui judicatis terram*.

Cristianos: cuando el recuerdo de una gran señora, hija, esposa, madre de monarcas muy poderosos y soberana de tres imperios, nos congrega, nos llama á esta triste ceremonia, este discurso ha de ofreceros uno de esos irrecusables testimonios que muestran á los ojos del mundo toda entera su vanidad. Vereis reunidas en una sola vida todas las estremidades de las cosas humanas; la felicidad y las desgracias, el legítimo y tranquilo goce de una de las mas brillantes coronas del universo y todo lo que puede contribuir al esplendor del nacimiento, reunido en una sola persona, espuesta mas tarde á todos los caprichos y los ultrajes de una adversa fortuna. La buena causa defendida en un principio con éxito, y despues reveses repentinos é inesperados; cambios inauditos, la rebelion por largo tiempo contenida, dueña al fin de todo; la licencia sin freno, las leyes abolidas, la magestad violada por medio de atentados desconocidos hasta entonces, la usurpacion y la tiranía bajo el nombre de libertad, una reina fugitiva que no encuentra asilo alguno en tres reinos, y para quien su propia

patria se convierte en triste lugar de destierro, nueve viajes emprendidos por una princesa, no obstante las tempestades del Océano; el mar lleno de asombro por verse atravesado tantas veces de tan diversos modos y por tan diferentes causas; un trono indignamente derribado y milagrosamente restablecido... Tales son las instrucciones que Dios dá á los reyes, haciendo de esta manera ver al mundo la nada de sus glorias y sus grandezas. Si las palabras nos faltan, si las espresiones no corresponden á una materia tan vasta y tan elevada, las cosas hablarán bastante por sí mismas; el corazon de una gran reina, realzada en otro tiempo por una larga série de prosperidades, y sumergido despues repentinamente en un abismo de amargura, dirá mas aun que yo pudiera decir. Y si acaso no nos fuera licito á los particulares dar lecciones á los príncipes acerca de tan estraños acontecimientos, un rey me suministra palabras para decirles: *Et nunc, reges, intelligite, erudimini, qui judicatis terram*. Oíd, grandes de la tierra; instruís, árbitros del mundo.»

Este exordio, uno de los mas admirables que nos ofrece Bossuet, dá á conocer el carácter de las oraciones fúnebres dentro del santuario. Si pinta las virtudes de los héroes, si hace brillar su gloria y si describe sus infortunios, no es tanto por hacer su elogio como para dar una gran leccion, y el elogio mismo le sirve de medio para lograr su fin. Ha meditado profundamente acerca de todas las circunstancias de la vida del personaje que quiere celebrar; se ha colocado en el terreno de los acontecimientos, los ha visto en sus principios y considerado en sus consecuencias; ha buscado la instruccion que debía salir de todo aquel conjunto, y una importante verdad se ha apoderado de su genio, llenándolo y atormentándolo, hasta el punto que sin querer se le escapa de las primeras palabras que pronuncia. Entonces parece que toda

su alma pasa á los que le escuchan; los eleva sobre sí mismos; los arrastra hasta sí, manteniéndolos á la misma altura durante toda la série de su discurso.

La *Oracion fúnebre* de la reina de Inglaterra, dice el Cardenal Bausset, ha sido durante mas de un siglo objeto de la profunda meditacion de los hombres religiosos y de los hombres de Estado. Nunca la alianza de la religion con la política, el peligro de las innovaciones religiosas y las terribles consecuencias de las máximas anárquicas habian sido presentadas bajo caracteres mas perfectos. Al leerla, no sabemos si admirar en primer término al Pontífice que habla á nombre del cielo, ó al sábio político que anuncia á los pueblos y á los reyes, que todas las revoluciones tienen su origen en la inmoralidad, en las arbitrariedades y en las tiranias de los poderes públicos.

Nosotros, que desgraciadamente venimos presenciando desde que tenemos uso de razon tumultos, revueltas, desasosiego, intranquilidad; nosotros, que hemos visto cambiarse las dinastías, trocarse en mendigos ilustres reyes esclarecidos; nosotros, al leer á Bossuet en muchas de sus oraciones fúnebres, y en especial en las que hemos indicado, nos parece escuchar la voz del Profeta, anunciando dias de luto para la nueva Jerusalem.

Jóvenes, á quienes únicamente podemos tener la osadía de dirigirnos, ocasiones se os han de ofrecer en que podáis imitar al gran Bossuet: si alguna vez subís al púlpito para recordar al mundo las glorias que fueron, los dias de triunfo que pasaron; si se os confia el encomio de los héroes de la patria, procurad, procurad que el espíritu del orador, á quien bien á pesar nuestro tenemos que juzgar ligeramente, vivifique el

vuestro. No guardéis contemplaciones; decid la verdad con el respeto debido á vuestra mision, que está por cima de las cosas humanas; decid al mundo que vá estraviado, que sigue una senda de perdicion: decid á los pueblos qué ejemplos deben imitar y á quiénes deben dar crédito; decid, en fin, á todos que el dia en que la virtud se aleje de nosotros, el dia en que España pierda su antiguo lazo de misteriosa union; el dia en que no seamos todos iguales por considerarnos hijos del mismo Dios, ese dia España sucumbirá, España dejará de ser un pueblo clásico de la libertad, para convertirse en patrimonio de la ambicion del que logre subyugarla.

Ministros del santuario, vosotros sois la única esperanza, vosotros los que podeis hablar el lenguaje de la verdad, porque sois los depositarios de la doctrina; decidla, decidla con la energia, con la fuerza de Bossuet: sirvaos de modelo este orador ilustre, sin olvidar jamás las condiciones especialísimas de la localidad en que pronuncieis vuestros discursos y el auditorio que os escuche.

Bussuet nos revela su genio en la *Oracion fúnebre* de la reina de Inglaterra; ved ahora su corazon en la que, anegado en llanto, pronuncia con motivo de la muerte de la duquesa de Orleans:

«Penoso deber, triste destino el mio al venir de nuevo á este sitio á tributar el último de los homenajes á la muy escelente princesa Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleans. La que yo habia visto postrada en ese sitio; la que con los ojos rasados en lágrimas oyera mi humilde tributo de admiracion hácia la reina su madre, debia ser en breve objeto de un nuevo discurso, estándome á mí reservado el pronunciarle conmovido delante de vosotros.

¡Oh vanidad! ¡oh nadal ¡oh mortales ignorantes de vuestros destinos! ¿Quién lo dijera hace diez meses? ¿Ni ella, ni vosotros, señores, habiéis imaginado, cuando derramaba tantas lágrimas oyéndo me, que debiese reuniros aquí tan pronto para llorarla con mayor dolor? Princesa, digno objeto de la admiración de dos grandes imperios, ¿no era bastante que la Inglaterra llorara vuestra ausencia, sin verse también obligada á llorar vuestra muerte? Y la Francia, que os volvió á ver con tanto júbilo rodeada de nuevo brillo, ¿carecía por ventura de otras pompas y otros triunfos para vos, de regreso de ese famoso viaje donde habíais recogido tantos laureles y tan bellas esperanzas? *Vanidad de vanidades, y todo vanidad.* Esto es lo único que puedo deciros, la sola reflexión que ante un acontecimiento tan deplorable é inesperado me permite el dolor. No penseis que he hojeado libro alguno para acomodar á la ocasion presente un texto oportuno: sin estudio, sin elección he tomado las primeras palabras que el Eclesiástico me presenta, donde aunque la vanidad es nombrada muchas veces, no lo es todavía bastante, á mi juicio, para el designio que me propongo. Quiero en una sola desgracia deplorar todas las calamidades de la humana estirpe, y en una sola muerte haocer ver la muerte y la nada de todas las grandezas del hombre. Aquel texto que conviene á todos los estados y á todos los acontecimientos de nuestra vida, por una razón particular es el mas propio para mi objeto, porque nunca las vanidades de la tierra se han visto tan claramente descubiertas, ni confundidas en tan alto grado.

Nó; despues del suceso que acabamos de presenciar, debemos convenir en que la salud es un nombre, la vida un sueño, la gloria una mentira, las gracias y los placeres un peligroso pasatiempo; todo es vano en nosotros, excepto la sincera manifestación que de nuestras vanidades hacemos delante de Dios, y el juicio detenido que nos prepara para poder despreciar todo cuanto somos.»

Bossuet prosigue este admirable discurso, y durante él se le escapan, cual gritos de dolor, pasajes que traen á la memoria el tema de sus palabras:

«Declamo con regocijo que el cielo la arrancó á manera de milagro, de las manos de los enemigos del rey su padre, para darla á la Francia. ¡Don precioso, presente inestimable, si su posesion hubiese sido mas duradera! ¿Mas por qué viene este recuerdo á interrumpirme? ¡Ay de mí! no podemos fijar un instante los ojos en la gloria de la princesa, sin que la muerte venga al punto para ofuscarlo todo con su sombra. ¡Oh muerte! apártate de nuestra imaginación y deja que entretengamos por un momento la violencia del dolor con el recuerdo de nuestra pasada alegría.

.....
 ¡Oh noche desastrosa! ¡Noche terrible, en que de repente y con la rapidez del relámpago se difundió esta espantosa nueva: ¡La señora se muere! ¡La señora ha muerto!»

En medio de estos desahogos de un alma poseida por el dolor, conocemos á Bossuet en aquellos toques valientes y atrevidos, en aquellas ideas fuertes y profundas que constituyen el distintivo de su genio. Si nos habla de la *grandeza y de la gloria á que la confianza de dos reyes elevaba á Enriqueta*, se interrumpe de pronto, y exclama:

«¡La grandeza y la gloria! ¿Podemos todavía oír tales nombres despues del triunfo de la muerte? Nó, señores, no puedo repetir, ni menos dar crédito á esas grandes palabras, por medio de las cuales, la arrogancia humana procura distraerse á sí misma para no aperibirse que es *nada.*»

Todo cuanto la religion tiene de mas sagrado y mas au-

gusto, la historia de mas imponente, la elocuencia de mas noble y magestuoso y la poesia de mas sensible, se halla reunido en la *Oracion fúnebre* del principe de Condé.

La peroracion nos ofrece, dice Henry, un interés perfectamente dramático.

«Ven, pueblo, ven ahora... Pero venid mas bien vosotros, magnates y señores, vosotros los que juzgais en la tierra, vosotros los que abris á los hombres las puertas del cielo, vosotros mas que todos los demás, príncipes y princesas, nobles vástagos de tantos reyes y esclarecidas lumbreras de la Francia, apagadas hoy y oscurecidas por el dolor. Venid, venid á ver lo poco que resta de tan augusta cuna, de tanta grandeza y de tanta gloria. Dirigid por todas partes vuestra vista, y hallareis todo cuando ha podido inventar la magnificencia y la piedad para honrar á un héroe. Titulos, inscripciones, vanas señales de lo que ya no existe, imágenes que figurán llorar alrededor de un sepulcro, y las frágiles demostraciones de un dolor que el tiempo se lleva con todo lo demás; columnas que parece quieren elevarse hasta el cielo en magnífico testimonio de nuestra nada, y en fin, en medio de tantos homenajes, solo falta aquel en cuya memoria los tributais. Llorad, pues, sobre estos frágiles restos de la vida humana, llorad, llorad sobre la triste inmortalidad que es dable conceder á los héroes.

En cuanto á mí, si me es permitido despues de todos los demás ácercarme á rendir los postreros homenajes á este sepulcro, ¡oh principal digno objeto de nuestras alabanzas y de nuestro llor! yo os aseguro que vivireis eternamente en mi memoria: vuestra imagen quedará fija en mí, no con esa audacia que prometa la victoria, nó: no quiero ver en vos nada de lo que borra la muerte. Tendreis en esta imágen caracteres inmortales: os verá tal como estábais en aquel último dia

bajo la mano de Dios, cuando su gloria comenzó á seros sensible. Así es como os verá mas triunfante que en Friburgo y en Rocroy; y arrebatado con tan hermoso triunfo, prorumpiré en accion de gracias con las magníficas palabras del discipulo amado: *Et hæc est victoria quæ vincit mundum, fides nostra. La verdadera victoria, la que pone bajo nuestros piés al mundo entero, es nuestra fé.* Gozad de esta victoria, príncipe; gozad de ella eternamente por la inmortal virtud de este sacrificio; aceptad estos últimos esfuerzos de una voz que os fué conocida, y poned fin á todos estos discursos. Gran príncipe, en vez de llorar la muerte de los otros, quiero en lo sucesivo aprender de vos á hacer santa la mia; ¡dichoso mil veces si advertido por esta blanca cabellera acerca de la cuenta que de mi administracion he de dar, reservo á la grey que debo alimentar con la palabra de vida los restos de una voz que decae y de un ardor que se apaga!»

¡Felices, esclama M. de Barante, los que pudieron conocer y oír á Bossuet; dichosos los que le vieron coronado y con el recuerdo de sus virtudes, subir al púlpito frente al féretro del gran Condé, y consagrar las alabanzas de la gloria perecedera, asociándolas con las de la gloria eterna! Es evidente, nunca la palabra humana ha sido tan grande, ni nos parece que la imaginacion pueda crearse un espectáculo mas sublime.

Los contemporáneos, dice Henry, que admiraron la elocuencia de Bossuet, casi todos guardan silencio acerca de sus oraciones fúnebres: hasta la señora de Sevigné, que nos pinta tan perfectamente en sus cartas, todo lo que en su tiempo preocupaba la atencion pública, nada dice acerca de este particular. Tan extraño olvido únicamente puede explicarse diciendo, que el Obispo de Meaux, considerado ya como un Padre

de la Iglesia, aparecía ante la imaginación de todos muy por encima de la gloria de un orador. No veían en Bossuet al hombre, sino al Pontífice encargado del depósito de la doctrina y de la defensa de la fé.

He aquí, por último, las palabras con que Massillon elogia á Bossuet, digno término de cuanto hemos dicho, resúmen de cuanto en alabanza suya quisiéramos todavía escribir: «Bossuet, dice, genio vasto y candoroso, con ese candor que caracteriza siempre las grandes almas y los espíritus de primer órden; ornamento del Episcopado, honra del clero de todos los siglos y las edades. Obispo en medio de la córte, el hombre de todos talentos y de todas las ciencias, el doctor de todas las Iglesias, el terror de todas las sectas, el padre del siglo XVII, y á quien no faltó mas que nacer en los primeros tiempos, para haber sido la luz de los Concilios, el alma de la Iglesia, para haber dictado los Cánones y presidido las asambleas de Nicea y Efeso.»

CAPÍTULO V.

Oradores contemporáneos de Bossuet y anteriores á la decadencia de la oratoria del púlpito en el siglo XVIII.—Bourdaloue.—Massillon.—Fenelon.—Predicadores de menos importancia: Cheminai, Giroust y La Rue.—Oradores posteriores al siglo de Luis XIV: Paulle, Neuville, Beauvais y Boismonet.—Misioneros célebres en los siglos XVI, XVII y XVIII.—Cartas pastorales.—Decadencia: causas generales y juicios críticos.

Bourdaloue.

Acerca de pocos oradores se han emitido opiniones mas diversas, pero no por eso menos entusiastas, que respecto á Bourdaloue. Sacerdote virtuoso, jesuita humilde, sábio, erudito y elegante en el decir, Bourdaloue supo conquistarse no menos el respeto que la admiración de sus contemporáneos. La dulzura de sus palabras hicieron que se le comparase á Corneille, como Cheminai fué comparado á Racine. En opinión de Voltaire, es el primer orador sagrado que dejó oír en el templo *una razon siempre elocuente*: Mad. Sevigné sostiene que es superior á todas las maravillas que le precedieron: L'Harpe le considera acreedor á una de las coronas del gran siglo de la elocuencia del púlpito en Francia; dice que fué un genio bajo cierto punto de vista sin rival; admira sus sermo-

nes acerca de los *Misterios* como obras perfectas de enseñanza y de luz; ensalza la profundidad de su inteligencia para sondear las maravillas de la religion, y añade que si le fuese licito espresarse por medio de frases opuestas al parecer, diria que Bourdaloue es sublime en profundidad, tanto como Bossuet en elevacion. Maury escribe, que en la elocuencia religiosa no encuentra nada mas sorprendente é inimitable que la primera parte de los sermones de este orador, en especial los de la *Concepcion*, la *Pasion* y la *Resurreccion*, y aplica á sus discursos sobre la *Ambicion* la *Providencia*, el *Juicio temerario*, el *Perdon de las injurias* y la *Religion cristiana* uno de los versos mas conocidos de Boileau (1).

Antes que Bourdaloue aparecieron como restauradores del púlpito francés Senault y Segendes; pero Bourdaloue fué el primero que supo corregir los grandes defectos que por muchos siglos habian dominado á los predicadores franceses. La caridad, la uncion evangélica, el conocimiento de los sagrados libros, la precision en el decir distinguen á este orador sagrado en primer término: la profundidad no daña en sus trabajos oratorios á la naturalidad, ni la solidez de la doctrina al buen gusto en la forma. Leyéndole, dice un escritor contemporáneo, la razon se eleva; meditándole, parece mas grande aun. Se ha dicho que sus sermones saben á teología, siendo en realidad un curso completo de religion. ¡Qué conocimiento tan profundo de la divina Sabiduría? ¡qué penetracion en los misterios! Cierto es que falta muchas veces la gala en sus discursos; pero es porque huia de las citas pro-

(1) «C'est avoir profité que de savoir s'y plaire.»

fanas y de otros artificios que pudo sugerirle la fantasia. Acaso por esto es el predicador mas querido de los ingleses, que se interesan en extremo por las pruebas y demostraciones. La victoria de Bourdaloue es sobre las inteligencias; con el sentimiento y la dulzura de otros predicadores hubiera sido el mas popular y el mas grande quizá de todos los que se distinguieron en su época.

De costumbres sencillas como la verdad, dice César Cantú, y ejemplares como la virtud, fué el único hombre que no tuvo enemigos ni detractores. Predicaba del mismo modo al pueblo que á la córte: rehusaba los aplausos, los honores, y cuando bajaba del púlpito se encaminaba por la senda mas corta y mas ignorada al lecho del moribundo para consolarle.

Es sóbrio, comedido, nada fastuoso; á veces se hace monótono, pero nunca pesado; es tolerante, pero no débil; atiende mucho á la forma, que era lo mas olvidado, pero es el fondo lo mas estimable de sus discursos. Hermanando en hábil consorcio la vehemencia con la espresion sentida, la libertad con la precision, el fervor religioso con la sabiduria y la penetracion de una inteligencia privilegiada.

Massillon.

Massillon sucedió á Bourdaloue en el ejercicio y en el gran prestigio de la predicacion. Nació en Hyères, en Provenza, el año 1663; entró en la congregacion del oratorio en 1681, dando á conocer desde muy jóven sus especialísimas dotes para dedicarse al penoso ministerio de la enseñanza. Estudiándose á sí mismo aprendió á conocer á los demás:

buscó en el corazón el misterio de las pasiones, y hallando que el orgullo es la causa principal de nuestros extravíos, combatió el amor propio hasta en sus últimas y mas inocentes manifestaciones.

Sus primeros discursos los pronunció Massillon en Montpellier el año 1698: en 1699 predicó la Cuaresma en la iglesia del oratorio de París, produciendo una impresión desconocida en los que acudieron á oírle, ávidos de convencerse de la certeza del gran nombre que le precedía. Acostumbrados á oír á Bossuet y á Bourdaloue, no pudieron creer que Massillon se hiciese lugar entre ellos; pero cuando oyeron sus primeras frases quedaron llenos de asombro, y faltó poco para que su entusiasmo les hiciese olvidar el respeto debido á la casa del Señor.

Massillon se hacia dueño de sus oyentes en el primer momento, tal era el encanto de su palabra; cuando habia terminado de hablar, el auditorio permanecía largo tiempo absorto en las sublimes enseñanzas que habia oído. Luis XIV dirigió á Massillon estas palabras, que confirman nuestra opinion:—He oído grandes oradores en mi capilla, de quienes he salido muy satisfecho; pero cuantas veces os he oído, mi buen Padre, de quien he quedado descontento ha sido de mi mismo.

Dícese por los admiradores de este orador, que una de sus mas grandes cualidades era la *oportunidad en la acción*, punto importantísimo de que nos ocuparemos en la segunda parte de esta obra, y acerca del cual no nos cansaremos nunca de llamar la atención de la juventud, á quien dedicamos nuestros escritos. Massillon sabia, segun dicen sus contemporáneos, presentarse en el templo, caminar desde el presbiterio al púlpito con aire magestuoso y pensativo: su semblante infundia

respeto, sus maneras prevenian, aun antes de hablar, favorablemente al auditorio. Nosotros hemos hecho acerca de este particular repetidas observaciones, y aconsejamos á los oradores que no descuiden jamás el medio de producir una agradable impresión; segun ella, hallarán mas fácil ó mas difícil conquistarse las simpatías de los que van á escucharles, lo cual importa mucho para el mejor éxito de sus palabras.

Las actitudes de Massillon eran muy á propósito para el género de elocuencia á que se habia consagrado. Veíasele llegar al púlpito como quien acaba de meditar profundamente lo que vá á decir. No bien se presentaba en público, su aspecto, lleno de recogimiento y de convicción, anunciaba ya la grandeza é importancia del asunto de que iba á ocuparse; aun no habia pronunciado una sola frase, y el oyente estaba ya entusiasmado; cuando llegaba á hablar, parecia que no le era dable contener en su interior las verdades de que se hallaba persuadido; todo hablaba en él, y todo llevaba al alma la convicción y el sentimiento. Massillon era menos rápido y menos violento que Bourdaloue, pero en cambio tenia mayor atractivo y mas uncion. Hablaba con mucha autoridad, y casi siempre estaba de pié. Su presencia, aunque era de mediana estatura, se hacia notable por el recogimiento y la dignidad. Sus ademanes eran lentos, pero elocuentes; su voz flexible y sonora, y su mirada en extremo expresiva. Su exclamacion favorita *¡gran Dios!* que se encuentra á cada momento en sus discursos, salia del interior de un alma enteramente conmovida; daba á su voz en estos momentos una inflexion particular, acompañada de un mirar penetrante, de un ademán de súplica que siempre producía un efecto seguro.

Entre las contrariedades que afligian á Massillon se hace

mérito por alguno de sus admiradores de la falta de memoria, y él mismo se lamenta de olvidarse de gran parte de lo que se había propuesto decir. Cuando le preguntaban cuál era su mejor sermón, solía contestar:—El que sé mejor. No obstante esta circunstancia, Massillon se hizo oír en el púlpito durante mucho tiempo, hasta que fué consagrado Obispo de Clermont en 1717, habiendo predicado antes la célebre *Cuaresma* (1) que puso fin á su gloriosa carrera como orador.

Massillon falleció el 18 de setiembre de 1742.

Los mejores críticos han hecho elogios de los trabajos oratorios de Massillon: en España sus sermones, así como los de Bossuet y otros de sus célebres contemporáneos, se han traducido y coleccionado diferentes veces, siendo leídos con gran aprecio por los VV. eclesiásticos que se consagran á la predicación: la juventud debe leerlos con detención, y el análisis de sus pasajes mas notables ocupar algunas horas en las aulas; ejercicio que, bien dirigido por el profesor, puede en nuestro concepto producir excelentes resultados.

Un atractivo constante en la locucion, una armonía encantadora, dice L'Harpe, una eleccion de palabras dirigidas todas al corazon ó hábilmente dispuestas para herir la imaginacion; un conjunto de fuerza y de dulzura, de dignidad y de gracia, de severidad y de unción; un inagotable manantial de recursos que se fortalecen unos á otros; una sorprendente riqueza en las amplificaciones; un arte de penetrar en los mas secretos arcanos del alma, de referir detenidamente las debilidades humanas, de atemorizar y consolar sucesivamente, de exaltar las conciencias y de reanimarlas aplacando la severidad de la ley

(1) *Petit Carême*.

con el atractivo de la práctica de las virtudes; el uso oportuno de la sagrada Escritura y de los Padres, por mas que no se hallen citados con frecuencia, un estilo patético, arrebatador, y sobre todo cierta facilidad que hace que todo parezca valer mucho mas, porque todo parece que ha costado muy poco; en estos y semejantes rasgos se distingue Massillon de los demás oradores; títulos tan esclarecidos hicieron que aquellos mismos que no creían en su doctrina, creyeran en sus talentos, por lo cual Massillon fué apellidado *el Racine del púlpito* y *el Ciceron de la Francia*.

Trascribamos ahora algunos pasajes de los discursos de Massillon para confirmar las opiniones que acerca de su mérito acabamos de consignar.

En el sermón destinado á combatir la dilacion de los hombres en acudir á su Dios, en convertirse, hallamos los trozos siguientes, dignos de figurar en nuestra coleccion:

«No reserváis conmutemente, hermanos míos, á vuestro Dios, mas que los restos y los desperdicios de vuestras pasiones y de vuestra vida. He aquí vuestro lenguaje:—Señor, mientras sea útil para el mundo y sus placeres, esperadme: durante lo mejor de mi vida, no aguardéis, Señor, que vaya á vos, ni que os busque: mientras el mundo me retenga, yo no puedo resolverme á abandonarle: cuando comience á olvidarme, á huir de mí y no pueda valerme mas de él, entonces me volveré hácia vos, exclamando contrito: Aquí me tenéis; aceptad, aceptad un corazon que el mundo rechaza y que está afligido por la triste necesidad en que se halla de acudir á vos.

.....
 Teméis no poder sosteneros, mis queridos oyentes. Por ventura, difiriendo el convertiros, los prometéis que Dios os llamará algun día, y convirtiéndoos hoy, no os atrevéis á supo-

ner que os sostendrá? ¿contais con su misericordia ultrajándolo, y no os atreveis á contar con ella glorificándolo? ¿no creéis arriesgar nada por vuestra parte, y desconfiais de vosotros al comenzar á servirlo? ¡Oh hombre! ¿dónde está esa razon y esa rectitud de juicio de que hacéis continuo alarde? ¿es por ventura en el negocio de tu salvacion donde vienes á ser un abismo de contradicciones y una incomprensible paradoja?

Pero supongamos por un momento que las dificultades de la virtud superen vuestra debilidad, y aun mas que esto, que os veais precisados á retroceder. Por lo menos habreis pasado algun tiempo sin ofender á vuestro Dios, habreis hecho algunos méritos para aplacarlo, dedicado algunos dias para bendecir su santo nombre; y esto se desquitará de vuestra vida criminal, y de ese tesoro de iniquidades que estais acumulando para el terrible día de las venganzas; habreis, en fin, adquirido el derecho de presentar á Dios vuestra debilidad, diciéndole:—Señor, veis mis deseos y mi impotencia: ¡ójala tuviera yo un corazon mas constante para vos, ¡oh Dios mio! mas firme en el amor de la verdad, mas insensible al mundo y menos fácil para dejarse seducir! Fijad, Señor, mis incertidumbres y mis inconstancias: quitad al mundo el imperio que sobre mi corazon tiene; recobrad vuestros antiguos derechos y no me atraigais á medias, temiendo que os vuelva á dejar. Las eternas variaciones de mi vida me cubren, Señor, de vergüenza, y hacen que no me atreva á levantar los ojos hácia vos para prometeros una constante fidelidad. Muchas veces he faltado á mis promesas, despues de haberos jurado un eterno amor: mi debilidad me ha hecho olvidar frecuentemente la dicha de ese compromiso, hasta el punto que ya no tengo valor para responderos de mí. Mi corazon me hace traicion á cada instante; y mil veces al acabar de salir de vuestros piés, y aun con los ojos bañados en lágrimas vertidas por el dolor de haberos disgustado, la ocasion me ha seducido, y me han encontrado frágil y débil como anteriormente las mismas infidelidades que acababa de

detestar. ¡Qué puedo, gran Dios, afirmaros con un corazon tan frivolo y tan inseguro! ¿qué podré ya prometerme y ofreceros?

Hay y pocos oradores sagrados que igualem al célebre Obispo de Clermont en las oportunas y frecuentes invocaciones que dirige al cielo en nombre de su auditorio, en esos diálogos, en esos apóstrofes que escitan vivamente la atencion y que dieron á su elocuencia un interés verdaderamente dramático.

Al terminar el sermon dedicado á la *Concepcion de la Santísima Virgen*, Massillon recuerda para animar el valor apostólico de su ministerio, que los grandes de Jerusalem suponian ambicion en las lágrimas y en las predicciones de Jeremias, y en seguida pinta al mismo Luis XIV con tanta verdad como moderacion bajo el ejemplo de David. Leyendo este trozo patético puede juzgarse lo fácil que debia ser al monarca reconocerse á sí mismo en una alegoria tan palpable, y hasta qué punto su corazon debia conmoverse profundamente al encontrar en las palabras del orador el mismo lenguaje que en secreto le haria oír su conciencia.

Ved ahora de qué manera ha pintado Massillon los últimos momentos del pecador moribundo:

«Postrado el pecador, dice, en el lecho de muerte, no encuentra en el pasado sino recuerdos que le confunden, en lo presente imágenes que le afligen, y en lo porvenir horrores que le espantan.

No sabiendo á quién acudir, ni á las criaturas que se le escapan, ni al mundo que se desvanece, ni á los hombres que no podrán librarle de la muerte, ni á Dios, á quien mira como enemigo, y de quien no podrá aguardar indulgencia, se atormenta, se agita para huir del golpe que le espera, que le acusa, y hasta de sí mismo tiembla y quiere huir.

Sale de sus ojos moribundos no sé qué de sombrío y feroz, que revela las iras de su alma, y del fondo de su tristeza saca palabras entrecortadas por los sollozos. Palabras que apenas se oyen, y no se sabe si las inspira la desesperación ó el arrepentimiento.

Arroja miradas á Dios crucificado, y no se adivina si espresan el temor ó la esperanza, el amor ó el odio. Parece que se disuelve el cuerpo ó que el alma se aproxima á su eterno Juez: suspira profundamente, y se ignora si es la memoria de sus crímenes quien le arranca esos suspiros, ó la desesperación de abandonar la vida.

Por último, en medio de tan terribles esfuerzos, sus ojos se fijan, sus facciones cambian, su rostro se desfigura, su boca livida se entreabre por sí misma, todo su espíritu tiembla, y por medio de tan supremo esfuerzo su alma infortunada se desprende del cuerpo, cae en las manos de Dios, y se encuentra sola al pié de su tribunal terrible.»

Aparte del talento y brillantez con que Massillon ha realizado todos sus trabajos; prescindiendo, si es posible, de su mérito extraordinario, que es indispensable admirar en sus oraciones y mucho mas en sus escritos, lo que hay que considerar en sus trabajos, es el fin que se propone, la elección del asunto, la consagración de su ministerio apostólico á cada una de las necesidades de la Iglesia. Unos predicadores son los Demóstenes del pueblo; otros los Teólogos y Doctores que hablan solemnemente, puede decirse así, para que los entiendan los hombres facultativos; unos son para cierta porción selecta de la sociedad; otros para los académicos y literatos; pero Massillon es el predicador para todos. Sus *Sermones* son para el pueblo; su *Pequeña Cuaresma* para los grandes y los reyes; sus *Conferencias* para la juventud de los seminarios; sus *Discursos sinodales* para el Clero. Los hombres de letras han

admirado su discurso de recepción en la Academia; y sus *Paráfrasis de los salmos*, y hasta las *Cartas pastorales* que dió con motivo de acontecimientos públicos y solemnidades de la Iglesia, se han recogido con veneración por la piedad cristiana y con general aplauso por todos los hombres doctos. Tal era para Massillon la conciencia de sus deberes, de tal modo se conceptaba obligado al trabajo y los creía obligados á todos, especialmente á los sacerdotes, cuya apatía combatía enérgicamente en una de sus conferencias.

Massillon poseyó en primer término la elocuencia del corazón: envueltos, por decirlo así, en las mas delicadas formas, ofrece pensamientos profundos, presenta terribles verdades á la consideración de sus oyentes.

Los Sermones morales de Massillon son en su género perfecto modelo que debe imitar la juventud: en la *Oración fúnebre* es menos notable que Bossuet: la pronunciada en elogio de Luis XIV dá principio de una manera superior á cuanto antes y despues se ha hecho en este particular. — «Dios solo es grande, mis queridos hermanos....» espresion felicísima que á todos produce un mismo efecto, espresion magnífica pronunciada ante el féretro de un rey á quien en vida se apellidó Luis el Grande.

Fenelon.

No es muy frecuente contar á Fenelon en el número de los oradores sagrados. Sus sermones han pasado casi desapercibidos para la crítica; solo el A. Maury nos ha dado á conocer como obra de gran mérito el que pronunció en la Iglesia de las misiones extranjeras el año 1685, el día de la Epifanía,

ante un auditorio tan numeroso como escogido, entre el cual se encontraban los embajadores de Siam.

A leer este discurso por primera vez, dice, quise hacerle pasar como obra de Bossuet, y al efecto oculté cuidadosamente la portada: cuando concluí su lectura todos exclamaron unánimes, que solo el águila brillante de Meaux podía elevarse á tanta altura: hablaban muchos de la imaginación de Homero, de la vehemencia de Demóstenes, del genio y la ternura de San Juan Crisóstomo, de la fuerza y magestad de Corneille, queriendo ver en algunos rasgos de la peroración la energía y profundidad de Tácito, y frecuentemente el ímpetu y elevación del gran maestro. Durante la lectura, añade, no dejé escapar el libro de mis manos; y después que hube disfrutado de la embriaguez y entusiasmo de los académicos que me escuchaban, escité aun mas su sorpresa manifestando que la obra era de Fenelon.

Poco conocido este discurso, vamos á trasladar á este sitio algunos de sus pasajes.

Después de una alegoría en que presenta una magnificencia poética, y al pintar la Iglesia bajo la imagen de Jerusalem, Fenelon nos la presenta desde el origen del Cristianismo, mas estendida que aquel imperio que se vanagloriaba de ser el único del universo. Las regiones salvajes é inaccesibles del Norte, á quienes el sol apenas alumbraba con sus rayos, han visto la luz celestial: las abrasadoras playas de Africa han sido inundadas con torrentes de gracia.

Oíd cómo refiere la invasión de Roma y la conversión de sus fieros vencedores:

«Mirad esos pueblos bárbaros que hicieron caer el roma-

no imperio. Dios los tenia reservados bajo un cielo glacial para castigar la Roma pagana embriagada con la sangre de los mártires. Mándales abandonar sus lejanas é ignoradas comarcas, y el mundo queda inundado. Pero los mismos que destruyen el gran imperio, se someten gustosos al del Señor. Ministros á un mismo tiempo de venganzas y objeto de misericordia, son conducidos como por la mano delante del Evangelio, pudiéndose decir de ellos que hallaron al Dios que no buscaban.»

El orador recorre la Europa, recorre todo el globo, y con el vuelo de un genio profético y con la impetuosidad de un alma superior exclama:

«¿Qué es lo que resta? Pueblos de la estremidad del Oriente, vuestra hora ha llegado: si Alejandro, ese rápido conquistador á quien el profeta Daniel pinta como si con sus pies no tocara la tierra, á pesar de su ardiente deseo de subyugar el mundo se detuvo distante de vosotros, observad ahora de qué modo la caridad vá mucho mas lejos que el orgullo.

Ni las abrasadoras arenas del desierto, ni la aspereza de los montes, ni la distancia de los pueblos, ni las tempestades, ni los escollos de tantos mares, ni la intemperie de tantos climas, ni el término fatal de esa linea en que se descubre un nuevo cielo, ni las escuadras enemigas, ni las costas de los bárbaros, nada puede contener á los que Dios envía. ¿Quiénes son estos que caminan como las nubes? Vientos, llevadlos sobre vuestras alas. El Mediodía, el Oriente y las islas mas ignoradas los aguardan y silenciosas contemplan su venida desde lejos. ¡Qué hermosos son los pies de esos hombres que se ven llegar desde lo alto de las montañas, á traer la paz, á anunciar los bienes eternos, predicar la salud y decir:—¡Oh Sion, tu Dios reinará sobre tí!—Aquí, aquí están esos nuevos conquistadores que vienen sin mas armas que la cruz del Salvador.

Vienen, no para apoderarse de las riquezas y derramar la sangre de los vencidos, sino para ofrecer su propia sangre y defender los tesoros celestiales. Pueblos que los visteis venir, ¿cuál fué al principio vuestra sorpresa y quién quede describiros? ... Unos hombres que vienen a vosotros sin ser atraídos por ningún interés de comercio, ni de ambición, ni de curiosidad; unos hombres que sin jamás haberos visto, sin saber aun dónde estais, lo dejan todo por vosotros y os busean atravesando todos los mares con tantas fatigas y peligros, para haceros partícipes de la vida eterna que han descubierto. Naciones sepultadas en la sombra de la muerte, ¿qué gran luz hay sobre vuestras cabezas!

Siendo ya Fenelon Arzobispo de Cambray, subía muchas veces al púlpito de su iglesia, y dando rienda á su corazón y á su fé, derramaba en brillantes improvisaciones todos los tesoros de su fácil genio. Una circunstancia particular le ofreció ocasion para desenvolver en toda su fuerza su natural elocuencia. El sermón que en la catedral de Lille pronunció con motivo de la consagración del Arzobispo de Colonia, es á la par del discurso sobre las *Misiones*, uno de los mas perfectos monumentos de la elocuencia sagrada en la época que nos ocupa.

CHEMINAIS. El A. Henry, á quien seguimos casi fielmente en esta parte de nuestro libro, concede á este orador imaginación viva, solidez de juicio, un gusto esquisito, buen método, y fácil y noble expresión.

Sus discursos mas notables son el que trata del *Temor del Juicio de Dios* y el de la *Caridad con los encarcelados*.

El estilo de los trabajos oratorios de Cheminai, lleno de dulzura y de bondad, indica, en sentir de Maury, un talento

feliz; sus sermones respiran una elocuencia afectuosa, cuyo encanto hace sentir que este escritor, condenado por la naturaleza á enfermedades habituales, no haya vivido el tiempo suficiente para terminar con mayor gloria su misión. Parecía estar llamado á ser el predicador mas patético, y el P. Bouhours lo apellida no sin razon el Eurípides del púlpito.

Giroust. La elocuencia de este orador era natural y expresiva: sus maneras sencillas y agradables.

Poseía muy particularmente el don de fijar la atención de su auditorio por medio de rasgos patéticos muy oportunos.

Se le acusa por algunos de negligencia, y en verdad que esta calificación no merece quien, como sucedía á Giroust, supo hacer grandes conversiones.

LA RUE. Menos célebre que Bourdaloue, en los discursos morales, pero dotado de un talento mas flexible y de un alma mas sentimental, La Rue le aventajó en opinión de algunos en el género de los elogios fúnebres; era tan excelente poeta como buen orador, y poesia, como Fleuchier, el idioma latino, hasta el punto de componer bellísimos versos en la lengua de Virgilio y de Horacio.

Predicó muchas veces ante Luis XIV, en época en que grandes infortunios acobanaron la existencia de este monarca despues de cuarenta años de prosperidad y de gloria.

En 1711 La Rue hizo el elogio del gran delfin. Un año despues tributó el mismo homenaje al duque de Borgoña, discípulo de Fenelon, y en su discurso pintó con raro talento las qualidades de este príncipe que debía hacer la felicidad de la Francia.

El texto del discurso sacado de Jeremías, parecía una predicción, y elegido á propósito para anunciar el desgarrador espectáculo ofrecido á la vista de todos, de un padre, de una madre y de un niño, muertos en un mismo día y enterrados juntos: *Quare facitis malum grande contra animas vestras, ut interest ex vobis vir, et mulier, et parvulus de medio Judee?—¿Por qué os atraéis con vuestros pecados la desgracia de ver arrebatados por la muerte de en medio de vosotros al esposo, á la esposa y al niño?* (cap. 44.) El orador hizo correr abundantes lágrimas, tanto por la belleza del asunto como por las maravillas que su genio supo producir. No pueden leerse la mayor parte de los trozos de este discurso, y en especial el último, sin enternecerse.

Su talento no se hizo menos notable en la oración fúnebre del mariscal Francisco Enrique de Luxembourg, en la del mariscal de Boufflers, que Thomas mira como la obra maestra del autor, y en la de Bossuet, citada también con elogio por muchos críticos.

La Rue era entre todos los predicadores de su tiempo el que hablaba mejor. Dicese que su imaginación, fuertemente animada, dejaba escapar en el fuego de la declamación rasgos de grandísimo efecto, que no se hallan en sus sermones impresos. En los más de éstos se admiran el espíritu de observación, la fuerza y la facilidad al mismo tiempo; pero se notan también frecuentes desigualdades y desonidos.

Las huéllas de los grandes oradores que acabamos de citar fueron seguidas por otros, que más ó menos, y durante algún tiempo conservaron en Francia el esplendor del púlpito, al paso que en los demás países, y muy particularmente en el

nuestro, la decadencia se había hecho ya en extremo sensible.

A pesar de todo, La Rue, al terminar su carrera (1725) se resiente algo del malgusto que data en Francia, según Maury y otros, de la *Pequeña Cuaresma* de Massillon.

Teniendo que hablar este orador delante de un rey niño y de un auditorio enteramente nuevo, creyó debía prescindir de los grandes asuntos que con tanta superioridad había tratado en sus primeros años; con esta idea se redujo á hablar de la condición, de las obligaciones, de los peligros y de las debilidades de los grandes; limitándose, pues, á este punto concreto de la moral, no podía ser tan elocuente. Desplegó indudablemente todas las galas de un estilo agradable, pero no tuvo rasgos sublimes; hizo brillar ideas ingeniosas, pero no llegó á conmover como antes á sus oyentes. Por esta razón, á pesar del entusiasmo que inspiró por espacio de medio siglo la *Pequeña Cuaresma*, tanto que se hallaba del mismo modo en el bufete de Voltaire que en el tocador de las damas; á pesar del mérito en el estilo, que indudablemente hará inmortal esta predicación, es forzoso convenir en interés del buen gusto, que las ampliaciones, las redundancias, el frecuente regreso á las mismas ideas, los cuadros comunes y la monotonía de los planes, colocan á esta colección tan ensalzada en un puesto muy inferior aun á las demás obras de Massillon.

De aquí que el ejemplo y el éxito de tan ilustre maestro viniese á influir en los oradores que le siguen después, los cuales en su mayor parte se lanzaron sin reflexión por el mismo camino, olvidando esta regla tan profunda y tan luminosa de Bossuet: *En los sermones se desea la parte moral, y se*

desea con razon, porque la moral evangélica se halla fundada en los misterios del Cristianismo.

Despues del gran periodo que acabamos de estudiar, Francia tiene todavia por algun tiempo el privilegio de reclamar nuestra atencion. En medio del mal gusto que caracteriza los últimos dias de la época que nos ocupa, á pesar de los defectos que Maury y otros críticos hacen notar en los oradores sagrados posteriores al siglo de Luis XIV, es lo cierto que muchos de ellos merecen leerse, que caminaron mas lentamente á la decadencia, que teniendo por modelo á Massillon en su última Cuaresma se dejaron arrastrar insensiblemente por el mal camino; pero no puede menos de convenirse que en medio de todo supieron conservar grandes títulos á la estimacion de la posteridad.

Al bellissimo estilo de los predicadores del siglo XVI y XVII sucedió en todas las naciones una afectacion impropia del santuario: los sublimes asuntos de esa hermosa y sólida instruccion cristiana, perfectamente indicados por la Iglesia en el orden anual y en la distribucion de los Evangelios; estos asuntos tan importantes, tan fecundos, tan ricos para el sacerdote, y sin los cuales la enseñanza desprovista del apoyo de la sancion divina, y desheredada de la autoridad vengadora de un juicio supremo, viene á convertirse para muchos en una teoría ideal, en un sistema puramente arbitrario: estos asuntos sublimes se miraron con cierto desden renunciando las grandes ventajas y los grandes recursos de la moral cristiana que Bossuet tantas veces recomendaba (1).

(1) «On veut de la morale dans les sermons, et on á raison, pourvu, qu'on entende que la morale chrétienne soit fondée sur les mystères du Christianisme.» *Ser sur l'unité de l'Eglise.*

Los mas de los predicadores que aparecieron en Francia despues de Massillon, fueron conducidos por el torrente; y el púlpito descendió desde su elevada region á una moral puramente humana. Tratábase de filosofia, de economía política, y muy particularmente de metafísica: la elocucion era seca, alambicada ó poética hasta el esceso. En vez de descripciones oratorias se formaban retratos. Se escribía en un estilo lleno de afectacion, amanerado, enigmático, sentencioso, hinchado y sobrecargado con figuras ó con palabras técnicas. Cuando este estilo no presentaba tan ostensibles caracteres de mal gusto, solía caer en la languidez de una estremada flaqueza, sin colorido, sin ideas, sin vigor, sin trabazon y sin orden.

PAULZ. El Abate Paulle se dejó llevar acaso mas que ningun otro del gusto general. Desde su primer sermón dió á su estilo toda la afectacion de la elocucion académica. Les aplausos que obtuvo contribuyeron á estraviarlo todavia mas. Creyóse un orador perfecto, y no se tomó el trabajo, ni de moderar el vuelo de su imaginacion, ni de corregir su estilo, ni de profundizar la ciencia de la religion. Por consiguiente, en el escaso número de discursos que nos ha dejado, á escepcion de algunos fragmentos muy contados, no se advierte ningun vestigio de verdadera elocucion. La invencion es muy débil, y por decirlo así, nula. Sus planes con vaguedad concebidos y ejecutados, y sus continuas divisiones suelen contenerse las unas en las otras. Su idea no es por lo comun, ni clara ni exacta; quiere ser nuevo y original, y se convierte en oscuro y extravagante. Intilmente buscaríamos en sus discursos esa plenitud de razonamientos y esa abundancia de doctrina que lleva la conviccion al alma. Su prurito consiste en la

rapidez del estilo, á la que lo subordina todo, y afecta reasumir su idea en las menos palabras posibles. Lisonjea y agrada sin llegar á conmover.

Paule tenia no obstante un raro talento para herir los corazones, y lo manifestó en sus dos *Ehortaciones de caridad*, predicadas la una en favor de los infelices presos, y la otra en obsequio de los niños espósitos.

EL P. DE NEUVILLE adquirió fama en este periodo. Una imaginación fecunda, un colorido brillante y pensamientos ingeniosos le granjearon desde un principio grandes simpatías, que conservó por espacio de treinta años censuativos, y que llegaron al punto de considerársele como el heredero de Massillon; con el cual, dice severamente el Cardenal Maury, no tuvo nada de comun. Este profundo crítico censura la simetría, la afectación y el lujo en las expresiones de Neuville, pero principalmente combate la difusión de su estilo. Sus discursos, dice, son en el género oratorio lo que sería en música un continuo recitado, sin que niague aire saliente, ningún canto viniera nunca á enriquecerlo. El estilo débil y difuso del P. de Neuville en su insípida monotonía se asemeja, según otro crítico, á la fluidez y uniformidad mecánica de un caño de agua.

Esta opinión, aunque tenga algo de exacta es exagerada. El mismo Maury reconoce en el P. Neuville extensión y á veces elevación de ideas, nuevos juicios, rasgos oportunos, precisión, y aun en muchas ocasiones gran talento para el púlpito.

«Tuvo también el mérito de no capitular con el espíritu crítico de su siglo; no era de esos mundanos ministros de la religión, que confesando á Jesucristo con dificultad, se res-

balaban fácilmente en los puntos dogmáticos de la ley revelada. Por el contrario, trataba con valor apostólico las grandes y terribles verdades de la salvación. El ardor de su celo sacaba en estos asuntos, verdaderamente oratorios, la fuerza que al parecer faltaba á su talento.»

BEAUVAIS. En los sermones de Beauvais, Obispo de Senes, no se encuentra ese vigor de razón, esa elevación de ideas, ese vasto orden de plan; ni esa fecundidad de imaginación que distinguen á los primeros oradores franceses; pero se nota en sus trabajos oratorios una sencillez noble y sostenida, una sensibilidad dulce, una dicción correcta y cierto grato descuido; que á veces es negligencia, pero que persuade mucho mas por lo mismo que deja traslucir menos esfuerzo y trabajo.

«Vemos en este orador, dice M. Boulogne, á un hombre de bien, que á medida que habla del Evangelio saca sin trabajo ideas buenas del buen tesoro de su corazón; ideas á veces elocuentes y siempre instructivas; que no deslumbran al oyente, pero que le atraen; que no le apartan de sí mismo, pero que le conmueven con suavidad. Sus escritos llevan el sello de su carácter, la moderación, la dulzura y la facilidad. Casi siempre le falta energía, pero nunca gusto y moderación. Con justicia puede decirse que carece de arranques, pero no de unión y de gracia. Si no tiene grandes rasgos de ingenio, tampoco los tiene sutiles ni alambicados; es un río tranquilo que nunca se desborda; pero que no por eso contribuye menos á la fertilidad y belleza de las comarcas que riega. Es un modelo, en fin, de lo que los retóricos llaman género templado.»

- Casi todos los asuntos de Beauvais se refieren á las virtudes humanas. Trata de la compasion, de la dispensa de beneficios, de la piedad filial, del amor paternal, de la compasion para con los pobres, de las virtudes sociales, y si hay sermones que por el titulo se apartan de aquel terreno, son conducidos á él por medio de atinadas reflexiones. Quizá obra así arrastrado por su gusto y por la inole de sus estudios; pues sabemos que desde su juventud manifestó una gran repugnancia á la dialéctica, y por consiguiente á los asuntos de discusion; asuntos que es mucho mas fácil desdenarlos, que sobresalir en ellos. Pagó acoso en sus trabajos. Beauvais un tributo al espíritu de su siglo, que ya entonces solaba con humanidad y con beneficencia al gusto de una corte frivola y vana, esencialmente enemiga de toda instruccion demasiado profunda. Mas si fuera cierto que hubiese querido acomodarse á las ideas que contentaban á prevalecer, ó á la falsa delicadeza de su auditorio, lo que estamos muy lejos de conceder, podria decirse entonces que él mismo habia hecho traicion á su talento y sufrido las consecuencias de su complacencia en la falta de elevacion y de profundidad que se hace sentir de un modo notable en sus trabajos oratorios.

BOISMONT. El A. de Boismont manifestó en sus *Oraciones fúnebres* un estilo diferente del Obispo de Senez. Dotado de un talento fácil y de una imaginacion brillante, dice M. de *Boulogne*, sabiendo manejar hábilmente su palabra y dominar un asunto, ya para aprovechar sus recursos ó subsanar su esterilidad, reunió á una gran riqueza de ideas una gran pureza de expresiones.

Quiso ser orador de moda, y por su desgracia lo consi-

guió. Avido de buen éxito, impaciente por alcanzar una gran reputacion, sacrificó las felices disposiciones que habia recibido de la naturaleza. Nombrado orador titular de la Academia francesa, tuvo que colocarse á nivel de su auditorio, adoptar el gusto de sus jueces que imponian la ley, y mostrarse como ellos lleno de sobrecejo y de pretensiones, de afectacion en el estilo y de énfasis en las ideas. Tal es efectivamente el carácter de las *Oraciones fúnebres* del Abate Boismont. El verdadero orador se oculta en ellas y se hace olvidar; mas el escritor se muestra constantemente de tal manera, que al leerlo es imposible olvidarlo un solo instante, y parece que quisimos á la composicion de sus trabajos, viéndole colocar las palabras, poner en orden todas las frases y hacerlas servir á un solo objeto. Nunca se advierte en él ese estilo patético, esa soltura y esa efusion de sentimiento, sin las cuales no hay verdadera elocuencia. Es el Thomas del púlpito, con la misma hinchazon, con la misma aspereza, con la misma avidez y deseo de hacerse aplaudir.

La vejez del Abate Boismont se distinguió con una singularidad muy extraordinaria; porque en la edad en que no podemos corregirnos ni adelantarnos, esto es, á los setenta años, compuso una obra donde se nos muestra completamente distinto que en su juventud. Habiéndole encargado con un discurso para la inauguracion de un hospital militar y eclesiástico, este sermón es infinitamente superior á sus Oraciones fúnebres, es sin comparacion ninguna lo mejor que ha dejado, ó mas bien, el único monumento de verdadera elocuencia que de él nos queda, el título que mas recomienda su memoria á los inteligentes. En esta oracion desaparecen por completo todas sus faltas, siendoemplazadas por las bellezas de que

carecian. Tiene uncion, verdad y rasgos patéticos; sus medios están bien concebidos y superiormente desenvueltos; sus miras son justas y grandes, y sus expresiones felices; habla al corazón, á la inteligencia y á la razón; en una palabra, se nos muestra casi como un perfecto orador.

La decadencia del púlpito se hizo siempre menos notable entre los oradores sagrados de los campos y las aldeas. A la altura á que hemos llegado en nuestras investigaciones históricas, el culteranismo dominaba de nuevo casi todos los púlpitos; las sutilezas, las antítesis, las metáforas, retruécanos y paradojas, fueron introduciéndose entre los predicadores, y llegaron á ser tan del gusto del público, que se tenía por mejor orador al que con mas empeño hacia de ellas constante y vanidoso alarde.

Salváronse de este nuevo contagio que marca el fin del período que nos ocupa algunos misioneros, entre los cuales podemos enumerar en primer término á Domingo Mendoza, Julian Garces, Obispo de Tlascala, Vicente Valverde, Gerónimo Loaysa, Bernardo Alburquerque, Luis Beltran, Agustin de Avila, Bartolomé Ledesma, Tomás de Torres, Obispo de la Asuncion y Arzobispo de Sante Fé, Francisco de la Cruz, el P. Pedro Pablo, natural de Aix, con otros que mas ó menos hallamos citados en crónicas y libros de cuya autoridad no podemos dudar.

La Francia, que tiene el privilegio, como hemos dicho, de reclamar en este período casi por completo nuestra atencion, nos ofrece tambien un gran número de varones apostólicos acreedores al respetuoso homenaje de la posteridad, siendo entre ellos el mas insigne *Bridaine*, de quien no podemos me-

nos de ocuparnos en este momento á fin de dar á conocer en él á otros muchos cuyos nombres nos vemos precisados á omitir en obsequio de la brevedad.

BRIDAINÉ. Natural, espontáneo, oportuno, dotado de una voz penetrante que se hacia oír de ocho á diez mil personas al aire libre; fervoroso sin exageracion, concedor de los grandes resortes del corazón humano; aficionado al apólogo, á la metáfora y á las ideas repentinas, nuevas y palpables, Bridaine lograba siempre distraer piadosamente al auditorio, concluyendo por ser dueño de cuantos le escuchaban. El acento de la indulgencia mezclado con los gritos penetrantes de una dolcrosa indignacion; todos los caracteres de una imaginacion rica; bellezas originales y desconocidas que las reglas de los retóricos no adivinarán jamás; rasgos arrebatadores y trozos enteros dispuestos con gran esmero para producir seguro efecto, he aquí algo de lo que distinguia á Bridaine y contribuyó poderosamente á cimentar su reputacion y gran nombradía.

Conocemos el exordio del primer sermón que predicó el año 1751 en la iglesia de San Sulpicio de Paris; nada nos parece mas oportuno entre los trabajos del orador que nos ocupa.

La atronadora voz de Bridaine daba en ciertas ocasiones nueva energía á su elocuencia; y el auditorio, oprimido con la impetuosidad de su accion y con el poder de sus figuras, quedaba materialmente consternado. El profundo silencio que reinaba en el concurso, especialmente cuando, segun su costumbre, predicaba á la caída de la tarde, solo se interrumpia por tristes suspiros, que anunciaban el dolor de los circuns-

tantes; y estos acentos, espresion mas ó menos fiel de un dolor sofocado y sordo, se convertian mas tarde, en medio de las agitaciones, de los remordimientos que su secreta y profunda accion sobre las conciencias hacia estallar, en repentinos y rebotados clamores con que cada cual golpeaba entones su pecho.

Bridaine hallaba en su mismo celo el maravilloso arte de adquirirse, mantener y reanimar la atencion de la muchedumbre por todo el tiempo de sus mas largas peroraciones. Sabia variar continuamente el tono y el colorido, para fijar mejor el interés de su auditorio. Despues de los períodos mas patéticos y mas vehementes, tomaba de pronto un aire tranquilo: cambiaba de voz y de camino para llegar á su objeto; y esta aparente suspension era un nuevo resorte oratorio para conseguir mas fácilmente el objeto de su discurso.

De tal manera se nos ofrece Bridaine, y en ese retrato que Mr. Marmontel ha retocado despues, vemos al misionero apostólico, de que los españoles tenemos innumerables ejemplos vivos que poder seguir é imitar.

He aquí cómo se espresa dicho autor hablando de Bridaine. Rindamos, dice, un tributo de admiracion á la naturaleza sencilla y sin otros atractivos que los que de suyo produce un suelo rico y feraz. En nuestros jardines el arbusto necesita cultivo; pero el roble silvestre florece en medio de los bosques. El genio elocuente lo será siempre sin atavíos. Así lo he visto, y este ejemplo me admiró en mi juventud; lo tengo aun presente y lo tendré toda mi vida. El mismo Massillon fué testigo de ese orador á quien aludo, y estaba lejos de igualarle. No era su estilo ingenioso y tierno, ni su lenguaje depurado, ni su acento dulce y melodioso para dirigirse á

los poderosos de la tierra: era un orador santamente popular, que satisfecho con persuadir, descuidaba el arte de agradar. Desdeñaba las flores de una vana elegancia; no empleaba sino gritos, sollozos y continuos llantos; pero grandes rayos de fuego, arrojados á la casualidad, animaban sus palabras con estremado calor. Era el alma de un padre amoroso y de un juez inflexible á la vez. El débil, el triste, el indigente creian ver en él al ángel consolador, dispuesto á cubrir con sus alas su dolor. Mas si declaraba la guerra al hombre soberbio, al injusto opresor, al desapiadado rico, ó al cruel usurpador, una voz robusta, irresistible, llevaba el temor á esas almas de hierro. Todo temblaba bajo sus manos; consternábase el malvado y velase rodeado de un tenebroso abismo. Sinbygaba los hábitos, dominaba la naturaleza y hacia experimentar á todos el horrible suplicio del mayor remordimiento. En su presencia, el orgullo se sentia humilde, el hurto caia de las manos mancilladas, el placer rompía sus mas dulces cadenas; enemigos y rivales se perdonaban como hermanos; resultando un nuevo pueblo, que lleno de júbilo bendecia al orador que lo habia trasformado.

No puede decirse mas ni mejor dicho en obsequio de Bridaine.

Antes de terminar este capítulo viene á nuestra memoria un género de oratoria, del cual no nos hemos ocupado, y en el que se han distinguido casi todos los ilustres Prelados de la Iglesia desde los primeros tiempos. Nos referimos á las *Cartas pastorales*, ancho campo para la enseñanza del dogma y la moral cristiana, y en el cual la superioridad del que escribe contribuye á imprimir á este género de elocuencia un ca-

rácter especialísimo que le separa y diferencia de los demás.

Hemos dicho que casi todos los Prelados se han señalado en este género de trabajos oratorios, y la historia misma que hemos escrito confirma esta verdad. *Las Cartas pastorales*, por su sencillez y naturalidad, han influido en todas épocas en la elocuencia sagrada de una manera favorabilísima, conservando la noble energía de la verdad.

Los Príncipes de la Iglesia, maestros de la doctrina, lo han sido de la palabra por medio de sus *Cartas pastorales*. La edad, los achaques y las ocupaciones constantes que lleva consigo el augusto ministerio de que están investidos, les impiden muchas veces subir al púlpito, casi siempre lo verifican sin mas preparacion que su saber y su experiencia, y de aquí que las *Cartas* sean comunmente el medio de que los Obispos se valen para dirigirse con mayor estension al clero y pueblo de su diócesis: una coleccion de estos trabajos apostólicos seria un manantial inagotable de doctrina y de enseñanza universal.

Todos los paises nos ofrecen en este género de elocuencia grandes modelos; España y Francia, por confesion de autores diversos, sobresalen en primer término.

Citar en este momento nombres propios seria enojoso é innecesario. Con decir que los Pontífices mas ilustres, los Prelados mas sábios y mas elocuentes han escrito *Cartas*; con decir que los acontecimientos mas memorables han sido objeto de esas magníficas exhortaciones de los Príncipes de la Iglesia, es bastante para apreciar la importancia y trascendencia de ese género de oratoria, cuya historia seria muy difícil separar del gran cuadro que comprende las vicisitudes de la elocuencia cristiana en general.

Los hombres con dificultad saben contenerse en el medio acertado en que consiste la perfeccion de las cosas: tras los periodos mas brillantes viene la decadencia, que no es en materias de arte y de ciencia el cansancio, sino el extravío, la perversion del buen gusto, y por lo comun la vanidad y la soberbia del hombre.

El siglo XVI y el siglo XVII nos ofrecen momentos supremos de esplendor y de gloria para el púlpito cristiano. Mientras mayor era el abatimiento del espíritu y la dignidad bien entendida, mayor era la energía de los depositarios de la verdad. Cuando todo ha emudecido en torno de la tiranía y la opresion, mayor ha sido el fuego, la vehemencia y la energía de los predicadores del Evangelio.

España fué uno de los paises donde la elocuencia cristiana decayó mas en el siglo XVIII. El mal gusto llegó entre nosotros á un punto digno de la severa censura, de la terrible sátira del P. Isla.—Barcia, Pina, Peralta, Climent, Bocanegra, Arabaca, Calatayud, Maurin, Gallo (1), Rada y otros no fueron bastante á contener la corriente impetuosa de la afectacion, el amaneramiento y la falta de esa severa dignidad que caracterizó siempre y caracteriza hoy á nuestros oradores sagrados. El abandono de los estudios eclesiásticos contribuyó

(1) El P. D. Nicolás Gallo, presbítero de la congregacion del Salvador de Madrid. Sus sermones doctrinales panegíricos y oraciones fúnebres se publicaron en varios tomos en el año 1776. Dedicado primeramente á la jurisprudencia, y mas tarde al Sacerdocio, se hizo notar en la predicacion por su locucion fácil y metódica, su imaginacion viva, su comprension vasta, su fecundidad y elocuencia y por su grande instruccion en materias eclesiásticas, tanto, que llegó á ser uno de los mas eminentes varones en tiempo de Felipe V y de Fernando VI.

en primer término á esa lamentable situacion que en nuestra calidad de historiadores no podíamos, ni debíamos desfigurar.

Dominadas las universidades por la filosofia aristotélica llegó á resentirse hasta el estudio de la teologia. Inocencio XIII trató de esta materia, el Obispo Bocanegra en su dominica cuarta de Cuaresma censuró tanto abandono, y otros *escriitores* procuraron impedirlo. El mal subsistió no obstante por largo tiempo, ofreciéndonos escasos monumentos que elogiar durante él.

Los últimos años de la dinastía Austriaca y los primeros de la Borbónica nos presentan un cuadro tristísimo que á nada conduciria examinar minuciosamente, como no fuese para huir de los escollos en que cayeron los oradores de esta última mitad de la época que nos ocupa. D. Gregorio Mayans y Siscar (1) espone admirablemente los defectos mas comunes y los medios de corregirlos: Climent mandó traducir la Retórica eclesiástica del P. Granada, y en el prólogo de la traduccion se estiene en censurar los errores de aquella época, errores que combatiremos enérgicamente en la parte didáctica de esta obra. El P. Isla llevó al ridículo en su Gerundio de Campazas el amaneramiento y el mal gusto de los predicadores, pero todo fué inútil hasta una época mas próxima, y de la cual nos ocuparemos oportunamente.

De propósito hemos omitido el tratar de la elocuenoia sagrada en los paises protestantes en Alemania, donde no aparece hasta despues de la paz de Westfalia (2), y en Inglaterra hasta los reinados de Carlos II y de Jacobo II, en cuya época no se habia perfeccionado aun el idioma inglés, la literatura

(1) *Orador Cristiano.*

(2) Capmani.

tenia notables defectos y la oratoria sagrada era mas bien didáctica que teológica, escolástica casuistica, llena de erudicion, molesta y recargada de subdivisiones. Posteriormente se perfeccionó y nos presenta algunos oradores célebres, si bien, como dice el Obispo Burnet, los predicadores ingleses se formaron y confundieron entre los maestros de la escuela francesa (1).

Entre ellos debemos citar al Dr. Clarke, juicioso y sólido razonador, oportuno en la aplicacion de los textos sagrados, de estilo puro, correcto, convincente, instructivo, y á veces hasta elegante, pero por lo comun frio, fulto de interés y de elocuencia. El Dr. Barrose es fecundo, de fácil comprension y superior ingenio, pero carece de animacion, si bien de recta moral y notable facundia. Tambien debemos citar al Obispo Burnet, al Dr. Leed y al Obispo Sherlock, y mas aun al popular South por la novedad de sus ideas, naturalidad en el estilo, que á veces degenera en trivial y semi-vulgar. Tambien fueron notables el Obispo Alterbury, uno de los mas elocuentes predicadores ingleses, alguna vez apasionado, pero siempre correcto y bello, y el célebre Tillotson, modelo de bien decir en aquel pais, orador perfecto, de estilo claro, fácil, forma sencilla, natural, pura y hasta elegante, si bien algunas veces débil y defectuoso, lo cual no le hace desmerecer y le coloca en primer término, segun Hugo Blair (2). En nuestra opinion no puede compararse con el mas débil de los oradores franceses católicos que hemos elogiado.

La oratoria sagrada no pudo en realidad desarrollarse en

(1) En sus *Memorias.*

(2) *Leciones sobre la Retórica.*

Inglaterra, ni en los demás países del Norte, como tampoco en los pueblos que abrazaron la reforma. Faltos de animación y lógicos en extremo, no se apasionan por los rasgos elocuentes, ni dan tampoco lugar al sentimiento. Por otra parte, la reforma aceptada por aquellos Estados destruyó la elocuencia sagrada como todos los demás actos esternos del culto católico, tan hermoso, tan brillante, tan bello. El hombre, abatido por la predestinación que Calvino defendiera, carece de aquel amor, de aquel sentimiento, de aquella voluntad fervorosa y ardiente que tan maravillosos efectos produce en la oratoria entre los católicos. Los protestantes consideran al hombre como una inteligencia pura, sin imaginación y sin pasiones: por eso, mas que predicar la moral, la imponen en áridos sermones doctrinales, y carecen de dos géneros tan notables como el panegírico y la oración fúnebre: sus sermones son frios y pesados razonamientos faltos de vida, á los que contribuye no poco la costumbre de leer los discursos que se observa en la Gran Bretaña.

Por último, en Alemania, por las mismas causas que en Inglaterra, no floreció la elocuencia sagrada: la lengua alemana y su literatura no estaba perfeccionada aun en el siglo de Federico el Grande (siglo XVIII), así lo confiesa Bielield. Los oradores protestantes solo pueden presentar á Moshein, que reuniendo á la sencillez del culto protestante el calor del católico, pertenece por completo á la escuela francesa, que tanto brillaba entonces.

Sin embargo, un escritor de aquel país, Jerusalem, en su obra titulada *Leit sur la litt allem*, en el siglo pasado, sostiene que la Iglesia protestante alemana puede presentar oradores capaces de competir con los franceses, y aun contarse entre ellos Bourdaloues y Massillon, si lo permitiese el espíritu

de su culto, añadiendo que en Berlin florecían oradores de primer orden, presentando como uno de ellos á Moshein; pero la opinión de este escritor queda desvirtuada con lo que acerca de la lengua y literatura alemana nos dice el mismo Federico en otra de sus obras, y aun con las palabras mismas de Jerusalem, que dice que la oratoria sagrada de los protestantes era sencilla y clara, no vehemente ni florida.

No obstante, los católicos oyen con gusto al P. Carlos Crocifero, á Rositzka, á Steininger y algun otro; y los protestantes aplauden á Gramer en Copenhague, á Thieden en Schweidnitz, á Lavater y á otros en otros puntos; singularmente Jerusalem, predicador en Brunswick, es alabado por los protestantes y por los católicos como el orador mas elocuente que en su género ha tenido la Alemania.

En el siglo XVIII la Italia nos ofrece algunos nombres ilustres: Giacco, Cassini, Vanalesti, Suniscalchi, Magliavaeca, Mannfredi, Bassani, Rossi, Fornielli y Granelli, en especial estos últimos, presentan unción clara y elegante, buenos pensamientos y oportuna erudición, siendo mas dignos de alabanza por haber evitado defectos, que por tener carácter de verdaderos oradores; siendo mas dignos de mención por las faltas de otros que por sus propios méritos, pues si bien hay pureza y corrección de estilo y razonamiento grave, carecen de afecto, de persuasión y de secreto de conover en sus escritos.

Hay, no obstante, entre estos nombres, algunos dignos de especial alabanza: estos son Trento, Vessini, y sobre todo Segneri: este tiene mucha doctrina, dicción fuerte y espresiva, conocimiento de la Escritura y Santos Padres, erudición sagrada y profana muy oportunamente empleada, estilo enérgico y vivo, y aun con frecuencia noble y elegante, reuniendo dotes natu-

rales á los auxilios del arte, hasta el punto de poder numerarse como el regenerador de la oratoria sagrada en Italia; pero eran tantos los defectos que esta entonces tenia, que á pesar de sus buenas prendas, Segneri no acertó siempre á evitarlos: algunas veces se pierde en vanos conceptos y en juegos de vocablos, abuso muy generalizado entonces: es tambien inoportuno en las citas, otras veces debilita la energia del discurso con la multitud de textos, perjudicándole su copiosa erudicion, especialmente empleando con demasiada frecuencia el uso de las fábulas mitológicas, que no deben usarse en la cátedra de la verdad. De seguro se hubiera granjeado un nombre universal si á su doctrina y facultad hubiera acompañado un buen gusto y un ilustrado juicio; mas á pesar de su falta, sus sermones, traducidos á diferentes idiomas, entre ellos al español, demuestran la influencia legitima que ejerció en el desarrollo y perfeccion de la elocuencia sagrada, pudiendo decirse maestro entre los suyos, por la fecundidad de ingenio, originalidad de pensamientos y riqueza de locucion.

HISTORIA

DE LA

ELOCUENCIA CRISTIANA.

LIBRO CUARTO.

EPOCA CUARTA.

CAPÍTULO PRIMERO.

Consideraciones generales.—Predicadores anteriores á la revolucion: Boulogne.—Fraysinous.—Mascarthi.—Goyon.

Los acontecimientos que tuvieron lugar á fines del pasado siglo, los que han sobrevenido despues, han ejercido y están llamados á ejercer una notable influencia en la oratoria del púlpito.

Al llegar en estas investigaciones históricas á la época moderna, nuestra tarea debe limitarse á muy estrechos límites, evitando calificar ciertos hechos, cuyas consecuencias aun no es fácil preveer ni calcular.

Quando nos dirigimos al clero anunciando la publicacion de este libro, decíamos que la elocuencia oristiana atravesaba un periodo de renovacion, especialmente en nuestra patria, y esta es una verdad.

Después de nuestros grandes oradores del siglo XVI y de los que hemos citado en los capítulos anteriores, no son muchos los que merecen una especial mención. Barcia, Vieira y otros han contribuido en España á mantener el esplendor del púlpito: no han faltado jamás en nuestro suelo oradores excelentes, teólogos insignes, moralistas edificantes; pero el privilegio de atraer en la época moderna las miradas del historiador de la palabra santa, corresponde de derecho á los franceses, iniciadores del nuevo estilo de la elocuencia sagrada, que tiene un ancho campo que recorrer, y en el cual algunos ilustrados sacerdotes españoles han comenzado á brillar en nuestros días con justísimos títulos.

Sin citar nombres propios, porque no entra en nuestro plan, alentar debemos á los que comprendiendo el nuevo carácter de la oratoria del púlpito, se esfuerzan por combatir desde la cátedra del Espíritu Santo las funestas teorías que legaron al mundo atrevidos innovadores, que osados trastornaron hasta en sus cimientos la sociedad.

Época de lucha activa é incansante es á la que hemos llegado. Los grandes modelos de elocuencia tranquila y reposada que pudiéramos presentar y que han brillado en España desde mediados del siglo XVIII hasta nuestros días, nos harían ir demasiado lejos; y no nos dejarían espacio para consignar en las páginas que nos faltan nuestras opiniones sobre los iniciadores de la escuela moderna del púlpito, para la cual se hace precisa una especial preparación en la juventud.

Los filósofos fueron los precursores de la revolución, los predicadores sus profetas: el movimiento revolucionario se operó, como sucede siempre, en la idea; se transmitió más tarde á la voluntad, se tradujo por último en acontecimientos

que la pluma se resiste á trazar. Grandes lecciones guardan las páginas sangrientas de la revolución; y, ¡ocurra incomprendible! aun hay panegiristas ciegos de aquellos horrores, aun hay ilusos que no se estremecen y tiemblan por sus hijos, por sus esposas, por sí mismos, y desean la reproducción de nuevos y mayores atentados. Cuando después de los sangrientos combates que destruyeron la Francia y espantaron la Europa civilizada, la cruz volvió á reaparecer sobre las ruinas de aquel pueblo, como signo de regeneración y de olvido, muchos creyeron que iba á permitirse á los sacerdotes, vueltos del destierro, combatir con la libertad de los apóstoles los funestos principios que habían barrenado el edificio social, y anunciar sin obstáculo las verdades santas que forman la vida de los imperios; pero Bonaparte, que pretendía tener en su mano á los sacerdotes como instrumentos de servidumbre, encadenó su palabra y la hizo enmudecer muchas veces, y los reyes no fueron tampoco en este punto más reflexivos. La religión que había presidido hasta cierto punto la formación de la monarquía, no fué admitida en el Estado sino como por gracia y por un acto de deferencia debido á su carácter divino. La mayoría de los poderosos y de los hombres de gobierno no escucharon los discursos del sacerdocio, sino porque la etiqueta les obligaba á concurrir á las fiestas religiosas. El espíritu de impiedad, que se había infiltrado en las entrañas sociales, llevaba consigo la indiferencia ó el desden hacia todas las prácticas del culto católico. La piedad de algunos nobles y de muchos individuos del pueblo no era bastante para dar á los predicadores el ascendente que exige su santo ministerio, y no obstante, muchos triunfaron de tantos y tantos obstáculos. Bajo el imperio y bajo la restauración, el púlpito fran-

oés tuvo todavía oradores famosos por su elocuencia, que proclamaron con dignidad los dogmas de la fé, atacaron con la autoridad de la razon los extravíos de una filosofía impia, y abrieron en realidad la nueva escuela de que mas tarde llegaron á ser grandes maestros los PP. Lacordaire, Ravaignan, Rábaut, y últimamente el P. Félix, á quien no hace mucho hemos tenido la dicha de oír con increíble entusiasmo.

Cuando en el tomo tercero nos ocupemos de los medios de realizar la mision de la elocuencia del púlpito, espondremos acerca del nuevo estilo de la oratoria sagrada lo que nos parece en cuanto á su aplicacion á España; donde, si es cierto que existe la unidad religiosa, no es menos evidente que el clero debe estar preparado para todo, una vez habiendo logrado adquirir carta de naturaleza entre nosotros, los mas exagerados delirios de la vanidad y del orgullo humano.

No fué bastante en Francia, después de la revolucion, no ha sido en otros países, no lo es en España hoy dia la sencilla esposicion del dogma, la censura del vicio por la severidad del Evangelio, la excitacion á la virtud hecha por el párroco desde el presbiterio de su iglesia. Seria un absurdo sostener que todos los auditorios son iguales, pretender que en la aldea se predique como en la ciudad; nosotros combatiremos esto con todas nuestras fuerzas; pero al describir el último aspecto de la elocuencia cristiana, nuestro deber era fijarnos en sus tendencias de mas bulto, de mas relieve, ya que no podemos ni queremos decir de mas importancia.

Por esto, á pesar de tener reunidos los nombres de los predicadores que en España y en otros países se han señalado desde la revolucion hasta nuestros dias, hemos preferido dar á conocer las tendencias universales de la elocuencia cris-

tiana, en vez de examinar detenidamente sus trabajos oratorios, de gran estima, de aplicacion inmediata para la generacion de los predicadores, pero cuyo carácter distintivo es la union evangélica, la sencillez, la naturalidad, el buen método, la claridad en la esposicion, de que antes de ahora hemos señalado grandes modelos en nuestro libro.

Lo difícil no es seguir entre nosotros la escuela mística: nuestros sermonarios son morales en su mayor parte, pocos de ellos tienden á la universalidad de la enseñanza evangélica que hallamos hoy en los mas famosos predicadores de la Francia: allí todas las escuelas tienen sus representantes y sus adictos, todos los sistemas ardientes defensores: no hay unidad en la creencia ni en el culto; no hay tranquila posesion, sino agitada controversia; lucha de pensamiento y de pasion; y esto que caracteriza el estado social de la Francia, comienza á hacerse estensivo á otros países, y desgraciadamente al nuestro tambien. El progreso material aviva las pasiones; la sed de goces immoderados y de riquezas conduce al olvido de la moral, y es forzoso dar importancia á esa lucha entre el espíritu del bien y el espíritu del mal, que siempre es la misma, pero que en sus formas es varia é inconstante.

Cuando dirijamos nuestra voz á los párrocos, á los misioneros, les diremos: Seguid, seguid vuestro camino; hablad como habláis á esas gentes sencillas que os rodean, que os siguen llenas de fervor, de fé y de entusiasmo; pero al trazar los rasgos distintivos de la elocuencia moderna, y podemos llamar así á la que parte de la revolucion francesa, nuestro lenguaje tiene que ser diferente: necesitamos alentar á los jóvenes que pudieran arredrarse ante las dificultades de la ma-

va mision del púlpito, mostrándoles los que en ese terreno les han precedido. Solo el ejemplo de esas grandes lumberas puede facilitar el camino de su preparacion, y son por esto los capitulos de este libro los de mayor interés práctico en las aulas, si no se han olvidado las sábias lecciones que guarda la historia de la palabra santa en las épocas anteriores.

Circunscribamos, pues, nuestras observaciones y hagamos el exámen de los oradores que han adaptado sus enseñanzas á las necesidades de la época actual.

Boulogne.

Este insigne orador, Obispo de Troyes, se habia distinguido antes de la revolucion: despues de los tristes sucesos que todos conocemos, su palabra adquirió nueva vida, mayor importancia y autoridad.

Las ideas de órden, de consecuencia, de justicia, desterradas entre los hombres, se despiertan por medio de sus discursos y pastorales: las nuevas teorías hallan en sus trabajos oratorios correctivos seguros, y los enemigos mismos de su gloria confiesan su grande atractivo y su irresistible poder.

Como medio mas seguro de conocer la índole de sus sermones, trasladaremos de ellos algunos pasajes, que pueden servir de ejemplo á la juventud.

«Fútiles razonadores, esclama en uno de sus discursos, me ofrecéis sistemas, y yo pido consuelos. ¿Qué me importa toda esa pomposa palabrería con que fatigais mi razon? Necesito auxilios que alivien mi corazon; mi corazon es el que padece, el que está enfermo, y vosotros lo dejais entregado

á su avidez, le arrancais su mas querida esperanza; y para aliviar mis desgracias no pensais sino en alimentar mi orgullo. ¡Ah! ¡si pudiérais contar todos los desgraciados que habeis! Habeis seducido á los ricos y á los grandes del mundo, y de ello no me admiro, porque la abundancia corrompe y las grandezas ciegan. Pero vuestro triunfo es todavia imperfecto; llevad vuestra árida moral á las tristes cabañas, id á enseñar á ese infeliz á quien el hambre devora, á esa desconsolada madre, cuyo tierno niño se alimenta menos con leche que con lágrimas; á ese infeliz acostado sobre la húmeda paja, id á decirle que es victima de su credulidad, que al estrechar entre sus brazos la efigie de un Dios que padece, no abraza mas que un vano fantasma, que no hay Jesus que lo favorezca, que únicamente su razon debe ser su salvacion, su único auxilio, todo su consuelo.... Bárbaros, no os atreveis: ¿creeríais insultar su estado y ultrajar su infortunio? ¿podria oiros él mismo? ¿Disertaríais mientras él llora? ¿razonaríais mientras padece? Cuando se llora y se padece, se necesitan remedios, y no máximas, sentimientos, y no discursos. ¡Ah! el Dios afligido á quien adoro, les dá esos remedios, esos sentimientos de fuerza y de paciencia, de paz y de resignacion, de que él es el vivo ejemplo é inagotable fuente. ¡Ah! dejadnos nuestro Evangelio con su sencillez, nuestro Dios con su firmeza, nuestra cruz y su santa locura: dejad á los pobres su mejor amigo, á los débiles su mas firme apoyo, á los moribundos su único consuelo y á todos los afligidos su salvador y su padre.»

En el siguiente pasaje M. Boulogne desenvuelve admirablemente las grandes pruebas de la religion cristiana.

«Reina sobre el mundo, dice en el mismo sermón hablando de Jesucristo, reina sobre el mundo por medio de sus victorias. ¡Qué no podrá este cuya muerte fué honrada con el

dolor de toda la naturaleza! ¡Qué victorias no debe prometerse el vencedor de la muerte misma, aquel que con su grito postrero nos anuncia que no muere como los demás hombres por necesidad y por flaqueza; que la vida no le es arrancada, sino que la dá él mismo, según lo había predicho; y que para herirle la muerte, ha tenido que aguardar, por decirlo así, á que él mismo la dé la señal! Y es de notar, que adquiriría pocos discípulos en el tiempo mismo en que despedía mayor respaldor á causa de la cantidad de sus obras y del número de sus milagros; ahora que ha padecido el último suplicio como un gran delincuente, los pueblos se postran á sus piés. Mientras sus manos están clavadas en la cruz, agita y sacude, dice la Escritura, las estremidades de la tierra, y todo se conmueve por el poder de su último suspiro. Del interior de su sepulcro nace esa numerosa posteridad que Isajas anunciaba, y donde todas las grandezas vienen á anonazarse, comienzan las suyas.

El calvario es un monte elevado sobre todos los montes; se le distingue desde el oriente al occidente; los reyes acuden desde lejos, los bárbaros se someten, y los gigantes de la tierra vienen á postrarse ante el estandarte de la cruz. ¿Cómo se ha ejecutado esta admirable revolución, y con qué arte se ha podido desencantar al mundo? ¿Cómo un Dios cubierto de aprrobio ha hecho desaparecer esas divinidades tan respetadas, ante quienes se prosternaba el universo? ¿Cómo el águila romana ha venido á colocarse á la sombra del infame patíbulo?...

Hermanos míos, aquí es preciso, es necesario cantar con el profeta. Por el leño ha reinado nuestro Dios. No por el número de los ejércitos ni por la cantidad de los tesoros, ni por los orgullosos razonamientos de una elocuencia vana, sino por la fuerza y secreta virtud del madero ignominioso. Lejos de tenerlo oculto, de embellecerlo con ficciones, ó de disminuir la ignominia con adornos del discurso ó con sutiles alegorías, es predicado sin disimulo y sin rodeo. El gran Pablo no quie-

re hablar sino de ese madero y de su santa locura; de este mismo escándalo hace depender todo el éxito de sus palabras. Los judíos le piden milagros y él les anuncia á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado: los griegos piden razonamientos y les anuncia á Jesucristo, y á Jesucristo crucificado, á fin, dice, de que la virtud de la cruz no se debilite y de que ninguna fuerza ni ningún talento puedan apropiarse la grandeza de sus obras ni los progresos de sus victorias: *Ut non glorieter omnis caro inconspicere ejus.*

Y ahora, ¿dónde están los sábios, los doctores y los orgullosos escrutadores de la ciencia de este siglo? *ubi sapiens? ubi scriba?* ¿No está escrito: Perderé la sabiduría de los sábios y reprobaré la prudencia de los prudentes? ¿Quién se ha visto precisado acallar el Evangelio ó la filosofía? ¿Ha caído la cruz delante de los ídolos, ó los ídolos delante de la cruz de Jesucristo? ¿Son los Césares los que han subyugado á los Apóstoles, deshecho del mundo, los que han subyugado á los invencibles Césares? ¡Grande y magnífico espectáculo! Dios se ha valido de lo que había mas débil para destrozor lo que había mas fuerte, de todo lo que había mas insensato para confundir lo que había mas presuntuoso, y aun de lo que no existía para aniquilar lo que existía; ha persuadido contra todas las reglas de la persuasión; ha hecho creer en aquel escándalo por medio del escándalo mismo; ha subyugado los mas vastos genios así como los pequeños; ha querido que su religión, del mismo modo que el universo, fuese sacada de la nada; y por esta segunda creación, no menor que la primera, prueba que todo depende de su mano, y que quien ha trocado y removido el mundo con la sola palanca de su cruz, es el mismo que lo crió con su sola palabra: *Ut ea que sunt, per ea que non sunt destrueret.*

Y mientras una política profana pregunta todavía cuál es el poderoso brazo que ha destruido el vasto imperio que había asumido todos los demás, en cuanto á nosotros, hermanos míos, no vemos en esas grandes ruinas sino la invencible fuer-

za de un Dios crucificado, que, según el profeta, debía dividir los despojos de los fuertes, que no permitía el inaudito éxito de sus armas victoriosas sino para abrir en cierto modo mas amplia entrada á su Evangelio y preparar así mayor triunfo á su cruz.

Pero la victoria de las victorias consiste en la creencia del solo misterio de la cruz hace brillar al punto las mas elevadas virtudes. De las sagradas lagas de Jesus sale repentinamente ese fuego de amor divino desconocido hasta entonces en la tierra, y animada con su sangre, no puede ya contarse la muchedumbre de justos que cada dia produce. ¡Cuánto me complazco en verlos acudir, agruparse alrededor de la cruz y abrazar con júbilo los caminos mas sangrientos! ¡Oh nuevo prodigio! El reino de los sentidos desaparece para ceder su puesto al imperio del alma; los ángeles se muestran en cuerpos mortales; los ricos se despojan de sus bienes para enriquecer á los pobres; los pobres tienen á gala su humillacion y bendicen su infortunio; los desiertos se pueblan de hombres que solo meditan las verdades eternas; del mismo modo que se habian visto correr millares de personas en pos de la fortuna y de los placeres, corren ahora al suplicio y á la mas horrosa muerte; los oprobios de Jesucristo son sangrientos á todos los tesoros de la Iglesia, y sus discipulos, al elevarse sobre el hombre, prueban evidentemente que su Maestro crucificado es el Dios único y verdadero. La haz de la tierra se renueva, el cielo parece que desciende, y así trocado el universo en paraíso adora un nuevo Criador....

No nos opongaís el argumento de esas naciones que han caído en la apostasia ni el de esas otras que todavia no lo reconocen....

Cualesquiera que sean los designios de la Providencia, y sin entrar en una profundidad que no pertenece á nuestro asunto, ¿no es cierto que la moral pura que existe sobre la tierra, y que los dogmas acerca de la eternidad de Dios y de la vida futura, profesados en todas partes, son debidos á ese

Crucificado? ¿No es cierto que ese Crucificado es tambien el que hace la distincion entre naciones civilizadas y naciones bárbaras, de manera que donde es desconocido, dominan la oscuridad, la degradacion y la muerte; y que allí donde impera, brillan todas las grandes virtudes y todas las grandes luces? ¿No es cierto que el famoso impostor que invadió tantos países con su sangrienta espada, muy lejos de sonrojarse de ese Crucificado, se declaró su intérprete mas bien que su rival? De manera que el nombre de este Crucificado es todavia superior á todos los nombres, es el primero y al mismo tiempo el último, es el único despues del cual no hay otro, y mientras que el sol de la cruz dá la vuelta alrededor del universo, la mayor parte lo adora como un Dios, al paso que la otra lo honra como un sábio.

Ahora comprendo esa magnífica exaltacion de que él mismo hablaba al anunciar á sus discipulos el género de muerte con que debía morir: *Et ego si exaltatus fuero a terra.* ¡Cuánto ennoblece esta grande expresion el misterio de la cruz y cuán augusto hace su oprobio! Ya está elevado de la tierra: *Exaltatus a terra.* Colocado entre el cielo que ha abierto y el infierno que ha cerrado, midiendo desde lo alto de su cruz el universo, descubriendo el imperio que adquiere y la iglesia que dá á luz, abrazando á todo el género humano con sus brazos estendidos, llamando con una mano al oriente y con otra al occidente; repudiando con una mano el antiguo pueblo y creando el nuevo con la otra; disipando con una mano la ignorancia y con otra la impiedad, y mil veces mas fuerte que Sanson, hace tambien estremecer las dos columnas de aquel templo donde el espíritu de mentira se hacia adorar; mientras que con el encanto de su gracia alumbraba y atrae á todos aquellos que su Padre le ha dado, con la fuerza de su brazo subyuga y reduce á polvo cuanto se opone á la magestad de su reino y al triunfo de su cruz: *Et ego si exaltatus fuero a terra omnia traham ad meipsum.*

Corred, pues, cristianos, venid vosotras todas, hijas de

Sion, venid á ver á vuestro Rey en toda la gloria de su magestad y en todo el esplendor de su diadema: *Egredimini et videte, fite Sion, Regem in diademate*. Vedlo coronado de honor y de gloria ceñido con tantos laureles como nuevas virtudes esparció sobre la tierra y nuevos trofeos consiguió sobre el error; instalado sobre los vestigios de la idolatría y sobre las ruinas de las sinagogas y permaneciendo único Dios en la caída y muerte de todos los demás dioses. Cristianos, es tiempo de reconocerlo, es tiempo de postrarse delante de sus oprobios, de saludarlo Rey de los judíos, y de borrar, si es posible, sus sacrílegos desprecios por medio de un culto infinito y de una ilimitada adoración; es tiempo de decirle lo que los ángeles no cesan de repetir: Si, señor, sois digno de recibir el poder, la divinidad, la fuerza, la sabiduría y la bendición. Os han creído débil, despreciable é insensato, manos criminales os han levantado sobre un infame madero, y este ignominioso patíbulo se ha trocado en asilo fecundo, cuyas magestuosas ramas dan sombra á toda la tierra. Besemos respetuosamente esas sagradas llagas y esos angostos cardenales de que habeis sabido sacar tanta gloria. Dóblese á vuestro nombre toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Publique todo en comun concierto de admiración y de alabanza, que habeis hecho de todos los pueblos un solo pueblo, de todos los reinos un solo imperio, de todos los imperios una sola religión y del universo entero una sola conquista; que habeis adquirido todo esto en aquel mismo instante en que todo se nos huye y se nos escapa, y que, por último, habeis empezado por donde los demás dejan de vivir.»

Tal es la elocuencia de M. de Boulogne, que algunos críticos juzgan con injusta severidad.

Frayssinous.

Antes de ocuparnos de las notabilísimas Conferencias de este ilustre orador, conviene que, siguiendo al A. Henry, entremos en algunos detalles respecto al origen de este género de enseñanza, tan celebrada durante el imperio, y que desde la Restauración hasta nuestros días ha contribuido de un modo muy notable al movimiento de las ideas religiosas en toda Europa.

La iglesia de los PP. carmelitas de la calle de Vaugirard, teatro de las matanzas de setiembre de 1792, era en 1801 iglesia parroquial interina de San Sulpicio, á cuyo frente se encontraba M. Pancemont. En esta época se dió principio en este templo á la esplicacion razonada del catecismo, hecha por un sacerdote de la diócesis de Rodez, al que ayudaba en su tarea como catequista Dionisio Antonio de Frayssinous.

Frayssinous era descendiente de una distinguida familia: nació el 9 de Mayo de 1705 en la Vaysière, recibió su primera educación en el colegio de Rodez, antiguo noviciado de jesuitas, entonces dirigido por sacerdotes seculares. Pasó después á Paris en compañía de M. Clausel, de Montals y el A. de Pradt.

Una vez en Paris, la vocación perfecta que para abrazar el estado eclesiástico había manifestado Frayssinous, se dió á conocer ostensiblemente, habiendo en 1783 entrado en la comunidad de Laon, dirigida por los PP. de San Sulpicio. Su modestia le hizo rehusar medios de elevarse, y en 1788 recibió el subdiaconado, agregándose á los sacerdotes de San Sulpicio,

casí al mismo tiempo que M. Boyer su pariente. Al año inmediato Frayssinous y Boyer se ordenaron de sacerdotes. En los días calamitosos de la revolución, los dos jóvenes eclesiásticos se refugiaron en su país natal, agregándose á la parroquia de Curières, donde se hallaba situada la antigua posesion de Puech, y M. de Frayssinous tuvo la felicidad de obtener la retractacion del párroco de aquella iglesia, uno de los adheridos á la nueva constitucion civil del clero. Cuando se empeoraron los tiempos y el ejercicio del culto fué completamente prohibido, M. de Frayssinous se retiró á Severac y M. Boyer á Paumes, posesion de su familia. Entre estas residencias, poco distantes una de otra, se levantaba una inmensa loma que dominaba los parajes comarcanos, y este punto intermedio era el centro comun de ambos amigos, quienes fijando la vista sobre el hermoso paisaje que se descubria á sus piés, concluian reflexionando acerca de las grandes y terribles lecciones que el Criador daba en aquel momento á la ciega humanidad; sondeando los consejos de la justicia de Dios y esperando en su misericordia, pareciales mas elevada la religion en medio de tantos ejemplos de fragilidad, y la vanidad de las ideas filosóficas del siglo XVIII aparecia demostrada por dolorosas consecuencias.

A pesar de los peligros que les rodeaban, los dos jóvenes sacerdotes no cesaron en el ejercicio de sus funciones sacerdotales; solo que las desempeñaban secretamente. En lo mas fuerte del terror, queriendo estos dos ilustres servidores de Dios familiarizarse con el género de muerte que les esperaba en el caso de ser descubiertos, convinieron en ir á ver, uno despues de otro, el cadalso levantado constantemente en la plaza pública de Rodez.—La prueba me ha salido bien, dijo

M. Frayssinous al volver; continuaré sin temor el ejercicio de mi ministerio. Prosiguió en efecto prestando auxilios espirituales á los enfermos y celebrando el sacrificio los domingos en una cueva hasta el 9 thermidor (27 de Julio de 1794), en cuya época volvió á ser tolerado el culto en los campos. Desde este momento Frayssinous se presentó otra vez en Puech, para desempeñar públicamente sus deberes.

De tal manera pasaron mas de ocho años en la vida del orador que nos ocupa; años fecundos, durante los cuales sembraba una mies que debia brotar mas tarde. Consérvase todavía en Puech una suma de Santo Tomás, anotada en aquella época por M. de Frayssinous. Entonces fué cuando meditando acerca de los estragos hechos por la filosofía del siglo XVIII, concibió el designio de contrarrestarlos por medio de una serie de Conferencias.

Acontencia entonces, dice Henry, á la sociedad francesa lo que sucedia al mundo despues del diluvio universal; en proporcion que las olas descendian, los vestigios de la vegetacion comenzaban á verse aparecer. En una casa que tenia por divisa la *Vaca negra*, y que se hallaba situada en Paris, calle de Santiago, casi enfrente de donde hoy está la comunidad religiosa de San Miguel, se reunieron algunos restos de la antigua Compañía de San Sulpicio; uno de los primeros discipulos de aquel seminario naciente fué M. de Quelen. A principios de 1800, M. Emery, superior general de la Compañía, llamó de Rodez á los señores Frayssinous y Boyer, encargando al primero la enseñanza de la teología dogmática y la de la filosofía al segundo en el establecimiento de San Sulpicio. En esta misma casa, trasladada muy luego á la calle de Pot-de-Fer, M. de Pancemont conoció á M. Frayssinous, que á la

sazon contaba 32 años, encargándole unas Conferencias para la iglesia de los Carmelitas. Por aquellos dias M. Chateaubriand se disponia á publicar el *Genio del Cristianismo*.

Habia algo instructivo y elocuente en el paraje mismo donde volvia á comenzarse la enseñanza del catolicismo, que se habia querido y esperado aniquilar; algunos años antes, Obispos y jóvenes sacerdotes habian muerto confesando la religion de Jesucristo, donde M. Frayssinous iba á predicarla. Los pasajes hablaban por sí mismos antes que el orador. Muy pronto el catequista sustituyó la forma de discurso á la de diálogo, y trasladó sus conferencias de la iglesia de los Carmelitas á la capilla llamada de los Alemanes, correspondiente á la iglesia de San Sulpicio, que acababa de volver á abrirse al culto público. Esta enseñanza produjo un efecto, cuyo recuerdo no han olvidado aun los autores que para escribir estos curiosísimos detalles hemos consultado.

Vióse reunida al pié del púlpito de M. Frayssinous, dice M. Pasquier, no solamente la juventud estudiosa que abunda en el barrio de las escuelas, sino tambien la que se hallaba mas entregada á los placeres del mundo, y que parecia debia rechazar una enseñanza grave. Ambas se hicieron notar por la religiosa atencion con que escuchaban á tan ilustre maestro. La voz de M. Frayssinous tenia ese tono de autoridad que atrae el respeto y caracteriza la confianza. Todas sus palabras inspiraban esa profunda y reflexiva conviccion, que es tanto mas comunicativa, quanto con mayor moderacion se espresa; y al ver aquellas estrechas filas de jóvenes que se apiñaban para oírle, hubiera sido fácil adivinar que habia en sus discursos algo adaptado maravillosamente á los instintos de esa edad en que las pasiones pueden estraviarnos, pero en la qual es

muy frecuente someterse á toda verdad enunciativa de buena fé. Personas de mas madura edad y de todas condiciones no tardaron en venir á juzgar por sí mismas el mérito de una enseñanza, cuyo eco habian llegado á percibir. M. Frayssinous era escuchado con esa viva atencion, que comunmente no se obtiene sino donde se encuentra el poderoso atractivo de la novedad. Consiste esto en que enseñaba el Evangelio en los primeros dias del siglo XIX, en que hablaba de una religion revelada, de su moral, de sus misterios y de su culto divino delante de un auditorio, que no podia acordarse sin profundo sentimiento de vergüenza y de tristeza, que los franceses habian sido condenados á asistir á las festividades de la diosa de la razon, y que poco antes se oyeron resonar bajo aquellas mismas bóvedas, donde al fin dominaba la voz del orador cristiano, los miserables cánticos de un culto sacrilego.

Astí, pues, lo que contribuia poderosamente al éxito siempre creciente de las conferencias de M. Frayssinous, era que á principios del siglo XIX el cristianismo se habia hecho una novedad en Francia; los mas de los jóvenes solo conocian el Evangelio por las alteradas citas de Voltaire, y el patriotismo era la única religion que se les habia enseñado. M. Frayssinous, pues, al subir al púlpito, encontraba casi las mismas condiciones de buen éxito que M. de Chateaubriand habia hallado en la literatura. La verdad, despues de un largo eclipse de buen sentido, tenia todas las seducciones de lo imprevisto, y la evidencia misma se presentaba con todos los atractivos de la paradoja, por lo mucho que habia llegado á desconocerse y olvidarse. Compréndese, pues, que M. Frayssinous supo acomodar su enseñanza al estado intelectual y moral de su auditorio. «Los tiempos en que nos encontramos,

decía él mismo, parece que piden nuevo género de instrucción. Es menester que el médico apropie los remedios á las necesidades y al temperamento del enfermo. La actual enfermedad de los espíritus es tal, que solo con nuevos medicamentos podremos obtener su curacion.»

La juventud que acababa de salir de las escuelas filosóficas mas opuestas, acudió con sus recelos, con sus errores y quizá con grandes prevenciones, á oír á Frayssinous: sus conferencias fueron un acontecimiento. Un auditorio cada vez mas numeroso concurría á ellas con apasionado interés, se formaban apuntes, se queria discutir, examinar y juzgar: muchas veces las controversias entre los oyentes continuaban al salir de la conferencia, y eran tambien el alimento de las conversaciones privadas en las tertulias y en los paseos. Estas controversias solian ser públicas, y por esto se dice que un sobrino de Cabanis, que sostenia con ardor sin igual las tristes teorías de su tio, atacadas elocuentemente por M. Frayssinous, fué rechazado con lucidez por uno de los oyentes mas asiduos del catequista, M. Portes, quien despues fué profesor de la escuela de derecho en París. Algunos dirigian sus objeciones por escrito al orador, y este las refutaba en el púlpito. Quince veces al año explicaba una leccion, y haciendo de intento un largo rodeo para llegar á la religion revelada, se dedicó los primeros años á preparar la inteligencia de sus oyentes, explicando una filosofia espiritualista y cristiana que los preparase para el alimento mas sustancioso que queria darles los años sucesivos. La religion natural fué en las conferencias de M. Frayssinous como un prefacio útil para la enseñanza de la religion revelada.

El domingo 4 de enero de 1807, las conferencias se tras-

ladaron á la nave de San Sulpicio, por invitacion del conde de Portalis, entonces ministro de cultos, el cual se dignó asistir á la inauguracion, quedando sorprendido del talento del orador y del vigor de su dialéctica. El cardinal Maury, que en aquella época se hallaba en París, no quedó menos sorprendido de su elocuencia, y en una de sus obras habla de la sensacion que le produjo M. Frayssinous. Despues de algunas vicisitudes, Frayssinous pudo, en 1808, desenvolver los grandes principios de la religion natural. En 1809 llegó á las verdades sobrenaturales de la religion revelada, que presentó como complemento y como sancion de la ley primitiva, pronunciando estas notables palabras: «La religion está obligada en nuestros dias á hacer su apologia ante sus propios hijos, como en otro tiempo ante los gentiles y judíos.» Muy poco despues tuvo una conferencia acerca de la indiferencia en materia de religion, que atrajo un prodigioso concurso, y produjo una sensacion profunda. «No os digo, esclamó al empezar, creed antes de examinar, sino examinad para creer.» El 19 de marzo de 1809 estableció por medio de los trabajos de Cuvier, quien entonces comenzaba á tener nombradía, la exactitud de las narraciones mosáicas acerca de la creacion y del diluvio. En las conferencias siguientes llegó á los misterios; entonces una nueva prohibicion imperial hizo enmudecer por cinco años el púlpito de San Sulpicio.

En 1814, Frayssinous volvió á aparecer en la cátedra del Espíritu Santo: todo París quiso oír al orador sagrado y su triunfo fué una gran solemnidad nacional. El año 1822, el sacerdote ilustre de quien hemos dado con gusto tan interesantes noticias, dió por terminada su tarea, tarea honrosísima para él y la Francia y cuyos beneficios no nos es dable calcular.

Ved aquí, pues, jóvenes á quienes consagramos nuestro libro, ved iniciada la nueva forma de la elocuencia cristiana; forma que conviene estudiar en nuestros días, y de la que en España no podríamos presentaros modelos tan perfectos como los que en esta última época vamos á estudiar.

No es, repetimos, que nos falten oradores distinguidos que hayan combatido desde fines del siglo pasado las tendencias anti-cristianas de la revolución, sino que acerca de su fama hay opiniones diversas, pareceres encontrados, y no nos sentimos con fuerza ni autoridad bastante para sostener una opinión determinada.

El vacío que han de hallar algunos en nuestra *historia*; la falta de nombres españoles en este último libro, proviene, no tanto de nuestra voluntad, como de nuestra profunda convicción de que es pronto, muy pronto para dar un fallo decisivo acerca de su mérito verdadero.

En nuestro país, en casi todas las provincias de España, especialmente en Castilla, Valencia, Cataluña y Andalucía han brillado muchos oradores pertenecientes unos á los órdenes religiosos, y otros al clero secular, que merecerían un puesto en nuestro libro, y nosotros se le otorgaríamos gustosos; pero para esto habríamos de consultar juicios muy recientes y á los cuales no todos conceden igual valor. Callemos, pues; omitamos juicios que tenemos escritos en nuestros primeros apuntes, y sigamos hasta concluir la parte primera de nuestro trabajo en la firme resolución que nos hemos impuesto de no poner obstáculos, ni excitar rivalidades en vez de allanar el camino, para que sin desvirtuar el carácter de la predicación española vaya introduciéndose en nuestras grandes poblaciones la enseñanza que el indiferentismo religioso y ciertas teorías

exigen del orador sagrado en nuestros días. En la parte didáctica seremos muy explícitos, muy claros, marcando los escollos que pueden encontrarse en la nueva senda que invitamos á seguir á la juventud estudiosa.

En las instrucciones del género á que pertenecen los discursos de M. Frayssinous, hay dos cosas á que atender. Hay en ellas, en primer término, un fondo de ideas generales, de verdades esenciales y de pruebas de un interés permanente y universal, en virtud de las cuales la obra sobrevive á las circunstancias en medio de las que tuvo su origen, y en segundo una gran parte acomodada, según decía el mismo Frayssinous, á las necesidades intelectuales de los espíritus, á las enfermedades morales que afligen á los hombres, y á sus debilidades del momento, que deben tenerse en cuenta, porque los médicos de la inteligencia, igualmente que los del cuerpo, están obligados á acomodar su método curativo, no solo á la enfermedad que desean curar, sino al temperamento del enfermo que no admite todos los remedios. Los catequistas no escriben para merecer los sufragios de la posteridad, sino para conquistar almas á Dios. Lo hermoso para ellos es lo útil; no lo que debe agradar á los lectores en los tiempos futuros, sino lo que salva á sus oyentes.

Debia, pues, haber; y efectivamente hay en las *Conferencias* de M. Frayssinous, algo acomodado á las circunstancias y á las necesidades de su época; una parte contemporánea, que trascurrido el tiempo y trocadas las circunstancias, pierde su interés intrínseco; conservando únicamente el histórico; las conferencias de San Sulpicio, pues, no hubiesen estado especial- mente acomodadas á sus necesidades intelectuales y morales.

También debe tenerse presente, que bajo el punto de vista literario hay reglas de composición diversas para un trozo oratorio destinado para ser oído por una gran asamblea, que para una obra, la cual, por el contrario, deben leerla voluntariamente personas aisladas unas de otras. Ciceron, que tenía gran experiencia del foro y de la plaza pública, y que era á la vez escritor público, conocía tan perfectamente esta dificultad, que reformaba para la lectura las arengas que había pronunciado en la tribuna ó el foro. Bajo estos dos puntos de vista las Conferencias de M. Frayssinous, aunque corregidas por el autor antes de imprimirse, han perdido algo: mas no por esto dejan de ser una hermosa y completa apología del Cristianismo, un poderoso grupo de verdades religiosas y morales reunidas con victoriosa lógica, y una coleccion de elevadas soluciones, acomodadas á todos los grandes problemas que afligen el entendimiento humano, y opuestas á todas las objeciones presentadas contra la religion natural y contra la revelada por los incrédulos de todos los tiempos.

El estilo de las Conferencias de Frayssinous, de una gravedad naturalmente poco oratoria, se halla á la altura del asunto y tiene cierto espíritu de moderación y cierta dulzura, que prueban que M. Frayssinous, no satisfecho con predicar la moral evangélica, la practicaba en sus palabras igualmente que en sus actos. En resumen, merecen el elogio que en 1819 hacia de ellas M. de Lamennais, cuya lucha con el autor de las Conferencias aun no había estallado. «Un orador, dice, parece haber sido dado por la Providencia para confundir la incredulidad, quitándole todos los medios de negarse á la evidencia de las pruebas de la religion: grave, exacto y vigoroso, sobresale en el género que crea. Inútilmente lucha el error en

los lazos con que su poderosa lógica lo encadena. Después de haberlo oído, podremos no hallarnos persuadidos, mas es imposible no estar convencidos, y por la sensación que causa, se diría que muestra á sus oyentes viva y palpitante la verdad.»

Estas conferencias presentan además un gran interés histórico, porque revelan las enfermedades morales de aquel tiempo y sus llagas intelectuales. En 1816, Frayssinous se escusa de verse precisado á considerar la religion bajo un punto de vista humano, y añade: «La falta consiste en el espíritu del siglo. Es menester demostrar claramente á los hombres de nuestros días, que la religion, objeto de tantas persecuciones y de tantos odios, no es enemiga de las leyes sociales y de las instituciones humanas.» En 1818 se dedicó á destruir en el ánimo de los jóvenes el ascendiente que sobre ellos ejercía la autoridad de los sofistas del siglo XVIII oponiendo á estas estrepitosas nombradías las sólidas glorias del cristianismo. En 1819 trata del grave asunto de la educación, mostrando que la prosperidad de la Francia depende de la buena educación de los niños; que esta educación para ser buena, debe ser religiosa, que para ser religiosa debe hallarse confiada á personas religiosas. En otra conferencia defiende al sacerdocio cristiano de las injurias que se le dirigen por sus enemigos.

«¿Qué quieren, pues, esclama, los vanos detractores del sagrado ministerio? ¿Para qué esos afanes para cubrir el sacerdocio con el ridiculo, con el oprobio y con el desprecio? Si por un resto de pudor suelen pronunciar respetuosamente la palabra religion, parece que pronuncian la palabra sacerdote dominados por el rencor. Cuando en el teatro se representa á los sacerdotes del paganismo como impostores, cuyo imperio se funda únicamente en la credulidad del pueblo, se atreven á

hacer injuriosas aplicaciones al sacerdocio cristiano, y la impiedad entona entusiastas aplausos: insulto público y solemne y nacional, por decirlo así, que recae en Jesucristo mismo, el fundador del sacerdocio, y que me hace temer que el brazo de Dios vengador está todavía levantado sobre mi patria. La religión es lo primero de todo, tanto para la sociedad como para el hombre, porque Dios es el primero de los seres.»

En estas Conferencias se descubren las preocupaciones intelectuales de aquel tiempo, las dolencias morales que lo asedian y los peligros que lo amenazan.

Maccarthy.

Para conocer la elocuencia de este insigne jesuita, cuyo nombre es muy celebrado, bastará que trascribamos algunos trozos de sus trabajos oratorios.

Ved aquí la pintura de las desgracias del incrédulo:

«Para el hombre religioso, Dios, todo está vivo y animado en el universo, todo le comprende y le habla, todo se halla dotado de inteligencia y sentimiento. Los cielos le muestran el poder del Dios que adora, las noches y los días sucediéndose le anuncian su sabiduría y su grandeza; cada estación viene á poner ante su vista sus bondades... Pero ¿qué estoy hablando? El mismo, Dios invisible, se presenta bajo mil formas diferentes á mi vista y á mis sentidos en los objetos que me rodean; en esa luz que brilla ante mis ojos, en los rayos del astro que me alumbra, en su amor que me alegra, en la serenidad de un hermoso día, en el perfume de las flores que embalsaman los aires y en esa abundancia que cubre la tierra, en esas mieses y esos frutos, que al parecer presenta su mano

conviviéndome á recogerlos. ¿Quién sino El enseña al insecto á preparar esa miel tan dulce, dá á los rebaños esos ricos vellones para vestirme y esa abundante leche para alimentarme, somete á mis leyes esa innumerable muchedumbre de animales dóciles á mi voluntad, y dotados de instintos tan diversos para prestarme utilísimos servicios? De tal manera todo habla á mi corazón en la naturaleza, todo me muestra la acción bienhechora de un ser poderoso y bueno que se digna ocuparse de mis necesidades y hasta interesarse en mis placeres. Arrebatado de amor y de reconocimiento esclamo: ¡Oh Dios mío! ¡tantas hermosuras y perfecciones en vuestras obras, cuántos desvelos y atenciones con el hombre! ¿Qué le reservais para la patria celestial, cuando en su destierro lo colmáis así con tantos favores? ¡Oh Dios mío! ¡qué será veros algún día, veros sin nube y sin sombra, cuando la vista de vuestras menores obras nos causa inefables arrobamientos! Entono en seguida el himno de acción de gracias, y pareceme que todas las criaturas me responden, que las oigo á todas mezclando sus voces con la mía y arrebatadas de júbilo formar un concierto unánime en gloria del Criador.

El ímpio es el único extraño á esta armonía universal, todo está mudo y muerto para él; ha quitado del mundo, puede decirse, el alma que lo vivifica. ¿Qué pueden hablar á su corazón los hermosísimos espectáculos que la naturaleza le presenta, ni los preciosísimos dones que esta le prodiga, cuando no reconoce en ningún sitio, ni inteligencia, ni designio, ni amor, cuando en todas partes vé materias insensibles, combinaciones casuales y ciega fatalidad? Siendo estúpido espectador de efectos sin causa, de movimientos regulares sin motor, de un magnífico conjunto sin orden y sin objeto, se cansa muy luego de contemplar las vanas decoraciones de esta escena inanimada y de todos estos juegos del acaso, que le admiran sin interesarlo ni conmovirlo, como hijo ingrato; como hijo desnaturalizado que desconoce á su bienhechor y á su padre, no espermenta ninguna de esas dulces sensaciones que

elevan con ternura nuestras almas, llenan de atractivo nuestras miserias y son las únicas que forman la recompensa de nuestros goces. El impto se seca y languidece sin Dios, como veríamos secarse y marchitarse una flor que el sol no volviera á visitar con sus rayos, y sobre la que no cayesen mas los rocios del cielo. Así es como para el incrédulo la naturaleza está sin alma y sin vida; debo añadir que para él la sociedad de los hombres se halla sin dulzura y sin encantos.»

El orador desempeña con vigor esta segunda subdivision y despues dice:

«¿Cuáles son los placeres que quedan al impto mas favorecido con los dones de la naturaleza y de la fortuna? No veo otros sino los talentos del espíritu, la riqueza, los honores, el poder, la gloria y los bienes. Aunque posea todo esto sin faltarle nada de lo que puede satisfacer la sensualidad, el orgullo ó la ambicion, ¿será por esto feliz? N6, hermanos míos, porque todos estos bienes perecederos y todos los placeres del mundo reunidos, no pueden compararse con las necesidades del alma. Nada hay en el universo tan grande como el corazon del hombre: formándolo Dios á su imagen y para sí mismo, le ha impreso como primer rasgo de semejanza el sello divino de la inmortalidad, le ha dado ávidos é insaciables deseos, una esperanza inmortal y un amor hácia los bienes perfectos é infinitos, diciéndole: Todo cuanto te rodea existe para tí, mas tú existes para mí; y por esta razon he puesto en tí una capacidad sin límites, así como he hecho el vasto abismo del Océano para recibir la muchedumbre de aguas, la inmensidad de los cielos para contener los innumerables cuerpos luminosos que ruedan sobre tu cabeza; de la misma manera te he hecho mas perfecto que todo esto para ver y poseer á tu Dios. Siempre estarás vacío, hasta que yo venga á llenarte; siempre hambriento, hasta que te alimente y te harte de mí mismo; siem-

pre devorado de ardiente sed, hasta que yo baje á tí como un rio de delicias para aplacar tu sed, y, por decirlo así, para embriagarte con mi propia felicidad. Tal es, hermanos míos, la calidad y naturaleza de nuestra alma. Nada inferior á Dios la contenta: estraña y cautiva en este mundo busca en todas partes el soberano bien que le falta y pregunta por él á todas las criaturas; mas no hallándolo sale de este mundo visible por medio del pensamiento, se eleva sobre todos los cielos y se estiende mas allá de todos los siglos para unirse, al menos en esperanza, con el objeto eterno, perfecto é infinito, cuya necesidad siente y fuera del cual no podria haber para ella ni dicha, ni felicidad, ni reposo. ¡Y vosotros, incrédulos, nos arrancas esta esperanza, este objeto, el único capaz de satisfacernos y para el cual hemos sido criados!»

Este discurso acerca de la *Desgracia*, el de la *Locura* y el del *Crímen de la incredulidad*, son trabajos de gran mérito. El sermon sobre el *Corazon de María*, y algunos otros de Maccarthy, son igualmente notables por la fuerza de las razones, la viveza de los sentimientos y la hermosura del estilo. La accion del orador añadia mucho á su mérito, é inspiraba tanta admiracion en la córte, que muchos predicadores que aspiraban á imitarla, copiaban todos sus movimientos y hasta una particular actitud, que una flaqueza ó defecto corporal le hacia tomar en el púlpito: esto es lo que se llamaba *predicar á lo Maccarthy*.

Las disposiciones que animaban al P. Maccarthy en el ministerio de la palabra, pueden presentarse por modelo á todos los predicadores. Su idea habitual y como dominante era la de salvar las almas y ser útil á la Iglesia. Puede decirse que sólo vivia para la religion y para hacerla reinar en las inteli-

gencias y en los corazones. Miraba la composición de su discurso, no como una obra litúrgica, sino como un ejercicio religioso y una ocupación enteramente divina. Sus sermones eran fruto de sus vigiliyas y oraciones, y á este hábito de union con Dios debe atribuirse ese carácter de unción y de piedad que le distingue.

Guyon.

Brillantes cualidades distinguen al P. Guyon. Vario en su modo de decir, sublime y animado en las descripciones, preciso, nervioso y exacto, claro, metódico y oportuno, consiguió hacerse oír con extraordinario aplauso.

Veamos de qué manera tan nueva terminó su discurso contra los *Respetos humanos*:

«En una importante ciudad del Mediodía vivían dos esposos muy parecidos. Nacimiento, fortuna, educación, y aun mas que esto semejanza en la virtud. El esposo se veía lisonjeado con la estimación de sus compatriotas, y habia dado tantas pruebas inequívocas de su lealtad, de su desinterés y de su celo por el bien público, que le confiaron las mas honoríficas é importantes funciones. La esposa, animada de una dulce é ilustrada piedad, llena de gracias y de pudor, servía de modelo á las jóvenes esposas y formaba en el seno de su casa la gloria y la dicha de su esposo. Dios bendijo su dulce union con el nacimiento de un hijo, y este beneficio de la Providencia, concedido á su acendrado cariño, aumentó los encantos y la dicha de su alianza. La esposa particularmente conoció toda la estension de los deberes que la imponía el título de madre.

No permitió que su hijo conociese otra madre, quiso gozar por sí el placer de alimentarle, el de contemplar su primera sonrisa y ver brotar sus ideas y sentimientos al calor de su regazo y sus caricias. ¡Ah! cuán fervorosas súplicas dirigia al Señor por la dicha de aquel niño que el cielo le habia dado y que ella criaba para el cielo! Cuando el hijo pudo tartamudear algunas palabras, ¡con cuánto afán le enseñó á repetir el nombre de Dios que le habia criado y salvado! Su celo se acrecentó en proporcion que el hijo crecía en edad, y cuando la razon de este, hallándose en la aurora, comenzó á arrojar algunos resplandores, jamás se apartaba de su lado temerosa que una mano enemiga viniese á sembrar la cizaña del vicio en aquella tierra nueva, que le prometía ámplia cosecha de virtudes.

Dios bendijo los esfuerzos de esta virtuosa esposa, y la piedad del hijo igualó muy pronto á la de la madre. Llegó el día en que por primera vez debia aquel niño alimentarse con el cuerpo del Salvador. Viósele llegar á la sagrada mesa con todo el recogimiento de los ángeles. La dulce alegría del cielo brillaba en su frente, y lágrimas de felicidad corrían de sus expresivos y castos ojos.

Desde aquel día su fervor hizo mas rápidos progresos; parecia que adivinaba la perfección de la virtud entregándose á ella con todo el impulso de un alma amorosa. Amor al trabajo, perfecta obediencia, recogimiento habitual, lecturas edificantes, frecuencia en los sacramentos, tales fueron sus ocupaciones, sus gustos y sus delicias durante tres años, sin que jamás se desmintiera un solo instante. La virtuosa madre no dejaba de entregarse al júbilo que causa á los santos el espectáculo de la virtud. Pero ¡cuál seria su tristeza, cuando de repente observó que la piedad de su hijo disminuía!... Nada se ocultó á la penetrante vista de la piadosa madre; pero inútilmente trató de reanimar el fuego de la fe en el alma del hijo y de resucitar en su corazón los sentimientos de que antes estuvo penetrado. Sus tiernas y cariñosas exhortaciones fueron oídas con atención y con docilidad, mas no produjeron el mas

pequeño resultado. Alarmada cada vez mas la madre, espía todos los pasos del hijo, á fin de poder conocer la causa de sus extravíos, y todo es inútil; su corazón maternal no puede sufrir por mas tiempo el peso que le oprime, y traspasada de dolor, penetra un día en el cuarto del hijo y dando libre rienda á sus lágrimas, le ruega le explique la causa de su extraña conducta.—Pero, madre, contesta el hijo admirado, esa alarma es infundada; soy siempre el mismo, siempre la quiero con igual cariño.—Hijo mio, contesta la madre sollozando, tú aparentas no comprenderme; nó, no me quejo de tu cariño. Mas ¿no puede Dios quejarse de tí? ¡Ah! dime, ¿por qué has cambiado con él?—Pero, madre....—Hijo mio, tú no puedes engañarme sobre este particular ni engañarte á tí mismo; te ruego á nombre de todo mi cariño y del que tú me profesas, que me digas el secreto de tu corazón. El hijo baja la cabeza y guarda silencio; la madre aumenta sus sollozos y súplicas, y al fin el hijo se enternece y dice:—Ya que es preciso no la ocultaré nada. Instruido por sus gratas lecciones y principalmente por sus ejemplos, quise en un principio la religion, practiqué sus deberes con placer y hallaba en esto mi dicha. Fui entonces feliz, ¡ah! sí, muy feliz, en la época de mi primera comunión y en las que inmediatamente la sucedieron, mas despues he reflexionado. Yo la amo mucho y la quiero con todo mi corazón, pero deseo imitar á mi padre; todos le honran, le estiman y le buscan; quisiera parecerme á él, y sé que mi padre no practica la religion del mismo modo que me habiais enseñado á practicarla...

Despues de las anteriores palabras, la madre, anegada en llanto, sale, y casi sin poder andar, se dirige á la habitacion de su esposo, á quien asusta con sus dolorosos gemidos. Procura tranquilizarla y saber la causa de sus lágrimas. Unicamente puede decirle: ¡Ah, caballero! su hijo.... y queda desmayada en sus brazos. Acuden al momento con socorros, recobra el sentido, y refiere, llorando, la escena que acaba de destruirar su corazón. Al oír esta narracion inesperada, el padre se

queda inmóvil de asombro; pero muy pronto las lágrimas corren en abundancia por sus mejillas.—¡Oh! esposa mia, esclama, ¿dónde está mi hijo?—Lo he dejado en su cuarto.—Ven, sigueme. Van ambos al aposento del hijo, y el padre se detiene en el umbral.—Hijo mio, dice sollozando, ¡cuán duro es para un padre escusarse delante de su hijo! Sí, soy culpable, tu madre me lo ha referido todo. Pero no acuses mi fé, que ha quedado entera y pura en mi corazón; sino que un fatal respeto humano me ha impedido armonizar mi conducta con mi creencia. ¡Oh, nó! no habia yo pensado que mi ejemplo debiera ser tan funesto. Pero, hijo mio, la leccion es demasiado dura. Tú me vuelves á la religion y á la virtud; tú vienes á ilustrarme y á restituirme mi valor; ven, yo te devolveré tambien á la piedad. Abrazame y perdona. ¿Quién es tu confesor? Quiero que tambien sea el mio; vamos juntos á verlo y á hacerle, tú la manifestacion de tu flaqueza, y yo la de mi crimen. Al instante padre é hijo acudieron al tribunal de la penitencia, y la piedad de la familia no se desmintió en lo sucesivo.

Padres y madres, comprended por lo dicho cuál es el crimen y cuáles son las consecuencias del respeto humano. ¡Ay! ¡ójala podais reparar vuestras faltas como aquel buen padre! Y vosotros, jóvenes esposos, que tenéis hijos en la cuna, no olvidéis esa patética leccion. Si quereis proligar vuestras caricias á esos dulces frutos de vuestro amor, no olvidéis lo que exigen de vosotros. Acordaos de que al levantar hácia vosotros sus inocentes manos, os dicen:—Oh padre mio, oh madre mia, tened presente que debéis conducirme al cielo; no dejad de indicarme con vuestros ejemplos el camino; os debo el beneficio de la vida; ¿seréis bastante crueles para prepararme una muerte eterna? Y nosotros, quienes quiera que seamos, hermanos míos, acordémonos que el respeto humano es indigno de un hombre amigo del honor y de la virtud, y que ultraja indignamente al Dios que nos ha hecho para su gloria y rescatado con el precio de su sangre.

Tengamos sentimientos dignos de la nobleza de nuestro origen, de la sublimidad de nuestros destinos y de la grandeza del Rey inmortal que nos ha conferido sus intereses. Sirvamos á Dios con valor y con intrepidez, y la corona de los justos será algun día colocada sobre nuestras frentes, y seremos puestos en posesion de una gloria y de una felicidad eternas.»

CAPÍTULO II.

Lacordaire.—Ravignan.—Paralelo entre estos oradores.

Lacordaire.

Afirma Mr. Lorain que Lacordaire desde su mas tierna infancia dió muestras inequívocas de llegar á ser un gran orador cristiano. A la edad de ocho años leia públicamente los sermones de Bourladoue, y todos se detenian con gusto para escucharle.

Juan Bautista Enrique Lacordaire nació en Mayo de 1802, en Recey-sur Ource, en la Bourgogne: en 1812 entró en el liceo de Lyon, de este pasó á la escuela de derecho de la misma ciudad, distinguiéndose por su aplicacion y despejado talento.

Habiéndose fundado en Dijon una academia con el título de *Sociedad estudiosa*, Lacordaire se señaló en primera linea en los ejercicios que en la misma tuvieron lugar: allí ensayó con gran fruto sus naturales disposiciones, allí se hizo aplaudir ya con entusiasmo. Recuerdo, dice Lorain, recuerdo to-

davía aquellas improvisaciones llenas de vivacidad, de ingeniosos argumentos, de recursos inesperados, de flexibilidad y agudeza; veo aquel ojo centellante y fijo, penetrante é inmóvil, como si tuviera el privilegio de descender á todos los dobles del pensamiento: oigo aquella voz clara, jadeante y trémula, que se embriaga consigo misma, abstraída y entregada del todo y sin violencia al inagotable vigor de su rica naturaleza. Recuerdo aquellas largas disputas no interrumpidas con los acostumbrados paseos de otros oradores: aquellas discusiones casi febriles y acaloradas á veces, que se animaban por grados hasta una especie de violencia, ó solían terminarse con ocurrencias oportunas, con graciosas peroraciones ó con espontáneas carcajadas. ¡Oh hermosos años, cuán veloces pasasteis! ¡preciosos y magníficos ejercicios que disponais á la causa de Dios un incomparable atleta! Las tendencias oratorias de Enrique Lacordaire lo predisponian, sin que él lo notase, á adquirir un aire tan solemne, que reducido al recinto de una sala, hallábamos casi exagerado, y quizá algo declamatorio, pero que algun día debía hacer conmovér las basílicas cristianas.

Lacordaire, despues de haber concluido sus estudios, pasó á Paris á fines del año 1822, y agregado al colegio de abogados defendió muchas causas con un éxito notable. El célebre Berruyer le dijo un día que podia aspirar á colocarse en el primer rango del foro, si acertaba á evitar los peligros de la facilidad en la palabra.

Abríasele, pues, un magnífico porvenir, y sin embargo, Lacordaire experimentaba un indecible malestar. Me sentía, dice él mismo, débil, abatido y solitario en medio de tantos hombres. Lacordaire habia perdido gran parte de la fé; no

puede decirse que fuese un ateo, ni un furioso volteriano, como algunos han supuesto, sino un deísta. Habia llegado á imaginarse, quizá como otros muchos de su edad, que una democracia sin limites, una desmesurada igualdad y una vaga creencia en Dios, sin prácticas y sin cultos, son suficientes al hombre y bastan á la sociedad. Lacordaire no pasó nunca mas allá; ved aqui palabras suyas que confirman nuestra opinion: «Cada uno, decia, es libre para emprender un combate contra el órden, pero el órden no podrá ser vencido jamás. Yo comparo el órden á una pirámide que se levanta desde la tierra á los cielos; no podríamos estremecer su base, porque el dedo de Dios descansa sobre la cumbre.»

El mismo Lacordaire nos da á conocer por qué medios se sintió inclinado á la religion: en 15 de Marzo de 1824 escribia á un amigo suyo: «He llegado á las creencias católicas por medio de mis creencias sociales, y en el dia nada me parece mas natural que semejante consecuencia. La sociedad es necesaria, luego la religion católica es divina, toda vez que es el único medio de conducir la sociedad á su perfeccion, aceptando al hombre con todas sus flaquezas y el órden social con todas sus condiciones.»

Lacordaire, lleno de tan profundas convicciones, no se limitó á practicar valerosamente los deberes del cristianismo, sino que renunció las esperanzas que el mundo le ofrecía, y se decidió á poner sus talentos al servicio de la Iglesia. Habíendose ordenado sacerdote en 1827, fué nombrado para el humilde cargo de limosnero de un convento de la Visitacion, y en 1828 para el de capellan auxiliar del colegio de Enrique IV.

Por entonces estalló la revolucion de Julio (1850).

M. de Lamennais, cuya fama era ya universal, se hizo escritor político y fundó el *Porvenir*, periódico en que las cuestiones religiosas mas profundas y mas delicadas se trataron bajo el punto de vista de la libertad y de la emancipacion completa de la Iglesia. M. de Lamennais, que habia sabido rodearse de lo mas escogido de la juventud eclesiástica, se captó la voluntad del presbítero Lacordaire y le confió un puesto importante en la redaccion del *Porvenir*. En esta nueva lucha para los católicos, en que los escritores mas distinguidos trataban de romper las trabas del poder temporal, y combatian con varonil energia á los enemigos de la libertad religiosa, Lacordaire fué uno de los mas intrépidos publicistas. El fué quien escribió los mas delicados artículos sobre la supresion del presupuesto del clero y sobre la libertad de enseñanza; y él fué quien habló de la libertad de imprenta, del porvenir de Italia, de Polonia y de Bélgica. Sin embargo, entre todas las cáusticas peroraciones y violentos ataques que el polemista lanzaba sin repetirse nunca y con la excusable vehemencia de la lucha cotidiana, contra los galicanos, los filósofos, los ateos, los grandes, y hasta los reyes y los católicos tímidos, Lacordaire tenia siempre delante de sí la autoridad de ese Dios que debia ser el principio y el freno de la libertad. Ningun acto de violencia tuvo lugar sin que él lo combatiese; queria devolver á la religion su antigua popularidad, pero detestaba y combatia á los que, á pretexto de un desbordamiento general, destruian los altares, ultrajaban á los Obispos y menospreciaban las cosas santas.

Lacordaire pertenecia á la escuela liberal católica, á esa escuela que tantas simpatías ha sabido conquistarse en los espíritus de recta intencion y honrado proceder; escuela que se

ha desviado mas de una vez del buen camino, pero en el fondo de la cual hay elementos de vida, gérmenes fecundísimos destinados á producir ópimos frutos.

En España la escuela liberal católica tiene entre los jóvenes un gran número de admiradores, y en esto hallamos nosotros alguna esperanza en medio de los males que muy de cerca parecen amenazararnos. Muchos de los escritores distinguidos que se han lanzado á la defensa de ciertas ideas políticas que en este libro no entraremos á calificar, creemos que son mas católicos de lo que ellos creen. En el fondo de su alma, en el santuario de su conciencia no es fácil se hayan borrado las impresiones de la infancia, los consejos y las exhortaciones de sus madres; lo que hemos visto todos los dias, lo que nuestros padres practicaron es difícil se borre de la memoria, y creemos que esto bastará algun dia para traer al buen camino á los extraviados.

En 1831, habiendo sido calificado como subversivo un artículo del *Porvenir*, Lacordaire lo defendió ante el jurado y obtuvo un doble triunfo como autor del artículo y como orador: tambien habló con gran éxito en la cámara de los pares en el proceso de la escuela libre.

No tardaron en ofrecerse serias dificultades para la continuacion del periódico dirigido por M. Lamennais: no es de este momento referirlas: Lacordaire hizo un viaje á Roma en compañía de Lamennais y Montalembert, y á su regreso publicó un notabilísimo folleto titulado *Consideraciones sobre el sistema filosófico de M. Lamennais*, obra muy conocida y que es la confesion mas elocuente de los extravíos del gran orador que nos ocupa.

M. de Quélen invitó por entonces á Lacordaire á predicar

en Nuestra Señora: Paris corrió á oír al jóven periodista: Chateaubriand, Berryer, Victor Hugo, Lamartine, Arago, Cuvier, Cormenin y otros personajes notables acudieron á la célebre basilica; los pares y magistrados, los ministros y diputados, las escuelas de derecho y medicina, el profesorado, los periodistas y literatos, los políticos de todas las opiniones compusieron el auditorio de estas primeras conferencias: Lacordaire supo, á pesar de tantas dificultades, dominarlos á todos. Su presencia no producía una gran impresion; era de estatura comun, semblante pálido y enfermizo, voz ingrata y algo ronca; no parecia ser el soberano de la palabra, el rey de aquel auditorio frio, indiferente y acaso hostil por muchos motivos á la doctrina y á la persona del orador. He aquí, pues, un triunfo digno de llamar profundamente nuestra atencion.

Aquel sacerdote, que habia escrito mucho antes de subir á la cátedra de la enseñanza, que habia sido mucho antes combatido por los mismos que le escuchaban, sabe elevarse á tanta altura, que cuantos le habian leído y le juzgaban de cierto modo le hallaron superior á sus cálculos y esperanzas: sus mas encarnizados enemigos, ante las convicciones intimas, no ya del periodista hábil, sino del ministro del santuario, se sienten dominados por su palabra y se ven precisados á confesar su superioridad.

La juventud oye á Lacordaire y vé en él reunidos en un solo hombre al padre, al hermano, al maestro, al amigo y al juez; el orador se dirige á su inteligencia, á su razon, á sus pasiones; penetra unas veces en el santuario de la conciencia, otras en los mas recónditos arcanos del corazon; sabe sorprender á tiempo el vuelo de la imaginacion y los arranques de un orgullo mal entendido; ¿quién presta tantos elementos de

poder y de fuerza?... ¡Ah! los presta un remordimiento sincero, una retractacion espontánea: la esperiencia, la fé y el sentimiento se reunen, se enlazan y prestan vigor á la argumentacion, recursos á la caridad, espresiones oportunísimas al convencimiento y la razon.

El presbítero Lacordaire es, sin contradiccion, dice Henry, el primer predicador de nuestro siglo, aunque no sea un predicador modelo. Une á su gran saber las superiores dotes de la elocuencia; posee el don de conmover á las masas ilustradas; rasgos de inspiracion sublime, profundo conocimiento de la generacion actual y de las grandes cosas que le están reservadas; no se encierra en temas rebatidos y gastados; su forma literaria es nueva, incisiva y original, defiende la causa de Dios y la de los pueblos oprimidos, y lanza contra todos los desotismos anatemas abrumadores. Es por excelencia el predicador del catolicismo y de la nacionalidad francesa en el siglo XIX.

Despues de las primeras conferencias, Lacordaire, en materias ortodoxas, se hizo algo sospechoso, y desagradó á muchos el nuevo estilo que introdujo en la enseñanza católica. En esta época formó el proyecto de ir á Roma y revivir en Francia, con autorizacion del Soberano Pontífice, la orden de Santo Domingo. Era esto en 1859.

El 14 de Febrero de 1841 volvió á presentarse con la ca-beza raspada y la vestidura blanca de los Dominicanos en el pólpite de Nuestra Señora, y trató magistralmente un magnifico asunto: *Los destinos de la nacion francesa en el mundo*. Oigamos el final de este discurso.

«No pudiendo ocultar faltas que todo el universo ha cono-

cido, decididos á confesar las vuestras, licito ha de sernos recordar de quién hemos recibido el ejemplo. En Inglaterra nació la incredulidad: Francia fué á buscarla á aquel país, y así que hubo traído el gérmen, el fruto maduró en nuestro suelo con una rapidez pasmosa y desconocida. Hasta entonces, cuando se atacaba la religion se hacia seriamente: el siglo XVIII la atacó en tono de burla. La sátira pasó de los filósofos á los cortesanos, de las academias á los salones; subió las gradas del trono, vióse la en los lábios del sacerdote, y tuvo cabida en el santuario del hogar doméstico entre la madre y los hijos. ¿Y de qué, ¡gran Dios! os burlábais todos? ¡os burlábais de Jesucristo y del Evangelio! ¡Es esta la Francia!

¿Qué hará Dios?... Aquí, señores, entro por vez primera en los hechos contemporáneos; no se trata ya del pasado, sino de lo que nuestros ojos han visto. ¡Plegue á la sabiduría, de donde dimanan nuestras palabras, que yo no diga nada indigno de ser oído por vosotros, por tantas personas que estiman en mucho la verdad!

La Francia había faltado á sus tradiciones y á su mision; Dios podía dejarla perecer, como á otros muchos pueblos caídos en el abismo por culpa suya. No lo quiso; resolvió salvarla por medio de una espiciación tan elocuente como grande había sido su crimen. La dignidad real estaba envilecida: Dios la devolvió su magestad realzándola de nuevo sobre el cadalso. La nobleza estaba envilecida: Dios la devolvió su dignidad y la rehabilitó por medio del destierro. El clero estaba envilecido: Dios le devolvió el respeto y la admiración de los pueblos, haciéndole sentir la espiciación, la miseria y la muerte. La fortuna militar de Francia estaba envilecida: Dios la devolvió la gloria haciéndola triunfar en los campos de batalla. La dignidad pontificia había sido menospreciada á los ojos de los pueblos: Dios la devolvió su divina aureola y la elevó por medio de la Francia. Un día se abren las puertas de esta basílica, y un soldado se presenta en el umbral rodeado de ge-

nerales y seguido de veinte vicarias. ¿A dónde vá? Entra, atraviesa con lentitud esta nave, sube hacia el santuario y se coloca delante del altar. ¿Qué viene á hacer el hijo de una generación que se ha mojado de Jesucristo? Viene á postrarse ante el Vicario de Jesucristo mismo, viene á implorar su perdón, viene á pedirle que bendiga sus manos, á fin de que el cetro no sea esovesivamente pesado para el que supo manejar tan hábilmente su espada; viene á inclinar su cabeza militar ante el anciano del Vaticano, y á confesar que la gloria sin la religion no es bastante para consagrar un emperador. A pesar de todas las apariencias contrarias, aquel ilustre guerrero había comprendido que el soplo divino no se había retirado aun de nuestra patria; tal es, señores, el verdadero distintivo del genio; no detenerse en la superficie de las cosas, ir al fondo y sorprender lo que en el mismo se esconde á las miradas de la multitud. Esto es verdaderamente gobernar los pueblos, no ceder á las tendencias torcidas y revelarles lo grande y bueno que aun les resta. Así salvó la Francia; así realzó todo lo que esta había abatido, engrandeciéndola con la magestad de la espiciación y la desgracia.

Un pueblo tratado de esta manera, ¿es un pueblo abandonado? ¿No está visiblemente sobre nosotros el signo de la resurrección? Contad, si podeis, las obras santas que de cuarenta años á esta parte levantan en nuestra patria su bello floreciente. Nuestros misioneros se hallan en las escalas de Levante, en Armenia, en Persia, en las Indias, en China, en las costas del Africa, en las islas de la Oceania; en todas partes su voz y su sangre hablan á Dios del país que los derrama por el mundo. Nuestro oro circula tambien por todo el universo en servicio de Dios; nosotros hemos fundado la asociación para la propagación de la fé, este tesoro del apostolado, sacando recursos hasta del bolsillo del pobre, que todos los años lleva positivos donativos á las misiones mas lejanas. Los hermanos de las escuelas cristianas, vestidos con su sencillo hábito, atraviesan continuamente las calles de

nuestras ciudades, y en vez de los ultrajes que recibían con demasiada frecuencia, no encuentran sino las benévolas miradas del obrero, el respeto de los cristianos y la estimación de todos.

Apóstoles oscuros del pueblo de Francia, crean sin estrépito, uniendo á Dios por medio la enseñanza elemental, una generacion que reconoce en el sacerdote un amigo, y en el Evangelio el libro de los pequeños, la ley del órden, de la paz, del honor y de la fraternidad universal. La infancia no es la única que recibe sus lecciones; pues han llamado á sí al adulto y reconciliado la capucha con el vestido de sayal, la tosca mano del jornalero de la tierra, con la modesta del trabajador religioso. ¿Quereis ver un espectáculo todavía mas consolador y que carecia de ejemplo en la antigua Francia? Mirad ahí esos adolescentes, esos estudiantes, esos jóvenes que comienzan sus carreras civiles ó industriales, sin distincion de nacimiento ni de fortuna. La caridad cristiana los ha reunido, no para asistir al pobre con un dinero filantrópico, sino para visitarle, para estar junto á él, ver y sentir sus miserias, y proporcionarle, juntamente con el pan y con el vestido, el piadoso consuelo de su amistad. Cada ciudad, bajo el nombre de conferencia de San Vicente de Paul, posee una fracion de esta jóven milicia, que ha puesto su castidad bajo la salvaguardia de su caridad; la mas hermosa de las virtudes, bajo la mas hermosa de las custodias.

¿Qué beneficios no atraerán sobre Francia estos escudrones jóvenes cuyo distintivo es la pureza y la fraternidad en favor del pobre? Con igual ardor que nuestros padres combatian en otro tiempo á los infieles en tierra santa, combaten hoy la incredulidad, la intemperancia y la miseria en esta tierra no menos santa de la patria. Proteja esta con el reconocimiento su libertad, y vosotros, señores, reunidos aquí precisamente en favor de esta obra, no consideréis en vuestros beneficios á los pobres que aguardan su socorro, sino la mano que os estimula en favor de ellos. Pagad á un tiempo en la

limosna un doble tributo, el de la caridad y el de la admiración.

No he concluido, señores, de deciros todas las causas de esperanza que regocijan en nuestro país el corazon de los cristianos. ¿Dónde se ha refugiado, decidme, la penitencia cristiana? ¿Dónde descubrireis, en el resto del mundo, nada que iguale la soledad, el trabajo y la austeridad de la Trapa? Despues de haber andado errante por espacio de veinte y cinco años desde Suiza á Austria, desde Austria á Rusia, y desde Rusia á Prusia, victima en todas partes de una hospitalidad pasajera y nada afectuosa, la Trapa volvió á Francia, su cuna, y bajo la proteccion de la libertad comun ha multiplicado sus casas, de modo que en ningun tiempo la virtud de la cruz ha florecido mejor, ni mas estensamente que bajo la fecunda capilla de estos sucesores de San Bernardo y de Rancé. ¿No veis tambien resucitar bajo todas las formas el espíritu monástico, este espíritu que se apagaba en la antigua Francia, aun antes que leyes usurpadoras hubiesen herido con la piqueta los antiguos claustros tan queridos de nuestros abuelos? Los Cartujos, los Jesuitas, los Capuchinos, los Benedictinos, traen á Francia su abnegacion, multiplican la oracion, la ciencia, la palabra divina, la contemplacion y la accion, el ejemplo de la pobreza voluntaria y el beneficio de la comunidad. Y aun hoy ante esta muchedumbre que me escucha y que no estraña mis palabras, se presenta sin osadía y sin temor la capucha secular de Santo Domingo.

¿Qué podré pensar, qué podré deciros acerca de las casas religiosas, donde las mujeres han reunido sus virtudes bajo la tutela de la pobreza, de la castidad y de la obediencia? Aquí no nos será posible enumerar todas las órdenes y todas las obras. La caridad ha puesto el dedo sobre toda clase de necesidades; tiene mano para todas las miserias y para todas las heridas. ¡Hay un solo escándalo desde hace cuarenta años, una queja ó un murmullo! La libertad ha sido mas fecunda que las antiguas costumbres feudales, y ha sacado de las fa-

milias un producto mas fecundo y generoso. La Francia sigue siendo el país de las santas mujeres, de las hijas de la caridad, de las hermanas de la Providencia y de la Esperanza, de las madres del Buen Pastor; ¿y qué nombre podré crear que su virtud no haya de antemano santificado?

Mi última mirada se dirigirá hácia una iglesia de París, solitaria hace pocos años , y hoy punto de reunion de las almas de cien países, que ruegan desde lejos y de cerca por la conversion de los pecadores: me refiero á nuestra Señora de las Victorias, y termino esta breve reseña de los trabajos de Francia en el sendero del bien con un nombre demasiado célebre para ser el postrero.

Cierto es, señores, que ni se han vencido todos los obstáculos, ni están aceptadas todas nuestras conquistas, ni el error vé con ojo tranquilo nuestros perseverantes esfuerzos. La clase media que nos manda, no ha hecho aun el acto de reconciliacion plena y entera con Jesucristo y con su Iglesia. Pero la clase media no es una clase privilegiada, inabordable y encerrada en sus privilegios y en sus preocupaciones: la clase media somos nosotros. Por una estronidad llega hasta el pueblito, de donde se recluta incesantemente, y por otra, llega hasta la nobleza y el trono, cuyos escogidos miembros propenden á acercársela, á causa del inevitable atractivo de la distincion hácia todo lo que es ilustre. Esta clase, pues, es movable, y se renueva continuamente... Dios ha dicho á la clase media francesa: ¡Quieres reinar, reinal Tú sabrás lo que cuesta gobernar los hombres, y juzgarás si es posible gobernarlos sin Jesucristo. ¡Por qué se ha de pensar que la clase media permanecerá siempre como es en el dial ¡Por qué no ha de oír las repetidas lecciones de la esperiencia? Muchos de sus hijos acrecientan ya nuestras filas, y son los que en su mayor parte forman la Sociedad de San Vicente de Paul, y los que aumentan á causa de su abnegacion, las órdenes religiosas. No desesperemos de una clase que es el sosten de la sociedad moderna, y cuyo advenimiento al poder, indicado

por tantos hechos importantes, se refiere sin duda al plan general de la Providencia. Las dificultades deben reanimar nuestro celo. Se hallan muy lejos de ser de tanta gravedad como hace cincuenta años, y sin embargo, en 1795 el conde de Maistre, entreviendo el horizonte que despues se ha abierto á nuestra vista, escribia estas notables palabras: El espíritu religioso no está apagado en Francia, levantará montes y hará milagros. Justifiquemos con nuestra perseverancia una profecía que la resurreccion de nuestra Iglesia coloca ya entre los mas altos presentimientos de la imaginacion, y volvamos á llevar á Dios los corazones por medio de la caridad, así como las almas por medio de la luz. No se desanimen los que trabajan, y los que todavía no han hecho nada, pongan mano en esta gran obra. Y en este instante, señores, antes de salir de aquí, uníos al menos á todos los votos, á todos los esfuerzos, á todas las oraciones y á todos los sacrificios que desde hace cincuenta años suben hasta el cielo en favor de nuestra patria...»

Una de las grandes cualidades que distinguen á Lacordaire de otros célebres predicadores á quienes hemos estudiado, es la facilidad de improvisar en el púlpito; don reservado á los oradores mas esclarecidos y al que debe aspirar cada cual en el límite de sus facultades y sus recursos.

Mr. Lorrain dice hablando de este punto: que Lacordaire, por una feliz combinacion de la naturaleza y el arte, estaba seguro de sí mismo para poderse entregar á la inspiracion del momento sin peligro, siendo de notar que sus mejores rasgos se encuentran precisamente en los momentos de mayor abandono y menos preparacion.

Cuando las Conferencias pudieron examinarse detenidamente, luego que estuvieron impresas es cuando se dejaron ver sus pequeños lunares: nadie, sin embargo, como Lacordaire

ha sabido conservar en sus discursos escritos los rasgos mas brillantes de sus improvisaciones: es, á la vez que un gran orador, un eminente literato; posee esas dos cualidades superiores, y de aqui el atractivo de sus obras y el fruto que de ellas puede sacar la juventud.

Entre todos los oradores, dice M. H. de Riancy, el P. Lacordaire, permítasenos esta espresion, es el mas *indescifrable*. No hay palabras para espresar su accion, su actitud, su gesto, las irresistibles vibraciones de su voz, que penetra en lo mas íntimo de los corazones; el brillo maravilloso y fascinador de su mirada, y ese increíble dominio que desde la primera palabra, desde la primera ojeada, ejerce sobre el auditorio mas rebelde y menos simpático. Como ningun otro posee el prodigioso don de hacer cundir en las almas ese estremecimiento de admiracion y de entusiasmo que se propaga con la fuerza y celeridad de la corriente eléctrica; es por excelencia el hombre á quien es preciso ver y oír. Podemos leerlo y nos llenamos de asombro y de admiracion; mas sobre todo, es menester haberlo oído. Casi me atreveré á decir, añade, que sin oírle no es posible comprenderle; cuando se le ha oído una sola vez, sus entonaciones, sus modales y su conviccion permanecen grabadas en la memoria y se despiertan siempre que pensamos en él ó leemos de nuevo sus discursos.

Citemos algunos otros trozos.

He aquí una bellísima, á la vez que una sátira punzante é inimitable, del estado de los ánimos, de las costumbres y de la opinion á fines del siglo pasado:

«¿Qué hace entretanto la Iglesia? La Iglesia se debilita.

Bossuet no pronuncia nuevos oráculos; Fenelon duerme coronado de gloria; Pascal ha roto en el sepulcro su pluma geométrica; Bourdaloue no habla ya en presencia de los reyes; Massillon ha lanzado á los vendabales del siglo los últimos ecos de la elocuencia cristiana; oigo á España, á Italia, á Francia, á todo el mundo católico, y ninguna voz poderosa contesta á los lamentos de Jesucristo ultrajado. Sus enemigos acrecen de dia en dia y los tronos trabajan unidos en su favor.... ¿Qué decís de esto? ¿Qué decís del silencio de Dios? ¿Qué es lo que hace? ¿dónde está?... Ya el siglo ha designado el dia de su caida; aguardad una hora, dos horas, tres horas.... mañana por la mañana enterrarán á Jesucristo. ¡Ah! le preparan hermosas exéquias; han dispuesto una solemne procesion: lo mismo acontecerá con otras cosas santas, se pondrán en marcha y se alejarán dos á dos, como los rios que van al Océano, para desaparecer con gran estrépito. ¿Qué decís á esto, señores? Es verdad que Dios sufría en silencio y se achicaba....

Habia quitado todo á su Iglesia, todo, excepto él; todo, excepto el triunfo del error contra el error mismo. Nunca hasta entonces dejó Dios á la mentira su desarrollo total.... esta vez la dejaba obrar hasta el último término. Aguardemos, un momento antes de concluir, y veamos cuáles eran en las costumbres los efectos del triunfo de la razon pura.

¿Qué hacía en el mundo la castidad, esta virgen sacada del sepulcro por la doctrina católica! ¿Qué hacía? Veamos el palacio de los reyes cristiantismos: en la cámara donde habia dormido San Luis, Sardanápalo se acostaba; Stamboul habia visitado á Versailles, y se encontraba muy á su gusto; mujeres salidas de los últimos lodazales del mundo jugaban en la corona de Francia; los descendientes de los cruzados poblaban con su adulacion las deshonradas antecámaras, y besaban de paso el elegante vestido de una cortesana, llevando del palacio á sus casas los vicios que habian introducido en él, el desprecio de las santas leyes del matrimonio y la imitacion de

las saturnales de Roma, sazoadas con una impiedad que los servidores de Neron no habian conocido. En vez del arado y de la espada, la juventud maneja el sarcasmo contra Dios y la desvergüenza contra el hombre....

Legó por fin el día designado. El antiguo pueblo franco se conovió con tamaña ignominia, estendió su derecha, sacudió esta sociedad caída en la apostasia de la virtud, y la arrojó do un golpe á tierra, con pueril asombro de todos esos reyes que lisonjeaban la razon pura. El cadalso sucedió al trono, segando con indiferencia todo lo que se le presentaba; reyes, reinas, ancianos, niños, doncellas, sacerdotes, filósofos, inocentes y culpables todos se vieron envueltos en la solidaridad de su siglo y en su triunfo sobre Jesucristo. Una última escena terminó las represalias de Dios. La razon pura quiso celebrar sus bodas, porque sobre el cadalso únicamente habia celebrado sus esponsales; quiso ir mas lejos y llegar hasta el fin. Las puertas de esta metrópoli se abrieron por sus omnipotentes órdenes; una inmensa muchedumbre inundó el átrio, trayendo para colocar en el altar mayor, la divinidad que durante sesenta años le tenian destinada. ¿Diré yo su nombre? La antigüedad tuvo imágenes que esponian la depravacion al culto de los pueblos; mas aquí era la realidad, el mármol que respiraba en una carne pública. Yo me callo, señores, dejo á este gran pueblo adorar la última divinidad del mundo y celebrar sin misterios las bodas de la razon pura.»

La elocuencia de Lacordaire fué una elocuencia nueva en la cátedra sagrada; no en su fondo, sino en la forma: palabra inflamada al calor del espíritu moderno, siempre oportuna, profunda y levantada.

Nosotros quisiéramos poder trasladar á este libro muchos de sus discursos, y cuando no los pasajes principales de sus conferencias sobre la *Vida íntima de Jesucristo*: son, en nuestro humilde juicio, las mas dignas de ser conocidas y estudia-

das por la juventud, mas hoy que antes, cuando un hombre se ha atrevido á ultrajar sacrilego la figura sublime, la gran figura del Redentor.

Lacordaire pasó los últimos días de su vida en un seminario (Soréze): la juventud recogió sus postreras lecciones; á la juventud consagró Lacordaire todas las fuerzas de su privilegiada inteligencia, todos los tesoros de su genio, las espanciones mas tiernas y amorosas de su corazón.

Desde aquel retiro voluntario, Lacordaire envió al autor de este libro un elocuentísimo testimonio de sus bondades. Cuando meditábamos la confeccion de esta obra pedimos consejos á hombres eminentes; pocos, poquimosos se dignaron concedérnoslos: entre ellos, debemos decirlo, figura en primera línea el P. Lacordaire. Fueron contadas sus palabras, pero de inestimable valor para nosotros por nuestra insignificancia y merecimientos.

El orador ilustre de la Francia contemporánea, el literato, el sábio, el virtuoso sacerdote, se dignó concedernos un momento; y hoy, al trazar estas líneas, cuando la imagen de su venerable fisonomía nos revela muda la actitud de la muerte (1), enviamos llenos de sincera gratitud la humilde ofrenda de nuestro reconocimiento al que no puede oir nuestras alabanzas ni estimar por adulacion nuestro recuerdo.

De las obras de Lacordaire se han hecho innumerables ediciones; en España no se han traducido aun, y solo es dable conocerlas por fragmentos, tan incompletos, como los que, atendidas las condiciones de este libro, hemos podido transcribir.

(1) Aludimos á la fotografia de M. Provost.

Nosotros creemos que se haría un gran servicio á nuestra bibliografía publicando una coleccion esmeradamente traducida de las producciones del P. Lacordaire, y en ellas aprenderia no poco la juventud. Tienen entre nosotros menos nombre ciertas notabilidades extranjeras, porque no se las conoce, ó lo que es peor, se las juzga bajo un prisma apasionado; algo de esto acontece con el orador que nos ocupa, pero qué mucho que esto suceda con oradores, literatos y publicistas extraños, cuando el mérito de los propios nos es las mas veces desconocido, y nos atrevemos á decir de ellos sin haber, no ya profundizado, sino leído ligeramente sus trabajos.

Si los que se permiten calificar con cierta prevención al P. Lacordaire leyeran sus obras, conocieran el resultado de sus conferencias, el bien que produjeron sus escritos en una época crítica para la Francia, no se atreverian á empañar por un solo momento todo el brillo de su gloria, gloria legítima que aumentará mas cada dia y que nosotros con estas líneas deseáramos cimentar sólidamente en nuestra patria. No somos egoistas; hemos elogiado con imparcialidad á propios y á extraños, porque las glorias alcanzadas por medio de la palabra cristiana pertenecen mas al cristianismo que á una nacion ó á un pueblo determinado.

Lacordaire dejó como legado precioso é inestimable de afecto al A. Perreyne todos sus trabajos, quien los ha publicado despues con una interesantísima descripcion de sus últimos momentos.

Lacordaire murió el día 21 de Noviembre del año 1861.

Ravignan.

Julio Adriano Delecroix de Ravignan nació en Bayona: se consagró á la carrera del foro, y á la edad de 25 años obtuvo por sus merecimientos el título de consejero auditor.

La piedad de su madre fué formando su corazon; y en medio de los negocios no abandonó jamás las practicas religiosas que le fueron enseñadas en su niñez. Ravignan, que poseia una fé viva y sólidamente cimentada, adelantaba tanto en la ciencia como en la carrera de la virtud; y cuando le sonreia la fortuna y todo le lisonjeaba en el mundo, abandonó su destino de procurador general del rey en el tribunal del Sena, entró en el seminario, y mas tarde en la milicia ilustre de la Compañía de Jesus.

El estudio de la teologia acabó de predisponer á Ravignan para el ministerio augusto de enseñar la verdad. Conociendo el mundo, habiendo sondeado en el ejercicio de su profesion los misteriosos arcanos del alma, Ravignan subió al púlpito de Nuestra Señora el año 1837, eligiendo por tema de su primera Conferencia la *Situacion moral de su época*, asunto digno y que llamó en extremo la atencion pública.

Despues de su primer discurso, Ravignan obtuvo grandes triunfos: sus palabras se dirigian principalmente á los descrecidos, á los escépticos de que la Francia estaba materialmente llena por efecto de las lecturas de los filosofos del siglo XVIII. Ravignan era oido con religioso silencio, sus razonamientos se dirigian principalmente á los corazones indiferentes, y conseguia siempre, no solo conoverlos, sino ilustrarlos.

El P. Ravignan era de mediana estatura, de fisonomía grave y tranquila, de voz fuerte y armoniosa: su estilo conciso y reposado recordaba al hombre del foro. No había en él, dice uno de sus admiradores, nada de esa irregularidad, de esa estrafaleza ni de ese descuido que descubren la inspiración del momento. Dicción pura, sabia colocación, exquisito gusto, elegancia continua, plenitud de estilo, espresion propia, escogida y nerviosa, lógico encadenamiento, ideas justas y probadas, tal es lo que caracteriza el talento de este célebre orador, digno por muchos motivos de recoger la hermosa herencia que le legó M. Frayssinous, diciendo: El P. Ravignan debe reemplazarme en la obra de las *Conferencias*.

En las nueve cuaremas que predicó en la catedral desde 1837, el P. Ravignan combatió por medio de la filosofía de la historia las tendencias racionalistas de nuestros días: descubrió los muchos plagios de los sectarios contemporáneos, cuyos errores fueron anteriormente anatematizados por los concilios, lo cual desconocian muchos, ignorando la serie de ideas filosóficas emitidas en Alemania y en Francia, señaladamente desde Lutero hasta Lamennais, Pedro Leroux y Carlos Fourier. Sus irresistibles argumentos encerraban en un círculo de hierro á los adversarios del catolicismo, y por su ciencia tenía la ventaja de luchar con ellos y vencerlos en su propio terreno. Cuando el infatigable apóstol había logrado despejar su camino de todos los errores y de todos los viejos y eternos sofismas del entendimiento humano, se elevaba á la altura de la revelación evangélica, la hacía brillar sobre el mundo pasado y sobre la edad presente, imponiéndola como razón suprema é inefable de Dios, para guiar el género humano por en medio de las tempestades y de los escombros de los siglos.

He aquí algunos pasajes de los trabajos oratorios de Ravignan: en su *Conferencia* sobre la *Inmortalidad* leemos:

«Cuando se ha comprendido bien en sí misma la necesidad y la tendencia del alma, se vé que su destino supremo, confiado á los esfuerzos de su libertad, no puede ser otro que la posesion misma del infinito; esta es la gran verdad, mas allá de la cual no hay verdad que conocer; este el gran bien, mas allá del cual no hay otro bien que amar.

Este fin del hombre no se satisface ni se ha satisfecho nunca en este mundo. ¿Dónde está sino el hombre que pueda decir seriamente que ha encontrado toda la verdad y toda la dicha? hay pues forzosamente otra vida, porque hemos sido criados para alcanzar nuestro fin y el complemento de todas nuestras facultades y de nuestro ser en la posesion entera é inaccesible de la verdad y del bien.

Por otra parte, señores, ¿cuál seria la sancion actual del admirable poder dado al hombre? porque absolutamente es precisa esa sancion. ¿La encontraremos en lo que se ha convenido llamar bienes y males de la vida? ¡Ah, nó! estos bienes jamás llenan los deseos del corazón, en el fondo del cual hay siempre un gran vacío. Además, ¿se otorgan todos estos bienes á la virtud y se niegan todos al vicio? ¿Pesan todas las calamidades sobre el vicio, y son estrañas á la virtud? Ciertamente que nó. Muchas veces sucede todo lo contrario. Luego si toda justicia no se ha hecho todavía, es forzoso convenir en que la sancion de la libertad existe fuera de aquí, existe en otra parte.

Cierto es que el Estado castiga y otorga recompensas. Nosotros proclamamos la necesidad de sus leyes; pero estas no castigan á todos los culpables, ni alcanzan á las costumbres privadas, ni penetran hasta la libertad interior de la conciencia del hombre, santuario cerrado á los legisladores de la tierra. Si, el Estado castiga y debe castigar: de este modo proclama en voz alta que el poder divino, antes que todos los

demás, debe tener sus leyes, su justicia y sus penas; y que estas no se realizan completamente sino en la otra vida. ¡Desgraciada, no obstante, la sociedad que hubiera llegado á no tener otro apoyo del orden, otra represión ni otro principio de ley moral que sus leyes penales y su fuerza armada! ¡Desgraciado país aquel en que la conciencia desapareciese por completo!

Otro género de testimonio involuntario y forzoso se nos presenta en favor de la inmortalidad en donde menos debíamos esperarlo, en el suicida. El insensato, perseguido por la sed de una dicha que se le escapa, no quiere aguardar, combatir y vencer para merecer la corona y el descanso. Por debilidad y flaqueza usurpa el derecho de darse la muerte, que jamás le pertenece. Consumado su crimen, escapa á la pena temporal; sin embargo, la pena debe seguir lógicamente al crimen, y de aquí que en otra parte deba encontrar su castigo. El suicida, pues, prueba también, á su manera, la sanción inmortal.

¿Creeríamos hallar la sanción que buscamos en la paz de la virtud y en el remordimiento del crimen? La paz de la virtud, si bien es cierta y positiva, no por eso deja de ser las mas veces amarga y aflictiva. Con frecuencia, la paz de la virtud es la paciencia en medio de grandes dolores, y la constancia en medio de terribles pruebas. La virtud, además, es el medio y no el fin, el movimiento y no el reposo; es también el trabajo de la conquista, y no la posesión lograda; luego esta no es la sanción que apetecemos, toda vez que necesita otra sanción, la sanción misma de la virtud. En cuanto á los remordimientos, no son obras del impío; siempre los hubieran ahogado antes de nacer si fuesen obra suya; los remordimientos son la voz de Dios que turba y amenaza.

El alma es libre, es inmortal, y todo se explica; su condición presente es el combate, y la eternidad vale bien este precio.

Buscad todo lo que queráis, examinad con cuidado todo el orden providencial, el gobierno de las cosas divinas y humanas, y vereis que la libertad que se nos ha concedido, necesita una sanción, ó Dios no existe.

Señores, es preciso que algun día sean vengados y restablecidos el honor de Dios, su santidad y su justicia, es menester, en fin, que el orden suceda alguna vez al desorden, la virtud recompensada, y el mal castigado, ó Dios no existe.

Yo no veo ante mis ojos mas que un vasto y dilatado cuadro de injusticias y desórdenes. No veo mas que modanzas y continuos trastornos que se precipitan y se chocan como las olas del mar. Oigo continuamente la mas estraña confusión en orden al lenguaje y á las ideas, el mal se apellida bien y el bien se considera un mal. ¿Qué es esto, cristianos?...

El imperio de la mentira constituido, las verdades en corto número, oscurecidas y postergadas; el egoísmo y los intereses materiales absorbiendo por sí solos la libre energía del alma, y las fuerzas superiores y morales en cautiverio bajo el yugo de la molición y de la cobardía. En mil parajes, de mil maneras, la religión desnaturalizada, calumniada y arrojada al viento como miserable polvo. Las costumbres puras, tan raras como las flores en los climas helados; el vicio descaradamente dichoso, el escándalo triunfante, los malvados disfrazados de personas de honor, y esta vida de sacrificios, de privaciones y de padecimientos reservada en toda su desnudez para la virtud. La gran mayoría del género humano, condenada por las necesidades mismas del estado social á arrastrar una penosa existencia bajo el peso de la miseria y del trabajo, y esas tumultuosas olas de errores y pasiones que se agitan, se chocan y conmueven haciendo vacilar á cada instante los fundamentos del orden y de la estabilidad humana. Esta es la vida.

Al ver tan triste espectáculo mi fé se despierta, y lejos de vacilar como en otro tiempo la del filósofo pagano, esclamo: No, no, todo no concluye, no puede concluir ni terminarse con la vida.

Del seno de las generaciones se levanta un prolongado grito de dolor: segun las palabras de San Pablo, ellas giran alrededor de un inmortal porvenir. La creacion entera gime y llora hasta que llega su término; con sus dolores, con sus agitaciones y con su desórden mismo pide y busca el dia de la libertad, y de lo intimo de este valle de lágrimas llama é invoca la paz, la gloria, la libertad y la justicia divina, que no son de este mundo, y pertenecen al dia providencial de las reparaciones necesarias é inmortales, al gran dia del Señor.

Llegará este dia, señores, para juzgaros y confundiros, si hubiéreis despreciado la verdad; para recompensaros y bendeciros, si fuéreis fieles creyentes. Llegará, no lo olvidéis nunca, porque vuestra alma es inmortal.»

Ved ahora algunos otros pasajes de su conferencia sobre la *Oracion*.

•No siempre ha comprendido el hombre la dignidad de su alma y de sus gloriosos destinos. Distruido por el placer ó preocupado por el padecimiento, dominado muchas veces por los intereses materiales, agitado otras por las pasiones y seducido por la concupiscencia de los ojos y por el orgullo de la vida, segun dice San Juan, olvida con frecuencia que viaja para ir á una mansion eterna; olvida que debe seguir fielmente el camino trazado para llegar á ella, y dar principio en este mundo á la dichosa union del cielo, ligándose á Dios con indisolubles vinculos. No es menos cierto, señores, y tristísimo en verdad, que el idioma de la religion no se habla comunmente sino por un corto número de personas; apenas es escuchado ni comprendido en medio del tumulto que agita al mundo, y para penetrar su sentido y volver á colocarse bajo el influjo de las ideas divinas, es menester uno de esos dias, una de esas horas en que el alma está recogida, la conciencia

ilustrada y el corazon sometido á la fé y á sus saludables lecciones.

Entre las cosas que menos se meditan ó se meditan equivocadamente, entre las cosas que pertenecen á la alta y paternal economía de los consejos de Dios sobre el hombre para conseguir mejor el cumplimiento de sus destinos, hay una grave enseñanza, dogma y precepto á la vez, acerca de la cual vamos á detenernos un instante.

La oracion, señores, bálsamo consolador en los males, refugio en el dolor, apoyo en la flaqueza; la oracion es á la vez alimento y vida de la inteligencia, restituida á su mas elevada dignidad. Os asombra mi lenguaje; extrañais mis palabras: no importa, oídlas con atencion. Un talento reflexivo me entenderá con facilidad, un espíritu verdaderamente cristiano no vacilará un punto en proclamar estos principios profesados hace mucho tiempo por el genio católico de Santo Tomás y por la mas elevada filosofia: la oracion es para el hombre el acto soberano de su razon, lo único capaz de dar al alma el complemento divino de su vida y las condiciones de órden, de hermosura, de grandeza y de gloria que constituyen su mismo fin y su destino inmortal.

Dignaos creerme, hermanos mios, acaso nunca vuelva á proclamar desde esta cátedra santa una doctrina que con mas justo titulo merezca ocupar vuestras meditaciones. ¡Cuán dichoso seria si por recompensa de mis deseos y de mi entusiasmo por la salud de vuestras almas, hallase en la mia la completa conviccion de que al salir de este recinto hablais recogido y conservaríais en lo sucesivo los bienes encerrados en tan grande y noble verdad!

Sabeis, señores, que en el hombre pueden distinguirse la razon pura ó especulativa y la razon práctica. El dogma de la oracion, de que voy á hablaros, no pertenece á la razon puramente especulativa, á ese poder intelectual de nuestra alma que se aplica á las teorías y se complace con los atractivos, á veces peligrosos, de la idea metafísica y absoluta de

las cosas, nó; os lo digo con entera seguridad y complacencia. La dignidad de la oracion, verdadera dignidad del alma humana, tiene su asiento, he dicho mal, tiene su trono en la razon práctica: el Angel de las escuelas lo prueba admirablemente, por la razon misma, á la cual le es lícito dictar leyes á nuestras acciones, prescribir sus motivos y mandar y disponer su cumplimiento, segun el órden mas verdadero, mas justo y mas bello.

Si, señores, el alma que ora desempeña una funcion sublimada de la razon. Por medio de la oracion el alma llega á la perfeccion mas elevada del ser espiritual, y por la oracion el alma es como se completa, como se perfecciona y llega á ser coronada.

Vamos á presentaros en su verdadero esplendor, espoliando el dogma y fijando la naturaleza y alta significacion de la oracion cristiana, esta funcion soberana de la razon, esta perfeccion y esta corona eternamente descaída de las potencias y de las acciones del hombre.

Yo me permito hablaros de estos asuntos libremente y con alegría, porque vosotros sois dignos de oírlos. Y si para apoyarlos necesitase el valor de la conciencia y la mas independiente energia de la fé, yo las veo en vosotros mismos y sé contar con ellas.

.....
Cuando la razon se pregunta á sí misma en los instantes de calma y de silencio, no puede dejar de descubrir la hermosura, la grandeza y la necesidad de las relaciones del alma con Dios. En lo mas íntimo de nuestro ser, en el centro mismo de nuestros afectos y de nuestras ideas existe una aspiracion poderosa hácia el bien perfecto y desconocido, hácia el descanso lleno de gloria y de alegría, que nos advierte que la oracion es nuestra primera necesidad y nuestro primer deber. Es tan cierto que el alma y el corazón del hombre necesitan unirse á la luz increada é infinita, al bien soberano y perfecto, que es Dios, que entre los goces, no menos que entre las

penas, en la abundancia, no menos que en la desgracia, uno de los constantes atributos de la libertad humana es esa latente inquietud, ese agitado empeño que no se satisface nunca. He dicho un atributo, porque hay una dignidad marcada en nuestra alma, de modo que debemos buscar continuamente, á condicion de no hallarlo nunca en la tierra. El paraje del refrigerio y de la paz existe en otro sitio.

Este hecho es la expresion de la gran ley de la humanidad. San Agustin nos la presenta, nos la ofrece como hombre que habia sentido cruelmente su poder en medio de sus prolongadas resistencias contra la necesidad de Dios que le oprimia. El órden, la paz, el bienestar interior del alma y la conciencia del destino realizado, no se hallan, pues, sino en las relaciones que se establecen con la inteligencia soberana, manantial de toda verdad, con el bien soberano, manantial de toda dicha.

La razon, si aspira á merecer este nombre, debe por consecuencia presidir el establecimiento de estas relaciones tan gloriosas como necesarias entre el alma y su fin divino. Por su misma naturaleza se halla antepuesta á este órden eminente y regular, que une el rayo de luz con su foco, el pensamiento humano con el pensamiento de Dios, nuestro amor con su bondad, en una palabra, señores, la criatura con su autor. Sin esto no tendríamos delante de nuestra vista, ni dentro de nosotros mismos, mas que este mundo huérfano, cuya sola hipótesis contristaba el genio de Leibnitz y desheredaba en su concepto á esa funesta filosofia, que ante todo no busca el reino de Dios, su justicia y su última alianza con el alma.

Luego para asir el primer anillo de esa cadena que une la tierra con el cielo, para elevarnos hasta el poder y la bondad divina y para hacer bajar de lo alto la abundancia de dones que fecundan nuestros deseos y aplacan nuestras ansias, es imposible hallar nada ni nombrar nada como medio ó instrumento eficaz, á no ser la *oracion*.

Esta es, cristianos, segun la nocion elemental católica, la ascension misteriosa del alma hácia Dios; la ofrenda y el ho-

menaje de una inteligencia y de un corazón indigentes, pero que se acercan al inmenso océano de luz y de dicha para sumergirse y alimentarse en él. La oración es el lenguaje con que nos dirigimos, con que hablamos á Dios; la respuesta divina es lo que ilustra, lo que instruye, lo que consuela, lo que sostiene y fortalece. En ese vuelo, en ese esfuerzo del alma para ir á Dios, vemos una primera necesidad cumplida, una primera facultad satisfecha; la grande y soberana ley de la creación ejecutada; la necesidad, la facultad de dirigirse á Dios, de buscarlo y de formar anticipadamente una íntima y feliz alianza con las infinitas perfecciones de su sabiduría y su bondad.

Entonces se eleva nuestra pobre alma y siente en sí misma que el complemento de bienestar y de vida que le faltaba, le llega por el canal de la oración. Mas cuando esta se ha desenterrado de nuestros corazones, cuando no existe ya el divino trueque de gracias y de deseos, de súplicas de la tierra y de riquezas del cielo, el orden ha perecido, se ha retirado de la creación del mundo inteligente, el alma se halla, cristianos, sin destino y queda incompleta y como truncada; ¡malísimamente desorden que una sana razón no puede permitir, porque principalmente tiene por misión restablecer ó conservar la dignidad humana!

Pero no basta, no es suficiente que el hombre se eleve por la oración hacia Dios, que es el supremo fin, y reciba con las comunicaciones divinas el complemento mismo y la gloria de su ser; porque debe satisfacerse una segunda ley de la humanidad, una segunda é imperiosa necesidad de nuestro corazón.

El hombre depende en todo del que reina, prueba, castiga, sana y perdona; mas nunca puede abandonar los derechos de su soberano dominio. Dios los está siempre ejerciendo, y pide que el hombre sometido apaciblemente, cumpla el orden y la justicia adorando con amor y amando con profundísima dependencia al soberano autor de su ser, al criador, al Señor soberano de cuanto existe.

La adoración es también la ley suprema, la suprema justicia, que positiva y principalmente consiste en reconocer el poder soberano de Dios y su derecho sobre todo lo que respira.

La adoración es ese deber sentido por la razón y por el alma, muy semejante á la admiración, y que, igualmente que la razón, no puede perecer entre los hijos de los hombres, mientras la conciencia de lo que es grande, verdadero, hermoso y divino permaneciere en el mundo de las inteligencias. ¡Gracias inmortales sean dadas al Señor!

El hombre conoce bien, además, que se honra á sí mismo y se engrandece cuando adora y admira en Dios mismo el tipo augustado de todo poder y de toda gloria.

La oración, únicamente la oración llena este deber y este honor, porque la adoración nos conduce á orar, y la oración nos lleva al acatamiento, al respeto y á la adoración.

De aquí, señores, que la razón deja de ser razonable y la filosofía no es sabia ni verdadera, si no acierta á colocar en el primer rango de las leyes divinas y humanas la dependencia entera del hombre hacia Dios, ni busca ante todo el mantener unido ese continuo lazo de dependencia y de adoración, que debe ligarnos con el principio y con el Autor de la vida, con el Señor y dispensador soberano de los bienes del tiempo y de la eternidad.

¡Temeis bajaros hasta la oración vosotros que la desdenáis! ¡Ah! no sabreis nunca recobrar la dignidad de vuestra alma, su bienestar, su luz, su gloria y su verdadera vida! ¡Dónde está la ciencia, la verdad, la luz del genio y la inspiración de una gran gloria, sino en Dios mismo, inteligencia, hermosura, ciencia y grandeza infinita! ¡Dónde residen en su tipo y en su fuente la virtud, la santidad y el bien moral en su último y mas elevado poder, sino en Dios santo, bueno, justo y omnipotente!

En vano cavila el hombre en su laboriosa flaqueza, busca y rebusca penosamente en su alma y en su corazón, y orgu-

lloso cree poseerlo todo confiado en su razon y en una filosofia estéril, que nunca dá por resultado la virtud. Permanece pobre, desnudo, ciego é inútil; inútil al menos en el órden de esos beneficios regeneradores que son los únicos que ilustran, vivifican y salvan la humanidad.

Mas cuando una valerosa efusion del alma se encamina hasta volver á hallar las eternas emanaciones de las riquezas y de las perfecciones divinas; cuando la oracion se apodera de ellas y se une confundida con ellas, el hombre participa entonces del poder, de la bondad y de la ciencia de Dios en ese órden superior y en esas magnificas proporciones, que valen mas que los abrasadores impetus del pensamiento humano y que el orgullo devastador del genio.

El soberano reparador del órden y de la justicia sabe tambien desde lo alto del cielo y cuando le place, volver á hallar el homenaje de la tierra y adquirir testigos que publiquen su grandeza, su poder y su gloria en la actitud y en la lengua de la oracion.

¡Oh Dios, á quien adoro y suplico, mostrad á mis ojos y dad á mi alma el espectáculo mas consolador, un pueblo postrado en la oracion, pidiendo vuestra justicia y solicitando vuestra misericordia y vuestro amor!

Varias voces, señores, habeis dado este espectáculo que alegra el corazon de Dios y la vista de los ángeles, y lo daréis hasta el final de la gran semana en que entraremos pronto, y cuando se ejecutare en vuestras almas el misterio de la resurreccion del Hombre-Dios.

No he concluido la enumeracion de las leyes cumplidas por medio de la oracion. Tengo que examinarlas y esponerlas completamente delante de vosotros.

Oídme pues: El hombre no es solamente una inteligencia, un corazon que ora y adora, segun decia uno de nuestros primeros apologistas, á quien no puedo traducir á mi gusto. Nosotros no somos de los que únicamente piensan grandes cosas, nosotros las realizamos en nuestra vida por medio de nuestras

acciones: *Non qui magna cogitamus, sed magna vivimus*, ¡admirable elogio del cristiano! Una gran ley rige en efecto al alma humana, la ley de accion y de combate.

Nuestra alma es activa; la vida que recibe es el principio mismo interior de su accion.

¡Admirable y afectuosa disposicion de la Providencial Dios crió al hombre inteligente y libre, y quiere su cooperacion y su oracion: su cooperacion como homenaje y legitimo empleo de sus fuerzas, como la consagracion misma y el mérito de su libertad; su peticion y su oracion, como una condicion justamente impuesta á los favores divinos. Solo Dios hace crecer y madurar las mieses; mas, no obstante, el trabajo del labrador es preciso, es necesario. Lo mismo acontece para fecundar el campo de nuestras almas.

Obrar y orar, orar y obrar. Esperarlo todo de Dios, no omitir ni diligencia ni esfuerzos, tal órden es prudente, grande y hermoso, y encierra la economia de la Providencia, la condicion misma de su gobierno, el pacto de Dios con el hombre.

¡Lejos de nosotros en primer término la idea de un absurdo y ciego fatalismo! En nuestros libros santos se halla escrito, que Dios obedece la voz del hombre. ¿No apellidaba el mismo paganismo á la oracion, una llave de oro que abria los cielos? ¡Ah! Dios no nos oprime bajo un yugo inflexible, nos ha marcado el camino que inevitablemente han de seguir nuestros actos y nuestros decretos. Previéndolo todo, ha previsto los votos, los deseos del corazon del hombre y sus esfuerzos, y resolvió en su bondad conceder libremente á las libres oraciones del hombre y á su libre cooperacion el éxito y la recompensa.

En una palabra, Dios ha puesto á los mayores bienes de nuestra alma como única condicion, la oracion: era sin duda dueño de obrar de esta manera.»

Tal es la mas admirable de las conferencias de Ravignan: la hubiéramos insertado íntegra con gran satisfaccion; pero creemos que será suficiente para convenir en su mérito los pasajes elocuentísimos que de la misma hemos traducido.

Entre Ravignan y Lacordaire, dice Henry, media la diferencia que existe entre un gran genio y un gran talento. El P. Lacordaire eleva, arrebatada y entusiasma á su auditorio: es un sol que deslumbra por la fuerza de sus rayos, es un torrente que se precipita con impetuosos saltos, y que lo hace estremecer todo con el ruido de su terrible y solemne armonía; es el águila que se cierne por las alturas de los cielos, y que habilita á sus pequeñuelos á mirar de frente el astro del día. El P. Ravignan es mas tranquilo y mas grave; es un gran río que deja correr sus magestuosas aguas por un profundo lecho á donde rara vez llegan las agitaciones de la tempestad. Este agrada mas á la edad madura, á aquel á la juventud. Cuando se ha oído al primero, se querría, fuera de sí y sobrecojido por cierto febril delirio, caer á sus piés; cuando se ha oído al segundo, se siente uno mejor, y vuelve con el alma mas pura, porque la han tranquilizado buenas y piadosas palabras.

El P. Lacordaire, para combatir los adversarios del dogma y de la moral, no se coloca en las cumbres de la fé y de la revelacion, sino baja gustoso al campo de batalla que sus mismos enemigos han elegido, y con su propia táctica consigue vencerlos. Su estilo teme al parecer las formas místicas y el lenguaje ascético, y se complace en dar á la elocuencia sagrada el lenguaje que el mundo busca para sus propias discusiones: emplea con frecuencia formas incisivas y penetrantes.

El P. Ravignan se ha impuesto una tarea mas severa;

porque educado en la escuela de la magistratura y acostumbrado desde jóven á descubrir y delatar las tramas de los criminales, creeríase que continúa este vengador empeño. Mas esa inflexible rigidez y esa firmeza que no podria transigir con el crimen, sabe dulcificarla por medio de una admirable razon. No se le oye sin irritarse contra las fantasmas promovidos por la imaginacion; persigue el mal real, y lo persigue en todas sus trincheras, hasta en los mas ocultos pliegues del corazon humano; emplea todos los medios para arrojarlo de sus posiciones y lo hostiga sin descanso y sin piedad. Ya es el error á quien persigue con invencibles razonamientos: ya es la pasion á la que arranca sus secretos vergonzosos, como si estuviese armado con los utensilios del tormento. Mas al lado del castigo muestra la recompensa, y siempre junto á la inexorable verdad coloca la misericordia.

El Dominicano prepara la verdad religiosa; el Jesuita la anuncia. Este se dirige á un auditorio medio creyente; aquel se dirige á la porcion de un auditorio que no cree todavía. Lo que llama la atencion en el P. Ravignan es su figura ascética, su frente, vasto teatro donde el alma se despliega, como dijo oportunamente Luis Racine, y en particular su mirada de hombre inspirado. Es sublime cuando con las manos cruzadas levanta los ojos al cielo en actitud de orar. Conocemos siempre en él al hombre que ha experimentado los sinsabores de la vida, que ha debido beber muchas veces en la copa de la amargura, y que se ha refugiado á la fé como á un puerto sagrado, á un inviolable asilo. Por consiguiente, con oportuna oportunidad y con qué íntima conviccion habla de los placeres y de los gozes? El P. Ravignan es frio al lado del P. Lacordaire; mas por algunos momentos tiene actitudes magníficas y

arranques que llegan al alma y la llenan de una dulce y saludable uncion. El P. Lacordaire es á un tiempo el filósofo y el incomparable poeta del Cristianismo: su mirada de águila ha penetrado en nuestros sagrados dogmas hasta una profundidad inaudita; y traslada las inspiraciones de su genio á un estilo que parece burlarse de la lengua, y con una riqueza de figuras que hablan á los ojos, á la imaginacion y á todos los sentidos. Pinta casi todo lo que dice, cincela admirablemente su pensamiento, lo engasta con su magnífico estilo como en un rico adorno de diamantes, lo que le dá una maravillosa transparencia y una gran claridad. Agréguese á esto un ademan inimitable que ejerce gran poder sobre los oyentes, y tendremos la reunion de todos los elementos que esplican el éxito oratorio del R. P. Lacordaire. El P. Ravignan es menos filósofo que el célebre Dominico, y en sus conferencias se hallan pocas reflexiones verdaderamente nuevas. En cuanto á su estilo, suele ser nervioso, las mas veces cortado y conciso; siempre es noble y grave, pero destituido de todos los ornatos de la poesia y de la pompa de las imágenes y de las palabras.

Tal es el juicio que han merecido al A. Henry los dos grandes oradores cristianos de que nos hemos ocupado en este capítulo y los últimos de que trata el gran critico, á quien no queremos al terminar nuestras tareas, dejar de enviarle el testimonio sincero de nuestra gratitud.

Cuando teníamos trazado este libro, cuando habíamos comenzado la revision de nuestros apuntes, una feliz casualidad trajo á nuestras manos un catálogo de libros extranjeros: en él vimos la *Historia de la elocuencia del A. Henry*, la hicimos traer á Madrid, fué el nuestro, y quizá es hoy todavía el primero y único ejemplar de este libro que hay en España, y

desde aquel momento un gran horizonte se abrió á nuestra vista: lo que nosotros teníamos escrito era incompleto, el trabajo admirable de Henry nos lo hacia comprender, y estimulados por él dimos principio de nuevo á nuestras tareas.

No hemos seguido en todo al A. Henry, pero ha sido la luz que ha iluminado constantemente nuestro camino; esta confesion que hacemos aqui es hija de nuestra buena fé literaria y de nuestra conciencia de autor.

Si el A. Henry llega á conocer nuestro libro, nosotros creemos que hallará grandes vacíos en el suyo, vacíos respecto á los primeros dias de la predicacion cristiana, pero muy especialmente al siglo de oro de nuestra literatura pátria, al gran siglo que inició el renacimiento de las letras en el mundo y que no ha merecido un solo recuerdo al eminente critico francés.

Concluida la *Historia*, nosotros enviaremos un ejemplar de nuestra obra al A. Henry, y cuando publique una nueva edicion de su libro, tenemos la seguridad de que en lo que se refiere á la palabra cristiana no será tan desdenoso con nuestros grandes oradores sagrados, como lo ha sido en su primera edicion. Con solo esto que hayamos conseguido nos daremos por satisfechos de lo mucho que nos ha costado intentar corregir en algo el libro que mas principalmente nos ha servido para revisar y completar definitivamente el nuestro.

CAPITULO III.

P. Ventura.—P. Félix.—CONCLUSION.

A Lacordaire y Ravignan siguen en Francia otros predicadores notables: Combalot, Dupanloup, Cœur, Duguerry, Bautin, Lavigne y Plautier se citan con elogio en varias obras y revistas que hemos recorrido. Mas ó menos, todos ellos han dado una tendencia filosófica á sus discursos; pero ninguno ha llegado á igualar en este nuevo carácter de la predicación al P. Ventura y al P. Félix, de quien vamos á ocuparnos, siquiera sea por un momento.

P. Ventura.

El P. Ventura (G. D. Joaquin), célebre orador y teólogo ilustre contemporáneo, nació en Palermo el día 8 de diciembre del año 1792. Hizo sus primeros estudios con grande aprovechamiento, y siendo muy jóven esplicó retórica en el colegio de jesuitas de su ciudad natal.

Algunos años despues de haberse cerrado el seminario de

Palermo se hizo Teatino, recibió los órdenes sagrados y comenzó á darse á conocer ventajosamente como orador.

Sus primeros escritos, y entre ellos la *Causa dei Regalari al tribunali del bon senso*, revelaron al mundo las grandes dotes del P. Ventura para la polémica. Trabajó con gran empeño en la *Enciclopedia eclesiastica*; tradujo gran número de obras francesas, y por último, sus *Elogios fúnebres y Conferencias*, de algunas de las cuales llegaron á hacerse hasta veinte ediciones, le granjearon la admiracion de todos y el título del *Bossuet italiano* con que le designan algunos criticos.

Nombrado el año 1824 el P. Ventura Gobernador general de los Teatinos, se estableció en Roma, y queriendo su Santidad confiarle la direccion del *Journal eclesiastique*, solo consintió su modestia escribir algunos articulos sobre la influencia civilizadora de la Francia.

No han faltado enemigos al P. Ventura: sus acusaciones han sido mas ó menos estimadas, y sobre ellas no nos permitiremos en este momento ningun género de comentarios. Mortificado por esta causa, abandonó la corte pontificia y se retiró á la vida del estudio y la contemplacion.

El fruto de las vigiliass de este sacerdote distinguido, cuyo nombre ha llegado á nosotros rodeado de una legitima aureola de gloria, fueron obras poco conocidas en España: las *Beautés de la Foi*, sus *Homélies* y otras son dignas de que las recomendamos á la juventud que quiera conocer todo el mérito y la estension del talento del P. Ventura.

Al glorioso advenimiento de Pio IX, el P. Ventura abandonó su modesta celda de religioso y pronunció poco despues la *Oracion fúnebre de O'Connell*: ocupó mas tarde varios altos destinos, y nuevas causas que no son de este momento esplicar, le

obligaron á salir segunda vez de Roma el año de 1848, retirándose á Civita-Vecchia bajo el amparo del pabellon francés.

Daríamos mas detalles sobre la vida del P. Ventura si esto no fuera abandonar nuestros propósitos de reserva en estos últimos capítulos y hasta cierto punto separarnos del fin principal de nuestros estudios.

El póipito de la Magdalena y el de San Luis han tenido el privilegio de atraer por mucho tiempo la atención, no solo de París, sino del mundo católico entero. Originalidad, energía, movimientos verdaderamente elocuentes, profundidad y grandes cualidades de pensador, de teólogo y de filósofo distinguen al P. Ventura: el éxito de su palabra es superior á todo encomio (1).

En la obra que con el título de la *Razon católica* y la *Razon filosófica* escribió en 1852, el P. Ventura espone con admirable criterio los sistemas filosóficos de los pueblos antiguos y modernos, haciendo, al compararlos con el catolicismo, deducciones estimables, que llevarían la conviccion al ánimo de los mas avezados en el error si meditasen en sus palabras: citas de San Agustín y de Santo Tomás brillan en esta obra al lado de un estilo fácil, claro, sencillo, natural, y no por esto falto de elevacion y sentimiento.

En sus conferencias, tituladas *La madre de Dios, madre de los hombres*, se revela la bellísima economia del Cristianismo, la poderosa intercesion y las glorias de la Virgen, y por

(1) El P. Ventura ha publicado en París las obras siguientes: en 1830, *Histoire de Virginie Bruni*; en 1832, la *Raison philosophique et la raison catholique*; en 1833, *Les femmes de l'Évangile*; en 1854, *La Femme catholique* y *L'Essai sur l'origine des idées*; en 1854 y 1855, *L'École des mirades ou les œuvres de la puissance et de la grandeur de J. C.* y en 1857 *Pouvoir chrétien*.

último, el íntimo enlace entre los misterios entre sí y su armonía con la naturaleza y el hombre.

La *Oracion fúnebre de O'Connell* es notable por sus tendencias políticas, y el espíritu de armonía que en la misma se revela á cada paso, mas ostensible en sus conferencias sobre el *Poder político cristiano*, predicadas en la capilla imperial de París.

Entre sus trabajos oratorios se han traducido esmeradamente en España sus conferencias acerca de la *Pasion de N. S. Jesucristo* (1), notabilísimas por muchos motivos, por sus citas, por la exposicion completa de la doctrina evangélica sobre la pasion y muerte del divino Redentor desde la oracion del huerto á su sepultura; y porque no son una exposicion aislada y descarnada del texto sagrado, sino llena de reflexiones oportunas sobre la vida, las pasiones y los vicios del hombre, á que tanto se presta el asunto, lo todo que el orador ha sabido desenvolver.

Para que nuestros lectores tengan una idea del estilo de este insigne orador, trasladaremos algunos pasajes de la Conferencia en que el P. Ventura trata de la muerte del Redentor.

«No solo la vida de los elegidos es admirable en presencia de Dios, sino que su muerte es igualmente dulce y preciosa á sus ojos.

Sin embargo, los santos, dice San Leon, han recibido á su muerte la recompensa y la corona de sus obras, pero no han podido merecerla á los demás. Su fin ha sido para sus semejantes un ejemplo de paciencia, por el valor con que lo han sufrido; pero no han podido hacerse para otros una fuente de

(1) Traducidas por el Dr. D. Ildefonso Soro Nieto, capellan de honor de S. M., año 1853.

méritos y de virtudes. Los santos han dejado la vida como simples particulares, y el fruto de su último combate ha recaído principalmente sobre ellos mismos. Y si á pesar de esto la muerte de los santos es preciosa á los ojos del Señor, ¿qué será la de Jesucristo, que solo entre todos los hijos de los hombres ha dado su vida por los demás y no por sí mismo, que se ha inmolado en calidad de Señor y de Salvador; que ha representado en sí todos los hombres, los ha ofrecido todos á su eterno Padre, los ha asociado todos á su sacrificio como una sola hostia, les ha comunicado todo el mérito de su crucifixion, de su muerte y de su resurreccion, y ha santificado de ese modo la vida de los verdaderos cristianos y hecho su muerte preciosa?.....

¡Oh cruz santa, símbolo de flaqueza, de crimen, de dolor, de oprobio y de muerte, pero que el Salvador ha convertido en vara maravillosa, en mérito de santidad, en fuente de gozo, en trono de gloria y en remedio de resurreccion y de vida! Prostrados delante de tí, te adoramos con humildad, te alabamos con entusiasmo, y te invocamos con confianza como el fundamento de nuestra fé, el sosten de nuestra esperanza y el motivo poderoso de nuestro amor para con Dios: *O cruz, ave, spes unica!* Te pedimos en este santo tiempo en que todo nos recuerda la caridad que obligó á Jesus á sufrir y á morir por nosotros, que nos apliques el fruto de la sangre preciosa con que fuiste rociada, á fin de borrar las culpas de los pecadores y aumentar en los justos la gracia y la virtud: *Hoc passionis tempore*. Haz que por el mérito infinito de la muerte preciosa que el Redentor del mundo sufrió en tus brazos, la muerte de los hombres á quienes vino á redimir, sea igualmente preciosa á sus ojos: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus*.....

Si la cruz hubiera estado rodeada de un pueblo fiel, religioso y reconocido; si todos hubieran asistido al gran sacrificio del verdadero Melquisedec con las señales de un profundo recogimiento; si el sacrificio de Jesucristo hubiera estado

acompañado de preces públicas, de humildes y sinceras acciones de gracias, de lágrimas de arrepentimiento y de amor, de testimonios de religiosa compasion, ¡cuán infortunados seríamos entonces! ¡este sacrificio no se hubiera ofrecido por nosotros! Nosotros éramos injustos, nosotros éramos pecadores, y por consiguiente dignos de una confusion pública, universal y eterna; nosotros habíamos merecido ser burlados, insultados y escarnecidos por todas las criaturas y á presencia de todo el mundo. Mas como el sacrificio consumado en el Calvario era el nuestro, como era ofrecido en nuestro nombre, en nuestro lugar y en nuestro provecho, era necesario que la victima sufriese nuestra confusion y nuestro desprecio. Una muerte que era sufrida por los pecadores, debía reunir un oprobio excesivo á un inmenso dolor. A las heridas hechas por los clavos debían juntarse las causadas por los dardos, mas acerados aun, de las lenguas. Al dolor de las contusiones debían juntarse las reconvenções mas acerbas, la ironía mas amarga, los insultos mas atroces y los ultrajes mas indignos. Era necesario que la victima apareciese bajo la forma de un criminal, que se viese rodeada de los anatemas y de los desprecios del universo. No era suficiente que el Hijo de Dios ofreciese en sacrificio su cuerpo desgarrado por los tormentos, era necesario tambien que sacrificase la dignidad de su persona y el honor de su nombre.

Pues bien, esto es lo que sucede en el Gólgota. Por consiguiente, las profundas ignominias que rodean la cruz, lejos de escandalizarnos, nos edifican, nos mueven y nos escitan á contricion. Porque nosotros comprendemos claramente que este sacrificio nos pertenece, que es ofrecido por nosotros; que Jesucristo, que sufre y muere como nosotros deberíamos sufrir y morir, sufre y muere para espíar nuestros pecados, y por consiguiente es verdaderamente nuestro Salvador. De aquí resulta que el oprobio mismo que sufre es una prueba del ministerio que ejerce. Y de este modo la muerte del Santo de los santos, por lo mismo que es un escándalo para los profa-

nos, es edificante para los fieles y preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus.*

Cuán ciegos, pues, y cuán insensatos son los judíos que blasfeman diciendo: «El ha salvado á otros, y no puede salvarse á sí mismo. Si él confía en Dios como en su propio Padre, ¿por qué Dios no se apresura á librarle? Si él es Hijo de Dios y el Mesías, que descienda de la cruz, y creeremos en él!» (*Matth.*)

Mas si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, en vista de su intimación insolente, esto hubiera sido arreglar su poder á unos caprichos impertinentes, mostrarse débil, ceder á los insultos de sus enemigos, y hacer una vana ostentación de su omnipotencia, á espensas de la redención de los hombres, que tenía la misión de obrar; hubiera sido también dejarse vencer por la impaciencia, desmentir su mansedumbre, y mostrarse mas sensible á los ultrajes que celoso por su deber.

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, si no hubiera muerto sobre este madero sagrado, después de haber hecho anunciar á los Profetas que el Mesías debía espirar en una cruz, esto hubiera sido quitar á la Escritura su verdad, impidiendo su cumplimiento; dar un mentís á los Profetas, ponerse en contradicción consigo mismo, y manifestar que no era Dios, ni Hijo de Dios.

Si Jesucristo hubiera descendido de la cruz, esto hubiera sido para él lo mismo que abandonar el altar, al que había subido voluntariamente, interrumpir el sacrificio que había comenzado con tanto amor, anular el precioso testamento que había hecho y que no podía ser eficaz sino por la muerte del testador; despojarse de su carácter de pontífice de los bienes futuros, y renunciar á su alta dignidad de Redentor.

Un Mesías semejante, no solo no sería Dios, sino que sería menos que hombre; sería un falso Mesías, impotente para salvar á los otros, supuesto que podía degradarse á sí mismo. Si Jesucristo se rendía á una provocación tanto mas indigna de aceptarse por él, cuanto mas insolente era de parte de los que

la hacían; si Jesucristo descendía de la cruz, no sería por lo mismo el Mesías verdadero ni el verdadero Salvador, y ningún hombre razonable podría ni debería creer en él.

Al ver al Salvador que permanece en la cruz á pesar de las provocaciones que le dirigen para hacerle bajar de ella; al ver que todos los ultrajes con que los judíos le deshonran, todas las blasfemias con que le envilecen, y todas las excitaciones que le hacen no le separan un momento del ministerio sublime que ejerce; al ver que en vez de irritarse por tantos insultos, y de confundirlos con el milagro que piden, les confunde con un milagro todavía mayor, el de una paciencia invencible, el de una dulzura inalterable y una caridad infinita; al considerar que se complace de los mismos que insultan su paciencia cuyo misterio ignoran, y que pide para ellos el perdón y se lo asegura, si quieren aprovecharse de su ejemplo; ¡ah! por estas señales reconocemos en Jesucristo crucificado la hostia viviente, anunciada por tantos siglos, que se ofrece por todos los hombres; reconocemos en él el Cordero divino, deseado por tanto tiempo, que se inmola por todos; el verdadero sacerdote que sacrifica, el verdadero pontífice de los bienes futuros, que bajo el velo de su carne cubierta de llagas y de ignominias, entra en el santuario eterno y abre sus puertas. Nosotros reconocemos en él el verdadero mediador que se presenta en nuestro nombre ante el trono de Dios para aplacar su cólera; el verdadero testador que escribe con su sangre y confirma con su muerte el gran testamento de los siglos, en el que la herencia y la investidura del reino eterno se aseguran á los hijos de la promesa; reconocemos, en una palabra, al verdadero Mesías, al verdadero Hijo de Dios, al Salvador del mundo. Y por consiguiente, esta muerte, rodeada exteriormente de tantos oprobios y tantos escándalos, pero acompañada interiormente de tantos prodigios y de tanto amor, es á nuestros ojos un objeto de adoración, de alabanza, de reconocimiento y de piedad, así como es un objeto de complacencia infinita á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors*

sanctorum ejus. Por esta razón, Señor, sustituyendo la alabanza á la blasfemia y el homenaje al insulto, os decimos:— Si, divino Jesús, porque vemos que no descendéis de la cruz, y que, despreciando las provocaciones inípias de vuestros enemigos, insistís en morir en ella por nuestro amor, es por lo que os reconocemos por el verdadero Rey de los judíos, el verdadero Mesías, el verdadero Hijo de Dios, nuestro Señor y nuestro Redentor....

¡Desventurados pecadores, degradados por los vicios! vosotros estáis separados de Jesucristo y excluidos de su oración, porque sois como miembros cortados por el pecado, y no formáis parte de su espíritu. Pero vosotras, almas fervorosas, amantes fieles de Jesús, vosotras formáis su espíritu, lo mismo que su cuerpo místico, su alma y su vida, que es toda amor, porque vive amándoos, y os ama viviendo en vosotras. Jesucristo, pues, os ha encomendado á su Padre; él os ha depositado en el seno de Dios por su oración, porque es como si hubiera dicho: «Padre mío, las almas de los justos me pertenecen, yo soy su cabeza, ellos son mis miembros, yo soy su padre, ellos son mis hijos, mi descendencia, mi familia. Su estado depende del mío. Así, pues, al recibir mi alma, recibid también las suyas. Así como yo no puedo estar separado de vos, no permitais que ellos estén separados de mí. Ellos son como mi espíritu y mi vida, porque así como ellos viven en mí, yo vivo en ellos por amor. Yo os los encomiendo como cosa mía; haced por sus almas lo que haceis por la mía. Recibidlas con el mismo cariño, abrazadlas con el mismo amor: *In manus tuas commendo spiritum meum.*»

También al ofrecernos Jesús y encomendarnos á su Padre con estas afectuosas palabras, nos ha dado una nueva prueba de su ternura, nos ha revelado también una verdad de mucho consuelo. Antes que el Redentor muriese, antes que la sangre de esta augusta víctima fuese derramada sobre la tierra para aplacar al cielo, y nos abriese la puerta, cerrada inexorablemente á la raza de Adán, las almas más justas y más santas,

al separarse de sus cuerpos, descendían al limbo, al horror de una profunda noche. Allí la luz estaba tan solo en expectativa y en esperanza; la visión de Dios, el reposo en el seno de Dios, los consuelos de la patria eterna se diferían hasta un término ignorado. La muerte era para aquellas almas una especie de excomunión, que separándolas de la tierra, las separaba igualmente del cielo, y que privándolas de las solemnidades de Israel y de la satisfacción que experimentaban al tributar á Dios un culto verdadero, no ofrecía compensación alguna á su fé ni á su caridad. Por consiguiente, aunque los justos de entonces tuviesen la misma fé que nosotros tenemos, y creyesen al morir que debían resucitar un día, sin embargo, su muerte era en cierto modo lúgubre, triste y funesta. Ella se presentaba á su imaginación como la entrada en una triste soledad, como el principio de un largo viaje que debía separarles de la sociedad de los hombres, sin proporcionarles la de Dios. Ellos no podían pensar en la muerte sino temblando; y este temor, esta idea del estado triste que les esperaba á la muerte, derramando una amargura continua sobre su vida, les tenía, dice San Pablo, en la melancólica y sombría expectación de una dura esclavitud: *Timore mortis, per totam vitam, obnoxii erant servituti.* (Hebr.)

Cuando Jesús al morir exclamó: «Padre mío, en vuestras manos encomiendo mi alma,» esto es: «En vuestras manos encomiendo las almas de mis fieles que mueren,» nos enseñó claramente, dice Teofilacto, que había concluido el tiempo en que no se podía subir de la tierra al cielo, ni volar hácia Dios al dejar á los hombres, y que desde aquel instante las almas de los justos, purificadas durante la vida por la penitencia y los sacrificios del amor, seguirán cuando salgan del cuerpo el mismo camino, y llegarán al mismo término que el alma santa de Jesucristo, es decir, á los brazos y al seno de Dios: *Per hæc verba voluit declarare, quod sanctorum animæ in manus Dei ascendunt: nam prius apud inferos detinebantur.* (In Joan.)

Además, añade el mismo intérprete, así como el cazador acecha una fiera al salir de su cueva para matarla, así el demonio acecha nuestra alma al salir del cuerpo para apoderarse de ella. Pero después que Jesucristo depositó en las paternales manos de Dios nuestra alma en compañía de la suya, hemos adquirido el inmenso privilegio de poder dirigirnos libremente hasta el seno de Dios sin ningún riesgo, supuesto que el demonio no tiene derecho ni poder alguno sobre las almas que pertenecen ya á Dios, y que han sido encomendadas á Dios por el Hijo mismo de Dios: *Ex quo Filius paternis manibus commendavit spiritum suum, libertatem consecuti sumus: nullam diabolo in animas potestatem, ut Patri commendatas.* (In Joan).

Efectivamente, en esta revelacion se funda principalmente la esperanza de los cristianos que mueren en gracia de Dios. Ellos saben, y creen firmemente que al encomendar Jesucristo su alma en manos de su Padre, les facilitó que pudiesen á la hora de la muerte encomendarle la suya; y la persuasion que tienen de pasar directamente, si se hallan por completo purificados, desde nuestra prision de cieno, á la vision de Dios, y gozar de la sociedad de Jesucristo, es la que les hace desear la muerte con tanto ardor y repetir con San Pablo: «Yo tengo un ardiente deseo de verme desprendido de los lazos del cuerpo y estar con Jesucristo: *Cupio dissolvi et esse cum Christo.*» (Philip. 1, 23.)

Sin embargo, por estas palabras tan afectuosas, no solo nos reveló el Salvador al morir lo que debemos creer y esperar, sino que tambien nos enseñó, dice San Bernardo, cómo debemos creer y cómo debemos orar. Del mismo modo que una madre tierna enseña á su pequeño hijo la manera con que debe hablar á su padre, así nuestro Salvador, siempre lleno de ternura para con nosotros, nos ha enseñado en esta oracion el lenguaje de confianza y de amor con que debemos invocar en la hora de la muerte á nuestro Padre celestial, y poner nuestra alma en sus manos; él nos ha comunicado al mismo tiempo el valor necesario para repetir en sus nombres estas

mismas palabras, con la misma fuerza de su espíritu y con la misma confianza. (*De Pass.*) Segun este ejemplo de Jesucristo, observa San Gerónimo, ha adoptado la Iglesia el uso de poner esta misma súplica en la boca de sus hijos muribundos, y los santos han aprendido á repetirla en el momento supremo en que sus almas abandonan sus cuerpos. (*In. Ps. 50.*) Y en efecto, reflexionándolo bien, poner su alma al morir en las manos de Dios, y repetir el tierno lenguaje del Redentor, es sustituirse á él, es poner en él toda su confianza, es unirse á su sacrificio, aplicarse sus méritos, hacer una dulce violencia al corazón de Dios y obligarle á recibir nuestra alma en su seno, como en un asilo de paz, de seguridad y de salvacion. Al salir esta palabra de la boca y del corazón del Hijo de Dios, adquirió una fuerza infinita. Ella es capaz de hacer descender abundantemente el espíritu de gracia sobre el cristiano que la repite con la misma confianza y el mismo amor con que fué pronunciada la primera vez, y con un corazón lleno de fé y de esperanza; ella se hace un escudo impenetrable contra los asaltos del tentador, y un remedio eficaz contra los temores que atormentan en el último momento aun á las almas de los justos.

Finalmente, la recomendacion que el Salvador hace de su alma al espirar, encierra aun otra advertencia muy útil. Ella nos recuerda que si Dios es nuestro primer principio, es tambien nuestro último fin; que él nos ha criado y mandado á este mundo para que sirviéndole durante la vida, como á nuestro único Señor, podamos poseerle en la otra como á nuestro único remunerador; que supuesto que el espíritu que nos anima, el soplo divino que conserva nuestra vida, ha salido de Dios, debe volver á Dios: *A Deo exiivi, at Deum vadam*; que así como él confió este espíritu á nuestro arbitrio, y lo puso, por decirlo así, en nuestras manos, nosotros debemos un dia volverlo á poner en las suyas; que supuesto que sus manos lo formaron (*Job.*), sus manos deben tambien recibirlo; en una palabra, que nosotros debemos, durante la vida y despues de

ella, ser de Dios y para Dios, y repetir con el corazón y con la boca: Padre mío, en tus manos encomiendo mi alma: *Pater, in manus tuas commendo spiritum meum...*

Nosotros no tenemos como Jesús el privilegio de morir libremente. Ni el tiempo, ni el lugar, ni el género de muerte depende de nuestra voluntad. La justicia de Dios nos la envía cuando le place y como le place, nosotros no hacemos más que sufrirla, sin poder suspender su golpe, ni retardarlo un solo instante. Nuestra muerte, en el decreto de Dios que la estableció, no es otra cosa que un castigo impuesto á nuestra desobediencia. Mas supuesto que nuestro Redentor, al inclinar la cabeza ante la muerte, se sujetó á ella por obediencia y la aceptó libremente, varió por este mismo hecho la condición de la muerte, respecto á aquellos que se aplican el fruto de la suya. Esta es la causa porque se vé aun á los más tímidos y más débiles de entre los verdaderos fieles, á pesar de la repugnancia que tienen á la muerte, inclinar su cabeza, como una señal de su humilde resignación, y entregar voluntariamente á Dios la vida que de él han recibido. Así, pues, el verdadero cristiano cuando muere no es un criminal que sufre una pena á que ha sido condenado, sino un sacerdote que ofrece á Dios un sacrificio voluntario y la ofrenda meritoria de su propia vida en unión á la de Jesucristo. Es un navegante que se refugia en el puerto; es un desterrado que vuelve á su patria; es un peregrino que vuelve á tomar el camino de su casa; es una esposa que sale al encuentro á su esposo; es un hijo que se duerme tranquilo en el seno de su madre. Por consiguiente, Jesucristo, con este movimiento misterioso, ha borrado el oprobio de nuestra muerte; ha disminuido su dolor; y de la pena más terrible y más repugnante á la naturaleza humana, ha hecho una rica recompensa, y por decirlo así, una pascua, ó en otros términos, un tránsito deseado, un venturoso viaje, un dulce sueño y una redención preciosa: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus....*

No nos hagamos ilusión, hermanos míos: el valor y la

indiferencia que los pecadores endurecidos, los impíos y los incrédulos manifiestan algunas veces en el momento de la muerte, no es otra cosa que el terror de la desesperación, un odio frío de sí mismos, oculto bajo la máscara de una calma afectada. Al verles se diría que su semblante está sereno, pero el espanto está en su corazón; ellos se parecen á esos mares cuyo fondo está tanto más agitado por corrientes opuestas, cuanto más tranquila está su superficie. (Is. 57.) ¡Ay! ¡mas les valiera temblar en esa hora suprema, que manifestar una calma tan espantosa y tan funesta! El verdadero valor, la verdadera confianza del cristiano en el momento de su muerte es el fruto de la inocencia ó de la penitencia de su vida. La paz verdadera nace entonces de la humilde fé en la verdadera religión, y no de las opiniones flotantes de la filosofía humana. La muerte del peador, del enemigo de Dios, del blasfemador, del apóstata de la fé y de la ley de Dios, sean cualquiera las apariencias, es siempre funesta: *Mors peccatorum pessima*. Sola la muerte de los justos, de los fieles, de los santos, es verdaderamente dulce y feliz, porque recibe el verdadero valor y los verdaderos consuelos del misterio de la muerte de Jesucristo, y aunque algunas veces parece dolorosa y humillante al juicio de los hombres, es siempre preciosa á los ojos de Dios: *Pretiosa in conspectu Domini mors sanctorum ejus....* »

P. Félix.

La gran figura que en los momentos actuales atrae con justicia la atención y las miradas del mundo católico bajo el punto de vista de nuestros estudios, es el P. Félix, orador ilustre á quien no ha mucho hemos tenido ocasión de oír en el magnífico templo de Santo Tomás de esta corte, y que continúa sus tareas evangélicas con grandísima gloria suya y frutos óptimos en bien de la moral pública y las costumbres.

El principal motivo de la fama que ha sabido conquistarse este predicador ilustre, es, á nuestro juicio, la *oportunidad de sus Conferencias*: sus discursos se dirigen á la época, al siglo en que vivimos: adopta por tema un alto principio filosófico, se apodera de una idea elevada y la desenvuelve siempre con acierto, la lleva á sus últimas consecuencias, y haciéndola venir al dogma cristiano, demuestra que si es grande un principio, si es fecunda una teoría, si es trascendental una doctrina, ha de partir del catolicismo, unirse al catolicismo y aceptar la forma católica, porque todo lo digno y levantado parte de ese principio regenerador del hombre y salvador de las sociedades modernas.

La idea del progreso, tan combatida por unos como exageradamente concebida por otros, la de la libertad, la de la fraternidad universal, la del poder, la del gobierno, la del libre albedrío, la de la ciencia, la de la crítica.... todas estas últimas cuestiones han sido traídas oportunamente por el P. Félix al discurso cristiano, ante un auditorio numeroso, en la ciudad donde se agitan todas las escuelas, todos los sistemas y todas las teorías.

Las Conferencias del P. Félix, como las de Lacordaire, las de Ravignan y el P. Ventura no son en realidad la expresión *única* de la predicación cristiana en el siglo XIX; estos discursos, como dice el mismo orador que nos ocupa, se han hecho espresamente para el auditorio de las grandes basílicas, responden á una necesidad nueva, y adoptan por lo mismo una forma nueva, que no es la ordinaria del sermón. El púlpito de la catedral, elevado por el Ilmo. Sr. de Quelen, es una apología del Cristianismo en presencia de ciertos hombres, que sin dejar de vivir entre los fieles, no sienten, ni creen como los

fieles. Entre nosotros no había antes esta clase de hombres; hoy componen una fracción respetable, y que no merece el olvido y la excesiva confianza del sacerdocio. Por eso creemos que los discursos de los últimos oradores de que nos venimos ocupando deben ser por la juventud atentamente estudiados.

Por la especialidad de las materias que tratan, por las cuestiones á que dan solución, por la índole de los tiempos actuales, por el auditorio, en fin, que les escucha, el P. Félix y sus dignos predecesores se han separado del camino seguido antes, y adoptado la forma *académica* en la predicación; forma filosófica, trascendental, profunda, doctrinal, y cuyas tendencias revelan un conocimiento profundo de las necesidades que por todos se dejan sentir dentro de la sociedad cristiana, aunque no por todos se reconozcan y confiesen.

En vano trataríamos en este momento de dar una idea de todo el mérito de las Conferencias del P. Félix; semejante empeño no cabe dentro de los estrechos límites del capítulo de un libro, era preciso destinar á esto un trabajo especial que no sería inoportuno.

No solo el fondo y la doctrina, sino el estilo y la acción, todo contribuye á dar al P. Félix un carácter especialísimo, que solo habiéndole oído se concibe, y que después de oírle no se puede explicar; por esto creemos escusado cuanto pudiéramos añadir.

Tampoco es fácil escoger trozos entre sus trabajos oratorios: todos son dignos de figurar como modelos de bien decir, todos encierran un gran mérito y nos colocarían en difícil situación si tuviésemos precisión de justificar su elección. Transcribiremos algunos sin temor de equivocarnos, y habremos tributado este nuevo homenaje al célebre maestro que al hon-

rar nuestro suelo tuvo frases lisonjeras para España y los españoles, llamándonos con razon afortunados, porque con raras escepciones poseiamos casi integro el depósito sagrado de la fé, de las costumbres y las creencias de nuestros mayores.

PUNTO DE PARTIDA DEL PROGRESO.

«...El Cristianismo define con una precision divina el origen del hombre, y fija con una certeza que no permite contradiccion el punto de partida del progreso humano. Bien sé que la teologia cristiana deja detrás de la cuna del hombre anchas aberturas y perspectivas profundas, por las que el genio de la exploracion, guiado por la esperiencia, la razon y la fé, puede lanzarse con vuelo libre al descubrimiento de los origenes anteriores á la creacion de nuestro linaje; y en esta parte los Padres de la Iglesia han precedido á vuestros exploradores mas atrevidos. Pero no es esta la cuestion: se trata de la creacion del hombre y de la ley de su vida: se trata de su principio y de su primer paso en la carrera que le abrió en los siglos la voluntad del Criador. Ahora bien, el Cristianismo afirma aqui, como punto de partida, la *Creacion*; pero una creacion claramente dogmatizada, la sola creacion verdaderamente filosófica y verdaderamente popular: *El hombre criado de la nada por la accion libre de Dios.*

...Para completar la revelacion del misterio del origen, el Cristianismo añade á la palabra *Creacion* esta otra: la *Caida*; palabra luminosa, sin la cual nunca entenderéis nada, ni en la doctrina, ni en la ley, ni en las condiciones, ni en la historia del progreso; la caída del hombre, misterio que solo él explica tantos misterios; *punto oscuro, sin el cual*, segun el dicho ingenioso de un escritor, *no hay luz en ninguna parte*... El hombre ha caido porque ha querido caer. Elevado tan alto por los dones de Dios dos veces liberal para con él, ha querido subir aun mas alto, y ha caido bajo el golpe de un

castigo doblemente merecido. Por esta puerta abierta de una prevaricacion, única, pero solidaria, ha entrado el mal en la naturaleza humana. Por un solo hombre, dice San Pablo, ha entrado el pecado en este mundo, y con el pecado la muerte. *Per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors, et ita in omnes homines mors pertransiit.*

De este modo el gérmen de la muerte fué inculcado á todo el linaje humano, y con el gérmen de la muerte el principio de todas las decadencias. Como efecto de la caída se desencadenó en el hombre la *concupiscencia*, es decir, todas las pasiones contrarias á su fin; fuerza terrible, una y colectiva al mismo tiempo, que iba á conspirar en el hombre contra el hombre, para arrastrarle á su ruina. Bajo el impulso de esta fuerza enemiga que ha tomado asiento en el centro mismo de su vida, está el hombre sometido á los arrebatos y seducciones de sus pasiones desencadenadas contra él: *Unusquisque tentatur à concupiscentia sua, abstractus et illectus*, esta concupiscencia engendra el pecado, y el pecado la muerte: *Concupiscentia parit peccatum; peccatum verò, cum consummatum fuerit, generat mortem*. Entre estos dos términos, á saber, la vida de donde el hombre ha caido y la muerte adonde el pecado le arrastra, hay la formidable propension hácia toda decadencia. Criado el hombre en el primer plan de la Providencia para subir hasta la posesion de lo infinito, podrá, si nada le detiene, ir rodando de caída en caída hasta la eterna separacion de lo infinito.

Tal es el segundo dogma que pone el Cristianismo en la cuna del hombre para iluminar el punto de partida del progreso humano. Con esta palabra, la *Caida* primitiva, la decadencia humana, y para hablar como la Iglesia, el *pecado original*, resuelve todos los grandes problemas relativos á la doctrina del progreso. Una vez puesto este dogma en la cuna del hombre, se desvanece la teoria del progreso fatal lo mismo que una sombra á los rayos de la luz. Aun en el estado de justicia y bajo el manejo fácil de sus potencias que funciona-

ban con órden, nunca ha marchado fatalmente el hombre en la vía del progreso. Viviendo de la vida sobrenatural, participando por la gracia de la vida misma de Dios, el hombre ha podido caer; él cayó en efecto de la vida divina; y por una caída libre y consentida se ha echado él mismo en la pendiente de la decadencia. ¿Cómo, pues, podría llevar en sí mismo la ley de un progreso fatal y de un perfeccionamiento necesario, en virtud del rechazo de su caída y bajo el peso que él mismo se ha puesto sobre sí? Parezca para siempre jamás la doctrina del progreso fatal: á esa filosofía, cuyo resultado en la historia no es otro que consagrar todas las derrotas y divinizar todos los buenos sucesos, el dogma de la caída le ha herido de muerte; y ella no se levantará nunca más, si no es para caer al momento bajo el anatema de los pueblos y los rayos de la Iglesia, es decir, bajo el golpe vengador de la misma verdad. El dogma católico, presentándose con su simplicidad divina, dá heridas mortales á los sistemas que alteran ó destruyen la noción del progreso humano, porque desconocen las verdaderas leyes de la humanidad desconociendo la caída del hombre. Delante de la libertad de la caída, no puede subsistir la fatalidad del progreso.

...La *Reparación*, tal es la tercera palabra reveladora, con la cual nuestra doctrina explica divinamente el punto de partida del progreso humano... La obra de Dios está rota, su primer plan está desbaratado; pero el plan divino se volverá á seguir, Dios reparará su obra. Apenas había visto el hombre caer la maldición sobre su crimen, cuando una bendición descendía sobre su desgracia. Satanás ha vencido: él triunfa en la caída que acaba de verificarse y en la decadencia que toma ya su curso. Adán y Eva caen, y con ellos todo el linaje humano, arrastrado por esta caída hácia una decadencia que amenaza llegar hasta la ruina. Pero Satanás será vencido á su turno. Un nuevo Adán y una nueva Eva detendrán la humanidad que se cae; y por medio de una fuerza divina la harán subir otra vez hácia aquel destino perdido que Dios les hace es-

perar y al mismo tiempo les promete. La cabeza de la serpiente será destrozada, la fuerza enemiga será reprimida, la humanidad será restaurada. El reparador vendrá. La prevaricación de uno solo ha precipitado la humanidad; el mérito de uno solo volverá á levantarla. Así como ha reinado el pecado para dar la muerte y empujar á la decadencia, también reinará la gracia por la justicia, y restaurará en el hombre con la vida eterna su progreso del tiempo por Jesucristo Nuestro Señor: *Ut sicut regnavit peccatum in mortem, ita et gratia regnet per justitiam in vitam eternam, per Jesum Christum Dominum nostrum*. Así la vida de Dios restaurada en el hombre por el Hombre-Dios, mediador entre el uno y el otro y reparador del desastre primitivo, tal es el punto de partida definitivo que el Cristianismo establece para el verdadero progreso de la humanidad. Su término será la eternidad, pero su marcha será en el tiempo, y Jesucristo será su camino, su verdad y su vida....»

TÉRMINO DEL PROGRESO.

«...¿Quereis apaciguar en mi alma ese murmullo de la contradicción? Definid mi destino, y decid al mostrármelo: Hélo aquí. Porque lo que yo ambiciono como fin de mi vida, no es un fantasma que yo tengo vocación de perseguir sin poder alcanzarlo, aunque ese fantasma fuese divino, aunque fuese la sombra de lo infinito. Lo que yo persigo con mis deseos no es una perspectiva eternamente engañadora, dentro de la cual aquel infinito que yo hubiera entrevisto de lejos, se ocultara siempre sin dejarse nunca coger: lo que yo deseo con tanta ánsia y conmigo todos los siglos, no es un viaje eterno á través de mundos que están perpétuamente cambiando: en fin, aquello por lo que yo suspiro y suspira toda la humanidad, no es una gravitación de mi alma hácia un centro que eternamente retrocede delante de mí. Lo que necesita mi ambición, lo que necesitan mis deseos y todas mis solicitudes en esta

vida, ¡ah! yo voy á decirlo: es el término en donde uno se detiene para no viajar mas; es el centro en donde uno descansa para no agitarse mas; es la union en la que uno se abraza para no separarse mas.

Mi vida es un viaje, sí; pero viajero del tiempo, llevo en el camino la ambicion de llegar un día á un término para siempre estable y definitivo. Mi vida es una agitacion, sí; pero llevo en el fondo de esta agitacion la necesidad del reposo; y tal es la situacion de mi alma trastornada por tantos vaivenes y conmovida por tantos sacudimientos, que en medio de sus días tan agitados en la tierra conserva la esperanza de un día eternamente tranquilo. Mi vida es una separacion, cada uno de mis pasos es para mí como una despedida, y hasta mis progresos son desgarradores; y sin embargo, en medio de las inevitables separaciones, que son las heridas de toda mi vida, siento un no sé qué, que me grita del fondo mismo de mis heridas. La union debe venir, y nada será capaz de romperla; la hora debe sonar, en que el hombre en su indisoluble enlace con el destino exclamará: Este es el fin, este es el término, el reposo, la union: detengámonos, descansenos, abraçémonos, y que sea para siempre.

....El hombre criado por Dios debe volver á Dios: debe ir en pos de él; pero debe alcanzarle, porque solo Dios es su fin, como es su principio, y porque es su principio. Creando Dios al hombre por un acto libre, y diciéndole: *Anda*, esta es la carrera que se abre, es el Alfa del progreso. El hombre que alcanza á Dios, y le abraza en un eterno arrobamiento, exclamando: *Ya le he encontrado*, esta es la carrera que se cierra, es la Omega del progreso. El progreso que comienza por la accion libre de Dios creando en el hombre una capacidad de lo infinito; el progreso que se completa por el don que lo infinito hace de sí mismo al hombre, coimando él solo la capacidad que solo él ha podido crear: tales son los dos términos que se corresponden y sostienen el uno al otro como los dos botareles del edificio del progreso....»

CONCLUSION.

Antes de dar por terminado este libro y con él la *HISTORIA DE LA ELOCUCENCIA CRISTIANA*, debemos decir dos palabras sobre el estado de la oratoria del púlpito en general durante el periodo que nos ocupa, completando por este medio el cuadro que dejamos trazado de las vicisitudes de ese arte sublime divinizado por la religion y á la cual debe sus mas legítimos y mas gloriosos triunfos.

En casi todos los pueblos, la elocuencia sagrada ha adoptado mas ó menos francamente la nueva forma de que hemos hablado en los capítulos anteriores: en todas partes se ha comprendido que las necesidades de la Iglesia, el estado de las costumbres y la agitacion del espíritu requerian un especial estilo por parte de los maestros de la verdad. Los nombres de Newman y el Cardenal Wissemán figuran en primera linea fuera de España, y entre nosotros desde los años 20 al 23 hasta nuestros días no han escaseado célebres predicadores cuyos nombres no vacilaremos en recordar, siquiera nada digamos especialmente acerca de sus discursos.

El Dr. D. Nicolás Heredero, catedrático de elocuencia de la Universidad y Cura Párroco de Santa María de Alcalá de Henares; el P. Lazo y el P. Oñoro, del oratorio de San Felipe Neri de la misma ciudad; el P. Fortea, Agustino de San Felipe el Real de Madrid; D. Antonio García Bermejo, capellan de honor; el P. Salvador, carmelita descalzo; los PP. Montemayor, Puyal, Gil y Carasa; D. Ramon García, dignidad de la Santa Iglesia Ca-

tedral de Valencia; D. Bienvenido Monzon, Obispo de Santo Domingo; los SS. Marina, Catrillo, Paje, Villanueva, Rubin de Celis, D. Juan Gonzalez, el Señor Posada, Obispo de Sigüenza, Don Marcos Aniano Gonzalez, D. José Valles, el Señor Cascallana, D. Juan de Dios Cruz, los SS. Monescillo, Arenas, Troncoso, Cruz (D. Ciriaco), Hernandez Fraile, Montes, Castro (D. Fernando), Muñoz Garnica, el P. Cumplido, Medina, Cafranga, Pulido, Rodrigo y otros muchos cuyos trabajos oratorios nos son conocidos, y de cuya predicacion se ha hecho grandes y merecidos elogios, han contribuido eficazmente al renacimiento del buen gusto, y muchos de ellos aun viven y pueden dar todavia muestras de su talento y dotes especiales para la enseñanza católica.

El mismo espíritu que animó á los ministros del santuario á principios de este siglo, animó mas tarde y anima hoy á los que hemos citado, viniendo á demostrar que el reinado de la elocuencia santa no ha concluido, ni concluirá jamás entre los hombres.

Las virtudes del clero son un altísimo ejemplo, ejemplo vivo, elocuente, que desconcierta hasta sus mas implacables enemigos. Los hombres no pueden vivir sin creencias, experimentan constantemente la necesidad de la fé, y de aquí el triunfo seguro y completo de la palabra del sacerdocio. El catolicismo es lo único que permanece; el protestantismo toca á su fin: nuevas heregias y nuevos oismas son casi imposibles; y si no, ¿qué hizo Chates? ¿qué pasó á los Sansimonianos? manifestaron su impotencia y quedaron en ridículo. El catolicismo brilla cada vez mas y se afianza y se asegura, á pesar de las revoluciones, que parece debían abatirle; todos los medios empleados contra él se convierten en su gloria y en su triunfo; la ciencia

misma que lo habia atacado con furor, sirve para justificarlo y viene á ser el reactivo que paulatinamente reduce á polvo el error y limpia la verdad de las materias estrañas con que las pasiones de los hombres la procuran oscurecer.

Consuelos tan ostensibles no pueden dejar de producir viva sensacion en los ánimos, y convertirse deben en poderosos auxilios para el orador llamado á defender hoy la Iglesia de Jesucristo.

Ved si no el espectáculo que se ofrece á nuestra vista: contemplad la religion derramando beneficios por todas partes, extendiendo sus dominios hasta los paises mas oscuros é ignorados: á ella se debe la civilization, de ella parte el progreso, y no solo lo inicia, sino que lo realiza ante un mundo que pide hechos, que pide pruebas para creer, y que no siempre reconoce el bien que se le hace en medio de sus grandes calamidades y sus trastornos.

La fé renace en los pueblos donde mas se habia amortiguado; un rayo de esperanza nos hace vislumbrar dias mas venturosos para la Iglesia; contribuyamos todos á apresurar el momento dichoso de la regeneracion completa de la humanidad por medio de la fé y la caridad.

Oíd, pueblos, la voz del sacerdocio: y vosotros, jóvenes, que nos habeis seguido hasta aquí, que habeis recogido las grandes lecciones de la historia de la palabra santa, disponeos á hacer de ellas oportuna aplicacion para gloria de la religion y santificacion vuestra.

Reglas de conducta hallareis en el libro que nos hemos atrevido á ofreceros, reglas que serán para todos los tiempos y todas las épocas, porque parten todas de un mismo origen y tienden al mismo fin.

Al terminar la Historia, ejemplo vivo del orador sagrado, nos proponemos completar nuestro trabajo y realizar nuestras ofertas. Si despues de todo acertamos á hacer algo en obsequio de la religion que sinceramente profesamos, á otros dejaremos tranquilos la tarea de completar nuestros propósitos y nobles intenciones.

FIN DE LA HISTORIA DE LA ELOCUCENCIA CRISTIANA.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

Págs.

Censura y aprobacion eclesiástica.

LIBRO SEGUNDO.

(ÉPOCA SEGUNDA.)

CAPITULO I.

Consideraciones generales sobre la segunda época de la Elocuencia Cristiana.—Estado general de la oratoria sagrada durante la primera mitad de los siglos medios. . .	1
San Martin	15
Sidonio Apolinar	17
Boccio	18
Casiodoro	25
Facundo, Obispo de Hermian	26
San Eloy y Beda	27
San Juan Damasceno	28
San Andrés de Creta	29
Teodulfo	30
Rabano Mauro	31
Alcuino	32

	Págs.
Focio y Pedro Damiano.....	34
Scoto.....	35

Modelos.—Trozos del libro de *Consolacion* de Beecio.

CAPITULO II.

Oradores sagrados y varones insignes que florecieron en España durante la primera mitad de los siglos medios.— Exámen y juicio crítico de sus trabajos bajo el punto de vista de estos estudios.....	36
Osio.....	38
San Gregorio Betico.....	46
San Ponciano.....	47
Pedro, Obispo de Zaragoza.....	48
Juvenco, Prudencio, Bachiario y otros.....	49
Invasión de los bárbaros: establecimiento de la monarquía Visigoda: decadencia general.....	51
Algunos varones dignos de mención especial en esta época.....	54

Modelos.—*Carta* de Osio á Constantino.

CAPITULO III.

Escuela cristiana de Sevilla.....	65
San Leandro.....	67
San Fulgencio y San Teodoro.....	74
Otros discípulos célebres de esta escuela: San Ildefonso..	82
San Julian.....	85
San Valerio.....	87
Consideraciones generales acerca del estado de la Elocuencia cristiana al terminar la primera mitad de los siglos medios.....	88

Modelos.—*Homilía* de San Leandro en el concilio III de Toledo.— Trozos de las obras de San Ildefonso.

CAPITULO IV.

Las cruzadas.....	91
Pedro el Ermitaño.....	98
Urbano II.—Concilio de Clermont: fin de la primera cruzada.—San Bernardo.....	106

Modelos.—Discurso de Urbano II.—Trozos escogidos de los trabajos oratorios de San Bernardo.

CAPITULO V.

Predicacion de las órdenes mendicantes y su influencia: nuevo estilo de la elocuencia cristiana: consideraciones generales.....	126
Foulques y San Francisco de Asis.....	135
Santo Tomás de Aquino.....	141
San Buenaventura y San Anselmo.....	145
Estado de la Elocuencia cristiana en España durante la segunda mitad de los siglos medios.....	147
Oradores notables antes del siglo XV: ligeras consideraciones acerca de sus trabajos.....	153

LIBRO TERCERO.

(ÉPOCA TERCERA.)

CAPITULO I.

Principios del renacimiento: defectos que subsisten aun en la época de la restauración de las letras: consideraciones generales sobre este punto.....	163
Menot.....	175
Maillard.....	185
Raulin, Barlette y otros.....	187
P. Jeune.....	189
San Francisco de Sales.....	193
San Vicente de Paul.....	194

Modelos.—Trozos escogidos de los sermones de Menot.—Id. de Maillard.—Id. del P. Jeune.—Id. de San Vicente de Paul.

CAPITULO II.

Misticismo: origen y vicisitudes del panegirico.	199
Desarrollo de los idiomas modernos; riqueza de nuestra lengua vulgar.	207
<i>Escuela mística española</i> : consideraciones generales.	214
Venegas.	216
P. Juan de Avila.	218
Fr. Luis de Granada.	225

Modelos.—Trozos escogidos de los escritos del P. Avila.—Idem de los trabajos oratorios del P. Granada: *Del símbolo de la Fé: Nacimiento de Cristo: Descendimiento y bajada á los infiernos.*

CAPITULO III.

Continúa la escuela mística española.

Fray Luis de Leon.	248
Malon de Chalde.	253
V. Lanuza.	256
P. Estella.	263
Otros predicadores célebres de esta época: <i>Consideraciones generales: obras preceptivas.</i>	273
Influencia de la escuela mística española.	277
Oratoria sagrada en Portugal.	279
Fray Bartolomé de los Mártires.	283
Otros predicadores portugueses anteriores á la decadencia: ligeras consideraciones sobre el estilo de sus discursos.	285

Modelos.—Trozos escogidos del *Tratado de la Magdalena*, por el Padre Malon de Chalde.—Idem de los discursos del P. Lanuza sobre las *Adversidades, la Caridad, la Encarnacion del Verbo y la Natividad del Señor.*—Idem de los sermones del P. Estella.—*Diferencia entre lo temporal y lo eterno* del P. Nieremberg.

CAPITULO IV.

Siglo de Luis XIV.	287
Mascaron.	290
Flécher.	291
Bossuet.	296
Sermones de Bossuet.	299
Oraciones fúnebres de Bossuet.	312

Modelos.—Trozos escogidos de las *Oraciones fúnebres* de Flécher.—Idem de los *Sermones* de Bossuet.—Idem de las *Oraciones fúnebres.*

CAPITULO V.

Oradores contemporáneos de Bossuet y anteriores á la decadencia de la oratoria en el siglo XVIII.—Bordaloue.	327
Massillon.	329
Fenelon.	337
Predicadores de menos importancia: Cheminai.	340
Giroux y La Rue.	341
Oradores posteriores al siglo de Luis XIV.	344
Paulle.	345
Neuville.	346
Beauvais.	347
Boismont.	348
Misioneros célebres de los siglos XVI, XVII y XVIII.	350
Decadencia: causas generales y juicios criticos.	351

Modelos.—Trozos escogidos de los sermones de Massillon.—*Invencion de Roma y conversion de los bárbaros*, de Fenelon.

LIBRO CUARTO.

(EPOCA CUARTA.)

CAPITULO I.

Consideraciones generales.	364
------------------------------------	-----

Págs.

Predicadores anteriores á la <i>revolucion.</i> —Boulogne.	366
Frayssinous.	373
MacCarthy.	384
Guyon.	388

Modelos.—Trozos escogidos de los *Sermones* de Boulogne.—Idem de las *Conferencias* de Frayssinous.—Idem de los *Discursos* de MacCarthy.—*Los Respetos humanos*, de Guyon.

CAPITULO II.

Lacordaire.	393
Ravignan.	411
Paralelos entre estos oradores.	424

Modelos.—Trozos escogidos de los discursos de Lacordaire.—Idem de Ravignan.

CAPITULO III.

El P. Ventura.	428
El P. Félix.	441

Modelos.—Trozos escogidos de las conferencias del P. Ventura y el P. Félix.

CONCLUSION.	449
---------------------	-----

Sig. 25169 Brn
R. 3826

